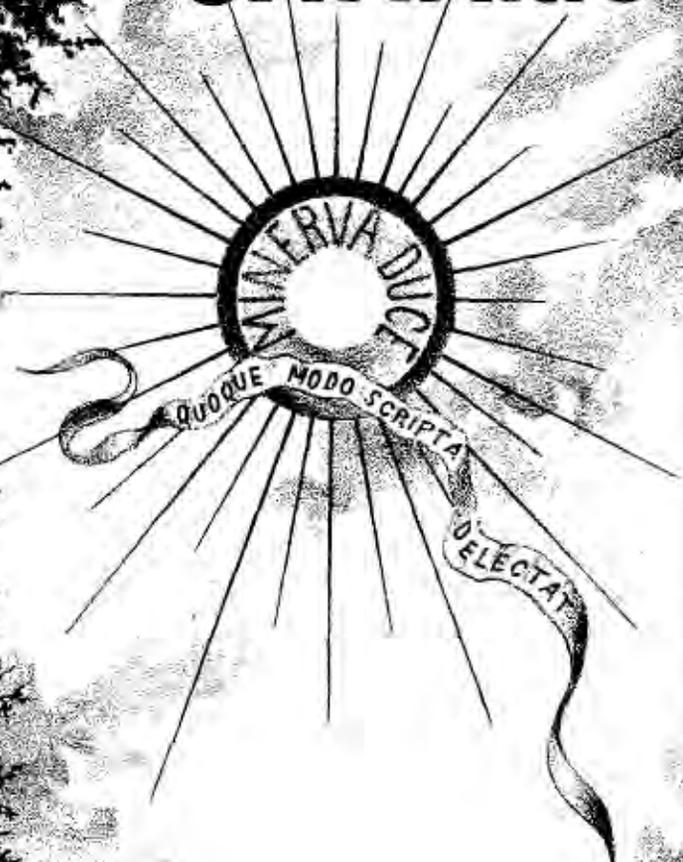


EL MUSEO CANARIO

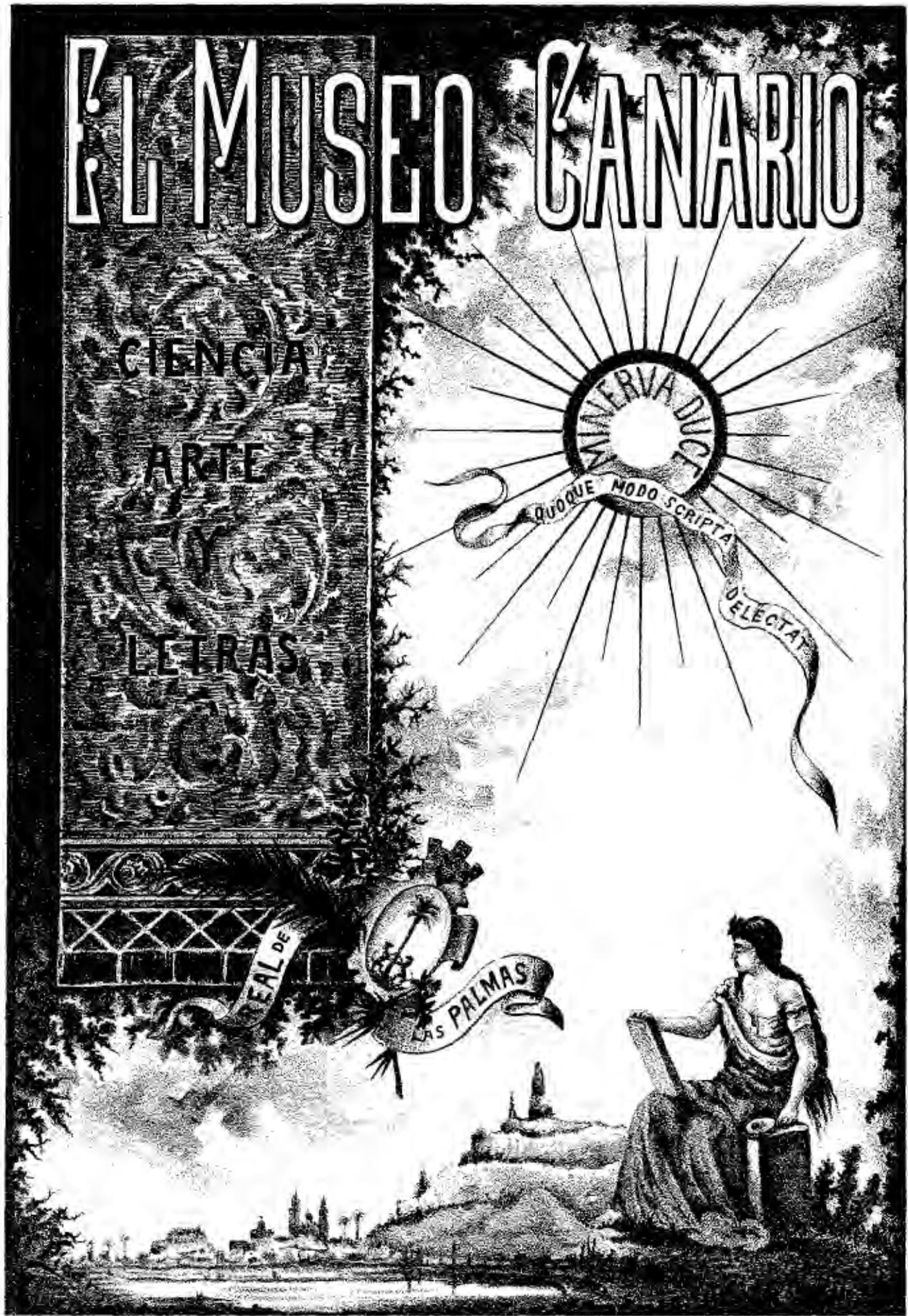
CIENCIA

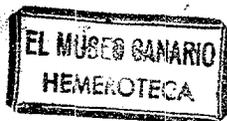
ARTE

LETRAS



REAL DE





El Museo Canario

Revista decenal

órgano de la Sociedad del mismo nombre

establecida en Las Palmas

para el adelanto de las Ciencias, las Letras y las Artes.

TOMO XI

2.º SEMESTRE DE 1901

(Números 129 á 146)



LAS PALMAS

Imprenta y Litografía de Martínez y Franchy

CALLE DE VIERA Y CLAVIJO

1901

El Museo Canario



DR. D. GREGORIO CHIL Y NARANJO

En la madrugada del día 4 del presente mes falleció en esta ciudad, á la edad de setenta años, el Doctor Don Gregorio Chil y Naranjo.

Tan saliente y conocida como era en Las Palmas la simpática personalidad del Dr. Chil, su muerte produjo general sentimiento, y su entierro, verificado en la tarde del mismo día, fué una manifestación de duelo en que tomaron principal parte el Ayuntamiento de la ciudad, la Sociedad Económica de Amigos del País y el Museo Canario, y al que se asociaron todas las clases de Las Palmas representadas en la numerosa concurrencia que asistió al fúnebre acto.

Compréndese perfectamente que el duelo haya sido público. El Doctor Chil era, además de un notable hombre de ciencia, un gran patriota, y en él ambas cualidades iban tan íntimamente unidas que para utilizar en beneficio inmediato de su país sus estudios científicos, eligió por campo de sus investigaciones las antigüedades canarias y fué además un incansable propagandista de las condiciones climatológicas de esta tierra.

El Museo Canario ha sufrido con la muerte del Dr. Chil una inmensa pérdida. Habiendo sido uno de sus iniciadores y fundadores, consagró á él durante toda su vida sus afanes, logrando colocarle á una altura científica que ha causado la admiración de cuantos sabios lo han visitado. Y al morir, ha llevado su amor al Museo hasta el punto de hacerle heredero de la mayor parte de su fortuna.

A la vez que su amor á la ciencia ha dejado en su última voluntad el Dr. Chil una muestra de sus sentimientos benéficos y de su patriotismo. Por otra de sus disposiciones testamentarias lega una casa para hospital en la ciudad de Telde, en que había nacido.

Esta revista, que tantas veces ha honrado sus columnas con la firma del Dr. Chil, hónrase hoy dedicándole estas páginas como muestra de profundo sentimiento por su muerte y de veneración á su memoria.

LA REDACCIÓN.

Las Palmas, Julio 10 de 1901.

EL DOCTOR CHIL Y NARANJO

Dos importantes sociedades de Las Palmas han sufrido, con la muerte del Doctor Chil y Naranjo, la gran pérdida de un Director cuya memoria vivirá siempre en ellas venerada y cuyo nombre se citará como modelo de virtudes cívicas. El Museo Canario y la Sociedad Económica de Amigos del País están de duelo. Ambas Corporaciones deben al Dr. Chil inmensa gratitud por tantos servicios prestados á su país y tantos merecimientos contraídos en pro de la causa pública. La primera le es deudora de su existencia; á la segunda le prestó constantemente su valiosísimo concurso en todos los asuntos de verdadero interés.

Extraño parecerá que el menos autorizado de cuantos individuos forman aquellas corporaciones sea hoy el encargado de enaltecer en las páginas de esta revista los méritos que distinguieron en vida al ilustrado consocio recientemente fallecido, cuando otros pudieran ofrecer mejor con vivísimos colores un cuadro fiel de sus eminentes dotes. Mas, en recuerdo de la amistad con que fui honrado por el Dr. Chil y co-

mo bibliotecario y secretario respectivamente de las expresadas sociedades, no puedo menos de adelantarme á dedicar al digno presidente y amigo queridísimo un tributo de admiración y gratitud.

El Museo Canario de Antropología y Ciencias naturales, establecimiento que tanto honra á nuestro país y que goza de fama universal en el mundo científico, se debe indudablemente á su iniciativa y perseverancia. Fué uno de sus fundadores y su director inamovible.

Públicos y notorios son sus trabajos y sus sacrificios para enriquecerlo y fomentarlo. Puede decirse, sin temor de incurrir en exageración, que sólo vivió por él y para él. Un hecho basta para probar que el Museo era el centro de las preferentes atenciones del Dr. Chil. Al morir le ha legado un magnífico palacio para instalar en él sus valiosas colecciones y la excelente Biblioteca que poseía y le ha legado igualmente, dejando además para su sostenimiento toda su fortuna.

No olvidaré que momentos antes de expirar me llamó para recomendarme con lágrimas en los ojos que no abandonara nunca el Museo ni su biblioteca, dándome con este encargo una última prueba de su afecto y del honroso concep-

to que logré merecerle. No sé si podré cumplir la promesa que le hice en tan triste instante, pues no me conceptúo con condiciones suficientes para cumplir con acierto sus deseos, mas he de procurar, imitando su ejemplo, contribuir en la medida de mis fuerzas á la prosperidad de aquel importante centro científico de que se enorgullece Las Palmas.

A la Sociedad Económica de Amigos del país prestó igualmente el Dr. Chil servicios eminentes. Desde que ingresó en ella el año de 1861 concurrió asiduamente á todas sus sesiones y colaboró en todas sus tareas desempeñando á satisfacción las comisiones que se le confiaron y los cargos que en la junta directiva le fueron encomendados, con la mayor complacencia y sin rehusar nunca la ejecución de encargo alguno. La Sociedad le distinguió en Marzo de 1895 con el honroso título de socio de mérito como muestra de gratitud por los afanes que á ella había consagrado como socio y como director.

Como hombre de ciencia, el Dr. Chil honró siempre á su patria representándola dignamente en varios congresos científicos del Extranjero, en uno de los cuales, de Antropología, celebrado en París obtuvo la alta distinción de ocupar la presidencia.

Sus *Estudios históricos de las Islas Canarias* constituyen un verdadero monumento; así lo acreditan los juicios formados por la prensa científica y por eminentes corporaciones. Esta obra dió origen al estudio de muchos problemas referentes á la antropología de los aborígenes de estas islas, y por ella mereció su autor la condecoración de Oficial de Instrucción pública de Francia.

Al regresar á esta ciudad en 1857, después de terminar sus estudios en París, introdujo en esta isla el gusano de seda *Bombix cynthia* que se alimenta con la hoja del tártago, que aclimató y propagó, publicando más tarde en el Boletín de la Sociedad Económica un trabajo sobre la conveniencia de desarrollar este nuevo ramo de riqueza.

En 1863, en uno de sus viajes á la capital de Francia, fué sorprendido por el ensayo que se hacía en aquellos laboratorios de los nuevos

productos químicos extraídos del carbón de piedra. Temeroso de que con el tiempo la *fuschina* y *azul de Lyon* sustituyeran la grana ó cochinilla, principal riqueza de nuestro país en la mencionada época, presentó una memoria á la Sociedad Imperial de Agricultura para consultar el parecer de aquella sabia corporación, cuyo dictamen fué favorable á los nuevos tintes. Al regresar á Las Palmas apresuróse á presentar á la Sociedad de Amigos del país las materias extraídas de la hulla y á dar la voz de alerta á nuestros agricultores para que se apercibieran á prevenir los efectos de la ruina que se avecinaba, preparando nuevos cultivos. Desgraciadamente no quisieron oír la advertencia, y más tarde el tiempo dió la razón al Dr. Chil.

En el ejercicio de la Medicina, acudió siempre el Dr. Chil solícito y cariñoso á la cabecera de los enfermos pobres que demandaron sus servicios, añadiendo muchas veces á los auxilios de la ciencia los recursos necesarios para aliviar la miseria.

Como hombre de corazón benéfico y humanitario, tenemos repetidas pruebas. ¿Quién no recuerda que impulsado por sus nobles y caritativos sentimientos promovió y llevó á cabo una suscripción pública para socorrer á los necesitados de Lanzarote y Fuerteventura en un año calamitoso? Las obras del paseo que desde el reducto de Mata y siguiendo las faldas de la cordillera del barrio de los Arenales, domina la pintoresca y extensa vega de Triana, traerá siempre á nuestra memoria su inolvidable nombre.

Este artículo se haría interminable si prosiguiese enumerando méritos y servicios del Dr. Chil. No he tratado, por otra parte, de hacer aquí una biografía del benemerito patricio y hombre de ciencia, trabajo que exige más tiempo y meditación que los de que me ha sido dado disponer, y por eso me he limitado á consignar á grandes rasgos sus cualidades y sus hechos más salientes, por los cuales es acreedor á que se rinda á su memoria justo tributo de respeto y admiración.

FRANCISCO CABRERA Y RODRÍGUEZ.



EL HÁBITO DEL TÍO PENEQUE

Cuando murió el tío Peneque le amortajaron con hábito franciscano porque era costumbre en el pueblo, por más que hubo quien protestó porque aquel endemoniado tío Peneque había sido en vida el mayor perdido y el más desafortado pecador en veinte leguas á la redonda.

No había mandamiento de la ley de Dios que no hubiera infringido, y no contentándose con el desprecio de los preceptos divinos había escarnecido y violado también las leyes humanas, desde las más respetables hasta los bandos del alcalde, peleando con todas las autoridades establecidas y siendo toda su vida terror de guindillas y escándalo de gente timorata.

Pero sobre todas sus faltas, sobre todos sus pecados, sobre todas sus fechorías había predominado en él el vicio de la bebida, poniendo unas veces á sus desafueros un acompañamiento de alcohol y figurando otras como tema principal, como *leitmotiv* á que volvía siempre después de ejecutar caprichosos arpegios en todos los demás vicios y malas pasiones. Había sido para él la taberna templo en que consagraba sacrificios al vicio como á un dios, púlpito y tribuna y cátedra desde donde había lanzado á los cuatro vientos las teorías más perversas y las predicciones más perjudiciales, cuartel general y fortaleza en que más de una vez se resistió con heroísmo de las acometidas de alguaciles y polizontes. La taberna era su centro, su hogar, y el alcohol era para él aire necesario á la vida, la vida misma.

Una sola cualidad buena tuvo mientras permaneció en el mundo aquel modelo de borrachos y aquel dechado de perdidos: la sinceridad con que en su fuero interno—cuando no estaba el tal fuero muy echado á perder por la bebida—se reconocía culpable de todo lo malo y merecedor de castigos ejemplares.

Por eso al salir del mundo de los vivos el tío Peneque no pudo menos de reirse al encontrarse vestido de hábito y se dijo:

—Tiene gracia. ¡Miá que yo vestido de fraile! ¡Recristo, si parezgo un santo!

Esta ocurrencia de su santidad aparente dió á los pensamientos del difunto Peneque un giro nuevo en que se recreaba su picardía: se le vino á las mientes darle un timo á Dios, robarle su entrada en el Paraíso, y así como se había *colado* en el teatro muchas

veces en este bajo mundo, sin pagar, *colarse* en el cielo á favor de su hábito monacal sin haber pagado con oraciones y buenas obras en la vida terrena.

Fijo en su idea, que más le encantaba por su malicia que porque creyera en su buen suceso, se presentó en el cielo con su poca vergüenza, la capucha del hábito muy echada á la cara tapando los ojos borrachines, la cabeza inclinada hacia el suelo, las manos cruzadas sobre el pecho y el aire contrito y humilde.

Gran tropel de candidatos á la bienaventuranza se agolpaba en el portal del cielo. En el fondo del portal abríase la puerta que solo traspasaban los elegidos, y en ella, rodeado del fulgor celeste que salía del interior, cumplía San Pedro su misión, fiscalizando la entrada de los aspirantes á la felicidad eterna.

Prometíaselas el tío Peneque muy felices porque le pareció que San Pedro no era muy minucioso en el reconocimiento á que sometía á los que se presentaban ante él, pero hé aquí que de repente se presentaron en aquella puerta de la dicha, viniendo de lo interior del Paraíso, unos cuantos bienaventurados que miraron con angélica curiosidad á la gente que esperaba en el portal, y alguno de ellos, dando un grito de sorpresa, dijo con mezcla de respeto y llaneza castellana:

— ¡ Señor San Pedro, no deje usted entrar á aquel del hábito franciscano, que es el tío Peneque, el mayor borracho y perdido de mi pueblo !

Y San Pedro, inclinando la venerable cabeza para echar por encima de las gafas una mirada hacia el rincón donde temblaba el infeliz Peneque, exclamó:

—No tengais cuidado: aquí se presentan muchos todos los días con hábitos de frailes y caras de santos; pero yo voy ya siendo muy viejo en la portería para que me la peguen; los conozco en el olor. A este que decís que se llama el tío Peneque le he conocido desde que ha entrado en el portal. ¡Todavía apesta á aguardiente!

Y Peneque, que había ya tomado en serio su santidad, se fué de patitas al Infierno, con hábito franciscano y todo, murmurando:

— ¡ Está visto que ni en el cielo pueden ya entrar las personas decentes !

ANTONIO GOYA.



EL MUSEO CANARIO
HEMEROTECA



El hábito del tío Peneque

(Dibujo de FEDERICO VALIDO)

6

ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS

de la

ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

Antes de salir de aquel pago tomé la precaución de beber un gran vaso de agua azucarada y hacer que abrevasen á mi caballo, pues para recorrer las dos y media ó tres leguas que me separaban de Telde, y siendo ya la una de la tarde, era preciso ponernos en estado de que la sed no nos molestase durante aquella travesía. Cuando pasé por las llanuras indicadas, el calor era sofocante. La piel de la cara, así como el aparato ocular, sufría con la refracción del suelo. No obstante estimular á mi cabalgadura no lograba mover la capa de aire que me rodeaba, la respiración era ansiosa, sentía pesada la cabeza y la hemorragia nasal que me sobrevino, al pasar el barranco de Silva, me indicó que la sangre había fluído más de lo necesario en la cabeza. El pobre caballo sufría también, pues lo fatigoso de su respiración y las violentas inspiraciones que hacía á cada instante me indicaban que el aire no era suficiente para oxigenar su sangre. Observé aun mas. Una de las mejores cualidades que poseía aquel animal era una docilidad que hasta entonces había resistido á todas las pruebas que casualmente se presentaron, pero desde aquel día empezó á retraerse y pararse sin que el látigo ni la espuela ni los halagos fuesen bastantes á moverlo desde que ó encontraba algun calor en los barrancos ó la calidad del terreno reflejaba con fuerza la luz solar. Desde que nos aproximamos á Telde, el calor atmosférico fué cediendo gradualmente. Al llegar á la primera acequia de aquella hermosa campiña, mi caballo se precipitó en ella y, después de apagar la sed, introdujo la cabeza y empezó á agitar el agua con ella. Enviaba yo este buen gusto á mi pobre animal, pero tuve que contentarme por entonces con tomar un refresco y continuar mi viaje á Las Palmas, en donde cedieron la excitación y sofocación que me atormentaban á beneficio de un baño tibio.

Para confirmar la marcada influencia del tiempo sur, consignaré las observaciones que los aficionados á las riñas de gallos han hecho en aquella ciudad sobre estos animales. Según ellos, cuando aquel tiempo reina los gallos pierden gran parte de las fuerzas y se ponen torpes é incapaces para empeñarse en una buena lid, y cuando los sacan de las habitaciones donde los tienen, y los ponen al sol, aunque no sea sino por pocos minutos, se entontecen y casi se imposibilitan para la pelea. Con el tiempo de brisa, por el contrario, están sumamente ligeros y el sol les agrada sin molestarles.

Tales son los efectos nocivos del tiempo sud-este: A pesar de esto se suelen presentar corrientes de aire

fresco á manera de ríos que refrigeran, aunque en corto momento, al transeunte, como lo experimentó el Presbítero y Licenciado Don Emiliano Martínez de Escobar.

El 25 de Julio de 1866 regresaba éste de San Bartolomé de Tirajana á Las Palmas. Desde la media noche el levante había empezado á soplar con extraordinaria violencia, el aire quemaba y anunciaba aumentar el ardor á la salida del sol. Empezar en aquellas circunstancias la subida á las cumbres, atravesarlas con el sol descubierto y bajar la cuesta de las Arenas para llegar á San Mateo; es decir, andar hora y media ó más al abrigo de las rocas, recibir después el viento de lleno durante igual tiempo y luego sufrirlo casi de frente por un suelo de arenas, era exponerse á una congestión ó cualquiera otra enfermedad que, sin auxilios de ninguna clase, le hubiera costado la vida. En la necesidad de llegar aquel mismo día á la capital, resolvió tomar el camino de la costa, por donde esperaba que las brisas marítimas podían templar los efectos del calor. Así lo hizo y aunque bastante molesto pero aprovechando algunas veces las sombras de los montes que guarnecen el camino, llegó al barranco de la Angostura que tenía que atravesar en una línea oblicua bastante larga. Al llegar á poco más de su mitad encontró una gran corriente de aire fresquísimo que venía del mar, pero tan fresco que le hizo detenerse algunos minutos para recibir todas sus gratas impresiones con inefable delicia. Su caballo experimentaba igual placer hasta el punto de estremecerse de gozo. Concibió entonces la esperanza de que en aquel punto ya había cesado el viento que hasta entonces le había sofocado y picó su cabalgadura: pero con gran sorpresa suya cesó á los pocos minutos aquella agradable temperatura, volviendo á entrar en la sofocante atmósfera que había dejado y que le siguió con igual intensidad hasta llegar á Telde. Ahora bien ¿qué explicación dar de este fenómeno? Cuando me lo manifestó, tal cual lo he referido, me pareció encontrar la causa en que en un punto de aquellos grandes focos que forman la disposición de esos barrancos había sido tal la fuerza del calor que produjo una dilatación del aire atmosférico que allí había y estableciéndose una corriente en las capas elevadas de la atmósfera, esto produjo en aquella región un vacío, y para llenarlo, el aire marítimo se precipitó á fin de restablecer el equilibrio y fué la causa de esas corrientes, que según mi amigo me manifestó, eran bastante fuertes, lo que le impresionó vivamente. Fenómenos análogos he observado varias veces en algunos viajes que he hecho.

DR. CHILY NARANJO.

(Continuará)



ANTONIO GOYA



Hace cuatro años, en 1897, á mi regreso de Madrid después de haber terminado los estudios de mi carrera, encontré aquí á media docena de amigos empeñados en la idea de fundar un *gran* diario independiente. Estaban locos los pobrecitos; yo también lo estaba entonces, porque aún no había adquirido la experiencia periodística—tanto más provechosa cuanto más cara me ha costado—que hoy tengo, y fácilmente me dejé *complicar* en la empresa. Echamos á la calle *El Figaro*, que no nos resultó ¡ay! tan *grande* como queríamos, porque á los cuatro meses se nos murió entre las manos. Y eso que mucha gente nos animaba á proseguirlo, diciéndonos que estaba muy bien escrito y que hacía honor á nuestra prensa. Sí, gustaba á muchos, pero no todos gustaban de pagar la suscripción.

Pues de la época de *El Figaro* datan mis relaciones con Antonio Goya. Fué mi colaborador más consueto en aquel diario y el único que llegó conmigo hasta el fin. La noche que, vista ya la imposibilidad de sostener el periódico, resolvimos suspender su publicación, sólo él y yo estábamos en la redacción. Mientras yo arreglaba la gacetilla del último número, él escribió el artículo de despedida.

Y desde entonces Goya ha sido mi compañero inseparable en cuantas empresas periodísticas he acometido. *Las Efemérides* se vieron, durante mi dirección, honradas casi á diario con su firma. EL MUSEO CANARIO, ahora, le cuenta entre sus colaboradores más asíduos.

Esta relación de convivencia literaria entre Goya y yo, de la que ha nacido un sincero afecto personal, hace que, al traer hoy á las páginas de esta revista su nombre como actualidad literaria,—con motivo de la reciente publicación de su libro *Cuentos de la vida y de la muerte*—prefiera hablar del autor á meterme en críticas de once varas, con tanto más motivo cuanto que tengo el convencimiento de que no soy yo el Mesías crítico por que suspiran actualmente varios escritores de la provincia.

* * *

Antonio Goya es uno de esos individuos cuyo aspecto exterior no revela lo que llevan dentro. Visto por fuera, ó tratado superficialmente, creeríasele un hombre huraño, tristón, estirado y de mal genio: es que habla poco, pasea solo casi siempre, y su rostro, en el que sobresalen la nariz grande, los largos bigotes y la barba en punta, tiene cierta expresión mifistofélica solo amortiguada por su mirar de miope. Pero conocido interiormente, tratado en la intimidad, el aspecto serioso y grave desaparece y se ve en él un hombre de carácter sencillo, franco y expansivo, de conversación amena y chispeante, de espíritu alegre con la alegría sana de un temperamento bien equilibrado.

Y así es, efectivamente, su temperamento tal como se refleja en sus escritos. La vida real aparece en sus cuentos observada con escrupulosa exactitud. Goya no se ríe de lo que es serio, pero no le da por lo sentimental y lo trágico y sabe reírse, cuando hay de qué, con franca carcajada sin hipocresías ni acrimonia. No se crea, sin embargo, que es un escritor frío, incapaz de sentir hondo. Sus cuentos *Últimas representaciones* y *Bajando á la muerte*, entre otros, prueban lo contrario.

Tal vez en su manera de *ver* la vida influya su modo de vivir. Goya es empleado del Banco de España—interventor de la Sucursal de Las Palmas actualmente,—y el trabajo regularizado y metódico con la seguridad de su exacta remuneración da confianza y apacibilidad al espíritu. Las tareas literarias son para él un pasatiempo, una ocupación en que recrea gratamente sus ocios después de haber cumplido cada día su obligación. No tiene, pues, las graves preocupaciones que agrian el carácter de los que viven de la pluma y más aún de los que aspiran á vivir de ella: la necesidad de abrirse paso, primero, de mantenerse en el puesto conquistado, después, cuando se ha tenido la fortuna de conquistarlo. Por otra parte, no tiene tampoco ese exagerado amor propio que, según *Figaro*, es el primer amor de los literatos. Le agrada y le satisface el aplauso público, como á todo el que da al público lo que escribe, pero no siente la necesidad de sacrificar nada ni de tomarse grandes molestias por buscarlo.

* * *

Goya es, no solamente un cuentista notable, sino también, un brillante y amenísimo cronista y un poeta de exquisito gusto. Sus traducciones en verso de poetas franceses, italianos, portugueses é ingleses—idiomas que conoce *literariamente*—son magníficas y asombrosamente ajustadas á sus originales. Podría ser además, si quisiera, como dijo acertadamente *Gente Nueva*, un excelente crítico. La cultura sólida y extensa que posee no les vendría mal á muchos de los que ejercen por todo lo serio el consabido sacerdocio.

Su estilo literario, de que hay hermosas muestras en los veinte y cinco cuentos coleccionados en el libro *Cuentos de la vida y de la muerte*, es sencillo é impecable, sin rebuscamiento ni afectación ni dislocaciones ni relampagueos artificiosos de esos á que han dado algunos en considerar como la última expresión del modernismo, siendo cosa tan vieja.

J. FRANCHY Y ROCA.

BREVE RESUMEN É HISTORIA

MUY VERDADERA

DE LA CONQUISTA DE CANARIA ESCRITA POR ANTONIO

DE SEDEÑO, NATURAL DE TOLEDO,

UNO DE LOS CONQUISTADORES QUE VINIERON

CON EL GENERAL JUAN REJÓN

(Continuación)

Las puertas de sus casas y cuevas era solamente un palo como tranca atravesado de parte á parte, en las puertas; hubo toscas de tabloncillos con aldabas de palo que se cerraban y abrían con llave de palo que corría á una parte y á otra.

Cortaban el cabello y lo que habían menester con astillas de pedernales, enrubiaban los cabellos ellas y ellos como fuesen nobles, mas las villanas también eran trasquiladas. Tenían el pedernal que servía de cuchillo engastado y encajado, un cuerno de cabra por puño; el noble no cortaría carne aunque lo matasen; los que la partían eran muy vituperados de bajeza y villanía.

La pesca y las huelgas de la mar y los baños lo tenían los mas nobles por ejercicio y aún el Guanartheme era famoso pescador; cogían gran cantidad de pescado en corrales que hacían y lo más con anzuelos de cuerno de carnero labrados con fuego y agua caliente con los pedernales y eran fuertísimos, aún mejores que los de acero. La cuerda para el anzuelo hacían de la estopa de las palmas una tomicita fuerte y delgada y otra era gruesa; las cañas no las tenían y eran varas de sabina largas y encorbadas á la punta; tenían también redes que las echaban á nado tiéndolas de pardo y las boyas de corteza de pino y pencas de palma, y las más recias las tejían de juncos; cogían mucha sardina y echábanlas en las playas de arena y en las de muchas piedras ponían nasas sobre maderos.

Edificios y casas de los canarios

Toda la Isla la tenían bien poblada de gente en el tiempo que comerciaban con los isleños de las Baleares que son Mallorca y Menorca, islas que tuvieron los iberos españoles; tenía Canaria diez mil hombres de pelea; tuvieron una gran población muy antigua, según se ve el distrito de sus cimientos en Arguineguín, mas en el tiempo de la conquista la mayor era Gáldar, onde tenía la corte Guanartheme. La más gente y común habitaba en cuevas de risco y grutas de peñas, haciendo algunos reparos contra el tiempo; tenían casas fabricadas de piedra

sola sin mezcla de barro, que cal no conocieron: las paredes eran anchas y muy iguales y ajustadas que no habían menester ripios; húbolas de muy grandes piedras que parece imposible que hombres las pusiesen unas sobre otras. La mayor casa que se halló fué la de Guanartheme, y otra casa canaria llamada Roma que sirvió de fuerte á los españoles ó de torreón en la conquista á Alonso de Lugo. Levantaban las paredes de buen altor, unas más que otras, y encima atravesaban maderos muy gruesos de maderas incorruptibles, como tea, sabina, cedro ú otros; poníanlos muy juntos y encima ponían un enlosado de pizarras ó lajas muy ajustadas y encima otra camada de tierra ó yerbas secas y después tierra mojada y apretábanla muy bien, que aunque llueva muchos días corre el agua por encima sin detrimento alguno; las entradas de estas casas es un callejón angosto en algunas y después el cuerpo de la casa cuadrado y con aposentos á los lados y enfrente á modo de capillas; síguense á estas otras allí juntas entre aquellas cavidades y forman un laberinto con sus lumbreras; en ellas reparten sus familias y lo que han de comer. En las cuevas peleaban tan fuertemente que era cosa de admiración; éranles fuertes alcázares de donde chuzos y cantidad de piedras y peñas rodaban; también las mujeres peleaban de lejos con las piedras y las varas arrojadas; no salían á pelear si no los iban á buscar y si podían lograban muy bien sus asaltos.

Sólo una casa, que fué la de Guanartheme, hallóse forrada en tabloncillos de tea muy ajustados que no se conocían las junturas; encima estaban pintados de blanco con tierra y de colorado con almagre y de negro con carbón molido unos ajedrezados y tarjetas redondas á modo de quesos por el techo. Otra casa estaba muy grande y pintada junto a Roma que servía de seminario ó recogimiento de doncellas, hijas de hombres principales, onde tenían una maestra, mujer anciana de buena vida; enseñábanlas á cortar y coser zamarrones y pieles que se vestían y otras cosas necesarias para tomar estado y saber servir su casa. Si en alguna cosa erraba alguna de ellas, llamaba la maestra á todas y poníalas en rueda y decía: «Si yo fuera hija de tales padres (y nombraba los de la doncella) y hubiera hecho tal descuido ó pecado, yo merecía que me hiciesen tal castigo», y luego daba en el suelo muchos golpes con un manojo de varas, y con esto quedaba muy llorosa y enmendada.

(Continuará)

EL MUSEO CANARIO
BIBLIOTECA

El Museo Canario

Revista decenal

Órgano de la Sociedad del mismo nombre

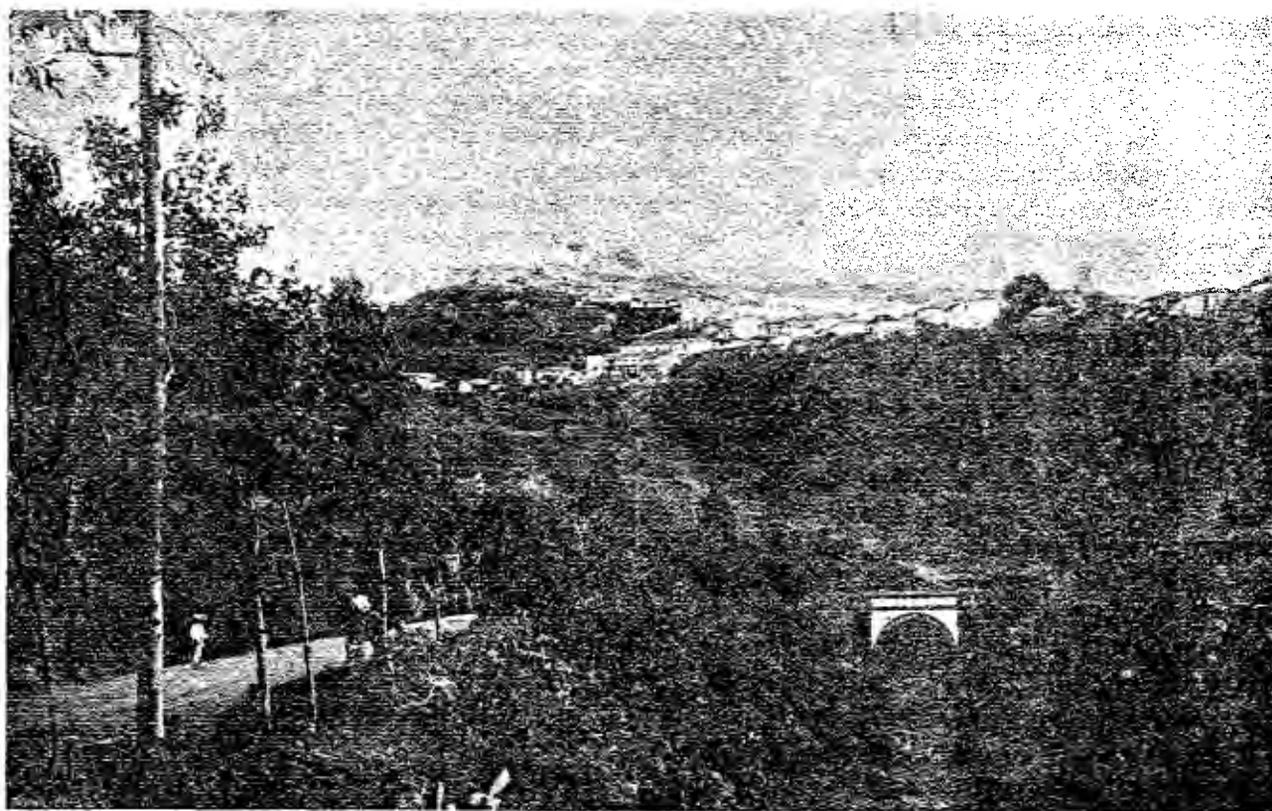
establecida en Las Palmas

para el adelanto de las Ciencias, las Letras y las Artes

Número 42. 130

Las Palmas 20 de Julio de 1901

LA TIERRA CANARIA



Un paisaje de Tenerife

Donativo de la casa de Vega Grande al Museo Canario

El señor D. Fernando del Castillo Westerling, antes de su muerte, hizo el encargo á sus hijos de entregar al *Museo Canario* cuantos objetos coleccionaba y guardaba relativos á la raza primitiva de esta Isla. Cumplieron sus hijos el mandato y aún prometen enriquecer nuestras colecciones con otros objetos de la misma procedencia que se custodian en sus posesiones del Sur y con los que aparezcan en rebusas por ellos proyectadas en la extensa zona de Arguineguín, Mogán y Guayadaque que debió constituir uno de los grandes centros de población indígena.

El primer lote, ya recibido, de objetos de Antropología, Indumentaria y Cerámica indígenas, constituye un donativo digno de la Casa de Vega Grande, tanto por el número de objetos, como por la importancia notable de todos y verdaderamente excepcional de algunos.

De la exactitud y justicia de estas apreciaciones puede juzgarse por los siguientes apuntes descriptivos.

Sección de Antropología

1.º Una momia completa, con sus correspondientes envolturas de pieles, que mide 2'25 m. de longitud incluyendo las cubiertas. Como en todas las que conocemos de procedencia canaria, el cadáver está colocado en decúbito supino, en completa extensión con los brazos á los lados del tórax. La mortaja de pieles está abierta en la línea media de arriba abajo por un corte reciente y, á través de esta cisura, descúbrense y puede tocarse el esqueleto del tórax, descarnado y sin conservar otra cosa que vestigios muy incompletos de las partes blandas momificadas; la cabeza, imperfectamente explorada por esta brecha, se halla también reducida al estado esquelético, sin restos de piel, cabellos, ni barba. Las demás partes del cadáver resultan invisibles, protegidas como están por la mortaja íntegra. Bajo este punto de vista, este hermoso ejemplar tiene el mismo defecto que los otros de igual clase conservados en el Museo. Falta hasta hoy en sus colecciones uno que conserve las partes blandas momificadas, como el que existe en el Museo de Madrid, procedente de Gáldar, y el del Museo de Ta-córonte hoy propiedad de una nación americana. Solo poseemos fragmentos cadavéricos momificados, entre ellos una cabeza procedente de Tirajana, notable ejemplo de momificación que puede competir con los mejores de su clase. La envoltura de la momia que describo, está formada como la de todas sus similares por una serie de capas de pieles superpuestas que en el sitio del corte llegan á diez y siete y que, dobladas sobre la cabeza y bajo los pies, forman una protuberancia considerable. Estas pieles están cosi-

das por medio de delicadísimas suturas superiores á las de los guantes modernos, cosa digna de admirarse si se tiene en cuenta lo primitivo y rudo de sus agujas formadas por huesos ó espinas. En los miembros abdominales las pieles están sujetas por lazos de correas anudados con el nudo hoy llamado de cirujano. Las diversas capas están unidas entre sí por una sustancia bituminosa de color obscuro que en este ejemplar ha desaparecido en gran parte fundida por la acción del calor. Así sobrepuestas y adheridas, fijanse á los contornos cadavéricos haciéndolos resaltar, lo cual ha permitido medir el cadáver, que tiene 1'85 m. de longitud. Es un hermoso ejemplar, el más hermoso que hoy posee el Museo Canario.

2.º Un esqueleto incompleto conservando algunas partes blandas momificadas. Los sitios en que la momificación es más perfecta son las regiones cervico-dorsal, el hombro derecho, las articulaciones costosternales, las manos y articulaciones coxofemorales. Faltan ambas piernas.

3.º Fragmento esquelético con partes blandas semi-momificadas. El cráneo está completo y unido á la columna vertebral. Conserva también algunas costillas y un pedazo de miembro tórácico.

4.º Varios huesos sueltos y algunos fragmentos momificados.

5.º Cabellos en que se observan cuatro matices: negro, castaño obscuro, castaño claro y rubio.

Indumentaria

1.º Varias muestras de tejidos de junco, semejantes á los modelos que ya poseíamos.

2.º Una pierna de calzón de piel de una sola pieza, cosida por medio de una correa fina de la misma materia. La piel está labrada por la parte adherente por cortes superficiales, biselados, dispuestos en líneas rectas transversales.—Ejemplar único.

3.º Un adorno,—ciaturón ó collar, aunque por sus dimensiones más parece esto último,—construído con hojas de palmera. Uno de los bordes está formado por un cordón en cuyos extremos hay otras dos cuerdas de menor diámetro que servían para anudarlo. En el cordón principal están insertadas las hojas de palma que caen como un festón, recortadas en su extremo libre á objeto de igualar las puntas por medio de un instrumento de corte imperfecto que antes machacó que cortó los filamentos vegetales. En el Museo solo existe un ejemplar análogo: un *tapa-rrabos* construído con fibras de junco. Ejemplar único.

Todos estos objetos fueron encontrados en el barrancó de Guayadeque.

Cerámica

1 jarro de barro cocido,—como todos los demás de

esta colección.—Por su forma representa dos conos unidos por sus vértices truncados, siendo la base mayor convexa y correspondiente al fondo. Un asa rectangular aplastada de arriba abajo y atravesada cerca de su unión al cuerpo por un agujero que servía para colgar este utensilio. El barro es de color obscuro uniforme.

1 jarro de figura cónica truncada con la base mayor en el fondo también convexo. Asa única con los caracteres de la anterior. Ofrece dibujos pintados en rojo y dispuestos en franjas: una rodea circularmente la boca y es continua, las otras son rectangulares, transversales é interrumpidas.

1 vaso ó jarro pequeño (*tabite*) cilíndrico de barro mal cocido, sin color ni barnizado. Su estructura es muy imperfecta.

3 fragmentos de tabites muy pequeños.

1 cazo ó taza con asa única y rota. Figura redondeada, de poca altura, con fondo convexo biselado ampliamente. Ofrece vestigios de dibujos muy borrosos en color rojo.

8 cazos de mayor altura que el anterior, pero correspondiendo al mismo tipo cerámico, de capacidad distinta, pero sin que ninguno rebase la de una taza moderna. Todos tienen un asa cuadrangular agujerada ó vestigios de su rotura, excepto uno que la tiene anular y rota. Un ejemplar es notable por ofrecer un dibujo en color rojo dispuesto en triángulos.

2 cacerolas anchas y de poca altura, del propio tipo de los cazos, con asa de iguales caracteres. Todos estos utensilios tienen el fondo convexo y biselado.

1 plato también del mismo modelo, pero con el fondo plano.

1 ánfora. Es el modelo más hermoso de nuestra colección. Los ejemplares de este tipo representan el límite del esfuerzo artístico dentro de la humilde cerámica indígena: la proporción y elegancia de las líneas recuerda, aunque de lejos, el arte griego. Representa un cántaro de elegantes proporciones, con pie plano y boca en embudo, que lleva á los lados del cuerpo simétricamente preuidas dos asas huecas con vertedero que suben hasta el nivel de la boca. Estas asas son cilindro-cónicas y atravesadas en su base, ó sea en su unión al vientre del ánfora, por dos agujeros. Indudablemente no servían, á pesar de ser huecas, para escanciar líquidos, pues que su misma disposición lo hace imposible á menos de no verterlo simultáneamente por la boca y las asas; de modo que solo pueden considerarse como objeto de lujo y adorno, lo cual justifica plenamente la denominación de ánforas con que el señor Cabrera Rodríguez, conservador interino, calificó otros ejemplares que poseía el Museo. Su superficie está pintada: el cuello y las asas, de rojo y el cuerpo en franjas paralelas verticales, rojas y negras alternativamente.

6 ánforas de tamaño medio y pequeño modeladas con arreglo al tipo descrito. Tres de ellas presentan algunos desperfectos. Una es notable por ofrecer dibujos hechos á manchas de ocre sobre fondo rojo uniforme.

1 cántara hermosísima por su elegancia y esmerada factura, de color uniforme rojo-caoba y barnizada. A los lados del vientre presenta dos asas semilunares con agujeros. Tiene tapadera con dos asitas anulares. Ejemplar único.

1 tinaja de gran tamaño. Brocal ancho y circular, cuerpo redondeado, fondo casi plano que corta bruscamente la curva del vientre, afeando sus proporciones. Ofrece vestigios de dibujos rojos.

1 jarra cuyos diámetros transversos dominan sobre la altura. Color rojo con manchas negras. Asa cuadrangular única, algo encorvada con la concavidad arriba y adentro y escavada en su cara externa por un surco ó canal á partir del agujero que la atraviesa.

1 jarro correspondiente al mismo tipo anterior, pero en el que predomina la altura sobre las otras dimensiones. Es un ejemplar notable por la brillantez del colorido, rojo uniforme como fondo, sobre el cual se nota la superposición de manchas redondeadas en negro. Lleva una leyenda que expresa fué encontrado en una cueva de la jurisdicción de Mogán, sobre el mar.

2 cántaros de barro blanquecino que por su color recuerda la alfarería de Fuerteventura. Su carácter principal está en el asa que consiste en un arco robusto que comenzando en el centro del cuerpo de la vasija termina en la boca. Su borde externo ó convexo está profundamente escavado hasta tal punto que parece dividirlo en dos aletas paralelas que luego se juntan arriba antes de soldarse con la boca del cántaro. Poseemos en el Museo algunos ejemplares análogos pero que se distinguen como formas derivadas de este tipo cerámico, porque el asa queda suesta hacia arriba sin soldarse al borde libre de la vasija.

1 cántaro análogo á los anteriores en la forma del cuerpo, pero con asa anular ordinaria. Es un modelo muy bien acabado.

4 ollas con tapaderas. El cuerpo de la olla es redondeado, estrechando en los polos superior é inferior, aunque más en este para formar el fondo. A los lados del vientre tiene dos asas simétricas y anulares. La tapadera es ligeramente convexa en su plano superior, excepto en una que es cónica. Todas llevan dos pequeñas asas anulares, y dos topes en la superficie interna para conseguir el ajuste entre la cubierta y el borde libre de la boca. Uno de estos ejemplares presenta algunos desperfectos. Uno presenta un orificio y otros dos entre el asa del cuerpo y su borde, quizás para evitar que la ebullición de los líquidos produjese un brusco levantamiento de la tapadera.

2 ollas muy pequeñas, como juguetes, que reproducen á la perfección el modelo anterior en tamaño reducido. Es un trabajo curioso y bastante delicado.

1 olla, tipo derivado del anterior, que se distingue por el predominio de la altura sobre el diámetro transversal medio. Su base es plana.

1 olla de mayores dimensiones, semejante en las proporciones relativas del cuerpo á la precedente. Sus dos asas corresponden á otro tipo: son simétricas, piramidales y atravesadas por un agujero cerca de su base. Falta la tapadera. El fondo es plano.

1 olla con un mango aplastado de arriba abajo y algo encorvado con la concavidad hacia arriba y adentro; un agujero para colgar lo atraviesa cerca de su base. Modelo único.

1 olla con mango cilindro-cónico, macizo, atravesado de adelante atrás por un agujero. Poseemos otro modelo análogo; pero tiene dos mangos simétricos.

1 pequeño recipiente de barro mal cocido que puede compararse al modelo reducido de una pila ó tina moderna. En su sección transversal es elíptico y rectangular en la vertical. Tiene como detalle característico tres orificios cerca del borde libre, dos á un lado abiertos simétricamente y otro en el centro del opuesto, como si hubiesen sido destinados al paso de tres cuerdas para colgarlo. Modelo único.

2 otros recipientes mucho más pequeños que el anterior y muy toscos: uno tiene figura elíptica, escavado en una masa de barro mal cocido. Exteriormente es redondeado con dos asas rudimentarias en los extremos del eje mayor. El otro, aún más pequeño, es comparable á la huella en barro de un dedal moderno: es como una impresión digital muy imperfecta. En un punto del borde presenta dos pequeñas protuberancias separadas por una ranura, como vestigios de un pequeño mango bifurcado.

1 tacita de figura de una valva provista de un mango único en su clase. Se eleva verticalmente del borde, es rectangular y aplanado de derecha á izquierda. Poseemos otro modelo que guarda con este cierto aire de familia, pero el mango es cilíndrico.

1 vasija, tipo derivado de los zahumadores. Consiste en un recipiente cónico truncado con la base más pequeña en el fondo. Este no está provisto de agujeros como en los zahumadores clásicos; pero su superficie interior conserva inequívocas señales de haber servido para la combustión de alguna sustancia. Como los zahumadores tiene un mango que en este caso es prismático rectangular, aplanado de arriba abajo y algo curvo, con concavidad superior y agujero para colgarlo. Ejemplar único.

1 jarro de caprichosa forma con vertedero. El cuerpo es prolongado en el sentido de la altura y ofrece dos asas simétricas, aplastadas de arriba abajo y algo encorvadas con agujeros en su base. Entre las

dos asas se observa el vertedero, tubo cilindro-cónico, atravesado lateralmente por un agujero en su base. El borde de esta vasija presenta algunos defectos.

1 vaso de fábrica muy tosca, barro casi crudo y pequeñas dimensiones. Figura un ovoide hueco con su mayor eje de arriba abajo. Los dos polos del ovoide son truncados correspondiendo uno al fondo, que es plano, y el de arriba, á la boca, que es bastante estrecha. En la línea que pudiéramos llamar ecuatorial hay un reborde tosco, y lateralmente se eleva otro desde el fondo al borde del vaso, ofreciendo cerca de este punto vestigios de un asa rota. Por encima y por abajo del resalte ecuatorial hay varios surcos paralelamente dispuestos en sentido vertical, labrados en el propio barro con un punsón. Por su estructura corresponde á la cerámica de la raza guanche pura, siendo de notar las líneas labradas, ornamentación propia de los habitantes de Fuerteventura, Tenerife y Palma, y que en Gran Canaria estaba sustituida por dibujos en color. Ejemplar único.

2 tapaderas de olla, una cónica, otra plana, las dos con asas anulares. Está la primera pintada á triángulos alternados rojos y amarillos, cuyos vértices superiores coinciden con el del cono. Interiormente tienen un reborde circular para el ajuste con la boca de la vasija.

1 *pintadera* rectangular prolongada, con mango roto. Su dibujo esculpido en el barro, como el de todas las pintaderas, es una combinación sencilla de rombos diminutos.

1 cabeza de escultura de tamaño muy reducido, fracturada por el cuello. ¿Pretendió el primitivo artista reproducir una figura humana ó representar alguna deidad? Solo me adelanto á decir por ahora que no hay en este fragmento ningún carácter que permita asegurar que se trata de un ídolo. La obra es de lo más inocente y primitivo que pueda imaginarse y, á pesar de todo, la que más se acerca á la interpretación de la figura humana entre las de nuestra colección. Las orejas muy altas á los lados del cráneo, como las de un perro, presentan dos pequeños orificios en representación del conducto auditivo. Otros dos más grandes representan los ojos con líneas indecisas que corresponden á las cejas y surcos palpebrales. Entre ambos arranca la nariz, una elevación deforme, y, por debajo, otro agujero imita la boca limitada inferiormente por un resalte, representación de la barba, separándola de un fragmento de cuello.

Por último se recibieron algunos fragmentos de vasijas sin clasificar.

La mayor parte de estos objetos fueron encontrados en Arguineguin, algunos en el barranco de Guayadeque y uno en Mogán, según se expresó al describirlo.

L. MILLARES.



ESCEJAS Y CUENTOS DE TERRUNO

EL PIQUE

I

¿Qué hacía Ramón de pie como una estatua á la orilla del huerto, *cachorra* en mano, apoyados sus brazos inmóviles sobre el cabo de la azada? Rezaría... De allá, del pueblo, echado voluptuosamente en las faldas de la Montaña, por la cual bajaban desde el cielo oleadas de luz caliente que envolvía la campiña cerniéndose por la vega como lluvia de oro, venía el sonido acompasado de las campanas, llevando por el aire, en sus vibraciones que se perdían estremecidas en lo infinito, la oración del medio día.

El agua, libre de la azada que la contenía conduciéndola por nuevos surcos á regar los sedientos maizales, desbordábase por sobre de los lomos resecos del cantero bajo corriendo por entre los millos y las gramas tiernas hasta inundar los espesos cañizales de la orilla.

Y mientras el agua en la tronera estallaba en frescas risotadas desparramándose libremente por el huerto, Ramón, alelado con la contemplación adormecedora del paisaje de luz, soberbio, que tenía por fondo un cielo azul tennísimo sobre el que recortaba el monte sus colosales facetas de pirámide, fijaba sus ojos en la verdegueante llanura de la vega, donde los platanales formaban un mar de esmeralda que se desbordaba entre las caserías y las arboledas, cortado bruscamente por la faja gris del barranco y perdiéndose con él tras los enormes arcos del puente de Marmolejo.

Entonces, en la quietud serena, adormecedora, un grito sonoro, como un arpegio, volvió á la realidad al mozo.

¡Ah, Ramón!!...

Era el hermano de Ságeles, de su Ságeles, que le reconvenía por su descuido en dejar correr el agua libremente, y venía de parte de su hermana á decirle que pasara por allá á la tarde.

—¿Tú ves una maretá, concio? Pos asína está el guerto de cho Pancho. ¡Huy, cómo está de encochinao!...

Sí; me voy á tiro, que maestro Pepe Santana, el de allá enfrente, nos está contando un cuento... ¡Hia! Da ganas de reir. Dice que la mujer á tuvíó ocho hijos y tres tras... trasbordos... ¡Concio!

¡Ságeles! Hermosa flor nacida entre los maizales de la vega al beso caliente del sol cuyos rayos se posaron en sus ojos llenándolos de fiebre y de serena dulzura.

Nacieron sus amores, como ella, al beso de la brisa que pasa estremecida quebrando suavemente los tiernos maizales y deja dulce perfume de azahares y clavellinas...

Él bajaba del pueblo una mañana. La vió recostada sobre el muro de la portadilla, junto á la *talla* que iba á llenar en la tronera para regar las clavellinas que alegraban su patio bajo la fresca sombra del emparrado cargado de racimos. ¡Qué hermosa! Su semblante entre los pliegues del pañuelo de lunares azules, tomó las coloraciones de las amapolas, que abajo, en las orillas del barranco entreabrían sus hojas de seda formando rojos tapices sobre el verde profundo de los maizales. Los brazos trigueños, acodados sobre el reborde del canto, sostenían entre las manos cruzadas la rubia cabecita, inmóvil, donde el semblante en éxtasis apacible, á la contemplación del mozo tomaba los tintes de las amapolas y los ojos profundamente azules, como el cielo, llenos de fiebre, soñadores, brindaban en su mirar sereno las primeras palpitations del amor, de un amor sencillo, espon-

táneo, silvestre, que nació lleno de perfumes como los azahares á las primeras caricias de la luz.



Así comenzó aquel idilio lleno de paz, de amor, de sencillas ternuras, reveladas tímidamente, rústicamente, en diálogos ruborosos, inocentes, en frases llenas de cariño, en ardorosos trujanes cantados en la *descamisada* entre la alegre algazara de los mozos y los acordes de las guitarras que pulsaban los tocadores sobre los montones de mazorcas peladas, confundido con el ruido de la deshoja para que ella sola los oyera...

Así se cantaban sus amores más libremente, á la luz del sol que sembraba de oro la campiña, en aquel paisaje de luz, de tintes de esmeralda, de frondosas arboledas que tenían por marco las violadas sierras de Tamadaba coronadas de pinos y por mudo testigo de sus amores el inmenso cono del Monte escultural cuyo alto pico se perdía en las azuladas lejanías como abrasado por un fantástico incendio...

Ramón y Ságeles se amaban firmemente, con toda la fuerza de sus corazones, y aguardaban á que el mozo vendiera la cosecha del millo para casarse. Él había echado tejado nuevo á la casita de alto y bajo, enclavada en la misma finca, que no se había abierto desde la muerte de su madre, allá por el mes de los Santos... Ya estaba todo limpio, todo albeado, la cocina bien provista de leña, planchada y colgada de

la caña la colgadura llena de velos, que estrenó su madre cuando él nació. Y no faltaban sembrado bajo de la cama el real en cuartos viejos ni en la caja la escudilla con sal, que con la boda habían de traerles la fortuna... Mientras tanto, hasta la noche de la boda, que se celebraría al empezar el mes de la Pascua, cumplido ya el año de la muerte de su buena madre y vendido el millo, bien merecía la pena dormir en el pajar, sobre el blando lecho de los *caparachos*, para no arrugar la camita limpia, con su ruedo de pajaritos y sus fundas marcadas de encarnado...

Ramón no tenía penas, era feliz. Sentía que su madre no fuera testigo de su felicidad, pero, buen hijo, allá la veía sonriente bondiciéndoles desde el cielo... Su alma sin hieles, sin odios, sin rencores, solo se veía amargada de vez en vez, cuando su imaginación tropezaba con el nombre de Sinforiano, el hijo de tío Antonio el Burro, que empeñado en hacerse querer de su Ságeles, de la mujer que iba á ser suya, suya para siempre, la seguía cortejando, la perseguía, la hacía sufrir hablándole mal de él, del pobre Ramón, cuya alma sin hieles, sin odios, sin rencores, solo se veía amargada cuando de vez en vez venía á su recuerdo el nombre del hijo de tío Antonio el Burro. ¡La mala sombra! Se interponía siempre en su camino, ¡era un cobarde!

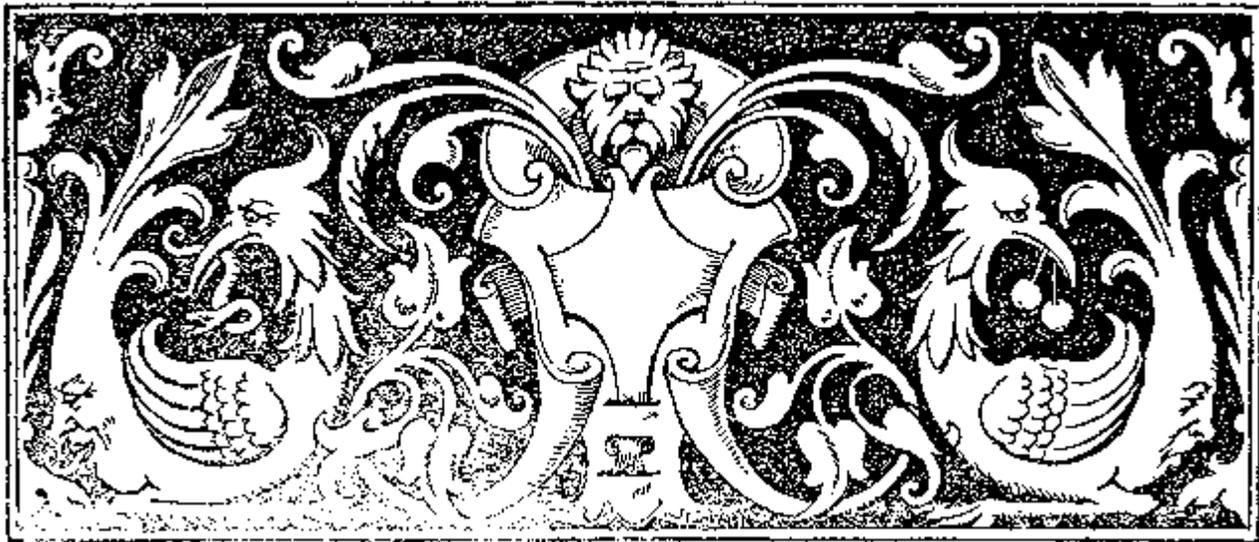
¡Vamos! pensando en esto, Ramón descansaba á la puerta del pajar, contemplando la caída del sol, entre nubes arreboladas y nimbos de color de lirio que envolvían á la tierra en sus resplandores melancólicos. Ságeles le llamaba. Había mandado á Periquillo dos veces... Quería ir á la *última* del esterero aquella noche, sin duda. Quería contarle algo, algo malo, de Sinforiano... ¡La mala sombra! Su alma sin hieles, sin odios, sin rencores, tendría que defenderse, que defenderla...

Y mientras á lo lejos moría la tarde entre nubes arreboladas y nimbos de color de lirio, y de la superficie del agua estancada en las albercas salía el cricrac desafinado de las ranas que se preparaban á dormir despidiendo al sol, Ramón se fué en busca de su Ságeles, con el alma oprimida, como si presintiera una gran desgracia.

J. BATLLORI Y LORENZO.

(Dibujos del mismo.)





LA TRISTEZA DE LOS ESCRITORES

Llama poderosamente la atención de los hombres observadores la tristeza invencible que se advierte en las obras y aún en la vida de gran número de los escritores contemporáneos. Quiere hallarse una explicación á este hecho en el divorcio que fatalmente existe entre el hombre de inteligencia superior y el común de los mortales; pero la explicación no satisface si recordamos que los escritores antiguos se vieron casi todos libres de esta tristeza moderna, y que también casi en absoluto la desconocen las literaturas de las razas orientales. Debe reconocer otra causa la tristeza que agobia á los modernos escritores europeos y á los americanos que en los europeos beben inspiración, estilo, lenguaje y modos de reflejar lo imaginado ó lo observado en la realidad.

Descartando desde luego á los escritores cuya tristeza proviene del concepto que se han forjado del mundo, del sistema filosófico creado ó adoptado, á los que siguen las huellas de Schopenhauer, ó por la fuerza de su propio pensar hacen brotar del fondo de su sér la flor negra del pesimismo, eliminando también á los escritores que son tristes, no porque tales escritores sean, sino por las miserias ó las dolencias que como hombres han tenido que sufrir, nos queda un número inmenso de escritores cuya tristeza hemos de explicarnos de modo distinto, sin apelar á los lugares comunes que ellos mismos emplean para disculpar y hasta para encomiar como una gracia su tétrica pesadumbre.

Con la difusión de las luces que caracteriza al mundo moderno, con la democratización de la cultura intelectual, con las enormes facilidades que actualmente tiene todo el mundo para instruirse y educar el gusto literario, ha crecido prodigiosamente el número de los que escriben bien; pero como si el *poder de creación* del hombre estuviera sujeto á cierta limitación en el número de los individuos que pueden poseerlo, parece como que este poder no ha crecido, ni

mucho menos, en las mismas proporciones de los que escriben bien.

Y de aquí un desequilibrio. Hay un gran número de hombres que poseen un instrumento, la *escritura*, tomando esta palabra en el sentido limitado que se le da á veces en francés á su casi equivalente *écriture*, que saben escribir literariamente, en una palabra, y que no descubren campo en que emplear su actividad y manejar ese instrumento que poseen. Les falta la fuerza creadora.

Si, falta la fuerza creadora á esa enorme multitud de escritores que no son poetas, ni noveladores, ni críticos, ni cuentistas, ni historiadores; les falta la fuerza creadora, y sus artículos, primorosamente escritos muchas veces, dejan traslucir la tristeza que deprime el ánimo de sus autores, la rabia contra la propia impotencia que sienten en las profundidades del yo, sin atreverse quizá á confesársela á si mismos.

Cuando esos escritores se ven compelidos á manifestar los motivos y fundamentos de su tristeza, se expresan con vaguedades que caracterizan el estado de su ánimo. El divorcio entre ellos y el mundo no tiene por fundamento cualidades del mundo, sino que arranca de los mismos entristecidos sin aparente causa eficiente que venga del exterior.

Conviene advertir la diferencia que hay entre lo que llamo fuerza creadora, empleando quizá términos demasiado ambiguos, y la originalidad. Esta es aún mucho más rara que aquella. El convencimiento de nuestra falta de originalidad, es lo que nos lleva á los modernos á la creación de numerosas escuelas literarias de extravagancia meramente exterior, y de real platinidad, vulgaridad en la esencia. Los escritores estériles á que me refiero, carecen no sólo de originalidad, sino de las facultades ordinarias que tiene cualquier dramaturgo ó novelista de baja estofa para idear argumentos y hacer hablar y moverse á

figuras que remedan, más ó menos toscamente, lo que son en la vida los hombres y las mujeres. ¡A cuántos de esos desgraciados á que aludo les he oído, en sus raros momentos de sinceridad y expansión, envidiar el poder de fabulación de algún ramplón escritor de novelas por entregas!

¡La impotencia, la impotencia: esa es la causa de su tristeza! No sabiendo en qué otra cosa emplear su *instrumento*, escriben artículos en que jamás nos hablan de lo que realmente vieron, de algo que fantasearan, de algo que pensarán por sí. Siempre sus escritos tersos y pulidos, son reflejos de los escritos de otros hombres, reflejos pálidos que no tienen siquiera la utilidad del comentario que ilustra ó de la glosa que aclara. Las flores de sus ingenios, pobres flores amañadas con hojas caídas de otras flores, no traen fruto jamás. Es curioso el observar que hasta cuando cambian de medio ambiente, cuando se trasladan de un punto á otro, no aciertan á darnos cuenta de sus impresiones en unas miserables notas de viaje, género para el cual no parece que haya de necesitarse gran frescura de fantasía ni potencia creadora.

Para esos desgraciados es un refugio la literatura política que cultivan los periódicos diarios. En élla se lanzan con desesperación á escribir artículos y más artículos, tratando las cuestiones de la alta política y los bajos chismes de la política más pedestre, sin hacer más que repetir, con mejor ó peor estilo, lo que ya está dicho y repetido hasta la saciedad desde hace largos años. En el fragor de la batalla y entre el polvo levantado en las escaramuzas más miserables, donde ni por casualidad brilla el relampagueo de una idea nueva, llegan muchos de esos impotentes á encontrar un alivio á su melancolía de proscriptos; pero

otros no se consuelan jamás, y el desprecio de la faena á que se hallan entregados, la náusea del trabajo cotidiano, aumentan las negruras de su espíritu y los desfallecimientos de su ánimo.

Los que no caen en la sima de la literatura política, aquéllos á quienes su orgullo hace mantenerse al pie de la pendiente áspera que nunca logran ascender, los impotentes que siguen dirigiendo sus ansiosas miradas á la cima donde brilla la gloria que dora con rayos de luz la frente de los genios literarios, pulen su estilo, perfeccionan su arte, liman y cincelan la prosa de sus párrafos, haciéndose la ilusión de que el perfeccionamiento en el uso del instrumento artístico va á suplir, no solo la falta de ideas y de originalidad, sino también la carencia de fuerza creadora, la potencia para engendrar seres que vivan en el mundo literario. Estos son los más dignos de lástima. Como desterrados infelices miran á la tierra de promisión que por un efecto de espejismo creen muy cercana, y se desesperan y se entristecen recorriendo el camino que parece tan corto y á cuyo término no logran ni acercarse.

La trágica procesión de condenados tiende á aumentarse cada vez más. Con las manos tendidas hacia el lejano firmamento, ideal donde resplandecen como estrellas los nombres de los grandes creadores, siguen los tristes impotentes su marcha que no tiene fin, por un camino que no conduce á ninguna parte, y los alaridos de desesperación que se escapan de las negras filas, nos dicen que las almas lúgubres llevan ya en sí mismas el convencimiento de su esterilidad y reconocen con rabia su impotencia.

ANTONIO GOYA.



LOS CAMELLOS

A FEDERICO VALIDO

Por la llanura estéril, por el desierto triste
Los lánguidos camellos caminan sin cesar,
Los lánguidos camellos de glaucos ojos grandes
Que lo infinito exploran con vaga majestad.

Caminan soñolientos, hinchando las narices
Y prolongando el cuello con rítmica impulsión,
Mientras descende á chorros sobre sus gibas rubias
La llamarada intensa del fulgurante sol.

El polvo amarillento flotando en el espacio
Se arremolina en trombas de nívido matiz,
Y á ratos los envuelve como en un velo de oro
Que ondula llameante hasta rasgarse al fin.

Allá en lo más remoto los ciclopes de piedra,
Las tétricas Pirámides de enorme magnitud
Sus masas triangulares inmóviles apuntan
Como una negra cuña contra la comba azul.

Sobre la línea tenue del liáfano horizonte
Esfuma su penacho la palma patriarcal,
La palma que el oasis anuncia como emblema
De un himno de abundancia y una canción de paz.

Y los camellos tristes avanzan en silencio,
Avanzan taciturnos con honda pesadez,
Hundiéndose en las candentes y libicas arenas
Los callos glutinosos de sus nervudos pies.

De sus pupilas verdes parece que se esparce
Ese reflejo estóico que nace del dolor,
Ese reflejo extraño que arranca del que siente
La calma imperturbable de su resignación.

Conocen las inmensas angustias del cansancio.
Eternos peregrinos del páramo infeliz,
Soportan con la austera templanza del asceta
De la llanura ingrata la soledad hostil.

Su instinto les predice que al fin de la jornada
La sombra les aguarda, la yerba y la quietud,
Su instinto que les hace doblar el largo cuello
Hacia el hogar do brillan oasis de bambú.

Allí en el charco de agua bullente y cristalina
Sumergirán las fauces con ávida ansiedad,
Allí sus verdes ojos, sus grandes ojos glaucos
La gloria del desierto tranquilos gozarán.

LUIS RODRÍGUEZ FIGUEROA.

ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS

de la

ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

En las enfermedades es donde más claramente se tocan los funestos efectos del levante. En las tifoideas los centros nerviosos son atacados con la forma atáxica, el hígado aumenta de volumen, la secreción biliar es abundante, el vientre se pone timpánico, la boca pastosa y seca, en las papilas de la lengua se ve cierto eretismo, la sed disminuye, la piel se presenta rugosa y las secreciones intestinales y urinarias se perturban y ofrecen mal aspecto. Las tifoideas han presentado siempre una depresión, una agravación en todos sus síntomas en estas circunstancias, y lo más desconsolador es que los medicamentos no obran con la energía necesaria para realizar el organismo de la postración que lo acomete.

Las intermitentes, de francas se transforman en perniciosas de mal género. Los enfermos de encefalitis se desgracian generalmente, pues en ella los síntomas alarmantes se elevan al máximum, y las más enérgicas medicinas son casi nulas, aún las más urgentes y decisivas.

La convalecencia es difícil en toda clase de afecciones y las recaídas frecuentes bajo la influencia de los tiempos africanos.

De todas las enfermedades, la más notable, con el tiempo de Africa, es el croup ó garrotillo, enfermedad que varias veces ha tomado caracteres de verdadera epidemia. Así en la que principió á desarrollarse en Noviembre del 64 y continuó todo el año del 65 y parte del 66, pero su máximum en intensidad y número se presentó en el invierno del 64 á 65 y en el del 65 á 66 aún, cuando en este último los casos fueron mucho menos numerosos. Esta afección hizo estragos de consideración y con ellos pude observar un hecho verdaderamente interesante. En Canaria, tanto en la Capital como en los campos, se tomó al principio entre el vulgo por un simple resfriamiento, pero los estragos por él causados, les hizo cambiar de opinión y atenerse á lo que los médicos les decían. Mientras en la ciudad de Las Palmas reinaron las brisas el croup desapareció y hubo época en que, interrogando á todos mis compañeros—y hasta á los intrusos en la profesión, que con cinismo repugnante, sin los conocimientos necesarios ordenan agentes en perjuicio de la salud pública y privada y desdoro de la profesión,—sobre si en la población y sus barrics habían observado algunos casos, todos me contestaban que no existía ninguno. Pero se presentaba el tiempo de levante ó de Africa y era una verdadera irrupción de croup. Cambiaba el tiempo, el croup desaparecía. En tanto que

duraba aquel estado atmosférico el croup hacía considerables estragos. Pero la índole de la epidemia no dejaba de ser interesante: principiaba por un pseudo-croup que se sostenía algunos dias; modificábase la atmósfera con la presencia del levante, el pseudo-croup se transformaba en un croup verdadero siendo fulminantes muchos de los casos. Cuando no ofrecía este carácter alarmante, se veía ceder el mal; á medida que iba cediendo el viento nocivo disminuían los casos y, por último, la presencia de las brisas frescas traían la salud á los menos atacados. Recuerdo haber sido llamado á dar mi asistencia á una desgraciada familia que había perdido cuatro niños en el período de unos cuantos dias que coincidió con el tiempo de Africa.

Cada vez que se ha presentado el Sur en ocasión de hallarse invadida la ciudad de Las Palmas por la fiebre amarilla es cuando ha hecho mayor número de víctimas.

Las fiebres intermitentes, perfectamente caracterizadas bajo la influencia del tiempo de Africa, se convierten en fiebres perniciosas con complicaciones gástricas y perturbaciones del aparato cerebro-espinal.

Las parturientas temen estos tiempos por sus fatales consecuencias, pues se presentan peritonitis puerperales de una extraordinaria gravedad.

Las congestiones con estos tiempos son frecuentes, especialmente las cerebrales y muchas veces se acompañan de rupturas de los vasos ocasionando la muerte. El tiempo S. E. es, se puede decir, el más poderoso agente para esta forma patológica: es tal su acción que todos los casos de aplopegía fulminante que he tenido ocasión de observar y de averiguar han sido producidos con el tiempo de Africa.

Tales son las ventajas y los daños á que dan lugar en este país los vientos según los distintos puntos de donde provienen.

IV

Ozono

El ozono, que no es otra cosa que el oxígeno electrizado, produce sobre nuestro ser efectos muy marcados. Tales son: un bienestar general, un equilibrio en el organismo que regulariza las funciones, en especial la respiración y como consecuencia la circulación de la sangre, las funciones cerebrales se verifican sin violencia y en general la situación del individuo es completa.

El exceso del ozono se manifiesta por una irritación de las mucosas, particularmente en la respiratoria, á tal punto de producir pulmonías, como lo ha demostrado Boeckel hijo, y la economía se perturba viniendo á un estado de violencia ó tensión desagradable y fatigosa.

La ausencia del ozono se hace sentir parti-

cularmente en el aparato digestivo por una especie de relajación general y las enfermedades gástricas dominan por completo.

En Gran Canaria es notable la acción de este agente; aumenta con las brisas y disminuye con el Sur: Su cantidad es mayor durante el día que durante la noche.

En las epidemias del cólera, el ozono es nulo y esta condición lo sostiene en un periodo de mayor desarrollo cediendo la epidemia á medida que el ozono aumenta. La falta de este agente se marca por la aparición de las enfermedades gástricas.

DR. CHIL Y NARANJO.

(Continuará)



BREVE RESUMEN É HISTORIA

MUY VERDADERA

DE LA CONQUISTA DE CANARIA ESCRITA POR ANTONIO
DE SEDEÑO, NATURAL DE TOLEDO,
UNO DE LOS CONQUISTADORES QUE VINIERON
CON EL GENERAL JUAN REJÓN

(Conclusión)

Otras muchas casas tenían pintadas y cuevas con colores, y era también porque las ahumaban con la luz que era de rajas de tea que encendían á prima noche en las puertas de las casas; quemaban raíz de cardón que da algún olor y arde bien, que es genero de tea y leñanuel; de todas tenían gran cantidad y no era permitido que todos quemaran leñanuel y tea de cardón, y sin pedernal ni eslabón sacaban fuego con dos palitos pequeños, uno recio y con punta y el otro era madera floja en el cual hacían un hoyuelo y con el otro en ambas manos abiertas lo torcían muy de prisa hasta que prendía el fuego. En las tierras que plantaban de riego recogían el agua en albercas y la reparaban con buen orden.

Los sepulcros hacían en la tierra; á unos ponían en ataúd hecho de cuatro tablones y al rededor hacían un paredón alto y redondo como torreón y por dentro lo llenaban de piedra menuda y lo remataban en pirámide; á la gente más pobre y comun enterraban en sola la tierra; á estos como á los otros, encima del tablón ponían una gran piedra que correspondía en el cuerpo y después ponían otras tres piedras en forma de cruz, y después alrededor de la sepultura ponían

pedras grandes solamente; otros había mirlados que no les faltaban cabellos ni dientes encerrados dentro de cuevas puestos en pie arrimados y otros sentados, y mujeres con niños á los pechos todos muy enjunitos que casi se les conocían las facciones con estar de muchísimos años, y hay cuevas llenas de estas osamentas, que es admiración.

Los canarios solamente con una mujer podían casar por toda la vida de cualquiera de ellos; eran muy celosos y así las sujetaban mucho; solamente sin licencia del marido podían ir á el baño de la mar, que lo había diputado aparte para mujeres, onde no podían ir hombres pena de la vida; los hijos de estas mujeres llamaban punapales, que quiere decir herederos forzosos, y si eran nobles y tenían otros hijos bastardos eran reputados por villanos si no es que el Guanartheme los cogía de la mano y entonces eran buenos entregándoles á el padre.

El Guanartheme onde quiera que se hospedaba, si salía de su casa, por paga de hospedaje tan honrado, el dueño de la casa le ofrecía su mujer ó alguna hija doncella y él la recibía y los hijos que naciesen de ella, cualesquiera que fuese eran reputados por hijos bastardos de el Rey y ella quedaba noble. Algunos tuvo señaladamente suyos bastardos el Guanartheme en tiempo de la conquista que fueron cuarenta y dos y sola una hija era de su legitima mujer que fué la heredera de Guanartheme el Bueno; podíanse casar con prima hermana y con viuda de su hermano los señores, y los demas con primas segundas y terceras.

Contaban por números de uno hasta diez, diciendo en su lengua: ben 1, bin 2, amiet 3, arba 4, cansa 5, sumu 6, sat 7, set 8, acot 9, marago 10, y sobre diez contaban con uno once ben y marago, y para el doce lini marago hasta el veinte linago, 30 amiago, 40 arbago, 50 cansago, 60 sumago, 70 satago, 80 setago, 90 acotago, bemarkaguin 100, limarkaguin 200 etc.

Hasta aqui refirió escribiendo verdad Antonio Sedeño uno de los conquistadores de esta Isla de Canaria que murió en la de Tenerife después de acabada la primera. Fué natural de Toledo, vino por soldado en el tercio de Juan Rejón llamado de los pardillos por los capotillos pardos de Castilla.





HISTORIA DE LAS SIETE ISLAS DE CANARIA

COMPUESTA POR D. TOMÁS MARÍN DE CUBAS

DEDICATORIA

Separadas del Orbe, Excmo. Sr., imaginó el Romano Imperio á las Islas Fortunadas. Bien alcanzó la bárbara costumbre de sus habitantes, Horacio lib. epodon, id est orationibus ornati ode 16. Nos manet oceanus, circum vagus arva beata petamus arva divitas et Insulas etc. Y Marcial lib. Epig. 10 epig. 81 lo da á entender en el epitafio que allí hace á su amigo Avito Stertinio, le repite las gentes remotas, las casas pajizas, la tierra fértil y feliz si es que hay felicidad en miserias, donde escogió el morir. En Roma le dedicó el primer libro de sus Epig. á Stertinio por ser de antigua nobleza romana, Español toledano, como el poeta lo fué de Bilbilis (Calatayud) en la Provincia Cartaginense, César Augustana. Adviértelo á Stertinio en el Epig. 1.º lib. 1.º el primor, el punto honorífico de sus obligaciones, refiérelle las grandezas del Imperio, hazañas de César, Julio, origen de Ascanio hijo de Eneas, de Domiciano que imperaba y del Consul Cayo Stertinio que gobernó á Cerdeña en las guerras de Sicilia con Julio César como dice Tito Livio ab Urbe condita. La familia de Avito Stertinio en España, oriunda de la Romana en aquel siglo primer centenario de Cristo, fué muy sublime cuanto á otra; dice D. Juan Tamayo de Vargas, mártirologio español en el t. 1.º lib. 1.º dia 3 de las nonas de enero, hablando del martirio de este santo nuestro Patrón en las Islas de Canaria donde fué martir el año 105 de Cristo á 3 de enero, siguiendo el mártirologio de Quinto Flavio Dextro, español que escribió por los 400 de Cristo, hijo de S. Paciano Obispo de Barcelona que murió años 385.

A Stertinio, de gentil ya cristiano abrazado como intrépido atleta con el balteo y estandarte de la Cruz y Presbítero en Roma, procuraba Marcial reducir y á otros muchos Españoles al ciego antiguo del gentilismo, mediante Domiciano que influía como se colige en sus epigramas del libro 1.º que dedicó á Stertinio extra paginam; volvió dando luz á España y abrasada antorcha al Oceano Atlantico, guió á la ceguedad bárbara de la Isla Canaria que no quedó en tinieblas por extinguir la vida de su apóstol.

¡Quién dijera á VS. que esta su antigua nobleza de los Stertinius había de anunciarse desde

esta Isla donde un antiguo predecesor, tronco ilustre de la casa de VS. fué martir español noble! Como intrépido ilustre, como apóstol discípulo de Santiago; agradézcalo VS. á San Avito Stertinio que quiso que un hombre deseoso de inquirir humanidades hallase lo que es suyo de VS. y así se lo envía desde aquí.

¡Y quien dijera al Romano Imperio y á su nobleza que tanto rehusó dominar las Fortunadas fuera del Orbe habitable por solitarias, que esta perla de sus conchas había de hallarse en ellas! Venció Avito y en la Silla de San Pedro colocó en Roma su triunfo.

Algunos nombres de los romanos, dice Festo, fueron impuestos por el ministerio ó dignidad que usaban, como los Flaminius por el Sacerdocio, y de esta fueron los Quintos y los Flavios; de éste último hace Marcial á Avito Stertinio en el libro 9.º y Epig. 1.º de templis gentis Flaviae por el numen de la Diosa Julia Venus abuelo de Julio Ascanio remunerando á Avito premios dignos á la estimación que había hecho á su retrato del Poeta y Carolo Sigonio libello de origine gentium romanorum, trayendo muchos principios del sobrenombre romano, dice que muchos son de las partes del cuerpo humano: Capitanes por tener gran cabeza, ó por magnitud ó formalmente en gobierno y juicio, Cincinatti, Calvi, Crespi, Rufi, Frontones Balbi, Belsi, Rutili, Albi, Negri, Dentati, Stertinius &c.

En el imperio de Antonio Pio, año 150 de Cristo, se mandó que España usase de la lengua romana, poniendo Escuelas como antiguamente y desde aquí se llamó romana la lengua española; y los terminos latinos se romancearon de muchos apellidos que hoy se usan romanos; del verbo latino sterto stertis, roncar en griego y dormir profundamente en latín romanceado, es su significado. Galeno en el comento de Hipócrates, define el término rhonchas est. sonus nasci qui sterdendo editur, y su diminutivo Rhonchillus stertinius y en castellano es Ronquillo. Aristóteles lib. Problematum sect. 34 dice que Stertinio significa exhalación caliente fingida en sueño que arrojamus exhalando á modo de la respiración de algún generoso bruto.

Esta familia por el sobrenombre romano fué de las más nobles. Tito Livio y Dionisio y Suetonio lo trae in Galba, dicen que la gente romana es de dos pueblos: aborígenes y troyanos; ambos se llamaron latinos desde Eneas, los primeros vinieron de Grecia é Italia, Enotrio y Evandro de Arcadia, Pelasgo de Tesalia, Hercules del Peloponeso; las familias de Roma son de tres gentes; Valeria Cornelia y Emilia, de legítima verdadera honra y nobleza por Marte nombre diminutivo; la plebeya de la gente

Claudia, de quien fueron los Marcelinos &c. De la Valeria son los Máximos, Mensalos, Flacos, Levinios Faltones; de la Cornelia, los Scipiones, Lentulos, Dolabellas, Sullas Cimes; de la Emilia, los Mamercinios, Marios, Lepidos, Paulos, Seanos, Balbalos. Násica trae una grande oración llena de las honras de la gente Cornelia. Festo dice que las familias usaban del sobrenombre derivándose por muchos siglos. Sigonio en el libro citado dice que la gente Emilia es de Emilio, hijo de Julio Ascanio Troyano, y de estos Julios son los Flaminios que trajeron los Penates al Lacio, y de esta dice Marcial á Stertinio es la suya y la de V. S. por tantos siglos derivada.

De los Emilios, Virgilio en las Eneida, citado por Festo, trae estos versos.

Progeniem sed enim Trojano a sanguine duci
Audierat tirias olim que berteret arcas
Hinc populum late Regem bello que superbum
Venturum exidio Lybice.

Eusebio, in cronicis, trae que el 432 años antes de la fundación de Roma fué Troya destruída y cuando vino Eneas al Lacio y tienen de aquí principio estas familias y del Sacerdocio en Julio Ascanio lo traen Dionisio libro 1.º y Livio libro 1.º y en aquel siglo, primer centenario de Cristo, se reconoció esta familia ser originada de la gente troyana y por tantos siglos propagada en las Españas hasta el presente.

Dios prospere la de V. S. que lo aseguro por el valedor que tiene de su parte. San Avito Stertinio, martir español, apóstol y discípulo del Señor Santiago, que, ilustrando á Canaria, aumentó la fé por más de 600 años; asiste y asistía en su casa que es la de V. S. por muy largos siglos en los aumentos que sus altas prendas de V. S. merecen. Amen.

LIBRO PRIMERO

COMO FUERON CONQUISTADAS TÓDAS LAS CUATRO
ISLAS DE MENOS FUERZA

CAPÍTULO 1.º

Principio originario que tuvo esta conquista

Habiendo de escribir sobre este asunto de la conquista de las siete islas de Canaria, fundaremos en dos puntos el principio para la claridad de la obra. Consiste el primero en la guerra entre cristianos y moros en España, Islas del Mediterráneo y Africa, hasta que se empezó la de estas Islas contra sus habitantes bárbaros, y los moros, solo á fin de conservarse en España admitian trato de paz en las partes de su señorío y domi-

nio, y por último en España arrinconados en el reino de Granada, después que el Sto. Rey D. Fernando III les ganó á Córdoba, Ubeda, Sevilla y otras ciudades con ánimo de extinguirlos de España, después de muchos años de poseerla. El segundo, el señorío y principado primero que se dió de estas Islas por investidura del Papa á la Casa de España y Francia y cómo después ha quedado en la de Castilla.

Siempre los Africanos y Moros, recelosos de su mayor ruina en España, continuaban sus socorros de Africa, instando con embajadas á los reyes de Aragón, Navarra, Sicilia, Mallorca, Nápoles á que libremente comerciasen moros y cristianos. Solo el de Castilla, y en su tiempo el Sto. Rey D. Fernando, confiado en su Sra. y devota la madre de Dios, despreciaba sus orgullos con el celo de ampliar la fé.

Y como sus hijos el Rey D. Alonso X llamado el sabio, más en letras que en el Reino, D. Enrique disgustado se pasó á Berbería y militó en servicio del Rey de Túnez y D. Nuño de Vera le quiso quitar el Reino, tuviesen grandes revueltas, y después con sus hijos que en vida le quisieron quitar el Reino, y sus nietos lo pretendieron, dió que temer a España.

D. Enrique volvió de Túnez á Sicilia á cobrar 500 doblas de oro que prestó á Carlos de Anjou hermano de S. Luís que allí reinaba pacíficamente (á que dice el P. Mariana que D. Enrique vino muy pobre sin dinero) y no pudiendo cobrarlas, convocó, como senador romano que era, á Príncipes de Alemania y España para cobrar el Reino de Sicilia, que era de su abuelo y tío, y siendo la victoria por los sicilianos y ellos presos, fueron llevados á Nápoles donde quitaron á nueve las cabezas y dieron á D. Enrique cárcel perpetua, como lo traen los Anales de Flandes por Manuel Suegro. Asegurado en esta parte el de Sicilia, lo quiso estar de el de Túnez, por que el préstamo debía ser suyo, y haciéndole guerra, pasar á Africa se fué á embarcar á Aguas muertas en las Galeras de Genova á cargo del Almirante Ansaldo Doria que le disuadió por entonces, á más de ser la empresa difícil, el Moro tenia paces con los cristianos que vivian muchos en sus tierras, y le vendria peligro en sus vidas, y resolvióse á ir á socorrer á Tolemaida de Egipto, cercada por Bando Baccar, y fué por los años de 1268, y ya les había ido muy mal é infelizmente en las cosas de Asia perdiéndose todo, y Antioquia, que sin defensa la entró el Soldan.

(Continuad)

El Museo Canario

Revista decenal

Órgano de la Sociedad del mismo nombre
establecida en Las Palmas
para el adelanto de las Ciencias, las Letras y las Artes

NÚMERO 130. 1901

Las Palmas 30 de Julio de 1901



Una calle de Teror

(Dibujo de F. SUÁREZ)

ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS
de la
ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

Sentados estos ligeros preliminares, examinemos los resultados, puesto que dependen de la cantidad de ozono, y como el elemento palúdico se opone á este estado atmosférico, examinemos los resultados que las emanaciones de forma palúdica tienen en el aire y especialmente en ese principio vital y necesario á la existencia, ya que por desgracia las afecciones del carácter indicado han llegado á dominar ciertas localidades de esta Isla y en determinadas épocas del año el estado patológico. Sabido es que los aceites esenciales, los éteres y particularmente el cloroforno tienen un gran poder ozonificador bajo la influencia de la luz, sobre todo las emanaciones balsámicas de los vegetales y la evaporación que se verifica en las orillas del mar que inunda la atmósfera de electricidad positiva con todas sus excelentes propiedades.

Entre los vegetales que reúnen en más alto grado las propiedades eléctricas expuestas, coloco en primera línea el salutífero Pino (*Pinus canariensis*), cuyo olor balsámico esparce en la atmósfera un aroma resinoso que con sus maravillosas cualidades calma las afecciones nerviosas bajo cuyo influjo se hallan una porción de enfermedades.

Nada demuestra mejor mi aserto que el hecho personal que voy á referir. Padeciendo de una enfermedad del corazón y de continua sofocación de pecho, soy sumamente impresionable á la acción de los objetos que me rodean y á las ideas morales que en mí suscitan. El año 1866 padecía más que hoy de palpitaciones tumultuosas del corazón acompañadas de una gran disnea que se aumentaba cada vez que subía una pendiente, pasaba una mala noche ó recibía una impresión moral desagradable; pero sobre todo ciertos estados atmosféricos causaban en mis órganos torácicos perturbaciones que me tenían bastante disgustado. Varios amigos se empeñaron en conseguir que desapareciese la monomanía que, según ellos, era la única causa de todos mis males. A este fin me invitaron á pasar una temporada de campo en los puntos más pintorescos y salutíferos de la Isla, donde decían haber encontrado alivio muchos de los que, como yo, sufrían aquella clase de males. El primer punto que eligieron fué Tafira, que por sus condiciones favorables, por su altura, por sus aires, por sus aguas, por su suelo, por la calidad de su vegetación, por su exposición y también por su corta distancia de las Palmas, ofrecía mayores ventajas. Pero, no permitiéndome mis ocupaciones pasar allí una temporada, á pesar de las reiteradas instancias de mis buenos amigos los seño-

res D. Juan de la Cruz Casabuena y D. José de la Rocha y Lugo igualmente que sus amables familias, les ofrecí ir todos los domingos y días que pudiese á pasar unas horas en su compañía con el objeto de ver si en efecto podía encontrar alivio á mis padecimientos en aquellos lugares.

En efecto: todos los domingos, después que concluía mis principales ocupaciones, así como á las once de la mañana, tomaba un carruaje y me marchaba á Tafira. Algunas veces, cuando el cuidado de algún enfermo me detenía á la salida de la población, sobre todo si la casa se hallaba rodeada de tierras plantadas de nopales, la sofocación se aumentaba extraordinariamente hasta el punto de verme obligado á salir cuanto antes de aquellos lugares donde parecía que iba á asfixiarme inspirando las emanaciones mefíticas de los despojos de aquel vegetal amontonado en las inmediaciones. La afección cedía á medida que iba subiendo, hasta que al llegar al punto de mi destino había perdido gran parte de su intensidad.

En el centro de Tafira, en uno de los lugares más pintorescos por las especiales circunstancias que reúne, se halla situada la casa que era del Sr. D. Juan de la Cruz Casabuena, colocada en una altura desde donde se puede contemplar los más pintorescos panoramas; reúne á esta la ventaja de estar rodeada de hermosos paseos de árboles y flores junto á los que siempre corre una ancha acequia de agua pura y transparente.

Aquella habitación presenta todas sus puertas y ventanas, lo mismo que su galería, al norte; por consiguiente, recibe constantemente las brisas oceánicas embalsamadas por el aroma de las plantas que tapizan los hermosos campos de aquel lugar. Con el objeto de nivelar el patio se levantó, paralelo á la casa, un fuerte muro en cuya parte exterior y por el cimiento corre la acequia del heredamiento y á cierta distancia de ésta se halla un robusto pino, cuyas raíces descubiertas por efecto de un fuerte temporal lo inclinaron sobre el muro, extendiendo desde entonces en la explanada del patio, su espeso ramaje por el que jamás deja penetrar el sol; cualquiera que sea la hora del día y por más ardientes que sean sus rayos, la más deliciosa sombra cobija á los que bajo él buscan un abrigo.

En este punto fué donde la casualidad me hizo descubrir la acción particular que tiene el pino canariense sobre el aparato respiratorio y circulatorio. Las primeras veces que concurrí, entraba, desde que me apeaba del carruaje, en la sala, espaciosa habitación dispuesta de la manera que he indicado, recibiendo constantemente las benéficas influencias atmosféricas de que se halla rodeada y en particular el aroma del pino mencionado, aunque no con bastante intensidad. Algunas veces, mientras las señoritas se preparaban en su tocador, descansaba yo en la sala en una cómoda butaca bebiendo á pequeños sorbos un vaso de agua en el que tenía el cuidado de poner al-

gunas gotas de cordial, contemplando aquellas magníficas vistas que se presentan desde las habitaciones, en compañía del dueño de la casa á quien debo parte de la salud, aunque incompleta, que después he disfrutado.

Mi presencia hacía activar á aquellas excelentes y nobles señoritas sus adornos, bajando precipitadamente para informarse de mi estado, algunas veces con ironía y otras con aquella sencillez que produce siempre las alboreadas de la juventud. A pesar de los esfuerzos que hacían para convencerme de que los males que me aquejaban no eran otra cosa sino efectos de mi imaginación, me colmaban de presentes y de gratas afecciones con el objeto de ver si olvidaba mis padecimientos.

Una vez que llegué temprano, pues precipité mi ida por el sudeste que hacía, tomé una silla y me coloqué bajo el pino, con el fin de contemplar mejor aquel panorama delicioso, respirar más á mi placer y ver si así disminuían las palpitations del corazón. ¡Cuál fué mi asombro! á la media hora de hallarme allí, las palpitations desaparecieron por completo. Sentía un bienestar que hacía años no disfrutaba. Cuando se presentó la familia de este amigo y pasé á la sala, al poco tiempo los latidos tumultuosos del corazón empezaron de nuevo á atormentarme. No eché en olvido este fenómeno: repetí varias veces el mismo hecho y puedo asegurar que cada vez que me ponía bajo aquel hermoso pino y dejaba saturar mi organismo de sus propiedades, desaparecía por completo mi afección. Manifesté á aquella familia lo que me acontecía y la amable señora, sin decirme sus intenciones, mandó preparar la mesa bajo el pino, y llegó un momento en que semejante malestar desaparecía con la serie de condiciones favorables que me rodeaban, pues hasta abusaba á veces de mi enfermedad. En aquel momento y bajo aquellas influencias el apetito se desarrollaba y esto acompañado de una escogida mesa, llena de platos exquisitos y bien provista de excelentes vinos canarios, las reiteradas instancias de aquellas interesantes señoritas y la amabilidad de la señora de la casa contribuyeron á mi restablecimiento y alejar de mí las ideas tétricas que los mismos padecimientos hacían nacer en mi imaginación, aumentados por el viento de Africa. Es tal el embotamiento que éste produce en la imaginación, que una de las señoritas de la casa (Candelaria) linda como la luz del sol, de un temperamento nervioso sumamente desarrollado, de agudeza de espíritu, de ocurrencias las más apropiadas y de sutil penetración,—estas superiores cualidades unidas á una excelente naturaleza, por cuyas relevantes condiciones he sustituido su nombre por el de Flor y Nata,—esta joven señorita cada vez que se presentaba ese tiempo sufría y cuando se hallaba bajo del pino me manifestaba cómo ese malestar desaparecía cada vez que se ponía á la sombra

del árbol que daba al espíritu elasticidad y desenvolvía todos sus pensamientos que hacía el encanto de todos los que la rodeaban.

Otras veces, con el objeto de pasar el tiempo, me iba desde allí á la casa de mi amigo Rocha, por un largo paseo cubierto con las ramas de los álamos, sauces y magníficas palmeras por cuyo pie pasa una hermosa acequia de agua y que como columnas naturales sirven de punto de apoyo á los convolvulus y rosales. En este mismo paseo hay una porción de cidros y naranjós, duraznos de los más exquisitos, sin contar la profusión de plantas aromáticas y de adorno á las que su propietario era muy aficionado y había prodigado superabundantemente, pues por su afección asmática experimentaba con ellas ventajosos resultados. Tales eran los distintos elementos que constituían aquella atmósfera cargada de vapor de agua de excelentes condiciones, del perfume de una serie de plantas aromáticas, principalmente de los naranjós y cidros, por excelencia antiespasmódicos, de luz que la bañaba por todos lados, respirándose un aire suave y vivificador que balanceaba suavemente las hojas de las palmeras y que ponía en movimiento los distintos elementos de que se compone la atmósfera, agitando sus moléculas y poniéndolas en equilibrio favorable para efectuar una buena hematosis. Sin embargo y á pesar de todas estas favorables condiciones la respiración no se hacía con amplitud; una sofocación continua y latidos tumultuosos del corazón me ponían en una situación angustiosa revelándome las graves afecciones de los aparatos de la cavidad torácica. Esta enfermedad guardaba cierta analogía con el estado de la atmósfera, pues cuando reinaba el Levante ó tiempo de abajo también se empeoraba mi dolencia, más ó menos, según los puntos en donde me encontraba; en fin la afección se sostenía, al paso que cuando me hallaba bajo el pino no me molestaba casi nada.

En vista de estas observaciones, repetidas muchísimas veces, produciéndome siempre los mismos resultados y guardando analogía con mis experiencias practicadas cuando reinaba el tiempo sur, traté de averiguar la causa y ver si podía sacar un resultado ventajoso. Efectivamente, pude resolver la cuestión y atribuí al estado ozométrico de la atmósfera el aumento ó disminución de las palpitations del corazón, la mayor ó menor dificultad en efectuar la respiración y el estado displicente del organismo.

DR. CHIL Y NARANJO.

(Continuara)





EL PIQUE

II

Aquella noche, en la *última*, no se hablaba de otra cosa sino del *pique* entre Ramón y Sinforiano, por haber dicho éste, de pasión, que la madre de Ramón fué un tiesto... Tamaña *figura* merecía un castigo, y Ramón aquella misma noche había salido en busca de

Sinforiano, todo *edificado*, *hiriendo* de coraje, con ganas de *pelcar*... Porque aquella alma sin hieles, aquel *bondón* que *llevaba partido* con todo el mundo, si se le ofendía en su honra, si le *rombraban* á la madre que tanto quiso y por la cual no se hace otro duelo más *elementao* como el que hizo él, sabía lavar la ofensa. ¡Ya! Cómo que no había otro de tanta alma y de tanto punto, ni nadie más *traquiao* que él en la lucha. ¡Y qué era cobarde y ruin el hijo de cho Antonio el Burro! Un *ñangueta*. *Corrido* por Ságeles y viendo que se le casaba con otro, para deshacer la boda no paró hasta levantar aquella terrible calumnia á la buena madre de Ramón, la mujer más honrada y formal que hubo en el pueblo...

Aquí llegaba la charla de las comadres que haciendo compañía á la recién parida contemplaban con caras de pascua á sus hijas bailando la isa, cuando resonó la terrible voz que da fin de las *últimas*, casi siempre en medio del desorden más grande, y que ahora venía de fuera, de lejos, llenando de terror á las mujeres y dejando desierta de hombres la casa.

El grito de muerte fué corriendo de boca en boca... ¡Pleito! ¡Pleito! Ramón mató allá abajo á Sinforiano!...

El drama fué terrible. Nadie sabía cómo ocurrió aquello. De momento, Ramón ciego de rabia, *picado* en su honra... ¡Pobrecito Ramón! Ya se lo llevaban, atados los brazos, como un asesino vulgar cuando era el más honrado de los hombres... Aquello fué un duelo. Todo el mundo sabía que Ramón tenía que matar al fin á un hombre que tanto mal le hacía. El barrio todo consternado, las mujeres llorando invadían la casa de Ságeles, aquella casita donde las

clavellinas alegraban sus castos amores abriendo sus pétalos bajo la fresca sombra del emparrado... Sólo ella podía decir algo y estaba desolada. ¡La pobre niña! Lo presenció todo, lo vió todo; voló hacia su Ramón para defenderle de un gran peligro, para ocultarle, para no separarse de él un momento hasta que el mundo supiera que no era un asesino, sino un hombre que mató con nobleza, que vengó con coraje su honra...

* * *

Pues, nada... Que salió de casa de Ságeles bajo la pesadumbre aplastante de un gran dolor, ébrio de coraje, con ansias de matar ó de morir; é inyectados los ojos en sangre, cianótico el semblante como el de un muerto, corrió sin rumbo fijo por la vereda adelante sin sentir las desgarraduras que en sus manos que oprimía fuertemente le hacían al pasar las zarzas echadas al borde de los cercados de maíz, de los cañaverales sombríos sobre los que se cernía una quietud serena, llena de paz..., acariciante...

Le encontró al comenzar la cuesta. Tuvo que apoyarse junto al muro para no caer al suelo... Sinforiano bajaba despacio, la azada al hombro y sobre el hombro la chaqueta verdinegra como una mortaja... Venía silbando unas folias mientras *picaba* un cigarro del torcido...

—Te buscaba,—dijo Ramón con voz sorda, tan débil que casi no se oía.—Yo no sé á donde hubiera ido esta noche á buscarte...

—Oh!, jeringao! ¿No vas á la última de cho Manuel del Pino el esterero? El padrino es Chano el indiano. ¡Ya! Como ha traído centenes, le adulan los parrandistas pa que les pague la corria, le adula el curá, que no se acuerda de las tollinas que le metió cuando era monigote por coger pelotas de cera, le adula pa que costée la fiesta de San Hilario...; y le adulan los parios pa que vaya á bautizarles el guayete. ¡Adulones toos! Mira Ramón: *tu jembra*... no se quea sin ir á la última esta noche, y ¡por ésta!, ¡concio!, si no la saco y la suspiro unque se corone...

—Déjate de últimas. Tenemos que hablar en parte sola ahora mismo. En parte sola ó aquí. Pero ahora, ¿sabes?

¡Suelta, contra! No me agarres asina. ¿Qué quieres tú? ¿Peliar?

—¡Peliar!... Entra. Quiero hablarte ahí mesmo, en ese güerto, en el rincón más oscuro, porque no quiero que mi madre... Dios la tenga en buen descanso, porque fué buena, *porque fué honráa*, Sinforiano, oiga desde el cielo lo que yo te pregunte, lo que tú... no! Tu no te atreverás á decirlo. ¿Qué hablaste de mi madre ayer, en la pelada de cho Antonio el Gago? Dime, ¡ó te mato!

—¡De tu madre! ¡Jé! ¡jé! ¿Pos too el mundo no lo sabia?

—¡Qué! ¿Qué? Dilo luego, Sinforiano, dilo luego!...

—¿Y eso que tiene? Náa... Que era... un tiesto... ¡Suéltame! Suéltame que me ajogas, Ramón...

—¿Pero me lo dices á mí mesmo? Oh! ¡no! ¡mentira! ¡no! ¿Oyes? no!, no!, no!...

—Aspera, jeringao!

—¡Qué! ¿Sacas el cuchillo pa mí? ¡Cobarde! El cuchillo del labrador canario no se mancha nunca con sangre. ¡Cuchillo bendito, compañero inseparable del pobre labrador!, tú, que tan necesario le sós en todas sus faenas, muestra siempre con orgullo tu cabo tantas veces mojado con el sudor de su frente. No, no lo deshonres. El cuchillo canario nunca se mancha con sangre; y antes de que dos peleen por su honra..., el cuchillo se arranca de sus ceñores, y se tira muy lejos, así, donde no llegue nunca á mojarlo una gota de sangre...

¡Cobarde! ¡Cobarde! No, no te tengo miedo... ¡pícame!... Pero yo te mataré, yo te tengo que matar porque le has quitado la honra á mi madre, que es de Dios, que él solo la da... La honra de mi madre cuya memoria es para mí lo más grande y sagrado en el mundo... ¡Qué! ¿No botas el cuchillo, cobarde? ¿Me picas? Muere! Muere tú... ¡yo no!...

Entonces la lucha fué breve, pero sorda, terrible. Ramón apretó con fuerza de Hércules la mano con que Sinforiano empuñaba el cuchillo, hasta clayar sus uñas en la carne; y arrojándolo al suelo sin soltarle el brazo, levantó el pie con ímpetu hasta golpear con él furiosamente y fuera de sí, el pecho del mozo y sentir bajo su planta de hierro el estertor de una agonía desesperada, sorda, que con el crujir de los huesos que se hundían hacíale brotar espumarajos de sangre por la boca.

Así estuvo largo rato, como un demente, cual el carnicero que en el matadero pateo la res para echarle fuera toda la sangre... sin sentir en la mano con que sujetaba el brazo de Sinforiano la algidez creciente de aquella carne muerta, enfriada...

Y entonces, al encontrar sus ojos en la obscuridad la vidriosa pupila del cadáver, la boca retorcida en una horrible mueca que parecía continuar vomitando la calumnia infame, dió un salto, é irguiéndose con arrogante fiereza mirando cara á cara á las estrellas que temblaban en lo alto del cielo sereno, profundamente azul, gritó como si contestara á algo...:

—¡Lo maté... ¡leche! Lo maté, lo maté porque deshonoré á mi madre...

...Un grito agudo, doloroso, vino á cortar su voz en la garganta, llevándole de nuevo á la realidad... á la vida...

—¡Ramooooon!...

—¡Ságeles! ¡Ángeles mía... ven, huyamos juntos,

á mi casita blanca que te espera para que la alegres con tus ojos... ¡Ah!... He matado á un hombre!... Sí! sí! Lo maté yo, no me importa que lo sepan. ¡Si he vengado á mi madre!



—Sí, Ramón. Huyamos lejos, muy lejos, donde no te tengan por asesino, porque eres honrado. Te vendrán á coger, á llevar... ¡No, no! A llevarse á mi Ramón, no!

Y aquellos dos seres que el infortunio unía, que Dios unía desde el cielo, impulsados por el mismo arranque se abrazaron fuertemente y salieron del huerto sin mirar atrás...

*
**

En el cielo que se extendía como un manto de terciopelo azul, seguían temblando las estrellas. Por la tierra se cernía una quietud serena, tranquila, acariciante...

Es que fuera existian aún el firmamento, la aurora, el amor, la paz...

J. BATLLORI Y LORENZO.

(Dibujos del mismo.)



Monsieur Charles

NOVELA
POR
LUIS YACUBÓN MILLARES

ILUSTRACIONES
DE
PICAR



I

lo lejos, en el silencio pesado y tedioso de la ardiente noche de verano, el reloj de la Catedral dió la hora, una campanada larga y vibrante que se difundió con rapidez extraordinaria por el ambiente de la Ciudad dormida.

Tomasito despertó sobresaltado y sus pupilas se dilataron en la sombra densa y cálida de la alcoba. El corazón golpeaba en sus entrañas con bruscas é irregulares sacudidas y un baño de sudor mojaba sus miembros temblorosos.

Dió una vuelta en la cama, encendió la vela y consultó el reloj de bolsillo que palpitaba ligeramente dentro del cajón de la mesa de noche. La una de la madrugada. Había dormido cosa de una hora.

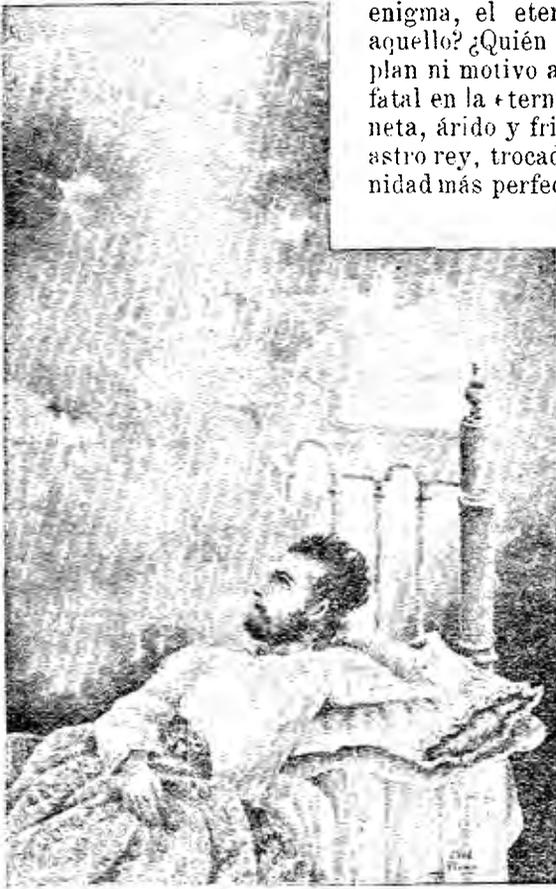
La desesperación, la negra angustia que desde hacía tantos meses amargaba su vida mezquina, monótona y sedentaria, reapareció anegándolo todo como una oleada de sombra. Allí estaba de nuevo la férrea opresión de los pulmones, la angustiada disnea, la vaciedad del cráneo, el frío cadavérico de las extremidades, los síntomas todos que describía el trasnochado Diccionario enciclopédico que desde el estante de la pequeña biblioteca parecía mirarle con las doradas letras de su dorso. No era posible la duda. Estaba condenado á morir por la asfixia, la muerte horrible de D. Tomás, de su padre. Las enfermedades del corazón son *en su inmensa mayoría* hereditarias. Así lo afirmaba el libro aquel. Y se veía de cuerpo presente, entre cuatro cirios, en la sala del piso bajo, vestido con la ropa de levita, la negra funda de paño que usaba para acompañar las procesiones de Semana Santa. Veía sus facciones amarillas, los labios horriblemente secos y cárdenos, los largos y espesos bigotes castaños cayendo desmayados hasta tocar los picos del cuello de la camisa recién planchada.

Oía los pasos tennes y el cuchicheo compasivo y discreto de los amigos, los rezos del pobre D. Higinio cortados por el hipo infantil de los sollozos, y presentía el grupo lamentable de las dos viejas, en la penumbra de la cerrada alcoba, con sus pañuelos de hierbas cruzados sobre el pecho, y sus diminutos moños color de lino, repitiendo sin descanso, con sus voces nasales, mojadas por el llanto:—¡Ay! mi niño!; ¡ay! mi niño de mi alma!

¿Cuánto tiempo duraría la enfermedad? Un año, dos á lo sumo. Moriría á los treinta y ocho años. Entre los treinta y los cuarenta. Ya lo sabía él. Desde niño tuvo el presentimiento de que el número tres habría de serle fatal.

Acostóse de espaldas y, cerrando los ojos, trató de dominarse, de llevar á su espíritu, por un esfuerzo supremo de voluntad, el frío valor, el heroísmo intelectual de los desengañados y de los incrédulos. Morir no era soñar, ni siquiera dormir: era el cumplimiento de una ley del Universo, la sucesión indefinida de unas generaciones á otras, ocupando los mismos puestos, repitiendo con burlesca monotonía la misma historia, descolorida é inepta. ¿Hasta cuándo? ¿Para qué?

Rióse mentalmente al llegar á este punto, orgulloso y un tanto asombrado de su pesimismo. ¡El angustioso



enigma, el eterno geroglífico, por siempre indescifrable! ¿Quién sabía aquello? ¿Quién sabía nada? El Universo era una comedia incoherente, sin plan ni motivo artístico, sin otro desenlace que el enfriamiento paulatino y fatal en la eterna noche del espacio. Figurábase el bloque enorme del planeta, árido y frío, convertido en satélite del sol, alumbrando las noches del astro rey, trocado á su vez en un planeta inmenso, habitado por una humanidad más perfecta, en condiciones de vida superiores é ideales.

¿Qué felicidad tan hermosa la de los creyentes, la del pobre D. Higinio, la de las viejas tías, Pilarito y Jacinta? ¿Por qué había él perdido la fe? Cosa inexplicable, viviendo como había vivido hasta entonces en aquel medio de religiosidad digno de otros tiempos, entre un tío clérigo y dos viejas que en toda la Ciudad gozaban fama de santurronas. Y se avergonzaba de su debilidad, de la hipocresía que le rebajaba á sus propios ojos, de sus apariencias falaces de buen católico, que asiste á misa y confiesa y comulga como una máquina en las épocas ordenadas por la Iglesia. ¿Era aquello respeto, consideración filial á los viejos que le habían educado y á los que heredaría? ¿O era más bien inercia, carencia de virilidad, afición egoísta á la vida vegetativa é inmóvil, la costumbre inveterada de la transacción y de la componenda, enfermedad incurable de la raza?

Tendióse sobre el costado izquierdo, y lejos de molestarle aquella posición, experimentó repentino alivio. Disminuyeron las palpitations, el corazón recobró su martilleo normal, apenas perceptible, y la idea de la lucha, de la defensa, se presentó de improviso, imponiendo silencio á las demás que se replegaron humildes en un rincón del cerebro.

—Si al fin y al cabo no tenemos más vida que ésta, si no hay otra mejor, hay que batallar por conservarla. Ma-

ñana mismo voy á consultar á Perico.

Y veíase ya entrando en el despacho del médico, del antiguo compañero de Colegio, contemplábase en mangas de camisa, sentía sobre el costado izquierdo la cálida mejilla de Perico erizada de pelos grises, divisaba su nariz roída, su mezquino bigotillo negro, su boca entreabierta por la atención, sus dientecillos ennegrecidos por el tabaco. Y le oía decir con su voz atemorada, enderezando el cuerpo flaco, agobiado por el peso del matrimonio, de aquella unión con una mujer gordísima, incansable productora de chiquillos, todos del femenino sexo:

—Eso es nervioso, muchacho.

¿Verdad tranquilizadora, ó consuelo piadoso al desahuciado? Siempre cabía la duda. Pero ahora recordaba el caso de muchas personas á quienes hasta los médicos creyeron víctimas de crueles enfermedades orgánicas, y que, sin embargo, andaban por ahí tan tiesas y campantes. Sin ir más lejos, Petrita, la mujer del Procurador Arencibia, que tuvo encargada la caja y hasta le llevaron Su Majestad...

Entonces, alentado por la persistencia del alivio, por la caricia lenta é insensible de la idea consoladora, intentó formalmente quedarse dormido, sin moverse ni una línea de la bienhechora posición, de aquel *decúbito izquierdo* en que tan á gusto se encontraba. Y para llamar al sueño, apeló al recurso que emplear solía, de contarse mentalmente á sí propio una novela, en la que siempre figuraba él como protagonista.

Ya no era Tomasito Sosa, *burgués* obeso y feo, de mediana edad, pacífico y sedentario, sino un pollo esbelto, elegantísimo, con cintura de paje y pectorales de hércules, prensado en un llamativo uniforme de oficial de caballería. Contemplábase entrando en la Alameda, de brazo con un amigote del Colegio, sonando las espuelas, llevando el sable asido por la mitad, con un par de dedos de la mano izquierda y figurábase la insinuante dulzura, la sumisa emoción de las miradas de la juventud femenina, de aquellas chiquillas entre los quince y los veinte,



flores efímeras de la actual primavera, que nunca pararon mientes en el Tomás Sosa de la vida real.

Llegaba la noche de San Pedro, la del día de Candelaria ó la del lunes de Carnaval, y veíase en el salón de *Versalles*, entre luces, flores y sonrisas, entregado al vertiginoso delirio del vals, oprimiendo con el brazo derecho el talle redondo y cálido de María de las Nieves, la perla atlántica, la hembra más hermosa de la localidad. Todas estaban á sus órdenes. Emociones de la declaración, tierna y discreta, diálogos por la ventana, entrada en la casa, después de solemne conferencia con el satisfecho papá, chiquilladas deliciosas, besos furtivos...

Las imágenes oscilaban en su cerebro, desbaratándose, desvaneciéndose, para reaparecer cada vez más ténues, cada vez más confusas...

Era un paisaje árido, desolado y triste de la Isleta: el sol dorado y oblicuo de la tarde trazaba en el suelo gris dos siluetas larguiruchas, animadas de movimientos bruscos y estrambóticos, su propia silueta y la del capitán de infantería Paquito Armendariz, novio oficial de María de las Nieves. Se estaban batiendo á sable. Veía con singular claridad el rostro diminuto, chupado y lívido del Doctor Perico y más lejos, vagas, borrosas, apenas delineadas, cuatro manchas de sombra: los padrinos del duelo.

Tuvo luego la sensación extraña de que el choque de los sables iba siendo cada vez más lánguido, cada vez más flojo, como si las armas se trocasen de acero en madera, luego en algodón y al fin en aire sutil é impalpable...

La imagen desapareció, perdiéndose en la noche, en la lobreguez del vacío.



CAVILOSIDADES

Órbitas distantes

En el mundo ideológico vemos á los más ilustres pensadores seguir caminos que no son los nuestros, que no son los que frecuentan en tropel los hombres vulgares, ni tampoco aquellos en que marchan solitarios otros hombres de mente excelsa. Desde esos caminos, que jamás se cruzan con los otros ni á ellos se acercan, caen sobre los demás hombres los rayos de luz que proyecta desde lejos el espíritu, pero no les llega todo su calor. Y se preguntan: «¿Por qué los caminos que siguen en su pensar esos espíritus elegidos no habían de confundirse entre sí y también con éstos en que nosotros marchamos? Así el cambio de las ideas entre todos sería más fácil y más completo, y los hombres de inteligencia superior elevarían hasta ellos á los demás.»

Pero quizá es mejor que así sea, que haya espacio entre unos y otros caminos, que la luz alumbre sin cegar ni abrasar, que las grandes vías del pensamiento estén como las órbitas de los cuerpos celestes, distantes unas de otras, sin aproximaciones ni entrecruzamientos que traerían la confusión y el caos. Los diminutos asteroides pueden marchar casi confundidos: los grandes astros necesitan para su marcha inmensos espacios desiertos, y no toleran en su proximidad más que á sus satélites.

* *

Violetas

¡Oh nuestros pensamientos más recónditos! Se es-

conden en lo más profundo, los cubre la lujuriente vegetación de nuestro pensar común, dogmático, teñido de los colores de las preocupaciones hexdadas y de la pseudo-ciencia. ¡Oh nuestros pensamientos más recónditos! Como violetas que no se ven y cuyo aroma sentimos de pronto á la sombra de los árboles copudos, esos pensamientos nuestros rompen discretamente, de cuando en cuando, la tupida tela que forman nuestros juicios de todos los días, la parte más exterior de nuestra inteligencia, lo más vulgarmente brillante de nuestra imaginación, y como con fragancia delicadísima impregnan todo lo que pensamos.

La delicia dura poco: creemos por un momento que nos acercamos al sitio donde la flor se esconde, que vamos á verla al fin, á asirla con nuestra mano; pero la fragancia disminuye y al cabo se pierde como otras veces, ¡como siempre! Hemos estado en el camino de lo mejor de nosotros mismos, y tenemos que renunciar á la felicidad más grande que pudiéramos ambicionar. El fondo nuestro, ese paraje obscuro en que florecen como violetas nuestros pensamientos más recónditos, más íntimos, más raros, más exquisitos, queda siempre cubierto por el matorral espeso de nuestros pensamientos comunes, consuetudinarios.

Y cuando con la memoria queremos reproducir la fragancia que nos encantó, otra decepción nos aguarda. ¿Cómo era aquel perfume? ¿Cómo era *aquello* que yo empecé á pensar? Era algo muy delicado, muy exquisito que llevo en mí y que parecía en aquellos momentos subir de lo más hondo; pero no sé *cómo era*, no puedo recordar *lo que era*.

ANTONIO GOYA.

La herencia de "Clarín"

I

La muerte de «Clarín» ha dejado viuda á la crítica española. Tal vez contraiga nuevas nupcias, pero cabe asegurar que por el momento lleva viudez horrible y duelo muy legítimo.

No porque «Clarín» fuese ejemplo de maridos, que hartas infidelidades cometió, sino porque con todos sus humanos defectos, era, como esposo, insustituible. Si la crítica, por su parte, algunas veces otorgó á otros sus favores, estos favores no pasaron de galanteos sin consecuencias. Se dejó querer, pero no se dejó conquistar. De sus varios esposos, «Clarín», el último, quizás fuera el más amado.

Reinó en el matrimonio casi constante buena armonía. Sólo se interrumpió la bienhadada paz cuando el marido, en su exceso de celo por honrar y exaltar los prestigios de su consorte, quiso que los demás los reconocieran forzosamente, aplicando en vez de razonamientos palos. Como ni la letra entra con sangre ni la persuasión se logra con la injuria, «Clarín», al valerse de tales medios para inculcar sus convicciones ó para imponer sus caprichos, se desacreditó. Apasionado, injusto, parcial en muchas circunstancias, llegó á señalarse por estas votas; y cuando daba las contrarias, que son las propias de la verdadera crítica, no convencía á nadie. Veíase siempre detrás del crítico al hombre en quien lo *humano*, lo personal, tenía demasiado imperio.

Leopoldo Alas estaba preparado por la Naturaleza para las altísimas funciones de juzgador. Su golpe de vista seguro, su nativa delicadeza de gusto y fineza de ingenio, su percepción cuasi infalible del lado bello de las cosas, su santo horror de lo feo, de lo vulgar, de lo adocenado y cursi, le daban capacidad notoria para juzgar las obras artísticas ajenas. A estas naturales dotes se agregaron las que el estudio y la instrucción procuran: afinadas aquellas disposiciones mediante el cultivo, centuplicaron su alcance. Alas adquirió un caudal de ciencia extraordinario, bebió en todas las fuentes de cultura, y se hizo perfecto erudito al mismo tiempo que refinado artista. La excelente primera materia, por la Naturaleza proporcionada, se mejoró, perfeccionó, utilizó, merced al trabajo infatigable. El *nascere* encontró su necesario complemento en el *laborare*.

Y desde entonces Alas fué autoridad en nuestra crítica; fué la mayor de las autoridades, fué pontífice. Pero no pontífice venerado, tenido por indiscutible, sino pontífice sobre el cual pesaron continuamente el odio y la negación de muchos. Era lógico que así ocurriese, pues el Sumo, en lugar de definir dogmas, quería imponerlos á latigazos, esgrimía airadísimo la excomunió pontificia, no siempre dirigida sobre cabezas culpables, y gozaba en decretar contra los

altos delincuentes la áspera penitencia de Canosa, Fáltóle la serenidad olímpica, el reposo augusto de los dioses que, al fulminar sus sentencias, no se descomponen. Clarín descomponíase; Clarín solía parecer, más que un juez impertérrito, un dómine enfurruñado. Y las pasiones todas en él hallaban asidero. Bien podía aplicarse á sí propio la vieja sentencia latina.... *et nihil humanum a me alienum puto*.

Pero, no obstante cuanto va expresado, sus desposorios con nuestra crítica fueron indisolubles y gloriosos. Su herencia queda intacta, y nadie se atreverá á poner su mano en ella, porque la guarda la leyenda de las armas de Orlando. ¿Dónde está el heredero?

Hoy corre con el nombre de crítica una quisicosa incalificable que, no los expertos, sino los indoctos practican, un oficio libre y descansado que en ninguna escuela se aprende, pero que á cada paso encuentra aplicación. Crítica, con arreglo á estos procedimientos, es comentario somero é insustancial, glosa ligera é insípida, gacetilla chabacana é indigesta; crítica es un despreocupado meterse en todo sin entender de nada. Para ejercerla así no se necesita diploma, cualquier gacetillero intruso se halla en potencia de profesarla. Y gacetilleros, por lo común, la fabrican y la sirven al público, acostumbrado á comulgar con ruedas de molino.

Los grandes críticos, diplomados, documentados, van siendo más escasos cada día. Diríase que forman una superior especie literaria amenazada de extinción próxima, en nuestra tierra de España por lo menos. Apenas si podemos contar como tales á Larra, á Revilla, á Villergas, á Ixart, á Balart. No menciono de intento á Menéndez Pelayo, porque, pudiendo ser *primus inter pares*, su estrecho criterio le ha hecho permanecer rezagado. En él ahoga el polígrafo al escritor artista, al sabio universal, al crítico.

Pero Clarín, á despecho de las *infidelidades* que más arriba se apuntaron, era crítico de raza, de temperamento y de educación. Su labor analítica, cuando ahondaba, cuando se encarnizaba, hacía de las obras literarias una vivisección completa. Anatómico de la literatura podía llamársele. Además de buen ojo clínico, tenía excelente bisturí. Y solo dejaba de ser grande operador en el momento en que la pasión le hacía olvidar sus deberes profesionales, lo cual por desgracia ocurrióle muchas veces.

Comprendió la evolución de la crítica, siendo muchas más experimentalista que impresionista; pero, por necesidad ó por debilidad, hubo de limitar considerablemente su campo operatorio.

Este fué su error.

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ.





HISTORIA DE LAS SIETE ISLAS DE CANARIA

COMPUESTA POR D. TOMÁS MARÍN DE CUBAS

(Continuación)

Vuelto á Sicilia Carlos Anjou, con su hermano S. Luis de Francia, D. Teobaldo, rey de Navarra, Juan Tristan de Francia, Conde de Nevers y el Cardenal Rodolfo, Legado del Papa, hacen guerra á los moros de Berberia, y juntos en persona intentan pasar á cualquier puerto con el Almirante Enquerano de Couchy; quedóse Carlos defendiendo las costas de Italia y á enviar socorros contra Túnez, por ser ciudad muy rica y en muchos años no haber sido acometida y estar muy ocupado en guerras contra España el Rey Miramamolín Jacob Aben Jusuf. Salió S. Luis de Mallorca á 1.º de Marzo de 1270, llevó consigo tres hijos, y el mayor Felipe, ganaron la Goleta, pusieron el sitio entre Cartago y Túnez, y á los cinco meses de malas aguas y tempero de la tierra se apestó el ejército cristiano con mucha pérdida y el primero de los príncipes murió Juan de Francia Tristan, fué tocado el de Navarra, murieron el Cardenal y S. Luis, que fué después canonizado por el Papa Bonifacio.

Luego Carlos de Sicilia, sabida la muerte de su hermano San Luis, hizo paces con los Pisanos, y con copioso ejército pasó á Africa y continuó el sitio, y el de Túnez por buenos medios se resolvió á estorbarle con ánimo de venir sobre España; capituló treguas por diez años con los Reyes cristianos presentes y ausentes que quisiesen tener paces con los Reyes de Túnez y sus aliados de Africa, sin comprender al So'dan de Egipto por no hacer agravio á los cristianos de Palestina ni obligarles á que se les hiciese guerra, y que pagara el Rey de Túnez los gastos de esta jornada, toda la cantidad en oro sin mezcla de otro metal. 1.º Que todos los cristianos que habitaren en todos los señoríos de Africa por el dicho tiempo de diez años en tratos y comercios, no paguen derechos ni tributos á los Reyes de Africa. 2.º Que los cautivos de ambas partes sean libres. 3.º Que los Reyes de Africa se obligan á pagar el antiguo tributo de cuarenta mil escudos cada año á los Reyes de Sicilia. 4.º Conceder en Africa y su señorío libremente el ejercicio de su religión á los cristianos. 5.º Que en la ciudad de Túnez se hagan dos Monasterios de religiosos de Santo Domingo

y de San Francisco. 6.º Y que puedan libremente predicar el Evangelio y admitir los moros que quisieren convertirse etc. (Lib. 8. Anales de Flandes por Manuel Sueyro en la vida de Santa Margarita Constantinopolitana).

El Rey D. Alonso X también por sus hijos fué disgustado. El primero, D. Fernando, heredero de España, que murió en vida de su padre, se casó con Madama Blanca hija de S. Luis rey de Francia IX, y tuvieron á D. Alonso, Infante de Castilla, que se firmó Cerda, como su Padre Fernando Guedeja, que es lo mismo que cerda; la madre y el hijo se fueron á Francia, allá fué monja en las Franciscas de S. Marcelo, donde vivió con gran ejemplo de piedad, murió á 7 de Junio de 1322. (El Padre Nicolás Causino, tomo 2. Corte Divina.) Su hermano menor D. Sancho se levantó con el reino de España en vida de su padre, tuvo áspera condición, diéronle renombre de Bravo.

En el reinado de D. Sancho, que después de su Padre D. Alonso X le sucedió por el año de 1284, el de Fez intentó pasar á España y D. Sancho IV vino sobre Tarifa y la ganó, puerto siempre ofensivo contra toda España, y venció al moro en batalla naval: y por este tiempo y siempre en guerras el de 1291. Dice Agustín Justino, verbo Canaria, que estaba surtas en el estrecho dos galeras de Teolosio Doria y de Ugolino Vibaldi, desgarraron con recio temporal y llegaron á las Canarias, y dos religiosos de S. Francisco que iban en ellas, dieron nuevas en levante de las costumbres bárbaras de sus habitadores, y fueron las primeras noticias de las Islas, y después el comerciarles de paz.

Luego que en el reino á D. Sancho IV le sucedió su hijo D. Fernando IV por el de 1295, le hizo cruel guerra y oposición por el reino su primo D. Alonso de la Cerda, llamado el Desheredado que vivía en el Castillo de Gibraltar en tiempo de su tío D. Sancho. Dice Velez Forest (Anales de Francia lib. 4 Cap. 58) que D. Alonso fué Canónigo y Arcediano de Nuestra Señora de París y después se casó Madame Masalda, señora de Lunel junto á Beucatre, vino á España, tuvo dos hijos, Carlos y Luis; estos príncipes Cerdos se recogieron á Francia por el peligro el año de 1298, reinando en Aragón D. Jaime II, y en Navarra sus tíos. Compusiéronse estos príncipes con su tío D. Fernando IV de no tener más que ver ni entender en España el año 1304. Don Alonso y su esposa están sepultados en Gibraltar en el Convento de Nuestra Señora del Carmen, como Patronos, y los primeros carmelitas que vinieron á España los trajo de París y allí de Jerusalem, su abuelo S. Luis. D. Carlos de España y Cerda murió junto á París, sin suce-

sión en servicio del Rey de Francia; fué Conde de Angulema. Su hermano D. Luis de España y Cerda, Conde de Talamont ó Claramont, se crió en la casa del Rey de Aragón D. Pedro su tío; fué Príncipe de las Islas Fortunadas. Murió el Rey D. Fernando IV en el término ó plazo de treinta días, emplazado por dos caballeros hermanos Carvajales, mandados despeñar de la peña tajada de Martos el año 1312.

D. Alonso XI, el conquistador, tuvo de los moros grandes victorias, y en particular donde ellos, para recobrar de nuevo en España, sacaron del Africa todo el esfuerzo posible, y en el año 1325 su almirante Alonso Jofre apresó una gruesa armada de galeras de moros en el Estrecho, y el Rey por tierra ganó muchos lugares de España, y estimulados los moros pasó á España el Príncipe de Marruecos Abymeleck ó Abul Melyck, el Picazo, señalado en fuerza como su padre, entró con grande estruendo y ejército de á pie y á caballo, y con diez mil lanzas dió la vuelta á robar y ganar tierra por Alcalá de los Gazules, Jerez, y por tierra de Sevilla entrarse victorioso. Los tres capitanes Hernan Portocarrero, Juan Alonso de la Cerda y Alvaro Pérez de Guzman juntaron en Arcos dos mil lanzas, 2500 de á pie, dieron sobre el moro descuidado en la Vega de Pagarra, antes del día en 30 de Octubre de 1340 y en el río Patute hallaron la centinela de 500 de á caballo que luego huyeron, y á los demás por no poder huir dieron muerte á sangre fría y á otros en el alcance camino de Algeciras, y algunos vivos pasaban plaza de muertos arrojados en el suelo, entre ellos Abymeleck, que, apartado algo del camino y cansado en una piedra descansando, le vió uno de á caballo de los cristianos que volvía llegando á él y atendido por parecerle no estar bien muerto, sin conocerle le dió dos lanzadas y pasó de largo, y un moro procuró cargarle á cuestras, y no pudo llevarle y fué á dar aviso, y el herido con ansias de muerte, sediento á un arroyo se fué arrastrando, y fué hallado muerto junto á un zarzal. Esta victoria se ganó por ayuda y socorro de la Virgen María Nuestra Señora.

Sabida la muerte en Africa de su Príncipe y de las costas de Valle Meri, su Padre Abul Hassan, indignado y blasfemo, y en gran manera soberbio contra España y el nombre cristiano, bramando convocó á los aliados Reyes de Fez, Bujia, Túnez y el de Granada, con él previno 60 galeras grandes, y en cinco meses pasaron el Estrecho á España cien mil lanzas, cincuenta mil peones, con sus mujeres, hijos y alhajas. El Rey D. Alonso tenía para dar la batalla y defen-

der el Estrecho diez buenas galeras á cargo de su almirante D. Pedro Moncada; pidió socorro á los Príncipes cristianos, y su suegro D. Alonso IV de Portugal, que prevenido estaba socorrería á tiempo por la parte que el moro se determinase por la mar con sus galeras á cargo de su almirante Carlos Pizano, y luego por tierra ambos pusieron sitio y socorro contra Tarifa. El Papa Clemente VI, luego que entró en el Pontificado procuró estorbar esta guerra del moro, y poniendo paces entre D. Pedro de Aragón y D. Jaime II, primos y cuñados, casado con D.^a Constanza, hermana de D. Pedro IV, el cual envió de socorro á España diez galeras á cargo de Micer Gilio de Bocanegra, y D. Jaime de Mallorca envió dos galeras. Dióse la batalla naval frontero de Algeciras á tiempo, y por tierra donde el moro tenía más de cien mil lanzas y cuatrocientos mil de á pie; los cristianos se habían juntado sobre Tarifa catorce mil lanzas y veinticinco mil de á pie, lunes día cinco de Octubre de 1343. En el río Palmones se dió la batalla: al principio fué muy dudosa, y declaróse la victoria por España. Murió más de la mitad de los moros, huyeron á varias partes, murió el Rey de Fez, huyeron el de Granada á Marbella, el de Marruecos á Gibraltar desamparando su real donde los cristianos mataron á la Reina Fátima, hermana del de Túnez, y á dos sobrinos suyos: ganó el Rey D. Alfonso á Algeciras y Gibraltar, que después los moros por traición se levantaron, é hizo tributario al de Granada: fueron apresadas del de Marruecos y el de Granada veinte y cinco galeras primero, y después otras en alcance que huían á Africa.

CAPÍTULO II

D. Luis de la Cerda es el primer Príncipe de las Canarias.

Escarmentados los moros, como alegre la cristiandad del castigo, y la victoria de unos y otros las pérdidas, procurando los aumentos de la fe la Reina D.^a Juana de Nápoles, que después de su abuelo Roberto en este año de 1343 luego hizo donación del derecho que dice tenía á la conquista de las Islas Fortunadas, y era suyo por donación del Papa á su abuelo, y por ella á su sobrino D. Luis de España y Cerda porque tenía larga noticia de dichas Islas por un navío suyo que las aportó de Lanceloto Mailesol, napolitano estuvo en ellas de paz y trato y comercio en el año de 1320; y por este tiempo le frecuentó hasta el presente año de 1344 que el Papa Clemente VI le dió la investidura y luego D. Luis envió armada á ellas.

Francisco Petrarca (lib. 2 de vita silit. tract. 6 cap. 3), refiere el triunfo y solemne paseo del día del nombramiento de su principado, y como primero precedió ir á las Islas Fortunadas una armada de la República Jannuense, incitada por los Padres del Senado de ella que son de la Isla de Menorca, y dieron por nuevas que sus moradores ahora son como el tiempo que los describe el poeta Horacio Flaco, en sus liras, que son amicisimos de soledad tanto como las bestias, sin tener comercio ni trato, más que las gentes más remotas de todo el orbe, así de la India y Oriente como del polo ártico, no hallándose otras más solitarias; son vagantes por los campos en compañía de sus ganados por donde quiera que ellos quieren apacentarse. Esta tierra dieron por patria muy poco ha á un varón muy noble de la casa de España y Francia por Clemente VI, al cual vimos el día de su paseo (en Aviñón) adornado de cetro y corona real, y con la mucha lluvia del día se le desazonó su gozo. Y así se dijo que su principado se le aguaría á mal fin, pues era situado fuera del orbe, y no hemos sabido quien le haya sucedido á este príncipe.

Jerónimo Zurita (lib. 2 cap. 1) dice que Don Luis de España y Cerda, conde de Talamont, se crió en la casa del Rey D. Pedro IV de Aragón, y que en el año de 1345, en las fiestas de Navidad, tuvo el Rey D. Pedro embajada del Papa Clemente VI, dos Nuncios, el Arzobispo de Neopatria y Rodolfo Loifera; pedían licencia que Luis, Príncipe de la Fortuna, hiciese cierta armada de gente y navíos para la conquista de la Gran Canaria y de las otras Islas que antiguamente se dijeron las Fortunadas, cuya conquista le había dado el Papa; fueron estos embajadores muy bien recibidos y hospedados, y dióseles todo lo que pidieron. Por el mismo tiempo vino otro Embajador moro á Aragón llamado el Alcaide Abenfacen Abencomija, enviado por Jussuf, Rey de Granada, con poder del Rey de Marruecos para concordar treguas y paces por algún tiempo, y quedó ajustado por diez años. Dice el mismo autor que un año después vino á Aragón D. Luis de la Cerda á visitar al Rey D. Pedro, que asistía en Poblete por estar la Reina convaleciente de acerba enfermedad, y empezó á tratar de armar gentes á la empresa de las Islas Fortunadas de que el Papa le había hecho merced, y de la costa de la Libia en el Océano llamado el Reino de Bena Mary á causa de que sus moradores hacían sacrificios nefandísimos á sus ídolos. Fué recibido este Príncipe con grande fiesta y además de las

galeras de cierto número que le mandó dar, le concedió que pudiese sacar de la Isla de Cerdeña todas las vituallas para esta armada. No se ha podido hallar ni saber el suceso de esta empresa. De creer es que el Príncipe Luis desistió por las crueles guerras de Francia y de Inglaterra, que luego inmediatamente se dió la batalla donde de ambas partes murieron treinta mil hombres.

Esteban Garibay y el Samaloa (lib. 14, cap. 6 y cap. 21) dicen que el Príncipe Fortuna con esta armada, él no llegó á las Islas y se quedó en Cádiz; lo mismo dicen otros. Galeno de Bencourt (Tratado de las Navegaciones de Francia en el Océano) dice que el Príncipe Fortuna tuvo el dominio de estas Islas, coronándole por Rey el Papa solamente para predicarles la fe, y habiendo llevado armada de genoveses y catalanes la envió á ellas y él se ocupó en el servicio del Rey de Francia, y esta armada llegó a la Isla Gomera, quedándole después la permisión de estas Islas al Rey D. Pedro IV.

D. Luis de España y Cerda, Príncipe Fortuna, Conde de Clermont, se casó en España con D.^a Leonor de Guzmán, vecina del Puerto de Santa María, tuvo por hijos a D. Juan y á Doña Isabel; habiendo llegado de Aragón, envió la armada á las Islas de Canaria mediante las paces contraídas con el de Marruecos que dice ser suyas estas Islas de su patrimonio real; él pasó á Francia y se halló en la batalla Crecyaca el año de 1346 que dicen los Anales de Flandes que fué sepulcro de la nobleza de Francia, donde murió D. Luis, y la viuda D.^a Leonor se casó con Rodrigo Alvarez de Asturias, señor de Noroña, y usó de su hija D.^a Isabel de la Cerda; y muerta D.^a Leonor, el Rodrigo se casó con su entenada D.^a Isabel, y ella viuda se casa con D. Bernardo de Bearne, hijo del Conde de Foix, que fué el primer Conde de Medinaceli, y tuvieron á D. Gas, Conde Bearne y Cerda, donde proceden los Duques de Medinaceli. (Anales de Flandes por Manuel Sueyro.)

A D. Juan de la Cerda y Guzmán, hijo del Príncipe Luis, hizo matar el Rey D. Pedro de Castilla el Cruel, y á él le mató su hermano bastardo de dos puñaladas mortales D. Enrique II, hijos de D. Alonso XI el año 1369; fué D. Enrique el primer Conde de Trastamara desde el año de 1328, por su padre, que hizo los condados de Lemos y Sarria; fué casado con D.^a Juana, biznieta del Infante D. Fernando Guedaja, primogénito del Rey D. Alfonso X.

(Continuará)

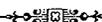
El Museo Canario

Revista decenal

Órgano de la Sociedad del mismo nombre

establecida en Las Palmas

para el adelanto de las Ciencias, las Letras y las Artes



NÚMERO 131. ~ 135

Las Palmas 10 de Agosto de 1901

ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS

de la

ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

Recuerdo siempre un día en que la atmósfera estaba pesada, no hacía viento y el calor era sofocante. En aquellas circunstancias, y más que nunca molesto por mi afección neurálgica, fui á buscar alivio bajo el pino bienhechor. Allí desapareció todo y creía hallarme en otro mundo; pero cuando por cualquier circunstancia tenía que abandonar su sombra, poco á poco á medida que me alejaba de él volvía á sentirme agobiado bajo el peso de aquella atmósfera de hierro que me torturaba excitando mis nervios.

Algunos enfermos que sabían mis paseos los domingos á Tafira y llegaban á consultarme sus padecimientos, los torácicos y particularmente los nerviosos cuyo resultado era hacer dificultosa la respiración, y hacía algún tiempo se hallaban aguardándome á la sombra de ese benéfico árbol, me manifestaban encontrar allí bastante alivio, lo que no les acontecía cuando se situaban debajo de otro, especialmente de una higuera, de lo que estoy seguro dimana esa especie de horror que tienen en este país á dormir á la sombra de esos árboles. Esta, al parecer, preocupación no deja de ser fundada, pues he visto erisipelas, reumatismos, pleuresias y hasta una pericarditis con un gran derrame, cuya causa no podía ser otra que el acostarse á dormir á su sombra fría á causa de la activa evaporación que se verifica en sus hojas y por consiguiente suprime la transpiración cutánea.

He visto muchísimas personas nerviosas que sentían dificultad en la respiración, y mujeres que padecían de histeria y no tenían su causa en ninguna alteración orgánica, pero que sin embargo resistían á todos los agentes empleados y reconocidos por su grande eficacia haciendo nulos sus resultados. Por casualidad descubrieron que con el olor de la tea bien fina, particularmente aspirando el aroma de las virutas, desaparecían casi al instante sus dolencias. He dado mi asistencia á una señora que sufría violentos

ataques histéricos que le sobrevenían cada vez que tenía un disgusto ó esperaba su menstruación, los que le duraban mucho tiempo y se repetían con bastante frecuencia, sin que mis antiespasmódicos diesen un resultado satisfactorio. Casualmente tenía en su casa algunos carpinteros trabajando y como le agradase el olor de la tea tomó algunas virutas de aquella madera, inspiró el perfume de la resina y no contenta con esto se friccionó con ellas la mano y la nariz. Al instante cedió ese estado de tensión nerviosa y en adelante no usó otro medicamento para sus males. Conocí también un maestro carpintero que se marchó para la Isla de Cuba y me decía que mientras labraba la tea jamás padecía de nada, pero cuando lo hacía con otras maderas se cansaba, no podía respirar y tenía que suspender su trabajo por algún tiempo. Además es opinión vulgar manifestada por todos los que trabajan las maderas, que la tea es sumamente saludable y que prolonga la vida.

Conocí, asimismo, un pobre mendigo que recorría los campos pidiendo limosna y que no podía trabajar por hallarse afectado de la respiración, no encontrando alivio sino cuando aspiraba las emanaciones de los pinos. Siempre traía consigo unas piñas de aquellos árboles que olía continuamente y á veces las masticaba y tragaba el jugo de ellas, únicos medios con que había encontrado alivio á sus dolencias.

Muchos habitantes de Gran Canaria tienen gran fé en Santiago del Pinar que se venera en una Ermita situada en el centro de un bosque de pinos, á donde todos los años acude en romería gran número de fieles á cumplir sus promesas el veinte y cinco de Julio. Teniendo que ir al siguiente día á la Vega á ver un enfermo, en el camino, en el punto que llaman la Cruz del Inglés, encontré una pobre mujer tendida en el suelo con pérdida completa del movimiento y sentidos, rodeada de una porción de gente. Algunos de los que me conocían y se hallaban allí me llamaron para que diese mi asistencia á la enferma, la que me manifestaron que regresaba de la fiesta de Santiago. Estos antecedentes me hicieron sospechar en aquel accidente una congestión del cerebro, con derrame de sangre, por la inyección en que á la simple vista se hallaban los capilares de la cara y esclerótica, pero

me añadieron que la enferma padecía de aquellos ataques. La medicina que todos los concurrentes estaban empleando en aquella mujer no dejaba de ser enérgica y capaz de asfixiar á un Sansón: consistía en cojer un zapato de aquellos pies, que jamás sienten más agua sino cuando llueve ó van á regar, que estuviese bien impregnado de sudor y ponérselo en la nariz y boca para que aspirase; además una porción de pies que traían seis ó siete leguas de camino y por cuyos zapatos filtraba el sudor, se los paseaban sobre la cara y nariz. Todo aquel concurso de gente había formado una atmósfera sui géneris alrededor de aquella desgraciada, que había de producir por sí sola una verdadera asfixia ó una fuerte irritación del aparato respiratorio. Y mirándolo bien no deja de ser fisiológico. ¿Pues qué era aquel un pequeño excitante de la mucosa respiratoria? Viendo esto mandé retirar toda aquella gente, hice colocar á la paciente en una posición más ventajosa para que el aire libre penetrase por todos lados, y de las ramas de pinos y piñas de que todos venían cargados hice que algunos separasen la corteza y la pusiesen debajo de la nariz. A los pocos instantes la mujer principió por hacer fuertes inspiraciones, recobró el conocimiento, bebió una poca de agua que mandé traer, y pronto se puso en marcha para su casa.

Heridas graves se curan en los campos poniendo sobre ellas un emplasto de resina de pino, particularmente aquellas que se causan los fragueros, y que ciertamente llegan muchas veces á ser profundas, con los instrumentos que emplean para cortar los pinos. Los tumores flegmonosos encuentran en esta resina un poderoso resolutivo ó madurativo. Las llagas de mal género con falta de vitalidad en los tejidos en los que no se ven indicios de cicatrización, las que tienden á las gangrenas, esas mortificaciones de los tejidos por alguna fuerte contusión, hallan en la infusión de las pequeñas ramas del pino un eficaz medicamento que reanima los tejidos y evita la descomposición. Las personas que después de haber gastado su tiempo en manos de los facultativos y siguiendo un método bastante severo para curarse ciertas enfermedades del estómago, como pereza de la digestión, atonía de la mucosa, gastralgias crónicas, en fin toda esa gran série de fenómenos digestivos denominados por mi maestro Bean con el nombre de dispepsias, han encontrado su cura radical tomando por la mañana, al medio día y por la noche una píldora, como la cuarta parte de una avellana, de resina de pino.

Por mi parte no he dejado de estudiar esta cuestión en todas aquellas úlceras para las que se hallan indicadas las preparaciones aromáticas y las soluciones tónicas, como el agua de quina, vino aromático, tintura de árnica, etc., etc., la infusión y sobre todo las

ramas de pino maceradas y aplicadas me han dado resultados superiores á las medicinas generalmente empleadas y creo deben sustituirse con ventaja. Las fungosidades de las encías, ese reblandecimiento acompañado de secreciones sanguinolentas, ese mal olor de la boca á causa del mal estado de la mucosa bucal, hallan en esta preparación su más poderosa medicina, como lo he observado muchas veces. Las perturbaciones de la defecación, debidas á cierta atonía del grueso intestino ó ulceraciones, lo mismo que el reblandecimiento de la mucosa, las grandes lavativas emolientes para limpiar bien el intestino y después pequeñas lavativas de infusión ó maceración del pino conservándolas todo el tiempo que se pueda, producen los más benéficos resultados y curas casi increíbles. Los flujos vaginables y uretrales son ventajosamente curados y algunos que habían resistido á los astringentes más enérgicos, como el percloruro de hierro en disolución, fueron radicalmente curados con inyecciones de aquella preparación. En varias tifoideas que he tenido, en que la convalecencia no se presentaba al tiempo regular, quedando el enfermo en una languidez atónica, las fricciones generales dadas con este líquido, principalmente en toda la extensión de la columna vertebral, me han producido resultados favorables reaccionando la piel y excitando los nervios superficiales. En ciertas enfermedades de la vejiga principalmente los catarros que han resistido á los balsámicos empleados como el terebinto y después de una porción de meses sin resultados favorables de ningún género hice tomar á los pacientes el agua de tea como bebida habitual, curando con ella radicalmente.

Veamos según la práctica la manera de extraer las resinas medicamentosas. Se hallan pinos cuyas hojas son muy pequeñas, más abundantes, más duras y como erizadas, conocidos entre los inteligentes prácticos con el nombre de pino macho: hacen en su tronco una perforación, introducen un pedazo de plato de tea ú otro objeto cualquiera y en este estado empieza á destilar. Cuando hay una cierta cantidad la recojen y continúan de esta suerte la misma operación. La segunda clase es la que llaman resina de gota y es la que el árbol deja destilar naturalmente, que también se emplea con ventaja como lo he manifestado. Puedo demostrar la inmensa importancia del pino canario por sus maderas preciosas é incorruptibles, por los demás productos que presenta, por ser el ozonifador por excelencia de la atmósfera y por consiguiente el neutralizador de las enfermedades de origen palustre, como la fiebre amarilla, cólera, peste etc., etc.

DR. CHIL Y NARANJO.

(Continuará)



Sr. Don José López
Martín.

Mi muy respetable señor: No hace mucho tiempo me aconsejó V. que escribiera y dibujara una guía artística, histórico-descriptiva de la Ciudad de Las Palmas; la realización de ese gran pensamiento es superior á mis fuerzas; no obstante, prometo á V. que en pequeñas monografías, como la presente de la Villa de Teror, aparecerán en el MUSEO CANARIO consecutivamente, revistas parciales de lo mucho bueno que encierra esta Ciudad, del arte que atesora en sus edificios y de cuanto se relacione con su vida pública.

Trascurrido algún tiempo (si me dura la vida) la suma de esas partes será algo de lo que V. desea, que otra pluma y otro lápiz más afortunados continuarán hasta el fin.

s. s.
M. PÍCAR.

Teror es una canastilla de flores.

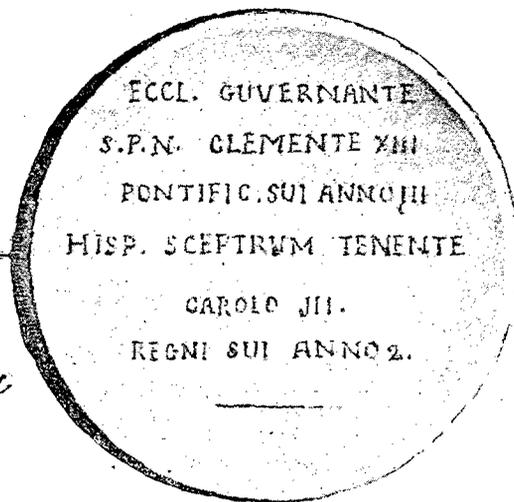
Y sin detenerme por ahora en mis impresiones de entonces, que poco se han modificado y que repetiré más adelante, fijaré algunas fechas de la historia.

playas de Gran Canaria. Su historia, íntimamente unida á la religión cristiana, fundamento de este como de otros muchos pueblos antiguos, es un conjunto de tradiciones religiosas, referentes todas á la imagen llamada Virgen del Pino. Con relación á este árbol y á la aparición de la escultura, dice Viera y Clavijo en su Historia de Canarias, tomo 3.º, página 113: «El Pino sí que era un prodigio. Sobre ser eminente, de ramos muy frondosos, y su tronco de una circunferencia de cinco brazas y media, tenía en la primera distribución de sus gajos un círculo de culantrillo de pozos tan fresco y tan lozano como si estuviese en un peñasco regado de algún manantial. De este frondoso círculo nacian dos árboles *Dragos*, cada uno de tres varas de la raíz á la copa, y en medio de ellos, se dice estaba la Santa Imagen sobre la peana de una piedra, cuya calidad no pudo averiguarse nunca.» (hay una nota que dice: P. Sosa. Topograph. de Canar. Ms. libr. 2. cap. 31.)

Por entonces (tiempos de la conquista) se levantó junto al pino una pequeña capilla, donde se le dió culto á la Imagen, que indudablemente fué conducida allí por los cristianos para convertir á los guanches: año de 1479 según una conjetura, y año de 1481 según la inscripción de una lápida moderna, tomada de una medalla religiosa, publicada ya por el autor en la página 13 del tomo 8.º de esta Revista (*). Más adelante (año de 1580) se edificó un portentoso santuario, que se derribó en parte el año 1760, para dar lugar al existente hoy, cuyas obras se terminaron siete años después, resultando de su conjunto una amalgama extraña de arte antiguo y moderno.

Bajo los muros de la actual iglesia se colocó una medalla de plata de 40 mm. de diámetro con inscripciones alusivas á la reedificación; este oculto ejemplar, legado á la posteridad entre las que algún día serán ruinas del suntuoso templo de Teror, no puede figurar en nuestras colecciones, pero por sencillos datos y un pobre dibujo de aquella época, reconstituimos su aspecto.

La iglesia, considerada en otro tiempo (manuscrito antiguo) como el «Escorial de las Islas», es un por-

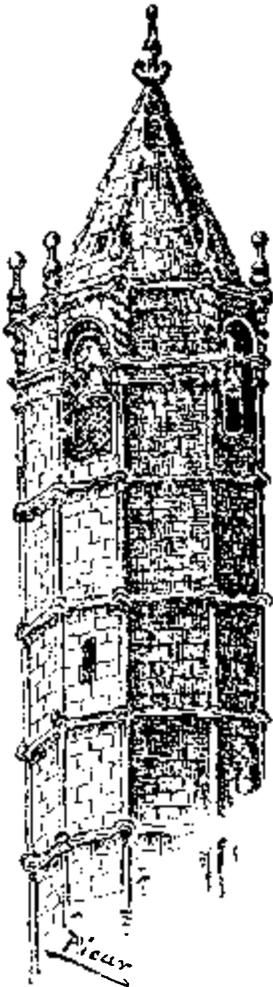


Terori, llamado así por el Itmo. Sr. Murga, y por alguien, en otro tiempo, Terror, debido este último nombre á los peligros que puede ocasionar lo movedido de su terreno; fué un pueblo formado en un principio por los castellanos, que encontraron en su suelo un oasis distante algunos kilómetros de las caldeadas

tento donde no falta ningún detalle; bellísima, sobre

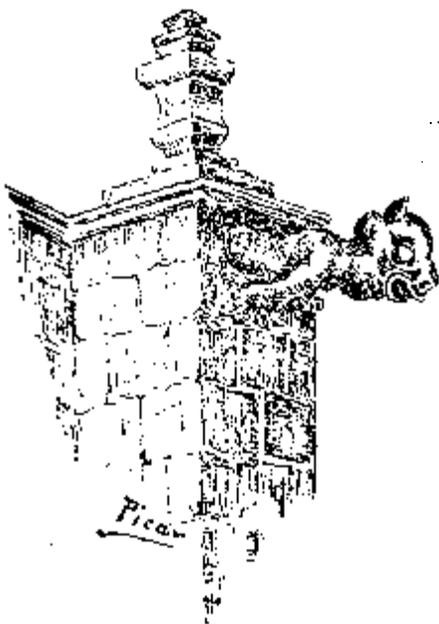
(*) La referida lápida, que fué colocada con gran ceremonia en el segundo cuerpo de la torre, el día 2 de Febrero del año próximo pasado, es debida á la iniciativa del autor, y costeada con el producto de la rifa de un cuadro pintado por el mismo.—N. DE LA R.

todo en su parte antigua, cuya torre, estribos y canales, son muestra especial de transición y enlace del arte Gótico y Renacimiento.



Su atrevida cúpula, cuyo interior estuvo pintado en otro tiempo; los capiteles de las columnas del presbiterio y riquísimos retablos dorados con hoja, la escalera y pinturas murales del camarín, las raras maderas de sus accesorios, la piscina y aguamanil, el cancel de la puerta principal; esculturas italianas de la buena época, pinturas antiguas encuadradas en lindísimos marcos; valiosos ornamentos y servicio de plata, en arañas, lámparas, candelabros, platos y jarros; cálices, custodia, reflejos y coronas; telas bordadas, perlas, esmeraldas y oro; conjunto rico de bellezas que descrito detalladamente, como merece, llenaría las páginas de un gran libro de arte.

No sé si será del caso, pero.... amenicemos. Una noche triste y sublime del pasado invierno, en que la lluvia y el viento estremecían los cimientos de Teror, me entretenía en trasladar á un legajo los apuntes sueltos de mi cartera. Había estado la tarde anterior oyendo crónicas rancias relatadas por un viejo campesino, y no sé si la áspera confección de su relato dejó filosófica huella en mi mente, ó si una derivada manifestación telepática «engarbullaba» mis sentidos en algo misterioso que el anciano no pudo explicarme.



Divaguemos: Frente al espejo del pasado, Teror, la hoy noble Villa de las tradiciones religiosas, el poblado cristiano de aquellos

días, se me presentaba un extenso bosque, sembrado

de matas silvestres y salpicado de casitas rústicas, descollando en su centro la torre de la Iglesia, y entre la fronda surcada por mil arroyuelos, amorosas parejas de zagalas y pastores, danzas campestres, notas de flauta, idilios cariñosos dilatados entre la maraña á los confines del valle; mezclados con los ornamentos sagrados, humo de incienso, hermandades, cruces, estandartes, cantos religiosos, y en medio de un sinnúmero de luces destacadas sobre el fondo esmeralda intenso del bosque, sobresalía radiante sobre riquísimas andas de plata la imagen de la Virgen del Pino; aquella primera que adoraron los guanches en unión de los castellanos.

Ya han transcurrido cuatro siglos; poco en la eternidad, mucho en la historia; ya el bosque se convirtió en compacto caserío; aquella poesía solo agreste, está urbanizada, el comercio lo irradia todo, ha variado la construcción de muchos edificios, los campos están sembrados de nuevas semillas, los hombres llevan nueva vestimenta; y así todo lo humano... pero la devoción al Arbol sagrado, ese amor secreto que une la tierra al cielo en estrecho nudo, ese tramo de la escala que nos lleva á El, ese, lejos de extinguirse, ha levantado en Teror un grandioso templo, arca de arte y testimonio fehaciente de que El existe.

Se extingue todo; sujeto á mudanza, se desmorona, se pudre, se aniquila; pero, el sol refulgente siempre alumbraba.

Exclama Edmundo de Amicis, refiriéndose á una de nuestras catedrales: «Parece imposible que aquella inmensa mole de piedra sea una obra vana de la superstición de los hombres: ¡Oh no! aquella fábrica colossal afirma, prueba, ordena alguna cosa. Allí sentís como una voz sobrehumana que os grita—Existo—»

El pobre viejo de mi narración había estado en América en su juventud, y allí perteneció á una sociedad de ateos, pero nunca dejó de tener fé en la Virgen del Pino... y cuando me hizo estas manifestaciones íntimas se quejaba como un mártir y lloraba como un niño. Y el agua y el viento azotando rudamente el exterior de la covacha donde yo vivía, me recordaban en aquella noche triste y sublime, las lágrimas y los quejidos del pobre viejo.

Reanudemos: En el presbiterio y en el lado del evangelio, hay un sepulcro, cuya losa ostenta un escudo de mosaico, y la siguiente inscripción:

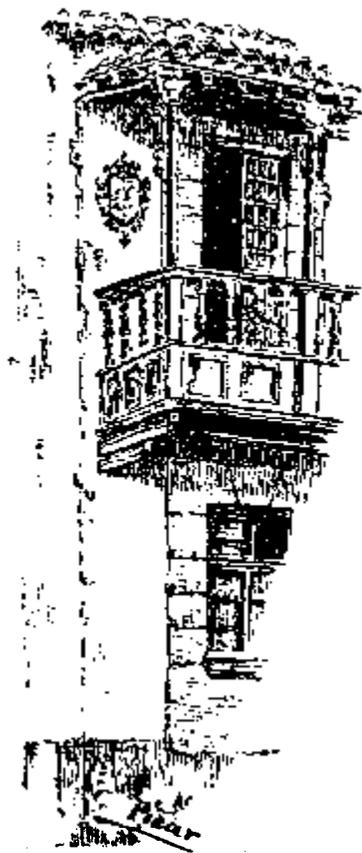
Novili coronelo Antonio de la Rocha canariensi eivsqve posteritati hæc sacra mariana Domus Terorensis ab eo fliciter concepta et optima directione ab oculiore fundamento ad svpreum culmen ad ultimam perfectionem perducta pacis reqviem ac inmortalis monumentum ivre meritoqve parat obijt die 27 aprilis anni Domini 1783 ætatis svæ 75.

El escudo lo constituyen cinco cuarteles; en el primero y cuarto, cuatro barras de gules sobre fondo de oro; en el segundo y tercero, dos leones rampantes de gules sobre plata; el del centro, ó quinto, superpuesto á los otros, lo forman un castillo de oro con guerrero y ocho roeles de oro sobre fondo azur y menguante de luna en la parte inferior—la bordadura es flordelisada y circundada por doce banderas mahometanas de colores alternos azur, plata y gules,

y en la parte superior, dos cristianas, con cruces diagonales. La corona, que es de marqués, está surmontada por una bandera de guerra, y en la bordadura hay la siguiente leyenda: **Por la fee y por el rey los moros han de huir ó todos han de morir.**

En otro tiempo hubo en esta iglesia una hermandad de mucho prestigio, constituida por las personas más importantes del pueblo; llevaba como «venera» una linda medalla sobredorada, con cinta roja y blanca, ya descrita por el autor en la página 12 del tomo 8.º de esta Revista.

Entre sus edificios importantes, figura la antigua casa de Manrique, de la que damos un ligero apunte parcial; es la más bella del pueblo, ostenta en su frente dos escudos, y en una



lápida de piedra incrustada en la pared que da frente á la calle de la Herrería, figura una inscripción curiosa por sus abreviaturas, é interesante en la historia local.

Su primera fecha coincide con la ya apuntada de la terminación de las últimas obras del templo (1767) y sin embargo dice: «Fabricada para la colocación del templo» (¿se refiere á las imágenes?) Por tradición se sabe que á las imágenes se les dió culto, los siete años que duró la obra de restauración, en una casa más inmediata al templo, que hoy ya no existe; pero se dice igualmente que la casa de Manrique, guardó por muchos años el tesoro de la iglesia y que aún guarda lo correspondiente á la Virgen.

Las viejas crónicas que dicen mucho de esto, se encuentran diseminadas y no están á mi alcance; y las más antiguas que decían mucho de lo otro, las guardó un párroco (*que ya murió*) y de bien guardadas no aparecen.

En segundo término figura el Palacio Episcopal,

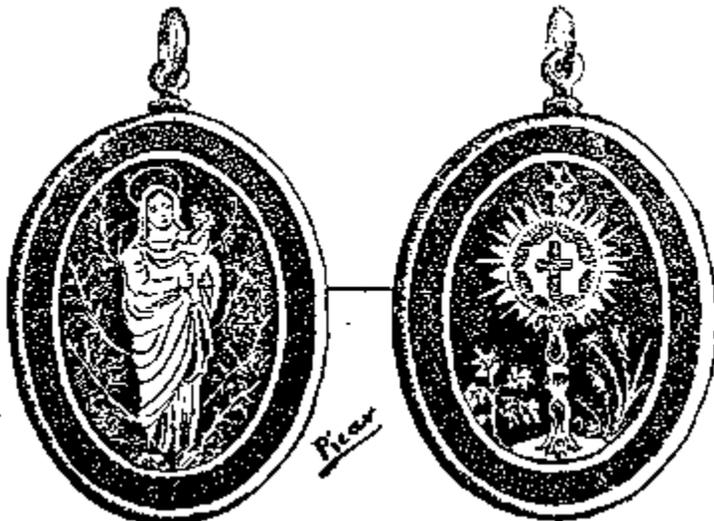
cuyo vestíbulo, restaurado el año 1857, tiene lindo pórtico del orden jónico, ornamentado su arco con labrados y remate blasonado. Su puerta de occidente, de arquitectura más sencilla, está igualmente coronada por otro escudo pastoral más antiguo y de mérito arqueológico; este

palacio ofrece en su interior las mayores comodidades, en espaciosos salones, capilla, galerías y jardines. En la actualidad se han ampliado éstas, por disposición del Iltmo. Sr. Obispo Fr. José Cueto y Díez de la Maza.

Donde estuvo el primer santuario de la Virgen, hay un monumento formado por una esbelta columna de piedra, orden corintio, que soporta una cruz labrada de hierro for-

jado, todo encerrado en una valla también de hierro y ornamentado el circuito con plantas exóticas; debido á la iniciativa y dirección del Sr. Grau, persona muy querida y de memoria imperdadera en la localidad.

Sus edificios antiguos, grandes caserones, alguno de ellos vestigio blasonado de una vieja nobleza, de toscas paredes y sólidas techumbres, otro distinguido por el lujo de su artesanado, y en conjunto, escaleras de piedra, grandes patios sombreados de árboles y colmados de flores; motivos son parlantes, que le asemejan á restos de una opulenta ciudad del siglo xv.



**FABRYCADA PARA LA COLOC. DEL
TEMPLO EL A. D 1767 P. EL S. C. I. A.
RE D. CARCYA MARY. SE REE-
DYF.º P. SVACTA POSEEDOR
EL TENYE CAR. D. PEDRO MAR
YNE DEL CASTYLLO A. 1811.~**

En una fotografía estereoscópica, tomada hace próximamente cuarenta años, aparece la calle principal de Teror muy distinta de lo que es en la actualidad; varios de sus edificios que hoy descuellan por su feísima construcción arquitectónica, manchas grotescas son que afean su belleza.

Un poco de batalla.

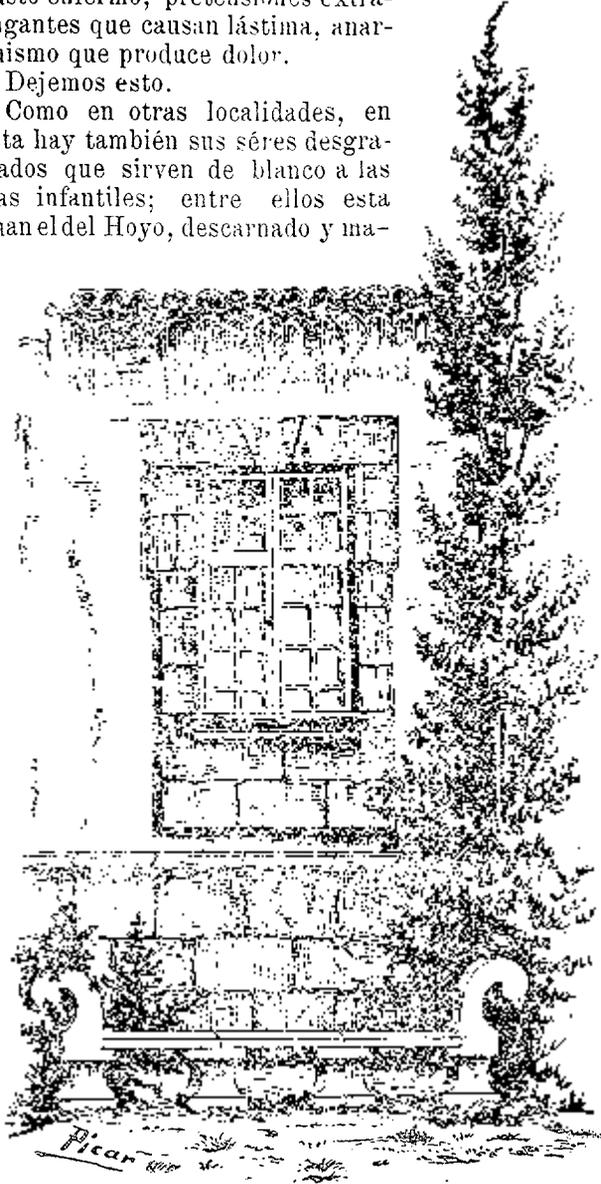
Mil parabienes á González Díaz por su razonada y justísima crítica de la moderna revista madrileña «Electra».

Se explica razonablemente el radicalismo en la revolución; la chispa eléctrica fulgurante, rompiendo

con intensos destellos la sombra; pero, pasos retrógrados que prostituyan la belleza; accidentes son del gusto enfermo, pretensiones extravagantes que causan lástima, anarquismo que produce dolor.

Dejemos esto.

Como en otras localidades, en esta hay también sus seres desgraciados que sirven de blanco a las iras infantiles; entre ellos está Juan el del Hoyo, descarnado y ma-



cilento pero muy necesario; hace todo servicio de carga y transporte y por una *perrilla* es capaz de ir a la Fuente agria, y traer una botella de agua. *Rebaño*, (llamado el inclito por el Dr. Melián) *indiano*, prestamista desgraciado y arriero empedernido, célebre en las excursiones al Roque Nublo y al Llano de las Brujas, y últimamente Don Francisco *el lo o*, transeunte, hércules nómada, reminiscencia de los Guanches en su constitución é indumentaria; se cree sacerdote y militar, y pronuncia sermones y manda tropa. Antes, protegido por el cariño de D. Diego Navarro, transitaba nuestro hombre con más frecuencia en la Villa; los pobres perdieron con la au-



sencia de D. Diego una fuente de caridad, los ricos un amparo moral, sus compañeros sacerdotes un báculo, y el pueblo en conjunto una estrella.

Son típicas en el pueblo y sus inmediaciones, las reuniones llamadas velas, porque son de noche, y las llamadas últimas, que son estas mismas pero motivadas por un bautizo; unas y otras se repiten con frecuencia y así está la juventud siempre en danza; esta noche en los Arbejales, mañana en las Peñas, luego en el Rincón, en el Castaño, el Palmar, los Llanos, Miraflores.... y siempre tocando la guitarra y bailando, hasta la media noche que se diseminan por la Villa diversas «parrandas», dando serenata á las muchachas predilectas.

Aldea Blanca es un confín pintoresco del pueblo, con muchas casitas escalonadas entre un bosque de verdura; la Fuente Grimón es un manantial de agua dulce, entre mimbreras y laureles; la Fuente Agria, es un naciente urbanizado, de agua acidulo-carbónica, con casa de baños en el fondo del barranco que limita la Villa por su parte Sur.

El Castaño es la calle más alta del pueblo, de donde se domina todo el caserío; y en ella se encuentra el convento de monjas, edificio de construcción moderna. La Atalaya es una altura inmediata, verdadero y poético mirador, alfombra de césped y maraña de arbustos, desde donde se domina hasta el mar.

Monteverde, Las Rosadas, Hoya alta, Osorio, Molino nuevo, y Guanchía, son caseríos, bosques, jardines y cuevas, situados en derredor del pueblo.

El valle de Guanchía, (ya descrito por mi otra vez) es muy bello.

..... en la arquitectura natural, en los habitáculos ciclópeos de los antepasados, se encuentra hoy el horror del Báratro en lo agreste y escarpado, y el placer de un grato sueño en su decorado.

Alfombras y doseletes de nopales bordan en fajas altos balaustres y cornisamentos, hojas de helechos enmarañados primero y aislados después sobre los ventanales, delatan el estilo mudéjar y el arte bizantino, con toda la fuerza y energía de su grandeza.

Y techos artesonados con restos de estalactitas, y ojivas formadas por raíces de árboles añosos y cristallitos de seda tramados por arañas en los huecos, y piedras superpuestas forman los botareles, soportes y minaretes de palacios y catedrales del arte gótico.

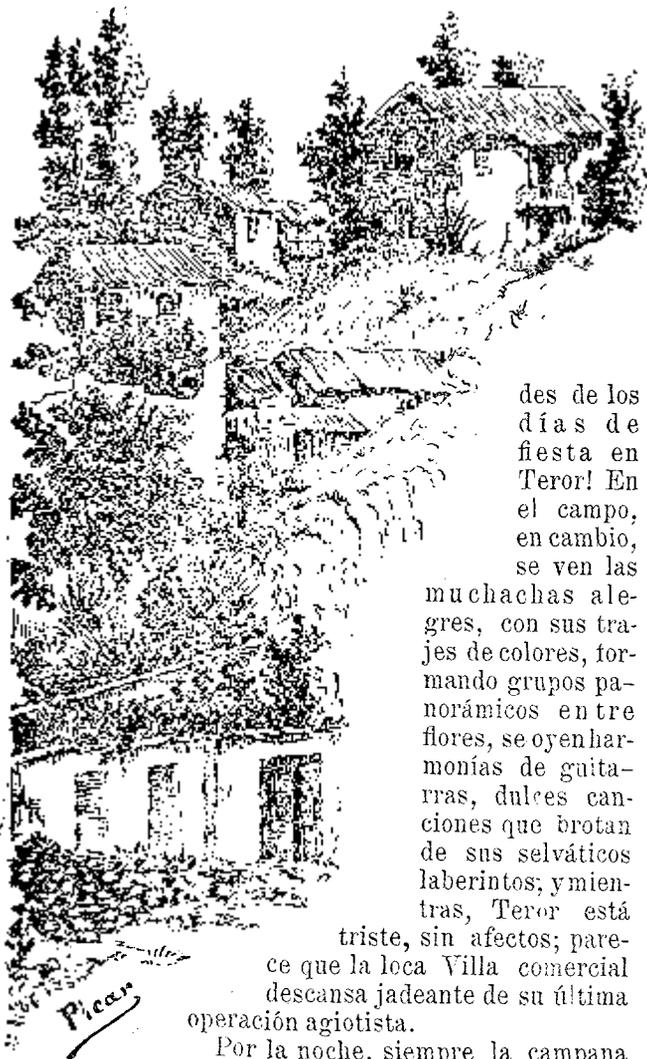
Y con inocencia y tranquilidad, con agua clara en sus fuentes, sus vacas y ovejitas como tesoro, así viven en Guanchía, unos cuantos años, aquellos nativos del valle y de la montaña

La mujer del campo se distingue en su vestido de las demás de la Isla, en que sobre de la mantilla, lleva un pequeño sombrero de fieltro negro, con cinta y lazo muy ceñido, del mismo color.

La fiesta principal, llamada del Pino, se celebra el día 8 de Septiembre y es la más concurrida de toda la Isla; se caracteriza además, por su célebre feria de ganados y mercado, éste último lo es además semanalmente en la plaza principal del pueblo.

Los domingos concurren los campesinos de todos los Pagos, á vender los frutos de sus huertas y los productos de su industria, y al medio día un contraste extraño se opera en el pueblo, se retiran los transeuntes, se cierran los comercios, la juventud se marcha al campo, los viejos se recluyen, y queda la faz convertida en la soledad de Pompeya; desiertas

sus calles y alamedas, cerradas sus puertas y balcones y no se oye en el pueblo ni un ruido, ni una voz, ni un murmullo. ¡Oh! qué tristeza producen las tar-



des de los días de fiesta en Teror! En el campo, en cambio, se ven las

muchachas alegres, con sus trajes de colores, formando grupos panorámicos entre flores, se oyen armonías de guitarras, dulces canciones que brotan de sus selváticos laberintos; y mientras, Teror está

triste, sin afectos; parece que la loca Villa comercial descansa jadeante de su última operación agiotista.

Por la noche, siempre la campana congrega en el templo, y las melodiosas notas de su órgano se transmiten en ondas á los confines, á las últimas calles del pueblo: tal es el silencio, silencio triste, silencio de muerte, pero cautivador, porque el sepulcro es bello, acompañado en su soledad de algo fabuloso, sombras quiméricas, sonrisas de Trifon, regañizas de canales, fantásticas paredes, cielo sombrío y melancólico.

Mis primeras impresiones están afirmadas, y claro y fresco como en aquel día, el boceto de un cuadro que te ofrecí.

Azul de cobalto y blanco, ocre, sienas, Nápoles claro, esmeralda, Verones, carmín, ultramar, asfalto y Vandick, combinados armónicamente en la paleta y trasladados con virilidad al lienzo, darán un cielo claro, unas montañas lejanas, un remanso umbrío de un cristalino arroyo, un puente, unas casitas y unas piedras oscuras en primer término proyectadas en sombra sobre un espejo de agua.

Pinos y castaños coronan la cumbre, los fulgores de una antorcha oculta bordean de amarillo y rojo los contornos de los lejos grises y azulados, los primeros detalles fuertes se recortan sobre los intermedios pálidos, el blanco diluído forma la gasa de la atmósfera, unas notas musicales que se oyen y un amor

infuso que se siente; todo en conjunto da la vida á un cuadro plástico de las cercanías de Teror.

En segundo término y apoyada en rústico vallado, descansa la linda muchacha que en el costalito lleva el gofio al molino; junto á ella está su cariñoso perro y allí cerca el inglés aguanoso que busca la Fuente agria.

Y las ovejas que balan, el pastor que canta, el bañista de la ciudad, las berreras, los rebuscadores de piñas, los raterillos de peras y duraznos, los aguadores de la Villa, las lavanderas, el susurro del agua, y un concurso de pájaros cantores, animan bulliciosamente un paisaje de las inmediaciones de Teror.

Y extenso dechado de pinceladas multicolores, florecillas silvestres que esmaltan la fronda, manantiales que destilan por entre los helechos brillantes lágrimas de agua, pinceladas de medias tintas esfumadas en sus contornos, proyecciones de azucenas y lirios en charcos y fuentes y misteriosas frases de la brisa, circuyen la silueta que se dibuja á lo lejos del pino sagrado; árbol venerando de los canarios, que confundido con la iglesia y rodeado de muchas casas, las ampara á todas bajo su santa sombra.

Y en la falda del monte Osorio, limitando por un lado la Villa, está el Monasterio del Cister, y en orden escalonado, con primores de verdura, callejuelas intrincadas, barranquillos, terrazas, vertientes y cascadas, pasos estrechos, peldaños y veredas: aquí tienes un cuadro extraño y bello, donde á cada momento varían la perspectiva y las tintas del paisaje.

En medio de este Zurich de las Islas, de donde parten arterias comerciales y agrícolas á los demás pueblos de la comarca, en medio de esta encantadora porción de la Gran Canaria que conserva puras las sanas costumbres de la tradición, se mueve un pueblo de cinco mil almas, artista, cariñoso y hospitalario.

Ese es Teror, canastilla de flores, talismán encantado que nunca se olvida, quedando para siempre en nuestra mente el dibujo de sus montañas, el recuerdo de sus noches de otoño, su cariñosa soledad, a m a n t e compañera del espíritu que sufre y llora; y en testimonio de gratitud, le ofrezco estos cuadros descriptivos, desordenadas páginas que trazó mi pluma; rápidas impresiones causa-



das por el conjunto de tanta belleza, entre sus pinos y palmeras, bajo los muros de sus barrancos sobrecargados de hojarasca y flores; entre sus grutas bordeadas de violetas y culantrillo; oyendo los acordes de sus guitarras; bañado por la luz de su sol y acariciado por el bálsamo halagador de su brisa.

(Texto y dibujos)

Manuel Picar.

NOTAS COMPLEMENTARIAS

PRIMEROS FACTORES DE LA VIDA PÚBLICA EN TEROR,
EN EL PRESENTE AÑO DE 1901.

Ayuntamiento

Instalado en un lindo edificio de planta baja y de construcción moderna que forma esquina á la Alameda principal y calle de León y Castillo, lo constituyen las personalidades siguientes: Alcaldes: primero, D. Manuel Acosta y Sarmiento. Segundo, 1er. T. D. Francisco Navarro y Sarmiento. Tercero, 2.º T. D. Juan Quintana Domínguez. Secretario, D. Andrés Domínguez del Río. Oficiales auxiliares, D. José Arencibia y D. Conrado Domínguez.

Jugado

Con domicilio en el ala izquierda del mismo edificio, lo forman: el Juez, D. Francisco Pérez Navarro. Secretario, D. Juan Hernández Suárez. Fiscal, Don Francisco Domínguez.

Parroquia

Con archivo, biblioteca, y residencia en la casa parroquial y dependencias de la Iglesia del Pino; la constituyen, el Párroco R. Sr. D. Judas Antonio Dávila. Coadjutores, D. Marcelino Miranda Arencibia, D. Miguel Suárez Miranda. Capellán, D. Manuel Hernández Ageno. Sacristán Mayor D. Carlos Arencibia Yanez. Segundo, D. Juan Franqui.

Escuelas

Dos de párvulos, instaladas en higiénicos edificios y la de adultos, desempeñadas por el profesor Don Pedro Montes de Oca y auxiliar D. Agustín Montes de Oca, y la Maestra D.ª María Jesús Rodríguez.

Médico

Licenciado, D. Antonio Yanes Matos.

Comercio

Principales comerciantes y propietarios por orden

alfabético: D. Antonio Guerra, D. Antonio Rivero, D. Domingo García, D. Francisco Rodríguez, Don Guillermo Linares, D. José Santana, D. Juan González, D. Juan Rivero, Sra. Madre de D. Juan Yanes; D. Manuel Acosta, D. Manuel Suárez, D. Miguel Santana, D. Pedro Rivero, y D. Vicente Navarro.

Hay además otros comercios de menos importancia, y de los nombrados, en su mayoría «mixtos» despachan comisionistas y surten al por mayor una zona que abarca la cuarta parte de la Isla.

Propietarios

Los principales y mayores contribuyentes son: D. Adán del Castillo, D. Bernardo Henríquez, Don Diego Domínguez, D. Francisco Navarro, D. Francisco Pérez, D. Juan Jiménez, D. Sebastián Henríquez, y D. Sebastián Medina.

Correos

Empresa de coches: D. Juan Antonio Alvarez.

Fondas

D. Blas Bautista, Plaza del Pino.
D. Vicente Navarro, calle de la Herrería.

Agricultura

Esta es uno de los principales elementos de vida del pueblo; la excelente calidad de sus terrenos y benignidad de su clima sazonan muchos de sus frutos antes de tiempo.

Las siembras predominantes son el trigo, maíz, cebada y otras semillas. El ramo de hortalizas, frutas y legumbres es muy importante y de todo ello, como de la patata, se hace exportación.

Entre el ganado, predomina el vacuno y lanar, poco del cabrio y de cerda.

Industria, Artes y Oficios

Las de almidón, chocolate, harina (motores hidráulicos) cordelería, pirotecnia, muebles y cuchillos artísticos. Existen otras industrias, artes y empresas de menos importancia.

Varios

Hay además en el pueblo: un Casino de instrucción y recreo, magníficamente instalado, con biblioteca y enseres de teatro; una banda de música del Municipio, cuyo director es D. Pedro Alvarez; una Congregación de Hijas de María, cuya presidenta es la señorita D.ª Dolores Domínguez. Una Junta de abastos; un Centro del Gremio de Agricultores y Comerciantes; una Cárcel provisional; un Establecimiento de aguas medicinales, y una Junta de ornamentación y festejos, cuyo presidente es el pintor D. Isaac Domínguez.

M. Picar.

Las Palmas, Agosto de 1901.

La herencia de "Clarín"

II

Menos profundo que *Figaro*, era Leopoldo. Alas más comprensivo, más universal. Su vasta erudición permitiale dominar en artes y en ciencias antiguas y modernas todo el espacio recorrido por el indagador espíritu humano. Sabía de sociología tanto como de estética, de filosofía tanto como de literatura: la inmensa escala de los conocimientos habíala ascendido con fatiga pero con provecho notorio. Esta gran cultura meditada y sólida, totalmente digerida, le daba capacidad para juzgar de un modo doctoral, casi inapelable, las más variadas y difíciles cuestiones. Por eso hablaba *ex-cathedra*, afirmando su competencia en frases soberbias, que eran la apología de sí mismo y la condenación despreciativa, humillante, de los *reos*. El juez, no satisfecho con sentenciar, insultaba, befaba, ridiculizaba al sentenciado.

El personalismo de las críticas de "Clarín" ha merecido ágrías reconvenciones. Constituye, no puede negarse, el mayor lunar, la mancha indeleble é imperdonable de su obra, que ganará mucho con el andar del tiempo, cuando se desprendan y disipen esas humanas impurezas, para dejar tan sólo como precioso precipitado lo substancial del pensamiento y lo trascendente del juicio. Respecto de todas las obras intelectuales se opera igual trabajo depurativo. Los años, al pasar sobre ellas, arrastran la escoria y respetan y aquilatan el oro. Va lo perecedero al fondo y sube á la superficie para ostentar su permanente brillo lo que no debe morir, lo que no muere. En la herencia crítica de Alas se hará esta selección necesaria, por cuya virtud los materiales allegadizos, impuros, corruptores, quedarán separados del cuerpo del metal riquísimo. El tiempo es buen minero. No se olvide, por otra parte, cuan caro hubo de pagar "Clarín" sus pocos escrúpulos profesionales. Los pagó con la cabeza, hablando figuradamente. Le quemaron en efigie sus enemigos, que se contaban por turbas innumerables. Nadie, en la esfera literaria, les tuvo en mayor número, ni más enconados ni más vengativos.

Su novela *La Regenta* es una obra hermosa y seria, que el maestro de novelistas Pérez Galdós ha elogiado poco ha con sincero entusiasmo. Pues bien: á pesar de valer tanto *La Regenta*, jamás logró justicia de parte de la crítica menuda, que viene entregada al juego peligroso de hacer y deshacer reputaciones. Hubo contra ella una conjura en regla: el fallo justiciero de Galdós, retardado pero decisivo, puede considerarse como una rehabilitación magnífica. Su drama *Teresa* tampoco mereció los furros agresivos que en una sola noche lo hundieron. Otros mucho peores pasan con benevolencia, hasta con aplauso del respetable senado. Pero la conjura se

reprodujo, y el drama cayó al foso. Si "Clarín" fué á veces injusto, exagerado, violento, hostil, sus adversarios le pagaron liberalmente en la misma moneda; hostiles, violentos, exagerados, injustos, fueron para con él.

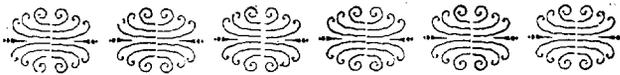
No cabe bajo ciertos aspectos compararle á *Figaro*; pero bajo otros muchos le vence. En la crítica político-social Larra ha tenido y tiene numerosos imitadores, pero no tiene ni tendrá legítimos herederos. Aquella burla cruel, demoledora, aquella ironía corrosiva, aquel fustazo seguro á cuyo azote nada podía resistir, formaba el secreto de un temperamento excepcional asistido de una poderosa inteligencia. La crítica de *Figaro* hace capítulo aparte, como la producción literaria de Edgar Poë. El cómico—lúgubre en que ambos escritores coinciden, es un residuo de la más vieja y honda veta anglo-sajona. Viene de Swift, directamente. La mueca enigmática de los clowns ingleses provocando en el circo risas dañinas, malsanas, recuerda el *gesto* de esos grandes payasos literarios. Pero con tal mueca, con tal gesto, ¡qué enorme obra destructora hicieron!

Figaro, como Juvenal, era el demoledor de una sociedad minada en los cimientos, que á toda prisa se transformaba. Necesitábase para curarla, para auxiliar los trabajos de los reformadores políticos un tremendo cirujano, y surgió el gran crítico, verdadero Jack destripador en lo intelectual. Queriendo destruirlo todo, acabó por destruirse á sí mismo. Escribió su propio epitafio al escribir el de tantas instituciones caducas y corrompidas. Su obra fragmentaria, inicial, por lo breve con relación al tiempo en que se hizo, es definitiva por sus consecuencias. Corta como su vida, es también como su vida intensa, reconcentrada. La faz literaria aún valiendo bastante, vale poco si la cotejamos con la faz social y política, de transcendencia suma. El romántico teorizante y practicante va á la zaga del operador. El fallo sobre *Antony*, drama que inaugura el romanticismo, poco puede significar si se compara con las sátiras juvenales á cuyo estrago rendíase la pesadumbre del mundo antiguo, zapado por las nuevas ideas, incendiado más tarde por la Revolución.

El carácter trascendental de la crítica de Larra no lo encontramos en la crítica de "Clarín", ni tampoco en la de los que con menos extensión y menos profundidad la han ejercido antes ó después de éste. Críticos literarios, críticos de costumbres, críticos ligeros, críticos por accidente, hemos tenido algunos en España; críticos que se parezcan á Larra, ninguno.

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ.





HISTORIA DE LAS SIETE ISLAS DE CANARIA

COMPUESTA POR D. TOMÁS MARÍN DE CUBAS

(Continuación)

Tuvo guerra con Portugal y murió D. Enrique de 46 años, envenenado, después de diez días de haberse calzado unos borceguíes que un capitán moro le presentó entre otras cosas fingiendo venía desterrado por Muhamat, rey de Granada, que temía mucho el valor del Rey D. Enrique, que aún no se había asegurado con las paces hechas por Juan Felipe I, Rey de Navarra:

Sucedióle D. Juan I su hijo en el Reino de Castilla y León. Hizo guerra à Portugal, pidió prestado al templo de Ntra. Sra. de Guadalupe cuatro mil marcos de plata, y teniendo tres veces doblado ejército perdió la batalla de Aljubarrota; murió de 36 años en Alcalá de Henares, cayó del caballo saliendo á correr una tarde que habían venido á España los caballeros moros dos hermanos Farfanés famosos en la gineta.

En el reinado de su hijo D. Enrique III el enfermo, por ser hipocondriaco, de color pálido y enfermizo mucho tiempo que padeció cuartanas, se mantuvieron las paces de cristianos y moros, y lo mismo en las Islas de Canaria con los aragoneses y mallorquines hasta el año de 1394 que murió el último Conde de Barcelona y Rey de Aragón D. Martín sin sucesión, y dos años después de interregno nombraron por sucesor en la Corona al Príncipe de Castilla Don Fernando que gobernó el 1412. Dicen los autores y con ellos Zurita (Anales de Aragón) que en el año de 1393, (tom. 2. lib. 20. cap. 39) que vinieron á estas Islas gentes de Vizcaya y Guipúzcoa y Sevilla y en ellas hicieron grandes robos de gentes, cabras, sebo, cera, cecinas, que todo se vendió para los costos de estas guerras, y esto dió codicia para comerciar á ellas, y trajeron el Rey y Reina de la Isla de Lanzarote.

D. Pedro López de Ayala, en su historia, dice que en tiempo del Rey D. Enrique III en el año de 1393 que gentes de Sevilla, Vizcaya y Guipúzcoa armaron en Sevilla navíos con gente de á pie y á caballo, y fueron al descubrimiento de aquellas Islas en las costas del Oceano en la Libia llamada en estos tiempos el Reino de Bena Maryn: fué saqueada la primera de ellas, Lanzarote, y tentaron y descubrieron las demás, no trajeron riqueza que juzgaron hallar de oro ni plata, porque el despojo fué de esclavos, cueros,

de cabras, cera, sebo, y así no fueron tan codiciadas después si los Príncipes no tuvieran el celo de plantar la fe y reducir áquellas gentes á mejor vida.

CAPÍTULO III

Hállase memoria de las Islas de haber venido á ellas cristianos.

Después de haber tratado á los isleños en el tiempo de la conquista, refieren varios acontecimientos de los cristianos que á ellas vinieron, así de paz como de guerra. El P. Galindo, Franciscano, en su manuscrito de conquista de las Islas de Canaria, dice que los gomeros dijeron á Mosen Juan de Bethencourt, lo siguiente: el primero que en una armada de navíos aportó á esta Isla, que vino de paz con mucha y lucida gente; se llamó Ormel Conde de Uren (ó bien fuese corrupto Ureña ó Urgel). Este capitán estuvo poco tiempo, asentó el trato y comercio así en esta Isla como en las demás; aquí dejó un clérigo, hombre de muy buena vida, que redujo á muchas personas á la fe, y dejando muchos cristianos y doctrinados en ella, murió en la Gomera. Esta armada siguió la vía del Norte y no volvió más. A muchos gomeros halló Bethencourt que tenían nombres de santos; Hernandos, Pedros, Matigueros etc. Y después, como tiempo de 30 años aportó á la Gomera, en el Puerto de Hipare, otra armada de guerra de gente castellana, su capitán Hernando de Castro, que entraron la Isla con arrojo y resolución de matar y prender: salióles al encuentro toda la fuerza de los gomeros, y fuéronse retirando los castellanos á una fortaleza de risco donde había celada de otros gomeros; tiene la entrada angosta como la salida, y el risco que ataja tiene agujeros donde llaman Argodes y atravesados palos y maderos, fueron acorralados y sitiados los castellanos, y pactaron y sentaron paces, y como amigos tratados con refresco de comida, y ellos les dieron de algunas ropas y armas, y habiéndose ido no volvieron más á la Gomera. De la Isla de Tenerife en su conquista se supo que castellanos desembarcando por la parte de Adeje, al Sur, anduvieron á caballo alanceando los naturales, y murió un Rey muy valiente, medio gigante, que se halló mirrado en una cueva, de quien contaban hazañas, llamado el de las lanzadas, callaban el comercio de paz con aragoneses, que es cierto lo tuvieron con cristianos, pues entre ellos, aunque escondidas y maltratadas, se hallaron imágenes de santos.

Los canarios dicen, que los primeros cristianos que vinieron á Canaria fué que llegaron al puerto de Gando y playa al oriente dos navíos

que estuvieron surtos un día, y no vino a la playa gente de tierra, y el día siguiente muy de mañana desembarcaron diez y ocho hombres, y según dan señas, eran dos Padres Agustinos, y los navíos guiaron hacia el Norte, y en todo el día no vieron gente, que juzgaron estar la tierra desierta, y á la prima noche vinieron sobre ellos muchos canarios desnudos armados de piedras y palos, de dos poblaciones que están frontero del mar, Argones y Tyldet, y reconocidos los huéspedes que venían de paz, los repar-tieron ó alojaron á diversos dueños por la Isla; estos enseñaron á los canarios á labrar palos y piedras con picaderas, y cosas enmaderadas grandes; dicen que tuvieron comercio con estos cristianos, que ellos llamaban á todos mallorquines, por tiempo de 40 años, hasta que faltó el trato por decir los cristianos en sus tierras que los canarios eran traidores de ley, corazón y por naturaleza infieles, y así mataron á 13 mallorquines en la Gaete en su casa llamada Roma; y dicen que los canarios vestidos de la ropa de los cristianos esperaban de otro navío que llegó de paz para matar los que viniesen á tierra, y conocida la traición les dijeron que presto vendría una armada que se prevendría para castigar sus traiciones, y estos llevaron la nueva á España, y á Levante, dicen los canarios.

Tuvieron los mallorquines en esta Isla de Canaria algunos puertos que sabemos de su comercio á las Isletas una fuerte casa de piedra sola muy fuerte, que su pared tenía de ancho y de grandes piedras siete palmos largos, y según los cimientos una cuadra muy ancha y larga donde hoy está una Ermita de Santa Catalina Mártir: á la parte del Sur, en el Ganeguín, una cueva donde se decía misa que oían los cristianos que comerciaban, llamada Santa Agueda, como la Iglesia mayor de Sicilia, que así es llamada; á la parte de poniente á unas poblaciones de canarios llamada Tirma y otras la de la Aldea de San Nicolás de Tolentino donde se decía misa muy cerca del mar una Ermita muy pequeña la mitad cueva y la otra mitad de piedra; y en la playa Gaete llamada así por los sicilianos, y su casa que allí tenían como presidio con una pared de piedra hasta la playa con saeteras á modo de muralla. Cerca de aquí tenían los canarios la casa de las Doncellas ó convento de las Marimaguadas, donde tal vez venían los cristianos, y dicen que teniendo celos los canarios procuraban en un convite matar á los mallorquines, y no pudiendo conseguirlo les armaron traición de que solo un canario entrase y subiese en lo alto del fuerte donde todos

descuidados con la puerta abierta á la seña dada por el traidor con los pies subieron los demás con cuchillos y ejecutaron la mala intención. Daban otra disculpa de haber muerto á los cristianos; dicen que en aquellos días ó años les había sobrevenido en la Isla gran falta de alimentos por no haber llovido y grandes enfermedades de que morían muchos, atribuyendo tal castigo por tener paces y tratos con cristianos y tenerlos en su tierra, y quitándolos de ella tendrían buenos temporales y así fueron insistidos del demonio.

Después dicen los canarios de haber comerciado por tiempo casi de 40 años con mallorquines, aragoneses y sicilianos; vinieron á mediado de Junio, á tiempo que ellos tenían fiestas y bailes en Gáldar y Telde, donde todos los varones estaban ocupados, ó fuese por el revato de una escuadra de seis navíos con diferentes divisas parecidas en algo á los primeros de los mallorquines, entre el poniente y el sur juzgándolos enmarados se descuidaron los canarios, supieron que en el pueblo de Ganeguín robaron muchas mujeres, muchachos y ganados y cuanto pudieron, llevándolo todo á hecho sin impedimento alguno. La armada vino por el oriente rodeando la Isla, y los canarios por tierra reteniendo los viniesen á pelea, dieron fondo frontero unos riscos tajados pendientes sobre el mar, fortaleza de los gentiles; salieron á tierra en una buena playaza, escuadronaron las lanzas donde había una población á la boca del barranco de Telde, que llamaron la Pardilla, subieron por el valle de Jinámar en busca de los canarios que se iban entrando en el bosque de olivos silvestres, ó acebuches y otros árboles, alancearon y mataron á muchos en un valle que hoy llaman la Matanza por esta acción. Un castellano buscando la senda al mar por más breve y más cercana que por la parte donde habían venido, yendo a pie con espada y rodela cogió la de mano izquierda por unos collados, descubrió los navíos y lanchas que á todas partes acudían á recoger gente, dió en la emboscada del risco de las Carigüelas donde hay grandes agujeros en las toscas, que allí tenían atajado el camino sobre el mar en una eminencia de más de 400 brazas de donde se arrojó el castellano, y sobre su rodela á dos braceadas, dicen los canarios, se fué á su navío; esta memoria durará muchos siglos, fué muy célebre entre los gentiles señalando el modo y arrojó que tenían ellos por victoriosos é invencibles á tales hombres, á modo de los saguntinos, y es llamado allí el salto del *castellano*.

Navegaron al oriente á la Isla de Lanzarote al

puerto Guanapayo donde había edificio ó cimien- to de castillo ó fuerte, que después Bethencourt llamó el castillo viejo que fabricó Lanceloto Mailesol, milanés, que aquí fué escala de mallorquines; salieron á tierra á correrla los cristianos sin hallar persona ni viviente alguno por todo el día y cerca de noche mandaron saliese por espía ligera, y diese uno la vuelta por la llamada ó dehesa de Guriame, y bien apartado, y al volverse le pareció había visto corriendo un gentil esconderse en unas ramas con tanta velocidad como un ave, y siguiendo hacia aquel alcance presto fué descubierto, y con gran dificultad atropellado, y de él se entendió dónde los naturales todos se habían recogido desde que vieron los navíos; el día siguiente fueron obligados á defenderse en los llanos que llaman de Oliva, fueron algunos muertos y cautivos 160 con el rey Guanarame y la Reina Tingua Faya, mucho ganado de cabras y cueros, tocinas cabrias, sebo que tenían recojido para comerciar y dieron la vuelta á Sevilla.

En este año de 1393 que los castellanos vinieron á las Islas habían pasado 102 que se tuvo noticias de ellas en Levante, y 73 que el Rey de Nápoles les comerció, y 47 que envió á ellas el Príncipe Luis; y ahora esta armada parece fué enviada por Castilla, concuerdan los que hablan de esta armada de castellanos, que el capitán fuese Hernando de Castro, quien ó como fuese, no sabemos, mas en tiempo del Rey D. Pedro de Castilla antecedente á este más de 30 años, tuvo este Rey una armada contra Aragón su almirante de este nombre D. Fernando de Castro en el año 1365; este era señor de Monforte, Lemos y Sarria y Castrojeril, mayordomo del Rey Don Pedro, hermano de D.^a Juana de Castro con quien se casó, repudiada y presa en Burgos la Reina D.^a Blanca; eran hijos de D. Pedro de Castro y Guerra y de D.^a Isabel Ponce de León, viuda de D. Diego Haro, señor de Vizcaya, nieto del primero D. Diego Haro; y pudiera ser, ó este caballero, ú otro deudo ó sucesor, quien fuese en estas Islas.

Demás de haber comerciado los mallorquines en las Islas también en las costas de Africa en cabo de Guer donde llamaron Santa Cruz de Berberia donde murió un religioso Agustino, y tienen su cuerpo entero, y libros y otras alhajas que fueron suyas, y éste vivió en Canaria con ejemplo de buena vida asistiendo algunos años á los cristianos que vivieron y comerciaron en la isla.

CAPÍTULO IV

Mosen Juan de Bethencourt sale de Francia para las Canarias y llega á Cádiz.

Los historiadores de esta venida de los franceses, con variedad así españoles, italianos y franceses, por haber escrito después de 70 años hablan en diversos tiempos de aquel primero. Seguiremos en toda la historia á un clérigo francés, capellán suyo, de Mosen Juan, que le asistió hasta su muerte de que hizo un tratado en su lengua impreso, aunque en él calla algunas causas y motivos que otros declaran.

Garibay, (Historia de España lib. 16. cap. 19) y el Padre Juan de Mariana (lib. 16. cap. 14), Gomara (Historia de las Indias lib. 6. cap. 17) concuerda con Zurita (lib. 20. cap. 39 historia de Aragon), y discuerda de los otros. De los italianos dice Benzoni, (Historia del nuevo mundo) lo mismo casi con alguna diferencia, y que el rey de Lanzarote se llamaba Bajanor. Pablo Jove en sus Elogios dice que portugueses y castellanos descubrieron estas Islas, y las comerciaron. Gonzalo Illescas (Historia pontifical) dice que el conocimiento de estas Islas es de muy largo tiempo, llamadas Fortunadas hasta que vino á conquistarlas Bethencourt. Gonzalo de Molina, llamado Argote, en la Nobleza de Andalucía, trata de esta materia con variación como los demás. Barros y Ramnusio, lusitanos, en sus Décadas, dicen que ingleses primero y después franceses descubrieron estas Islas, que caminando á España se derrotaron á ellas, y en particular á la Isla de la Madera. Las historias francesas dicen de otra manera y entre sí concuerdan en la verdad de este viaje de Bethencourt. Bignier en su Biblioteca en el año 1405 y en el de 1407, y Velle Foresto (lib. de Cosmografía tom. 2, cap. 31) y Thebet (lib. 3. cap. 9) Andrés Favín ó Fabian, (trata lo de los oficios de Francia lib. 3. cap. 8) dicen á una voz que tres gentiles hombres salieron de la Francia en tres navíos grandes de guerra, al modo que los antiguos aventureros, caballeros errantes, llamados Jean de Bethencourt, Girardo de Monleón y Ethelfe de la Salle, á quien la historia de Bethencourt llama Gaíferos ó Gadifer de la Sala, natural de la Rochela, y después al retorno á Francia de las Islas de Canaria mandó el rey de Francia á servir á las guerras del país de Genes el año 1409 y mandó que ninguno volviese á las Islas de Canaria.

(Continuará).

El Museo Canario

Revista decenal

Órgano de la Sociedad del mismo nombre
establecida en Las Palmas
para el adelanto de las Ciencias, las Letras y las Artes

NÚMERO 132. / 33

Las Palmas 20 de Agosto de 1901



UNA VISTA DE LA OROTAVA

ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS de la ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

Según las observaciones hechas, cada vez que se ha presentado el cólera siempre ha coincidido su recrudescencia con la disminución y falta total del ozono de la atmósfera, y cada vez que se presentaba este agente el cólera disminuía y no ofrecía los graves desórdenes de la economía que generalmente se notaban antes. Así es que siempre ha guardado una proporción la gravedad del mal con la cantidad del ozono.

Las enfermedades palúdicas se hallan también en

el mismo caso y toda la gran serie de las gastro-hepáticas se modifican radicalmente con este agente. Sabemos que los grandes productores del ozono son los éteres, las resinas y aceites esenciales; por consiguiente, el pino canario debe encontrarse entre ellos. Con el aroma balsámico que desprende ozonifica y aromatiza la atmósfera y forma un aire puro y vivificador que va dejando por donde pasa un germen de salud debido á las fuertes emanaciones que se desprenden de sus innumerables hojas. Este aire, por sus condiciones balsámicas, hace suave y regulariza la respiración, tonifica la superficie pulmonar y causa una impresión favorable en todo el organismo, debida á sus grandes propiedades. Sabemos lo salúfero que son los pinos, sus productos son los agentes más útiles que pueda presentar la terapéutica para las afecciones pulmonares y para dar tonicidad á las vías gás-

tricas. Su aroma es aconsejado por todos los grandes prácticos de la profesión de curar en las afecciones del aparato respiratorio y también sobre la superficie cutánea. ¿Qué extraño es que el pino de Canarias, siendo el tipo de la gran familia de los coníferos y sus producciones superiores á las de las demás de su especie, sea también excelente en sus propiedades terapéuticas?

V

Periodicidad meteorológica

No cabe duda sobre la influencia que ejercen los fenómenos de periodicidad meteorológica en el reino orgánico y particularmente sobre las enfermedades, que es donde se hacen sentir más sus efectos. Durante la noche la digestión es más lenta, la respiración no es tan intensa y la espiración del ácido carbónico es mucho menor que durante el día. Obsérvase además que estos fenómenos que presentan cierto flujo y reflujo tienen también sus máximas y mínimas por la noche y por el día. Durante éste todas las funciones se ejecutan con actividad y energía que desaparece llegada aquella; en una palabra, el día es un movimiento de expansión, de vitalidad en que se ven todos los órganos participar de los elementos que los constituyen; en la noche de concentración, todo disminuye y ofrece los caracteres de la muerte aparente, en sus variados matices. Estos hechos de periodicidad estacional meteorológica se ven muy marcados en Gran Canaria.

Parece que en este clima excepcional todos los fenómenos, cualquiera que sea el orden á que pertenezcan, se hallan perfectamente deslindados. He visto en Las Palmas fiebres intermitentes cuyos accesos cambiaron y de diurnos se hicieron nocturnos tomando en esta ocasión el carácter pernicioso y mudarse en normal cuando los accesos se presentaban por el día. Las erisipelas durante la noche las he observado sumamente tensas, lo que no acontecía durante el día. Conocí un enfermo padeciendo de una sciática, que á cierta hora del día sentía desaparecer por completo los dolores que poco á poco volvía á experimentar aumentando al acercarse la noche, y llegada ésta subían á su máximo á punto de ponerle en un verdadero suplicio.

Pero donde más se hacen notar estos fenómenos de periodicidad meteorológica es en ciertas enfermedades cuando sopla el viento del África. He tenido enfermos atacados de fiebres tifoideas á la terminación del segundo período, que durante el día no ofrecían gravedad, mas al llegar la media noche se habían puesto de una manera tal que las familias les habían tenido por cadáveres, según el aspecto que presentaban los pacientes.

A la verdad no me lo puedo explicar, pero el hecho es que en un clima como el de Gran Canaria, donde los fenómenos guardan notable regularidad en todas las estaciones y el tránsito del día á la noche se verifica sin ninguna perturbación, sean las enfermedades influenciadas como si se padeciesen en regiones donde estos fenómenos se marcan por cambios bruscos é irregulares. A pesar de todo siempre hay una notable diferencia en los habitantes de las partes altas, como Tenteniguada y las situaciones análogas, en los que son más caracterizados los accidentes nocturnos que en los de las partes bajas de la Isla, donde los cambios atmosféricos no son tan marcados, como acontece con los de la ciudad de Las Palmas, la de Telde y otras localidades.

VI

Aguas naturales

En ninguna parte del mundo tiene el agua el valor y la importancia que en Gran Canaria, puesto que á ella se debe la riqueza del país. Así que es justo me detenga un poco en su estudio y la dedique un capítulo especial, sin olvidarme de hacerlo también de las minerales cuya importancia han dado á conocer los usos que de ellas hacen los habitantes para la curación de ciertas enfermedades y los resultados harto satisfactorios que han producido.

El estudio del agua, es decir, la hidrología de un continente, de una isla, de un país cualquiera, nos presenta los datos más ciertos, seguros y positivos para juzgar de su riqueza, de su bienestar y sobre todo de la salud y hasta de las enfermedades que su influencia desarrolla. Es indispensable mirar este precioso agente bajo dos puntos de vista especiales: el primero en cuanto á su composición, los caracteres marcados que presenta y los resultados favorables ó desventajosos que producen, y el segundo la manera como se halla distribuida en la superficie del suelo. La cantidad de agua meteórica ó de lluvia que cae sobre un país, la estación en que se presenta, su distribución, el sistema de irrigación natural que resulta, las corrientes que forman, los materiales que arrastra y deposita, los trastornos que causa en los terrenos, los lagos, pantanos, rios, riachuelos y barrancos que forman, la evaporación perenne que se obra en su superficie, son causas todas que influyen considerablemente sobre la calidad del terreno, su fecundidad, la clase y condiciones de su vegetación, y que se retratan sobre los seres organizados que le habitan imprimiéndoles caracteres especiales, modificando ó cambiando radicalmente su constitución, su nutrición, su vitalidad, su estado de salud ó enfermedad.

DR. CHIL Y NARANJO.

La herencia de "Clarín"

III

La crítica de «Clarín» distinguíase sobre todo por una muy marcada tendencia docente. El profesor aparecía detrás del crítico, fundamentando sus conclusiones en largos desarrollos de cátedra. No negaba ni afirmaba sin pruebas copiosas cuando revestía su toga magistral, y en ocasiones descendía á verdaderas minucias que aproximan su procedimiento al método desmenuzador de Balbuena. Pero hay en el fondo de su obra un sentido, un alcance humano que la de Balbuena, aún abarcada en conjunto, no tiene. Alas no era un gramático de limitadas vistas, un retórico de absurdas intransigencias, sino principalmente un definidor de la verdad y de la belleza contenidas en fórmulas precisas. Ajustaba también las cuentas gramaticales y retóricas; mas lo hacía después de haber señalado en las obras objeto de su estudio las grandes deficiencias *internas*.

A él se debe, sin embargo, un género de crítica ligera, periodística, que le dió mucha popularidad. Sus *paliques* era como escaramuzas con que se entretenía y ejercitaba sus armas durante los intervalos entre una y otra grande batalla. Podían compararse á los escarceos de los esgrimistas mientras se disponen para embestir y acometer por todo lo alto. El «Clarín» de esos juegos críticos esgrimía la sátira y proyectaba la ironía en granos finísimos sobre cosas y personas, á diario, no importa con que causa ú ocasión. Se lo pagaban caro, y él servía puntual á los periódicos raciones sabrosas de ese manjar tan solicitado por el público, manjar en que la salsa, bien especiada, picante, era lo mejor.

En el ejercicio continuo de tal linaje de crítica, es donde más terreno propicio para desarrollarse encontró su intemperancia, y donde, deslizándose insensiblemente, se dejó ir á la burla sangrienta y á la diatriba. El placer de escribir una frase, de fabricar un chiste agudo, de lanzar y acreditar un *bon mot*, hizo que muchas veces olvidara los preceptos imprescriptibles de la censura urbana, comedida, impersonal. Gozábase en manejar como un niño loco el juguete terrible del ridículo, entre las carcajadas de sus habituales lectores.

Pero estos excesos no bastan á oscurecer su labor crítica, cuyos resultados depurativos y moralizadores, han saneado bastante la literatura contemporánea española. «Clarín» era el terror de los escritorillos, que podía hundirlos con su cólera ó enterrarlos con su reprobación burlesca: era asimismo la garantía de los escrito-

res buenos contra las acometidas irresponsables de los malos. En él había una autoridad reconocida á quien podía recurrirse en apelación suprema. No siempre, por desgracia, acertó á restablecer el nivel de lo justo, porque vapores de pasiones malsanas ofuscaron su clara inteligencia.

Lo que no habrá de negársele, aun con todas las mermas que se atribuyan á su obra en lo futuro, es la capacidad nativa y cultivada de gran juzgador. Su vista intelectual era profunda, penetrante, certera; su sentido analítico, afinado en la práctica había llegado á adquirir una perfección, una sutileza imponderables. Descomponía como un anatómico y operaba como un cirujano.

Bajo otro aspecto, su influencia sobre la cultura de España ha sido inmensa. «Clarín» fué uno de los pocos que importaron en nuestro país poderosos elementos de progreso intelectual, sin desvirtuarlos, antes bien incorporándolos íntegros al acervo común, aclimatándolos, haciéndolos propios, á virtud de una transplatación verdaderamente *científica*. Sirvió de intérprete honrado, concienzudo, entre el moderno espíritu literario francés y el espíritu moderno español. Los autores franceses no tuvieron secretos para él, y su estudio sobre Baudelaire puede figurar entre sus mejores trabajos.

Cuentista inimitable, cultivó este género con verdadera fortuna. Entre nosotros quizás nadie supo como él dar al cuento su verdadero carácter, ideándolo y haciéndolo perfecto. Ahí queda para probarlo, en medio de tantos otros, aquel delicioso *Zurita*, que con transcendental gracejo pone en solfa la doctrina kantiana.

Como crítico y como escritor de vasta cultura, preparado para las más variadas y difíciles empresas, la muerte de Alas merece llorarse largamente. De él hemos de decir en justicia: «nunca bastante llorado...» y también «nunca bastante ponderado...» Lo ponderarán y lo llorarán cuantos de veras amen el buen nombre de las letras españolas, que «Clarín» contribuyó á sostener en los actuales tiempos de decadencia de nuestra nación y de nuestra raza.

Sus mismos enemigos, ahora que no pueden temerle, reconocen su gran talento, su erudición profunda, su vuelo de águila altanera. Pero han necesitado verle muerto para hacer semejante confesión sobre su cadáver.

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ.



Monsieur Charles

NOVELA
POR
LUIS YACOBÍN MILLARES

ILUSTRACIONES
DE
PICAR



II

CUANDO Tomasito despertó, la luz dorada y tibia del sol naciente penetraba por las rendijas del balcón. Oyó los sordos martillazos del zapatero instalado en la accesoría del piso bajo, el arrullo de las palomas de D. Higiúo que paseaban por los pretiles de la azotea, el bronco campanileo de los cencerros de las cabras de leche y el blando pisotear de las mujeres descalzas que se dirigían con su *talla* a la cabeza al pilar cercano.

Apenas se hubo incorporado en la cama, húmeda de sudor, las palpitations reaparecieron, violentas, profundas, enloquecedoras, acompañadas de una tosecilla aguda y pertinaz. Tomasito se levantó, lívido, tambaleando, y abriendo una hoja del balcón se detuvo ante el espejo, contemplando con amarga tristeza su imagen. Recorrió con la vista el rostro amarillo y exangüe, descompuesto por el terror, los bigotes castaños, pobladísimo, largos y desmayados que colgaban, como arrugados gallardetes, de uno y otro extremo de la boca, tapando casi los labios gruesos y descoloridos; la barba espesa y cerdosa que desde la adolescencia había invadido sus mejillas, sin que tales signos de virilidad atenuasen la expresión infantil y desconsolada del rostro ancho, con mucho pómulo, y de los ojos chicos, hundidos en la órbita profunda; los hombros estrechos y los brazos flacos y largos, rematados por las manos grandes y vellosas.

El espejo reprodujo una mueca ridícula y lamentable. Tomasito Sosa lloraba. Apartóse rápidamente de aquel sitio y se vistió á tropezones. Era preciso concluir y concluir pronto. Apartó unos cuantos libros de la estantería, y un frasquito de cristal, pequeño y rechoncho, apareció siniestro, entre dos legajos cubiertos de polvo. En la etiqueta había una sola palabra: *Láudano*. Tomasito lo guardó en uno de los bolsillos de su americana.



cana. Calóse precipitadamente el hongo y vaciló antes de tomar el quitasol. ¿A qué llevarlo? No valía la pena. Al fin lo tomó, reflexionando que no era justo añadir los dolores de una jaqueca á los otros, cruentos sin duda, que le aguardaban. Y después de dirigir una mirada circular á los objetos que allí dentro quedaban, el lecho revuelto, los libros indiferentes y mudos en el estante, la jofaina llena de agua jabonosa, la mesa cargada de periódicos y de libros de cuentas, salió sin volver la cabeza, encorvadó y trémulo como un viejo, exasperado por los latidos angustiosos de su corazón.

Iban á dar las siete. Entraba en aquel instante la cocinera, Ceferina la *nana*, con el cesto de la compra debajo del brazo, aquel cesto que encerraba las prevenciones de un puchero que Tomasito no habría de probar. Ya bajaba cautelosamente la escalera, pisando con la punta del pie para no despertar á las viejas, cuando de pronto retumbó en el patio una exclamación vibrante, estentórea.



—¿Dónde anda la gente?

Y al llegar al pie de la escalera, se encontró con un hombre bajito y regordete, algo gibaó, de carnes apretadas y robustas, barba blanca y frondosa, sembrada de pelos amarillos, y ojos vivarachos que eternamente sonreían debajo de la ceja movable y peluda.

—¡Hola, Tomasito!

—¿Quién es? ¡Oh, D. Ramón! ¿Qué vuelta tan temprano?

—A despedirme, muchacho.

—¿Qué! ¿Se marcha otra vez?

—Si usted no manda otra cosa, ahorita mismo nos embarcamos para Londres. ¿Quieres venir?

—¡Ojalá! ¿No sube?

—No subo, que me voy escapado. Llama á los viejos para decirles adiós.

—Pues no sé si estarán levantados...

—Sí señor, aquí estamos,—dijo la voz humilde y cascada de D. Higinio, quien se mostró en el corredor, vistiendo una sotana vieja que le servía de bata, tan lustrosa y reluciente como una armadura de acero.

—Ya, ya hemos oído tus *esperridos*, Ramoncito,—dijeron las viejas asomándose también, de zagalejo y pañuelo de color cruzado en el pecho. ¿No subes?

—No señora, que me voy escapado.

—Este viene siempre á echar un sahumerio.

—¿Mandan algo pa las tierras de afuera?

—Nadita. Que te vaya bien, y cuidadito con lo que se hace.

—Está bien. Hombre más formal que yo...

—Sí. Me parece que te veo, burro blanco en el terrero.

—¡Vaya con las santitas! ¿Qué te parece, Tomás? Pero, muchacho, tú tienes algo. ¿Por qué estás tan descolorido?

—¡Ay que sí! Tomasito, niño, ¿que es lo que te pasa?—dijo asustada Pilarito.

—Nada, tití.

—Este niño no hace más que disparates,—añadió Jacinta.—Hace tres días que no toma el aceite de bacalao.

—Tomasito, por Dios, parece mentira,—gimió la voz affigida del buen clérigo.

—Parece que tiene gusto en mortificarnos. Anoche se echó á la calle sin la bufanda.

—Y estaba *chispiando*, me acuerdo.

—Muchacho,—dijo en esto D. Ramón—fuera de guasa, hace tiempo que yo no te encuentro á tí muy católico. ¿Sabes lo que te sentaría? ¡un viaje!

—¡Un viaje yo! ¿Está loco, D. Ramón?

—Bobo, tú no sabes lo que es eso. En doblando la punta de la Isleta, se te quitaban todas esas *machangadas*. ¿Digo bien, D. Higinio?

—Siendo por su salud...

—¡Ay no! Lo que es solito no le dejábamos ir. No faltaba más.

—Y luego, que él es un *debaso*, que no sabe cuidarse. Si se nos ponía malo en una fonda... No lo quiero ni pensar.

—Pues, chico, mira, lo que es conmigo no puede ser, porque el vapor sale de un momento á otro. Pero si tomas el que sigue, puede que me cojas en París.

—D. Ramón, ¿está V. soñando?

—Y corremos juntos la gran parranda.

—Ramoncito, tú no me lo embulles.

—Cállense, vejesterios, que me tienen aquí á este pobre hombre *esmirriado*, *manido*, pegado á las faldas. ¿Qué dice, D. Higinio?

—Digo que siendo por su salud...

—Pues nada, Tomasito, se dijo. En París te espero. Señoras y caballeros, hasta más ver.

—Buen viaje, D. Ramón.

- Adios, Ramoncito, la Virgen te acompañe.
- Mira que te espero.
- Bueno, bueno, Dios dirá.
- Hotel de la Terrasse, junto al pasaje *Chufruá*.
- Está bien, está bien.

Y ya en la casa-puerta, fuera de la vista de los viejos, el hombre bajo y regordete se volvió, é hizo un gesto atrozmente significativo.

En esto, oyóse la voz de Pilarito, que gritaba desde una habitación interior:

—¡Tomasito, que se te enfría el chocolate!

¡Qué diferencia entre los dos desayunos, el imaginado y el real, entre el parduzco y amargo contenido del frasco siniestro y el espeso, perfumado y oloroso chocolate!



La Risa y el Llanto

A orillas del lago azul, de ondas claras y turbias, fondo agitado y superficie tranquila á veces rizada por el soplo de misteriosos vientos que cuando no encienden la llama del amor excitan el mar de las pasiones, á orillas del lago llamado del Mundo, en un recodo del camino de la Existencia, poblado de luz y de sombras, donde las flores exhalan sus perfumes entre zarzas que punzan á los viajeros de la Vida, se encontraron dos niñas rubias, ideales, igualmente bellas, hechiceras y sugestivas, de formas núbiles, de virginea voluptuosidad que convidaban á gozar é invitaban á sufrir, una sonriente, imagen del Placer, la otra pensativa emblema del Dolor...

Ambas venían del Mundo y se contaron sus respectivas historias.

—Yo soy el hada melancólica de los que sufren, de los que padecen congojas y torturas irredimibles, de las almas tristes, pesarosas, angustiadas, amigas de la Soledad y del Silencio, dijo el Llanto.

—Yo soy la maga divertida de los alegres que se regocijan profanando creencias y escarneciendo sentimientos, de los espíritus locos, de los estómagos repletos, de los contentos, de los satisfechos de la Vida, expresó la Risa.

Y se abrazaron fuertemente las dos niñas que dominan la humanidad con la alegría de los que se divierten ó con el hastío y la tristeza de los ebrios de pena... Cuando termina el reinado de

una empieza el imperio de la otra. Cuando cae de su privanza la Risa se yergue soberano y altivo el Llanto.

Así siempre, á través de todos los siglos, de todas las edades, de todos los tiempos.

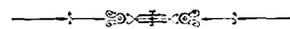
La Risa y el Llanto son las dos pitonisas encantadas que juegan á su capricho con el pobre corazón humano. Tienen un mismo origen, idéntica historia y la propia leyenda. A todas partes nos acompañan y solo se separan de nosotros cuando el hálito vital nos falta y descendemos, riendo ó llorando, al eterno ocaso de la tumba.

Son las dos niñas hermanas, hijas de una misma madre, la Vida, y nosotros, los buenos mortales, vivimos de sus caricias, de sus halagos, de sus mimos. Cuando no nos consuelan haciéndonos reír alivian nuestros dolores obligándonos á llorar.

A veces las dos niñas se confunden y no se distingue ni se diferencia el hada de los tristes de la maga de los alegres. Son iguales, idénticas, tienen los ojos grandes, profundos, de pupilas glaucas y serenas. ¡Parece que es una misma la Risa y el Llanto!... Porque se estrechan y viven tan íntimamente ligadas las dos niñas rubias, ideales, igualmente bellas, hechiceras y sugestivas que á veces la Risa se convierte en Llanto y el Llanto se trueca en Risa...

Y pesan, pesan horriblemente sobre la atormentada conciencia humana ya con una sonrisa dulce, suave, placentera, ora con una mueca siniestra, diabólica, infernal!

JORDÉ.





El problema de las aguas

EN LA ISLA DE LANZAROTE

Es indudablemente un problema, cuya solución se impone resolverla pronto, por quien corresponda, la cuestión de aguas para el abasto público y para los usos más apremiantes de la vida en la desventurada isla de Lanzarote.

Algo, mucho se ha ganado en medio de la angustiosa situación por que la misma viene atravesando en el presente calamitosísimo año, con la construcción por administración de la carretera de Arrecife á Tinajo, y la construcción del depósito de aguas pluviales en la primera de dichas poblaciones.

Pero ¿es esto suficiente para resolver el conflicto en lo porvenir?

Nosotros creemos que no.

Bueno, convenientísimo es por todos conceptos, que se construyan, por el Estado, y aún por particulares, no uno, sino muchos depósitos y aljibes para encerrar aguas pluviales, pero ¿puede alguien preveer que sean buenos los años venideros? Y si no llueve, ¿qué sacamos de tener esos depósitos, si no pueden recoger el agua suficiente para beber y otros usos indispensables?

Lo que importa, y en lo que debe pensarse seriamente, es en la explotación de aguas minerales, para que Lanzarote las tenga siempre de una manera permanente, hasta para regar sus áridos terrenos, y aún en años escasos no se vea privada, como se ha visto en el presente, de tan precioso líquido.

¿Creerán algunos pesimistas que esto sea utópico é imposible de realizar?

Nada de eso.

Al pie de las elevadas cordilleras que rodean la montaña, en cuya cima se eleva una Ermita dedicada á Nuestra Señora de las Nieves, al extremo Norte de la isla, entre Teguisse y Haría, en la concavidad de un sombrío barranco, existe un benéfico manantial de agua potable, llamado de *Famara*, cuyas aguas no sólo se utilizan para el lavado de ropas, sino que se conduce en camellos á Arrecife y otras poblaciones, para beber en los años de gran necesidad.

Nosotros hemos sido testigos en el presente, de ver grandes carabanas de dromedarios, enflaquecidos por el hambre, conducir á esta ciudad gran cantidad de agua, de la preciada fuente.

Pues bien, así como existe en *Famara*, en *Chefanís*, y otros puntos cercanos al pueblo de Haría, agua potable, es de inferir que en aquella misma zona, y aún en otras más aparentes de la isla, corran ocultos manantiales que, explotándolos y haciéndolos brotar á la superficie, fecundarían los feraces campos de esta isla, haciéndola cambiar completamente de aspecto.

¿Por qué no se intenta su explotación?

¿Por qué no se hacen trabajos de alumbramiento en el subsuelo de esta isla?

Nosotros hemos oído decir que en años anteriores, también calamitosos, varias personas asociadas, tra-

tando de aprovechar las aguas de *Famara*, consiguieron por medio de un sencillo mecanismo, elevarlas á una altura de veinte metros, fecundizando terrenos altos, quizás más que los que rodean á la ciudad de Arrecife.

Actualmente en nuestras islas se ha despertado entusiasmo extraordinario por asociaciones y particulares, para la explotación y aumento del caudal de aguas.

En la ciudad de Gáldar, isla de Gran-Canaria, en diferentes catas que se han hecho en barrancos y otros diversos sitios inmediatos á la población y aún en la misma orilla del mar, se ha encontrado agua potable, riquísima, en gran cantidad, que se ha hecho elevar á gran altura para regar terrenos de secano, como los que rodean á Puerto Naos, transformándolos en huertas fertilísimas, por medio de molinos que se han hecho venir expresamente de los Estados-Unidos.

Sabemos que estos molinos vienen hoy, tan perfeccionados como aquellos, y aún de más potencia, y mucho más baratos, de nuestra misma Península, de la industriosa Barcelona, y de esos se han hecho últimamente varios pedidos.

En la vecina isla de Fuerteventura, nuestra hermana de infortunio, vemos con la fe y constancia con que desde hace más de un año se vienen haciendo grandes trabajos de alumbramiento de aguas por la sociedad *La Esperanza*, por el rico propietario de esta Isla D. José Pereyra de Armas, y otras personas, y sus resultados no han podido ser más satisfactorios.

¿Por qué, pues, no se ha de hacer en Lanzarote lo mismo, teniendo como tenemos el rico manantial de *Famara*, y otros más que pueden encontrarse?

Nosotros somos partidarios de que se forme una sociedad de personas serias, respetables é independientes, que bajo la dirección de un Ingeniero hidráulico, explote dichas aguas, destinando á este fin la mayor parte de las cantidades de alguna importancia que se envíen para socorro de esta isla, y las que las Autoridades Superiores, Sociedades Económicas de Amigos del País, Cámaras Agrícolas de la Provincia, y nuestros dignos representantes en Cortes, recaben como auxilio del Gobierno de la Nación.

Las aguas de *Famara*, sin grandes sacrificios, pueden llevarse á la ciudad de Arrecife, por ser la población mayor y más importante como capital de la Isla, y la más escasa en aguas, surtiendo y fertilizando de paso á la antigua é histórica Villa de Teguisse y otras poblaciones.

Con agua permanente y abundante, y con la construcción de las obras del Puerto de Arrecife, que son de imperiosa necesidad, Lanzarote tiene el problema resuelto y su porvenir asegurado.

¡Ojalá llegue á ser verdad tanto belleza, y no se pierda en el olvido estas consideraciones nacidas de los mejores deseos!

FRANCISCO BATLLORI Y LORENZO.

Maestro Superior de Instrucción Pública.

Arrecife de Lanzarote, Julio de 1901.





HISTORIA DE LAS SIETE ISLAS DE CANARIA

COMPUESTA POR D. TOMÁS MARÍN DE CUBAS

(Continuación)

Galleno de Bethencourt (tratado de las navegaciones del Oceano, párrafo 7) dice después por el año de 1402 Juan de Bethencourt, gentil-hombre normando, por las crueles disensiones y revueltas de que él fué causa en Francia entre el Príncipe de Orleans y el Duque de Borgoña con el Rey Carlos VI y éste con el Austriaco (que es el Emperador de Alemania) y pareciéndole no tener segura su persona en la Francia, ni aun en España determinó con su familia salirse del Reino etc.

Del tratado de los capellanes de Mosen Juan, el Licenciado Juan Le Verrier y Fr. Pedro Bontier, franciscano, que quedó en Islas, y acompañaron siempre, se colige lo siguiente: Fué Mosen Juan gentil-hombre de Cámara del cristianísimo Carlos VI, natural de Normandía, Baron de Bethencourt, en la provincia de Caux, tenía su casa en la gran villa de Tintorera, lugar suyo donde vivía cuando tuvo las grandes contiendas con su hermano mayor Reinaldos, que le ocasionaron á salir del Reino, siendo el primer motor de esta empresa de ir á las Islas; pasó á la Rochela donde habló con Gadifer de la Sala y casi le forzó á solicitar gentes, armas y pertrechos. Dejó su hacienda Bethencourt en ciertas doblas de oro á renta á un su deudo Roberto de Bracamonte, embarcóse en uno de tres navíos grandes que por más fuerte él escogió, y Gadifer juntos con 80 hombres de pelea.

Salieron del puerto con viento nordeste, año del Señor de 1402, día primero de Mayo, fueron la vuelta de la Isla Belle de aquella costa de Francia, y de allí á el cabo Gobe y en la Isla Reles contrarió el viento por la proa y tuvieron otra derrota; y se apartaron los tres navíos, y solo se habla del de Bethencourt que llegó al Puerto de Rivadeo, donde estuvo ocho días amotinada la gente, normandos y gascones, tirándose chuzos, barras de hierro, tablones, desde las gavias, camarote y otras partes, y saliendo armado Gadifer de la cámara á apaciguarlos, le fué arrojado un chuzo que apartándose entró á la cámara y se clavó en un cofre, y el viaje estuvo deshecho, que con maña se volvió á proseguir.

Desde Rivadeo fueron á la Coruña: allí estaba

la armada de Escocia ó cargo del Conde de Hely, que estaba en tierra con otros Sres. el de Razi y Renti, á los cuales fué Bethencourt á pedirles ciertos pertrechos de una de las tres naves que en cierto paraje le había apresado; disculpado el General con los demás señores y vuelto Bethencourt á su navío, envió recaudo siniestro al Conde de Crefort, Almirante, de parte del General pidiendo una lancha grande y anclote que luego lo envió, y viniendo ciertos Capitanes á visitarle en buenas chalupas instaron volver á llevarse la lancha y anclote; hubo alteraciones, voces y demandas con satisfacciones, mandó Bethencourt alzar el navío, y tras él vino una goleta armada, y puestos ambos á punto de guerra se volvió sin hacer efecto. Siguió el viaje por la costa de Portugal y doblando el Cabo de San Vicente llegó á Cadiz; acomodó su familia en cierta posada Bethencourt, y él siendo acusado por demanda de los ingleses, genoveses y placentinos, de que era pirata habiendo robado en tal paraje tantos navíos, y hecho graves, y echado á fondo tres, fué preso en el Puerto de Santa María y el navío embarcado con todos sus pertrechos; la Sra. Madama María de Bracamonte, siendo de poca edad y muy hermosa, se afligió, y luego dió á conocerse á sus deudos que tenía en España, sobrina que era de Rubí de Bracamonte, que casó en Castilla en tiempo del Rey D. Pedro, con Doña Inés de Mendoza, casa del Infantazgo; éste se halló en Montiel en la tienda del Condestable de Francia Monsieur Beltrán Claquin, cuando D. Enrique mató á su hermano.

Llevado preso á Sevilla Mosen Juan de Bethencourt, y reputados por piratas. él y los suyos, besó la mano al Rey D. Enrique III y á la Reina Doña Catalina que allí se hallaban, y fué visitado de los grandes y otros caballeros con muchos ofrecimientos, y luego dado por libre: y puesto silencio á las demandas y vuelto á Cadiz se le amotinó la gente sobre las pagas el dueño del navío Roberto Brumen, el contra-maestre Bertin Berneval de Caux, y el Capitán de infantería Remón Lenedan, marineros y soldados que habían servido sin premio; y eran ya muertos, á guerra y trabajos, 27 hombres de 80; acomodólos con algun dinero que halló y volvió Bethencourt á querer proseguir el viaje de las Islas con intención de robar esclavos para ayuda de tantos gastos, y procuró buscar prácticos que de este viaje le diesen noticias.

(Continuará).

El Museo Canario

Revista decenal

Órgano de la Sociedad del mismo nombre
establecida en Las Palmas

para el adelanto de las Ciencias, las Letras y las Artes

NÚMERO 133. 134

Las Palmas 30 de Agosto de 1901.

ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS

de la

ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

El agua también, bajo la influencia de la vida, marca con un sello particular á los vegetales y animales; y como el hombre se sirve de estos productos para su alimento, su nutrición sigue asimismo la naturaleza de aquellos. Introducida en la economía bajo la forma de bebidas, conserva ó destruye la dentición, modifica la mucosa bucal, desde que llega al estómago se combina y mezcla con los alimentos y jugos gástricos, parte de ella es absorbida en la misma cavidad, principalmente por las venas, atraviesa el píloro y se halla en presencia de las distintas secreciones, sirve de vehículo y pasa por la absorción al torrente de la circulación general. En el estado de vapor se halla en la atmósfera, libre ó combinada y mezclada con los agentes que ha llevado en el momento de evaporarse y en una de estas formas penetra en los pulmones por la inspiración, y su absorción no deja de ser importante bajo este aspecto. La superficie cutánea se halla en contacto perenne con ella y el agua es el agente que domina la constitución puesto que la vemos constantemente bañando la superficie intestinal, pulmonar y cutánea.

El agua se nos presenta bajo tres formas, de las que cada una tiene grandes aplicaciones. En el estado sólido constituye las nieves que cubren perennemente los polos y las altas regiones de la tierra. Son innumerables sus usos bajo esta forma, constituye vías de comunicación, como sucede en varios puntos de la Rusia y en ciertas épocas, tanto que el hombre ha construído aparatos para facilitar sobre ella sus transportes. Como productora del frío sabemos sus numerosas aplicaciones á las ciencias, á las artes y á la industria: bástenos decir que la medicina saca de ella un poderoso medio curativo y paliativo para gran número de enfermedades. Más que todo es importante su acción sedativa sobre la piel puesto que hasta antes del cloroforno su uso era general. Cono-

mos sus aplicaciones internas y ventajosas en cierta clase afecciones nerviosas del estómago, con particularidad en aquellas que se acompañan de vómitos convulsivos y tienen por base el movimiento anti-peristáltico del estómago. En las artes, la construcción de los termómetros toma por punto de partida, en la graduación, el agua congelada. En la industria, las magníficas neverías que nos suministran esos ricos y variados helados y sorbetes que desalteran el organismo en la estación calurosa absorbiendo parte del exceso de calórico de que se halla impregnado. En fin, el comercio de hielos es en el día muy importante y flotas numerosas parten á distribuir el agua bajo aquella forma á los países que por su posición geográfica se ven privados de este agente que el comercio por medio de sus cambios conduce á todas las regiones.

En el estado líquido forma las fuentes, los riachuelos, los ríos, los lagos, los mares, hasta el punto de que las cuatro quintas partes de la superficie del globo se hallan ocupadas por las aguas y hasta los mismos vientos abandonan su dirección para seguir las corrientes de ellas. Ella es el más poderoso modificador de la capa sólida del globo, lo que lleva á efecto de varias maneras. Frotando mecánicamente contra las regiones con las que se pone en contacto, destruyendo poco á poco las partes que le contienen para ir las depositando en algunos otros puntos y formar así nuevas regiones, especialmente las Islas. Químicamente disolviendo un poco de oxígeno que ha tomado de la atmósfera, de ácido sulfúrico, de ácido fosfórico etc., con los que ataca lentamente los minerales y los cuerpos que son susceptibles de formar combinaciones solubles; el agua cargada de estos principios pasa á las plantas por las raíces y á los animales por las bebidas y bajo la influencia de la vida los transforma en vegetales y animales. Es el vehículo en que van disueltos los elementos constitutivos de la savia, de la sangre, de la linfa, de la bilis y demás líquidos que se hallan en la economía de los animales y con cuyo auxilio se lleva á cabo esa serie de reacciones químicas que constituyen los caracteres distintivos de cada cuerpo. Las mismas semillas que se arrojan sobre la tierra no pueden germinar, desarrollarse y producir sus tallos, sus hojas, sus flores, sus frutos y demás

productos; sin el agua no podría fijarse el hidrógeno para la formación de las materias grasas y aceites esenciales.

En una palabra; todos los fenómenos de la vida orgánica no podrían tener efecto sin su ayuda. El agua, considerada en la superficie terrestre, es el agente que contribuye más á la distribución regularizada del calórico y de la luz y modifica notablemente la temperatura de la atmósfera según la disposición de tranquilidad ó agitación en que se encuentra.

Cuando se quiere hacer el examen exacto de un país ó de una localidad, lo primero que debe tenerse en cuenta es la relación entre la cantidad de tierra y la cantidad de agua; cuanto más equilibrados se hallen estos dos elementos, es decir, mientras mayor sea la relación que presenta la superficie líquida y trasparente con la superficie sólida y opaca, más regularizada es la temperatura, mejor distribuída se halla la luz y la proporción de los distintos elementos de la atmósfera guardan mayor equilibrio. El agua tiembla los ardores del estío y los fríos del invierno y aquellas porciones de tierra que se hallan rodeadas por masas considerables de este líquido ofrecen un clima más uniforme y regularizado que aquellas que no lo están.

El agua se transforma también en vapor y presenta grandes utilidades. Bajo la influencia del calórico se separan sus moléculas en la superficie líquida transformándose en vapor que se esparce en la atmósfera y es un poderoso agente modificador de la temperatura, pues donde la evaporación es mas activa en el verano se disminuye la intensidad del calórico que aquella absorbe, siendo mucho menor esta absorción en el invierno según el estado de la temperatura y las condiciones geológicas del suelo. Las corrientes de aire y el estado higrométrico aumentan la evaporación. Esta constituye todas esas nubes que los meteorólogos han clasificado de distintas maneras, pero no es del caso citar ahora. Estas nubes son esparcidas en la atmósfera por los vientos; y cuando se presenta una temperatura baja ó aparecen fenómenos eléctricos se condensan y vuelven á la superficie en estado de lluvia, que en su caída disuelve los cuerpos que se hallan flotantes á su paso en la atmósfera, sacude y agita sus distintos elementos, baña y refresca la superficie orgánica: una parte es evaporada por el calórico de los cuerpos sobre que cae y otra corre mas ó menos precipitadamente buscando los declives y formando esos torrentes que llevan sus aguas á los rios y causan inundaciones como las he presenciado en Francia, ha sucedido en España y de las que las Canarias no se hallan exentas por desgracia y más frecuentes que ningún otro país por haber des poblado de árboles las partes culminantes de la Isla. Penetra en la tierra después de

haber disuelto una porción de materiales y aún en ese punto se hace una nueva distribución por la que parte pasa por las raíces de las plantas y el resto corre por las capas permeables hasta encontrar una salida que constituye entonces las fuentes manantiales y remanentes, cuyas aguas presentan en disolución las sustancias que ha encontrado á su paso. Por las propiedades terapéuticas que presentan ofrecen las distintas clases de aguas minerales de las que Gran Canaria abunda.

La orografía de un país y la disposición del esqueleto de la tierra indican, por decirlo así, las corrientes que han de seguir las aguas. Por último, resumiremos diciendo que en estado sólido son un poderoso medicamento, en el líquido sirven de vías de comunicación, de motor á la industria y son el profundo modificador de la naturaleza; en el de vapor, su empleo como fuerza motriz es la gran revolución del espíritu humano en nuestro siglo: por último, el agua es la verdadera arteria de la civilización y es un axioma reconocido desde mucho tiempo en higiene que un pueblo es tanto más civilizado cuanto más agua consume.

Por lo que acabo de decir se comprende su importancia. Nadie mejor que los habitantes de la Gran Canaria pueden conocerlo por ofrecer este país el tipo quizá sin ejemplar en el mundo. Si examinamos la Isla nos presenta en sus vertientes del Norte los caracteres de las regiones Alpinas: en las del Sur los célebres desiertos de Africa con su aridez y hasta con sus pintorescos oasis, según que el agua en mayor ó menor cantidad va á distribuirse en una localidad. Comparemos las regiones de la montaña de Doramas, donde la vida brota por todas partes con las extensas llanuras de los Goros, Gando y toda aquella dilatada región hasta Juan Grande, en la que se halla comprendida las famosas tierras de Sardina, las mejores de la provincia de Canarias por reunir las condiciones productoras que se necesitan, pero que la falta de agua mantiene durante una gran parte del año con el aspecto del Sahara, creyendo al atravesar aquellas dilatadas llanuras vernos sofocados al considerar solamente la falta de este elemento vivificador. En Canaria una acequia es una línea divisoria que señala de una manera sorprendente la influencia del agua en las partes declives ó que está bajo su dominio por fértiles campiñas en las que produce la tierra los más hermosos frutos que el hombre pueda contemplar. La parte opuesta presenta el aspecto de los desiertos con sus horribles consecuencias y en la que parece que hasta la tierra niega allí por completo sus preciosos dones.

El gran traductor del difícil libro de la Naturaleza, Hipócrates, en su inmortal tratado de los aires, de las aguas y de los lugares, ha dicho *«que una agua*

«jamás se parece á otra agua». Verdad que á cada paso se halla comprobada en esta Isla. En corroboración de esto citaré un hecho ciertamente notable. No me cansaré de repetir que la Gran Canaria es, por decirlo así, un diccionario práctico de ciencias naturales y de fenómenos orgánicos; todas las cuestiones que agita el mundo científico se hallan aquí resueltas. ¿Trátase de geología? El Barón Frisch me hizo ver que la Isla resolvía problemas que hasta hoy se hallaban sin demostración. ¿Trátase de botánica? Todos los naturalistas se han quedado estupefactos al ver cómo las plantas han saltado todos los grados y todas las alturas para asociarse y vivir aquí. ¿Trátase de conchilología? Yo mismo logré reunir tal número de colecciones que los inteligentes me decían que ellas solas formaban una verdadera región especial. ¿Qué diremos de la Medicina? ¿Dónde puede resolverse la cuestión del contagio y la etiología de las enfermedades? Los caracteres que los climas imprimen á éstas, que no son otra cosa que la misma enfermedad pero que ha sido preciso considerar y designar como otras nuevas en otros países siendo una sola, por no poderla seguir paso á paso en la marcha de su evolución ni tener puntos de comparación para formar una escala donde se viera que es una la enfermedad pero modificada segun las condiciones, se pueden examinar en esta Isla y evidenciar esa unidad que en vano se busca en otras regiones. Estoy seguro que un patologista observador que haya practicado en la India tomaría en el Agaete una tifoidea por una afección del hígado de forma tifoidea y sin embargo no hay nada de eso.

En las aguas se verifica lo que acabo de decir: no hay región en el mundo que cuente la variedad y cantidad de aguas que presenta la Gran Canaria, en una tan limitada extensión. Las posee desde las más digestivas y ligeras, que al caer en el estómago producen el efecto de un bálsamo vivificador. En prueba de esto citaré el hecho de una porción de jornaleros que trabajaban en Tamaraceite y no querían beber el agua de la Fuente del Sauce, que nace entre aquel pago y Guanarteme, porque no había comida que les satisficiera. Las personas que no se hallan en este estado quieren experimentar sus buenos efectos. Yo he visto á muchos padeciendo de digestiones perezosas que han encontrado en esa agua su mas poderoso medicamento, después de gastar su salud con drogas inútiles: otro tanto acontece con las aguas de la Goterilla en la Matanza, con la del Acebuche, en Telde, con varias fuentes de Tenteniguada y sobre todo con la de los Mocanes en la vega del mismo nombre que la suministra en gran cantidad.

Ya que se trata de las aguas corresponde manifestar un hecho que corre por muy acreditado y es que el Cólera-Morbo, que tantos estragos hizo en 1851, no

atacó á los habitantes de la Costa de Lairaga que bebían el agua del Peñón de Guadalupe. Este hecho es erróneo; el Cólera respetó por completo el pequeño pago de San Andrés (Costa de Lairaga), no sólo á las pocas personas que tomaban habitualmente agua acidulada del expresado barranco de Guadalupe sino también al resto de los habitantes que hacen uso diario del agua de la acequia, que es de pésimas condiciones, puesto que á más de tener un sabor desagradable se cree que produce intermitentes, como la de Mogán. Lo único que se puede decir es que se ignora la causa á que fué debida la preservación del mismo San Andrés al Cólera-Morbo así como no he pensado á qué atribuir igual circunstancia en Ginamar, las Góteras, el Carril, Agaete y Mogan, como casi toda la parte opuesta de la Cumbre y en algunos puntos de la misma Cumbre.

Hay también aguas muy perjudiciales como las de algunos puntos de Arguineguin, Mogan y Aldea de San Nicolás, donde el desgraciado que llega á tomarlas para desalterar su economía de la sed que le acosa, sabe que caramante las bebe, pues irremediamente se ve atacado de fiebres intermitentes perniciosas, como si se encontrara en regiones pantanosas cuyos habitantes poseyesen una economía ya profundamente deteriorada.

Sin embargo, estas aguas nocivas son muy raras, abundando, por el contrario, de cualidades superiores demostradas por los seres que habitan en ellas. Las anguilas que se crían en las corrientes perennes y en los charcos de agua cristalina llegan á tomar dimensiones extraordinarias y su carne es tan sabrosa, tierna y delicada sin el gusto repugnante á cieno, y pasa por uno de los peces más esquisitos en las mesas de buen tono. Los vegetales, por las aguas de esta Isla fecundados, producen frutos cuyo nombre y buena reputación ha traspasado hace muchos años los estrechos límites de la Gran Canaria. ¿Quién no conoce los vinos Canarios acreditados en toda mesa de buen gusto? ¿Y las riquísimas naranjas que Bory de Saint Vincet al contemplarlas por sus dimensiones, por su hermoso aspecto, por su gusto exquisito, por el aroma tan suave que desprenden, en fin por la perfección que ha adquirido el árbol y su fruto, los tiene por originarias de esta Isla y cree por eso que el país era el jardín de las Hespérides con sus arboles de manzanas de oro?

DR. CHIL Y NARANJO.

(Continuará).



HEIDELBERG

Cuando los estudiantes de Heidelberg cometen graves infracciones de las leyes, no tienen que responder ante las autoridades públicas. La Universidad se encarga de pronunciar la sentencia y hacerla cumplir. El estudiante que incurre en falta, si es interpelado por un agente de policía, alega su condición excepcional y á veces presenta su tarjeta; hecho esto, el agente le pide la dirección, se marcha á dar cuenta á los jefes y no se ocupa ya más del asunto. Si se trata de uno de esos casos sobre los cuales no tiene jurisdicción la autoridad ordinaria, pone el hecho en conocimiento de las autoridades académicas, quienes citan al acusado, oyen los testigos y dictan el fallo. La pena consiste en ser detenido en la prisión del establecimiento.

Un buen día, el alguacil de la Universidad se dirige al domicilio del estudiante en cuestión; llama á la puerta, le invitan cortesmente á pasar adelante, entra y dice:

—Caballero; tenga V. la bondad de seguirme á la cárcel.

—¿Calle!—responde el estudiante,—era en lo que menos pensaba. ¿Y qué he hecho?

—Hace quince días la tranquilidad pública *turo el honor* de ser turbada por V.

—Pues es verdad... no me acordaba. De manera que se han quejado, he sido citado, juzgado y condenado?

—Si, se chupará V. dos días de encierro en el calabozo de la Universidad, y yo soy el encargado de encerrarle.

—Hoy no es posible.

—¿De veras? ¿Y por qué?

—He concertado una partida.

—Entonces, ¿le convendría mañana?

—No, mañana iré á la Opera.

—¿Y el miércoles?

—¿El miércoles? Veamos, el miércoles... Creo que no tengo nada que hacer ese día.

—Bueno, pues le aguardo á V. el miércoles.

—Convenido, es muy probable que vaya.

—Buenos días, caballero.

—Buenos días.

El miércoles señalado, nuestro estudiante se presenta de su propia voluntad, y le enchiqieran.

Me parece dudoso que la historia del mundo criminal ofrezca en otros países tan extrañas particularidades. Nadie conoce aquí el origen de ellas. Siempre hubo entre los estudiantes un gran número de aristócratas, y de este principio se parte para suponer que todos por igual lo son; en los buenos tiempos pasados no se quería molestar más de lo justo á tales gentes. De ahí quizás se derive la práctica expresada.

Un día tuve ocasión de visitar la cárcel, y me apresuré á aprovecharla. Proporcionómela un estudiante

norte-americano que había cometido una leve falta, por la cual le impusieron dos días de encerrona; esperó el momento oportuno y me envió aviso. Previas algunas ceremonias graves y solemnes, pude ver satisfecho mi deseo. La señora carcelera me introdujo.

Era la celda bastante estrecha, tenía una ventana enrejada, una pequeña estufa, dos sillas de paja, dos mesas de eucina de una venerable antigüedad, en que generaciones de prisioneros habían ejecutado diversos trabajos de escultura, tales como sus iniciales ó sus nombres, sus armas, sus retratos, sus divisas, sus principios, sus opiniones. El mobiliario comprendía además un horrible lecho de madera, provisto de un colchón despanzurrado; el estudiante debía poner el resto.

Los muros de la celda estaban también cubiertos de inscripciones y dibujos sin número, trazados sobre la pared ennegrecida por el humo, con lápiz rojo ó azul, con tinta, con carbón, con punzón. Algunas de estas inscripciones eran elegías poéticas y llenas de sentimiento sobre los dolores del cautiverio, llevando todas firma y fecha. Un dibujo representaba un profesor de la Universidad balanceándose al extremo de un poste; al pie se leía esta palabra: *Venganza*. Y este nombre: Graf Bismarck. Era la del conde Herbert de Bismarck, que había sido estudiante en Heidelberg.

Bien hubiera querido yo hacerme dueño de una de las dos mesas viejas que los prisioneros habían esculpido con tanta paciencia, mas hubiera sido necesario para ello levantar verdaderas montañas de papel. El carcelero no habría consentido en venderla sin permiso de su jefe inmediato; éste se hubiera dirigido á su vez á su inmediato superior, y así sucesivamente, hasta que mi petición llegara á la autoridad más elevada de la Universidad. Este medio era excelente é irreprochable; pero pareciéndome indigno molestar á tanta gente, desistí de mi propósito. Por otra parte, quizás la adquisición me hubiese costado más dinero del que buenamente puedo gastar. Una de esas mesas, que figuraba en la colección de un habitante de Heidelberg, fué subastada en doscientos cincuenta dólares, ó sean mil doscientos francos. Nueva, debió valer un dollar, pongamos dollar y medio; gracias á los trabajos de los estudiantes prisioneros llegó á alcanzar valor tan elevado; me han dicho que estaba llena de esculturas diversas y notabilísimas y que valía con exceso la suma que por ella dieron.

Entre las personas que han podido apreciar la terrible hospitalidad de la cárcel universitaria encontrábase un alegre compadre, un estudiante originario de los Estados del Sur, el cual hizo de la vida universitaria una experiencia que no carece de originalidad. El día de su llegada á Heidelberg inscribióse en el registro de los estudiantes y fué tanta su alegría al ver por fin realizado su anhelo de ingresar en aquella Universidad famosa, que pasó toda la noche festejándolo con sus compañeros. Durante aquella pequeña fiesta, se condujo de manera que acabó por

faltar á una de las más rigurosas leyes universitarias; consecuencia, tres meses de cárcel que comenzaron al día siguiente mismo de su inscripción. Las doce largas semanas acabaron al fin, y se le abrieron las puertas de la prisión. Esperábale gran número de estudiantes para demostrarle su simpatía, y esta demostración terminó naturalmente con un gran festín, que á su vez paró en una infracción nueva del código universitario. Consecuencia, tres meses de cárcel, que empezaron á cumplirse al día siguiente de haber recobrado la libertad. Las doce largas semanas transcurrieron también, y cuando hubieron terminado, una muchedumbre de estudiantes le esperaba para demostrarle su simpatía... Véase más arriba. Tuvo que aguantarse otros tres meses de cárcel. Al salir libre, dió tales brincos para desentumecerse, que concluyó por caerse y romperse una pierna, teniendo que ir á curarse al hospital y permaneciendo en él otros tres meses. Su primer año de estudios en Heidelberg se compuso, pues, de nueve meses pasados en la cárcel y de tres meses empleados en la curación de su pierna.

Cuando recobró el libre uso de sus miembros, se dijo que haría bien en irse á otra parte á concluir sus estudios: la enseñanza era sin duda brillante y sólida en Heidelberg, pero las ocasiones de asistir á los cursos eran rarísimas; necesitaríase demasiado tiempo para acabar la carrera. Debíó pensar que en Europa se necesita mucho tiempo para convertirse en un sabio perfecto, pero que en Heidelberg ni la eternidad bastaría.

MARK TWAIN.

Por la traducción,

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ.



ANÉCDOTAS CANARIAS

Á PERPETUO SILENCIO

El diablo quiso que los dos compadres tuviesen un altercado en materias de derecho civil.

La noticia corrió por todo el pueblo con este comentario tan breve como elocuente: «se arruinan: de esta vez se arruinan».

La cuestión valía bien poca cosa: se trataba de establecer los linderos de dos propiedades contiguas, dos trozadas de tierra de pan llevar, y el uno de los compadres se empeñaba en que le correspondía cierta rinconada y el otro sostenía que era su legítimo y verdadero dueño. ¡Zambra jurídica al canto!

Los compadres eran dos abogados de sequero, dos rústicos atacados de la fiebre de los pleitos. Por cualquier bagatela allá te van mamotretos de papel sellado, chorros de onzas, vueltas y revueltas. Esta clase de tipos, que fueron tan comunes en Canarias, van ya, afortunadamente, desapareciendo. Muy po-

cos hoy, por puntillos de amor propio, pierden sus caudales y se enzarzan en los abrojos de una curia hambrienta, dispuesta en toda ocasión á cultivar pleitos, convirtiendo en industria lo que debe ser noble y honrada profesión.

Los compadres se querían mucho, eran muy amigos, se auxiliaban en las cosas de la vida, pero no consentían, ¡eso nunca!, en ceder sus derechos.

Vamos, que estaban frente á frente dos pleitistas rabiosos, dispuestos á arruinarse si era menester, antes que entrar en arreglos pacíficos. Para algo se han escrito las leyes, y tan amigos, porque cada uno tenía su *punto de vista*, su *criterio*, y era necesario saber quien estaba en lo firme.

Empezó el pleito en el Juzgado de la villa de la Orotava y con él los viajes por la cumbre (pues vivían en un pueblecito del Sur de la Isla), los gastos, las arremetidas de procuradores, etc., etc. Los compadres no se daban momento de reposo, seguían con ansiedad todos los incidentes, todos los largos escritos de la cuestión, pero sin confesarse sus secretos; hablaban de cuanto se les ocurría, y acerca del pleito ni chistar. Mútuamente habían preparado, para el día del triunfo, éstas ó parecidas frases:—

—Vé Vd. compadre; cuando yo en asuntos de leyes digo una cosa, ni los escribanos deben contestar. Ahora arreglemos el asunto como mejor le parezca, que mi interés está ya terminao.

Al cabo de años súpose en el pueblo que la cuestión iba á sentenciarse, y los dos compadres se pusieron en marcha. Iban juntos, montados en sus cabalgaduras, pero sin quebrantar el misterio, sin hablar acerca del asunto que les obligaba á dejar sus familias y suspender las labores. Cada cual contaba con el triunfo, é iba rumiando el mismo pensamiento halagador.

Los respectivos procuradores les hicieron conocer la sentencia: á ninguno se le daba la razón; los linderos eran distintos de los que cada uno de los compadres pretendía, y *se les condenaba á perpetuo silencio*.

Se quedaron chasqueadísimos, sin saber lo que les pasaba y sin decirse ni oste ni moste emprendieron el viaje de regreso. Ya á la vista del poblado no pudiendo contenerse más tiempo, uno de ellos se volvió para el otro y dijo:

—¿Qué le parece, compadre?

—¡Que ya no hay jueces, ni justicia ni Cristo que lo fandó! ¡Má que decirle á uno que no jable más!

—Ande y que cumpla la sentencia el juez,—replió el otro.—¡Pues no faltaba más, sobre mi lengua no manda el papel sellao, y lo que siento es no poder apelar!...

La noticia fué festejada en el pueblo con una cerrada mayúscula y la tierra en cuestión quedó erial para toda la vida.

B. PÉREZ ARMAS.

Monsieur Charles

NOVELA
POR
JOSÉ YACUBA MILLARES

ILUSTRACIONES
DE
PICAR



III

DE Septiembre. Día cálido, luminoso, espléndido. El mar, un estanque inmenso, azul y profundo. El vapor enorme, pesado y negro, inmóvil como una roca en la serenidad brillante de las aguas.

Se acerca la hora radiante del mediodía. Luz de sol por todas partes. De vez en cuando, un empujón de la brisa, familiar y suave como la caricia de un amigo...

A las doce en punto, el honorable Mr. Bateson, consignatario de la Mercator line of steamers, se despide con un británico apretón de manos del gigantesco escocés que manda el *Strong City*. Repiqueteo de timbres, voces guturales de mando, pisotear de botas enormes y pesadas...

Fuera ya del puerto, el Atlántico se dilata inmenso, hasta el horizonte tembloroso, y la incesante ondulación de las aguas que aquí y allí fulguran, heridas por el rayo acerado y recto de la luz, aturde y desvanece la mirada, produciendo una suerte de embriaguez sutil y ligera. La brisa llega de la alta mar, fresca y libre, el montón blanco y luminoso de las casas de la Ciudad se aleja lentamente, disminuye, agolpándose en un rincón del horizonte.

A la una y á tiempo que suenan hacia popa lentas campanadas, se persona en la desierta toldilla un caballero de frac, gordo y algo viejo, con la cara redonda y rosadita esmeradamente afeitada. La nariz es de garbanzo y el espacio entre ella y el labio superior, largo y ancho como una plaza pública.

Aquel personaje se dirige á Tomasito y le dice con voz argentina de tenor:

—¿Lunch?

Y como no recibiera otra respuesta que la expresión interrogativa y azorada del otro, abrió una boca encarnada, grande y húmeda como una caverna, y con los dedos reunidos hizo el ademán elocuente con que los mortales significamos la necesidad imperiosa de alimentar á la bestia.

Cachorra en mano, Tomasito penetró en el comedor de primera, ancha y clarísima pieza, baja de techo, en la que flotaba un olor *inglés*, indefinible, á maleta de cuero, á madera barnizada, á tela de impermeable...

¿Cómo sentarse? Nunca había visto Tomasito una silla tan extraña, con el respaldo pegado á la mesa y el asiento hacia la parte de afuera. Por lo visto, allí se comía de espaldas. Pero el caballero de frac la hizo girar, mirando al pasajero con amabilidad no exenta de ironía y al sentarse Tomás, sus ojos, empañados por la *sorimba*, tropezaron bruscamente con la espléndida figura de una joven, angosta de talle, ancha de pecho, de soberano porte, de ojos azules, que llamaban como si fuesen negros. La *miss* le miró brevemente, arrugando un poco su nariz de reina y mordiendo levemente con dientes deslumbradores, la púrpura del labio inferior. Así quedó la imagen de ella grabada para siempre en la memoria del viajero.

Sirvieron un caldo moreno, oscilante en el fondo de los platos, de sabor exótico, sin precedentes en el paladar del canario que, en materia de sopas, sólo conocía la de arroz y la de fideos.

¿Quién será aquel muchachote rollizo, todo vestido de blanco, con el pelo *sardo* cortado al rape y ancha cara de poca vergüenza? ¿Y más allá, aquel matrimonio?... (¿Será matrimonio? No hay que fiarse de la *gent* de *afuera*) la hembra con rostro inexpresivo de careta roja, el varón hosco, rubio y peludo como el rey de las



selvas? El sujeto afeitadito, de levita negra, cabeza de perilla y labios imperceptibles, fruncidos como el trasero de un pájaro, es indudablemente un *clergyman*. ¿Y la vieja gorda que usa gafas de oro y lleva una especie de mosquitero blanco en la cabeza?

Preside el gigantesco escocés que manda el *Strong City* y á uno y otro lado de Tomás devoran como buitres dos oficiales del barco, el de la derecha enorme, colorado como una *talla*, robusto como un paquidermo, el de la izquierda jovencito, con sus facciones hermosas, frías y correctas encerradas, como un lindo cromo, en el dorado marco de las patillas rizosas.

¿De qué hablarían? Misterio impenetrable. Era un cacareo entrecortado y metálico, silbidos de reptil, articulaciones secas y duras como martillazos, aspiraciones guturales, desapacibles como ronquidos.

Dióle á Tomasito por observar con insistencia morbosa la boquita roja y húmeda de la *miss*, que unas veces se descorría como una cortina y otras se alargaba en forma de precioso embudo. Y poco á poco invadió un malestar angustioso, una zozobra lúgubre, que parecía brotar del estómago dolorosamente contraído, acortóse la respiración, mientras el cráneo se vaciaba horriblemente y el sudor frío resbalaba por la frente lívida. Y al observar que la copa de agua, colocada delante de su plato, iba y venía periódicamente, obedeciendo á los balances del vapor, To-

masito no pudo resistir más, y levantándose precipitadamente entre miradas de sorpresa y ligeras sonrisas británicas, se dirigió vacilante hacia la puerta, olvidando la *cachorra*.

Tenazmente agarrado al pasamanos, trepó por la escalera alfombrada y al llegar arriba, recibió la bofetada agria y dura de la brisa y tuvo la visión antipática del cielo deslumbrante, del mar oleaginoso é inquieto por el que huía, huía sin cesar el enorme buque, sacudiendo su mole negra, temblando y gimiendo.

La luz violenta y amarilla se le metió bruscamente por los ojos.



DESDE MADRID

ARTE Y LETRAS

SUMARIO: *Temporada de verano.—Actores españoles.—Jardines del Retiro.—Teatro Cómico.—Eldorado.—Apolo.—Actualidades.—Novedades de invierno.*

Ningún año, como este, ha sido tan mala la temporada teatral de verano en Madrid.

Las compañías de verso emigraron prematuramente á provincias, y las de género chico suspendieron pronto también sus funciones en la Zarzuela y en Apolo.

La pobreza madrileña, la gente cursi que gasta moños y trapos pero que no tiene dinero para veranear en los puertos del Norte, y que no pasa por las incomodidades vejatorias de un tren botijo camino de Alicante, ha ido turnando los días de Agosto, entre la olla del cocido y el plato de merluza, salvando las escaseces con un rato de paseo en Recoletos y convirtiendo los ahorros, pocas noches, en unas entradas de los Jardines ó Eldorado.

Apolo tuvo el piadoso acuerdo de cerrar pronto sus puertas, y el público pudo librarse de las payasadas insoportables de Manolo Rodríguez.

Y aquel coro de muchachas bonitas, que hace los encantos de la gente joven, y puede que de algún café, lo encontramos de nuevo gratis, ciñéndose las faldas, luciendo las formas, en el Prado.

* * *

La verdad es que son malos la mayor parte de nuestros cómicos. Confieso que da grima entrar en muchos teatros, y hay que huir, como de la peste, el trato de algunos actores. Mi amigo *Caramanchel* es quien más alto y más claro habla de estas cosas. Ya las dijo también en su tiempo *El Abate Pirracas*, que si no fué un crítico, ni mucho menos, en cambio tuvo una gran sinceridad al juzgar la gente de teatro.

No estudian, ni por casualidad. Son figuras parlantes, sin un momento de inspiración que al caldearles el espíritu les caldea la palabra, sin la necesaria propiedad en el gesto, sobrio, característico, que siempre revela toda «una situación interior», sin mesura en los ademanes, buenas formas de expresión que hacen llegar más caliente y más viva al público la impresión del hondo luchar del espíritu y la inquietud obsesionante de la pasión en delirio.

Son fríos, garrulos, amanerados declamadores, que recitan con énfasis, se mueven con torpeza, y no les preguntéis por psicologismos porque con seguridad os responden que de eso nada entienden.

* * *

Ya se han cerrado los Jardines del Buen Retiro. Para despedida, una noche de lluvia, los artistas cantaron *Africana*.

No fui, pero me aseguran que era cosa de abrir los paraguas.

Durante la temporada les oí cantar *Lohengrin*, *Rigoletto*, *Favorita*, *Cavalleria rusticana*, *Carmen*, *Bohemia*, con repetición. Yo esperaba *Tosca*, que se prometía, esa ópera de Puccini en la temporada de invierno cantada en el Real por la Darclée unas veces y otras por la Tetrazzini, que no se me olvidará nunca. Pero ¡nada! Antes de cumplirse el ofrecimiento se cerraron las puertas.

Me parece inútil decir que no quise oír *Marcia*, esa partitura del maestro Zavalá, premiada en el concurso.

¿Para qué? Estoy de acuerdo con el bueno de Castrovido que pedía que le suprimieran el primero, el segundo y el tercer actos, y que le dejaran solo la marcha guerrera. ¡*Marcia* reducida á una marcha!

¡Vaya!, que no es posible fiarse de concursos, y menos de la ópera nacional. Hay que esperar ahora la inauguración del nuevo teatro de Berriatua para convencerse de que estamos soñando. ¡Ópera nacional! Me parece que han perdido el tiempo y el dinero! Ya lo ha dicho Corominas; que es el que más entiende de musicalerías en España.

* * *

Han transformado la sala de espectáculos del *Cómico*, y en él actúa modestamente Loreto Prado.

Dígolo con satisfacción, y por eso consigno que esta actriz me encanta sobremanera. Y eso que no peca de bonita, salvo la galantería. Para remate no puede cantar, y aquella voz ronca, áspera, que apenas se oye, hace verdaderamente daño, y destruye todo placer musical en los espectadores y hasta esa «ilusión teatral», de que habló Ixart, tan delicada de suyo, y que viene á ser como el ambiente total del arte escénico.

Pero, en cambio, Loreto Prado es la artista española de más talento, con *esprit* sin exageraciones, con una movilidad deliciosa en la fisonomía que le da una variedad infinita de gestos y sobre todo posee una gracia en los movimientos, un desenfado en el andar sugestivamente cómico, que hay que admirarla y á la fuerza nos obliga á aplaudirla.

Aunda sola, porque el resto de la compañía, separada Coral Diaz por matrimonio en la parroquia, ¡ella que tan buenas formas tenía y que al público entusiasmaban! no la ayudan en la empresa, más que para cobrar. Ni Chicote.

* * *

Pasemos por *Eldorado* antes que lo cierren.

Mucha gente todas las noches se encuentra en palcos y butacas, sobre todo á última hora.

Como estamos en la canícula las actrices van ligeras de ropa, muy ligeras, y gracias á las condiciones del teatrillo, hecho exprofeso, no se muere uno de calor. ¡Qué temperaturas!

Quien quiera arte, aún del pésimo del género chico, que no tome entrada, pues pierde el dinero. ¿Trajes?, digo, esto tampoco se ve muchos. Canto flamenco, sevillanas por todo lo alto, hay de sobra, como que es lo único que tiene *La soleá*. Nada digo de *Ki ki-ri-ki*, que parodia la escena-final de *Dafnis y Cloe*, la pastoral de Longo, y que enseña al público las costumbres de los japoneses en una noche de novios. ¡Qué asunto para la Pardo!

Y *Los figurines* todavía son mejor. Es una exhibición de trajes en un almacén, y para el curioso comprador los encuentra hasta de baño; y por ver, los mira cómo se ponen en las casetas. Y no resultan mal, al punto de que hay quien los compra, y hasta repite.

Pero, ya vence la temporada, el teatro se cierra, y gracias á que viene el invierno con sus heladas á refrescarnos de estos calores.

* * *

Yo creía que Apolo se había cerrado por orden gubernativa, pero con harta disgusto veo que ha vuelto á fijar de nuevo sus carteles.

¿Con novedades? No señor.

Es ropa vieja; la misma que tenía en la temporada anterior. En una sola cosa ha ganado, y de ello me congratulo: ya no figura en el elenco Manolo Rodríguez. Pero ¡cáspita! se han quedado Oatveros y Emilio Mesejo.

Reaparecen la Bru, la Pretel, la Tabernar y la Pino, que no son buenas actrices, ni buenas cantantes, pero sí buenas mujeres.

Y la Pretel vuelve á cantar:

Tengo dos lunares,
tengo dos lunares,
el uno junto á la boca
y el otro donde tú sabes.

Y oirá aplausos. Y todas estas tiples saldrán á ovación por noche.

Y seguirá dando cuartos *La Buena ventura*, de Shaw y López Ballesteros, inspirada en *La Gitanilla* ¡pobre Cervantes!, y *El género infimo* de los Quintero que no diré que es rematadamente malo, aunque así lo creo, no sea que me lleven á los Tribunales por ese pecado, como lo hicieron con Juanito Cadenas y con Catarineu, (*Caramanchel*), añadiendo á la de la obra una nueva plancha.

Dolorettes, pase...

* * *

Actualidades está de moda. Pero es para hombres sólo, como pregonan los vendedores de ciertos libros en mi calle. Con esta indicación dicho se está todo.

Hay noches en que es necesario disputarse con los puños las entradas.

Como éxito lo ha tenido muy grande este salón en la temporada.

Para mí lo más curioso en este lugar no es el escenario, sino el público. ¡Qué ojos! ¡Qué caras!

Añádase ahora los comentarios en coro a los números de canto, y las frases, verdaderamente entusiastas, con que se jalea á las *coupletistas* y á las bailadoras, y no es posible encontrar en ningún sitio espectáculo más conmovedor. Se pone cualquiera tierno.

Esa Cohen con su *canción de la pulga* disloca al «ilustre senado», mientras la *coupletista* persigue el dañino insecto, y acciona y canta; no agrada tanto la poca gracia de la *divette* Marquiavette, que ya ha entrado en años y canta en francés, pero también la bailadora flamenca, cuando se tercia el pavoro y airea el mantón y las faldas llega a conquistar ruidosas ovaciones.

¿Tenemos teatro?, preguntaba una vez un ilustre crítico. Nadie le ha contestado. Pero yo creo que sí, mientras no cierren *Actualidades*, cuya vida prolongue el éxito muchos años.

* * *

El invierno se presenta con mejores auspicios, y así es de esperar. Pronto comenzarán a abrirse todos los teatros que en esta Corte y cortijo son innumerables. Hasta por suerte, en Martín, se inaugurará el discutido *teatro libre*, tan deseado por mi querido Valle-Inclán.

Del Real nada se sabe aún. Luis París acaba de llegar de Bayreuth, y viene echando pestes de aquello.

¡Wagner está deshonrado! Veamos á ver si nosotros echamos pestes ó nos traen la peste, á más de la del género chico.

La Guerrero á la Princesa dicen que viene. No sé si nos causaremos de aguardar. Y en la Comedia ya se ensayan las obras de batalla, que según me ha dicho Rueda son: una de su cosecha, *La Gobernadora* y *El Sacrificio*, de Benavente, y *Las flores de los Quintero*.

El Español se inaugura pronto. Solo tengo noticias de una comedia de Gaspar y un drama recientemente escrito por Galdós. Otro triunfo del maestro.

¡Ah! se me olvidaba. También estrenamos *La Opera Nacional*.

Como es estreno, hay que ir con cuidado. Los primerizos...

ANGEL GUERRA.



HISTORIA DE LAS SIETE ISLAS DE CANARIA

COMPUESTA POR D. TOMÁS MARÍN DE CUBAS

(Continuación)

Halló algunos Bethencourt, maestros de navíos que en estas islas comerciaban, aunque de secreto, porque el Rey D. Enrique tenía vedado este trato en paz y en guerra; corrió la voz de que buscaba gente de su nación para esta empresa, y más hallara si tuviera mejores pagas; fué citado Bethencourt de ir primero que otro ú otros dos navíos españoles á las dos Islas primeras donde se haría con menos embarazo el robo de Isleños.

CAPÍTULO V

Mosen de Bethencourt sale de Cádiz para las Islas de Canaria

En el mismo año en 16 de Julio, y en el mismo navío, con 50 hombres salió Mosen de Bethencourt de Cádiz para las Islas; llevó algunas mujeres de sus tierras con ánimo de hacer algún modo de habitación ó presidio en las Islas, dejando en Cádiz á la Señora María de Bracamonte, y engolfado con tres días de bonanza, y después de cinco con buen tiempo, dió fondo en la Isleta Grata en el puerto de Toyenta, que es la Graciosa, cerca á la de Tite que es Lanzarote, donde salieron á tierra á hora prima con gente Bethencourt, Gadifer y Ramón, y bien cansados de andar por varias partes sin hallar rastro de hombre ni ganados, se volvieron; acordaron volver segunda vez armados y hallaron algunos naturales que aprisionaron, y Bethencourt, mediante la lengua de dos naturales, que de la Francia habían venido por Aragón, traído consigo ya cristianos, Alonso é Isabel, supo cómo todos los naturales estaban retirados á una parte de la Isla; volviéronse á enviar libres y que dijese al rey y los demás que sobre seguro podían venir de paz y de trato, y así estuvieron á la obediencia de Bethencourt, y á los Franceses les pareció que ya estaba toda la tierra llana y conquistada; trajeron el navío á este puerto donde fabricaron el castillo llamado Rubicón á la punta de la Isla que mira al Africa, é hizo Alcaide á Bertín Berneval, hidalgo de armas, entregándole en él lo mas estorboso que venía en el navío, de armas y pertrechos para la gue-

rra y conquista, y gente bastante á la defensa de su fuerte.

Mandaron que el navío esperase en la Isla de Lobos mientras en la lancha grande pasaban á Ervania, llamada Fortuite y Fortuna, que es Fuerteventura, donde entraron á prima noche, y en ella estuvieron ocho días fatigados, cansados y faltos de comida; medio desesperados se volvieron sin haber visto á nadie, porque los naturales, desde que vieron el navío, se retiraron á una punta apartados de allí más de 24 leguas; anduvieron en la Isla los franceses hasta el pie de una sierra donde hallaron una fuente de agua de donde se volvieron á costear la Isla en el navío, y habiéndola reconocido algún poco hasta el barranco Biot de donde sale bien fuera al mar una punta frontero de Africa, donde determinaron hacer otro fuerte á la parte de adentro; llegaron el navío á tierra cuanto fuese posible, y dispuesta la órden de la fábrica se sacó á tierra lo necesario para la defensa y bastimento, y estando en ella Bethencourt, Gadifer Ramón y sus soldados, luego el contramaestre y maestre Roberto y marineros se alzan del puerto con lo de más interesado y mejor del navío diciendo se volvían á España con tantas pérdidas y demoras y atrasamientos, y sobre cuya fuese la nao hubo grandes demandas, y resueltos sin esperar dan á la vela. Bethencourt desde la lancha tuvo maña de saberlos aquietar ó por lo menos que le oyesen diciéndole que les quería satisfacer, pues tenían en prendas alhajas de Gadifer y ropa de mucho más valor; respondieron que en la Graciosa darían fondo, donde se trataría de la satisfacción con Bethencourt, los demás aclamando que quedasen á morir en Ervania, á lo menos los dejasen en Rubicón.

Salieron de la Ervania los del fuerte acomodando en la lancha grande lo más esencial que en él había, siguieron á Rubicón muy disgustados, y viendo Bethencourt que el navío se iba le fué á alcanzar é hizo súplicas por algún bastimento para los que quedaban pues era fácil remediar su falta en España, y viendo que no pudo sacar más de otra cosa del navío de armas, ropa ó cosa que importase; dijo que él quería también ir á España á satisfacerles y desempeñarse, y en el interín diese fondo en la Graciosa para dejar la mejor orden á la gente que conviniere, y habiendo el navío esperado á la otra parte de la Isla de Tite ó Lanzarote fueron á despedirse de Bethencourt algunos de sus amigos que fueron el Capellán Le Verrier y Julio Coutes á quien encargó la tenencia y ausencia de su persona y la obediencia á Gadifer y que todos tuviesen muestras con mucha brevedad volvía de España, entre sí mucha paz y amistad, donde prosiguieron su viaje.

Quedaron en el fuerte de Rubicón en la Isla de Lanzarote ó Tite, hasta 40 franceses con algunas mujeres propias de la Francia, arrepentidos del mal consejo y determinación, y en gran manera affigidísimos, faltos de todo regalo y conveniencia de ropa, calzado, abrigo y cama, y á pocos días de ido el navío determinó Gadifer de ir á la Isleta de Lobos, así llamada por los lobos marinos que allí se pescaban antes, á pescar estos peces para aprovecharse del cuero para calzado y carne y enjundia ó grasa, y ya prontos con lo necesario trajeron nuevas que un navío español había dado fondo en la Graciosa, de que todos fueron muy alegres, y luego Gadifer envió la bienvenida con el Alcaide Bertin al Maestro Hernando de Orduña, que era el más próximo que en Cadiz estaba para salir a las Islas. Reconocido el navío, que era la Merela de Francisco Calvo, que luego preguntó por Bethencourt, que iba viaje de España, y lo demás sucedido, y Bertin de secreto comunicó el querer salir de Rubicón con 40 camaradas robando por esclavos algunos amigos naturales que estaban de paz y lo demás que pudiese llevar del fuerte, á lo cual se resistieron los españoles, y un Jimenez, contramaestre no oyó mal la propuesta de Bertin, y dejáronla en secreto.

Vueltos a Rubicón y sabido el suceso y designio de comerciar los españoles con los naturales, bien descuidado Gadifer y Ramón con nueve hombres pasaron á la pesca de Isla de Lobos, llevaron comida para los días en los cuales había de volver la falúa á Rubicon; luego al segundo día que fué en 15 de Octubre del mismo año 1402 llegó á la Graciosa Hernando de Orduña, que luego fué Bertin á darle bienvenida á su navío Surcamares, que ya sabía lo sucedido á Bethencourt y el trato falso de Bertin contra Gadifer, que no afeó mucho Orduña, mas él dejó sentada su traición con pocos camaradas, robando lo que pudiesen, y se volvió muy disimulado á Rubicón donde halló de vuelta la Isla de Lobos á Ramón, que vino por más gente y comida, y supo la venida de Orduña, y antes de salir otra vez Ramón, le fué fuerza detenerse por llegar á Rubicón dos gentiles ó naturales, que decían á los franceses sus parciales y amigos como los castellanos andaban en cuadrillas robando la tierra de gentes y ganados, y cuanto encontraban, y así les diesen ayuda y socorro para ir contra ellos. Ofrecióse Bertin á este socorro con sus franceses, y cogiendo una lanza en sus manos la blandió diciendo injurias y muertes contra los castellanos, de lo cual se agradó el Capitán Ramon, y escogiendo de su facción algunos y á

dos ya naturales cristianos, que por lengua habían traído de la Francia, llamados Alfonso é Isabel, y llevando refresco y comida para ellos, y regalar, guió el camino de Aldeagrande donde halló algunos naturales que envió avisasen al rey fuesen á tal sitio y llevase gente consigo donde vino el gentil con 24 los más esforzados, y cenaron muy bien en unas casas pajizas, y había una muy grande que parecía ser de Ayuntamiento ó Concejo; y aquí les dijo Bertin que descuidadamente podían dormir como lo hicieron; y á media noche llegó la emboscada de once franceses á maniatar á los gentiles y Bertin á la puerta defendiendo con su espada en blanco (?) é hiriendo á algunas no se huyesen y uno de ellos llamado Agabo, dando un salto por encima de Bertin, lo derribó de espaldas y se huyó, y siendo maniatados los demás con el rey que iba asido de tres franceses camino de la Graciosa, y se saltó, y volviendo un gascon á asirle fué derribado en el suelo de un golpe de revés que le dió el rey, que ya había seis veces librándose de robos de pirata. Embarcáronse en la nao de Orduña 22 cautivos y Alfonso é Isabel con los once franceses, y como dijese Orduña que para el viaje necesitaba de más bastimentos, ordenó Bertin que Bernardo Blessi con los demás franceses fuesen ocultos por tierra á Rubicon y apoderándose de la lancha la trajesen al navío, y hallándola sola en el agua se apoderaron de ella cuatro ó cinco con alguna dificultad, porque Bernardo hubo de matar al Capitán Ramón que la defendía, y los demás que en ella no pudieron se volvieron por tierra, y todo fué con mucha presteza.

Para el día siguiente dispuso Bertin ir á Rubicon por tierra con 30 castellanos, y por mar fuese la lancha del navío de Orduña, con la gente misma y castellana, la cual llegó á las nueve del día, y preguntándole de Rubicon que á qué venían, responden que esperaban la gente que venía por tierra que juzgaban ya primero hubiesen llegado, y estos eran los once franceses, y los de la lancha eran siete castellanos, que se estuvieron enmarados y á poco rato entraron en Rubicon con gran furia á partir del bastimento que les tocaba para ir á España; fué mucha la confusión de voces y gritos, que en tres horas no se pudo apaciguar, y teniendo apartado la mitad de todo lo más y mejor de bizcocho, carne salada y vino, y un tonel el mejor de mas, á mas, estando ya para embarcar llegó Bertin con los 30 castellanos por tierra de emboscada, y por mar la lancha grande, y hubo nuevas demandas y respuestas, y por

ser tarde hicieron allí noche, haciendo injurias, robos y fuerza en las mujeres francesas, y llevando el robo á saco, embarcaron por esclavos algunos naturales amigos de los franceses, y en las dos lanchas mucha cantidad de bizcocho y de todo lo demás como harina, arneses baúles, ropas en envolverio, y maletas, y la artillería del fuerte, cuerda, escudos, ballestas, y 200 cuerdas de arco, cantidad de hilo, y todo lo que pudo ser de util, y cuatro docenas de dardos que los castellanos se llevaron en las manos cual á dos y á tres, y dos cofres de Gadifer de alhajas muy costosas, que todo embarcó Hernando Orduña en la Graciosa, dado fondo junto al de Francisco Calvo.

Quedando los afligidos de Rubicon en tan lamentable estado, pretendían ir á pedir socorro á Francisco Calvo les intercediese á lo menos en ir á buscar á Gadifer y los demás que juzgaban haber perecido en Isla de Lobos; para esto con la mayor presteza que pudieron aderezaron una barquilla muy pequeña que allí dejó el navío de Bethencourt ya descuadernada y rota; en ella como pudieron dificultosamente llegaron al navío de Calvo cuatro hombres, los dos capellanes, el Licenciado Juan Le Verrier, Fray Pedro Bontier de San Francisco, y dos hidalgos que manifestaron el trabajo de Gadifer; dióles un práctico, que era el contramaestre Jimenez, y tres remos, volvieron á Rubicon, llevan refresco, atraviesan á Isla de Lobos las cuatro leguas peligrosísimas de aguajes y corrientes de la Bocaina, con gran temor del arrebatado estrecho.

Hallaron en grande aflicción en Isla de Lobos á Gadifer y compañeros de sed y hambre casi muertos, por ser acril de todo y llena de piedras, tiene una legua de largo y de ancho media; por la falta de agua suplía el rocío de la noche, tendiendo una toalla, que retorciéndola á la mañana le chupaban la humedad y servía de refrigerio; y sabiendo la maldad de Bertin todos maldecían su mala suerte con lágrimas. Volvió la faluilla tres ó cuatro veces de cada vez con tres hombres y echólos en Lanzarote en una punta frontero á Africa; al despedirse Jimenez para su navío se fueron con él Gadifer, los dos capellanes y otros dos á dar el agradecimiento á Francisco Calvo, y después éste con los demás pasaron al navío de Orduña á verse con Bertin y representar su agravio, á lo que respondió que los franceses no debían algo á Bethencourt ni á Gadifer, ni tampoco podía disponer de lo que se había embarcado en Orduña y ponía por testigos á todos los que salieron de Francia, que nada se le debía. Díjole Gadifer que se acordase que en

París se hallaba Bertin tan pobre que Bethencourt le dió 400 rs., respondióle que eran para levantar gente más, que él iba á España donde satisfaría á Bethencourt de todo y le pagaría si le debiese. Nada se le concedió á Gadifer de lo que pedía, instaba á lo menos por las dos lenguas, Alonso é Isabel, mandó Orduña que luego se les diese, y estando el navío ya á la vela, Bertin arrojó al mar á las dos lenguas y Gadifer con los demás á prisa saltaron en la lancha grande y los recogieron, y pasando al navío de Francisco Calvo, de donde vieron que la lancha del de Orduña volvía á tierra, y notaron que una punta en Lanzarote dejaron los doce franceses compañeros de Bertin, éstos llorando á Gadifer les perdonó y dijo, que por tierra se fuesen al fuerte de Rubicon, y él se despidió de su amigo Francisco Calvo para Rubicón.

Llegando Gadifer cuanto desocupó la lancha con admirable presteza los doce franceses se embarcaron para la tierra firme de Africa á Marruecos; y á pocos días después se fué Francisco Calvo á España. Padecieron en Rubicón los demás franceses enormes calamidades, junto con dos rebatos de los naturales tan prestos y acelerados como lluvias de pedradas y otros atrevimientos, por verles eran ya muy pocos y faltos de muchas cosas necesarias á ofensa y defensa, procuraban extinguirlos; y los franceses, deshaciendo un cable viejo que por inútil se quedó, armaron ciertos arcos de ballestas con que volvió la guerra viva no perdonando á vida, solo á los niños, y cautivaron después á hombres y mujeres que podían haber de que tenían recogida cierto presa, y por falta de alimento comieron carne la cuaresma de 1403.

Los naturales; muy sentidos del mal hospedaje daban quejas de la falta de palabra, trato y ley, y Gadifer con la misma queja envió al rey gentil á darle parte y responde que él ni los suyos son los que les molestan, sino ciertos levantados ofendidos; Gadifer instóle se los entregase, y de no hacerlo á nadie perdonaría la vida de cuantos encontrase. Pasado poco rato se vino á Rubicon un gentil de paz y hablando con la lengua Alonso dió su razón de ser sobrino del rey, su nombre Achien y pactó con Gadifer entregarle á su tío el rey con otros camaradas muy valientes, y dijo como muchas veces se había huído de mano de piratas y tuviesen cuidado con él, y que volvería á dar aviso á Rubicon cuando fuese ocasión de entregarle preso.

(Continuará)

El Museo Canario

Revista decenal

Órgano de la Sociedad del mismo nombre

establecida en Las Palmas

para el adelanto de las Ciencias, las Letras y las Artes

NÚMERO 437 12

Las Palmas 10 de Septiembre de 1901.

ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS

de la

ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

Sabemos que el naranjo fué importado en tiempo de la conquista, pero que bajo la influencia del agua, del aire y de los demás agentes naturales, se ha perfeccionado y adquirido las preciosas formas que en él contemplamos y de cuyo fruto disponen los naturales durante diez meses del año. Recuerdo siempre una vez que tuve que ir á reponerme á Telde, mi ciudad natal, de los deterioros que el clima de París había producido en mí y que obligado, después de restablecido, á volver á concluir mis estudios, llevé unas cajas de naranjas para obsequiar á mis profesores y amigos. Tanto llamó la atención la delicadeza de su gusto, que unánimes todos me manifestaron que jamás las habían probado tan ricas, aconsejándome hiciese lo posible por verme con algunos comerciantes de naranjas para proporcionarles los medios de expender en el mercado de París esta y otras producciones canarias. Y una señora, cuyo tipo no se encuentra sino en los grandes centros, sumamente impresio:nable, que llevaba una vida de tocador, salón y carruaje, viviendo casi del espíritu, de un gusto sumamente delicado, tomó una naranja de algunas con que yo había obsequiado á otra dama y fué tanto lo que la agradó y el singular placer que tuvo al saborearla, que instó repetidas veces á su amiga le manifestase de dónde las había tenido, para ella también adquirirlas.

Pocos días después, invitado á una comida en casa de uno de mis jefes, rodó la conversación sobre las ricas naranjas de Canaria y la señora aficionada me suplicó si podía hacerlas llegar en cajones. Aun no quedó en esto; al marcharse á la tarde me hizo subir á su carruaje y me condujo á casa de un comerciante de naranjas por al mayor, le enseñó una y le preguntó si la tenía de aquella clase. El comerciante la tomó en la mano, la miró, la olió, la abrió, la probó y con un aire de admiración nos dijo: «de esta clase jamás las

he visto y su importación en París del país que las produce sería tan ventajosa, que se expenderían siempre con preferencia á cualesquiera otras.» Gracias á las naranjas canarias y al deseo que aquella señora tenía de ir á aquel país para reponerse de sus nervios y saciarse de naranjas, tuve la alta honra de ser contado entre sus amigos íntimos, pasando en sus elegantes salones horas que jamás se olvidan por la sincera amistad que me manifestó siempre y las discusiones de ciencias y literatura en que ciertamente demostraba una vasta erudición y un gran talento que ocupaba casi todas nuestras conversaciones.

Pero donde más se demuestra la influencia del agua es en la fértil ciudad de Telde, cuyo clima proverbial ofrece para la conservación del hombre todos los dones que la providencia suele derramar en regiones escogidas; es en esta ciudad donde se halla palpable la verdad que he enunciado, emitida por Hipócrates al tratar de las aguas.

La ciudad de Telde se halla dividida en dos grandes porciones; la una Telde propiamente dicha y la otra los Llanos de Jaraquemada, más conocida hoy por los Llanos de Telde, que forman un segundo grupo quizá más populoso que el primero, famoso por la gran feria que todos los domingos se celebra en su vasta plaza, en la que se ofrecen todos los productos que encierra la Isla y de fuera de ella; ambos grupos separados solamente por un corto paseo. Estos dos caseríos presentan, sin embargo, rasgos que los diferencian notablemente, no obstante tener igual origen, los mismos usos, costumbres, religión, alimentos, manera de vivir, exposición, situación, orientación, vegetación, terreno, idéntica serie de ocupaciones; en fin, todas las condiciones de que estos habitantes se hallan rodeados son iguales; el agua de que hacen uso es lo que varía. Ella ha impreso en unos y otros habitantes, con el transcurso del tiempo, caracteres distintos que serán el objeto de un particular estudio, sin que éste se haga extensivo á la clase marinera que constituye una parte importante de los Llanos, señalada por un sello especial en su índole y constitución.

El grupo de Telde se surte del agua llamada de la

Fuente, hermoso manantial que por ocho magníficos tubos de bronce deja salir sus cristalinas aguas, para lo que se ha construido un hermoso adorno de sillería y al mismo tiempo y á cierta distancia lavaderos públicos, cuya gruesa de agua constituye el heredamiento de la Fuente. Hoy ese hermoso manantial que hacía las delicias de aquella ciudad, que surtía al vecindario durante todo el año de una agua purísima y de buenas condiciones, que servía de irrigación á muchos terrenos, desde que algunos cuantos metros por encima de ella se hicieron galerías con el objeto de extraer agua al instante se secó, al paso que por aquella parte da cierta cantidad de agua: este hecho que puso al pueblo en consternación y dejaba á sus legítimos dueños sin agua para cultivar sus terrenos, lo manifestaban los labriegos en su lenguaje de irrigación diciendo que á la Fuente le *viraron la torna*: expresión gráfica del hecho.

El barrio de los Llanos se surte del heredamiento de la vega mayor de Telde que pasa por la parte del Norte y se halla á la entrada del pueblo donde se toma el agua para todos los usos de la vida.

Hagamos simplemente el exámen físico de ellas y veamos sus resultados. Las aguas que toma el grupo de Telde nacen en la misma localidad y se toman en el mismo manantial. Las de los Llanos vienen desde la cumbre pasando por el cauce de profun los barrancos; se despeñan violentamente por altas cascadas, sirven en su tránsito de motores á una porción de molinos y recibiendo constantemente las influencias atmosféricas, traen en disolución las materias solubles que recogen á su paso y otras insolubles que arrastra consigo.

La temperatura de las aguas de la Fuente de Telde sufre muy pocas oscilaciones, es casi constante: la de los Llanos varía según la estación y cuece mejor los alimentos.

Las primeras no dejan sedimentos en nuestros filtros ó piedras de destilar; las segundas, por el contrario, los depositan en abundancia.

Estas aguas distribuidas en el suelo para la irrigación producen frutos de cualidades diferentes: los que gozan del beneficio de las de la Fuente no son tan ricos en materias útiles y se diferencian considerablemente de los del Heredamiento sin embargo de que el terreno, el abono, las semillas y los procedimientos en el cultivo son los mismos, cediendo las ventajas en beneficio de estos.

Introducidas en nuestra economía las aguas de la Fuente son pesadas y de difícil digestión: las del Heredamiento son ligeras y facilitan esta función. He conocido muchísimas personas de estómago muy delicado, que no podían tomar las aguas de la Fuente sin que les acarreasen una perturbación ó aumentasen sus males; efecto que no producían las del He-

redamiento, sirviéndose de ellas con ventajas. Me han asegurado que los animales que se crían bebiendo las últimas tienen más fuerza y vigor que los que beben de las de la Fuente. Asimismo me han dicho que éstos y las cabras que usan aquellas aguas dan leche más en abundancia.

Ahora como médicos y antes de entrar en cuestiones de otra índole, ¿podríamos aprovechar las cualidades de estas aguas? Sin duda que bien administradas deben producir resultados notables. Naturalmente se desprende su aplicación para aquellos individuos de temperamento linfático-nervioso, de estómago débil cuyas digestiones se hacen con dificultad y que necesitan cierta clase de alimentos ligeros, suaves, que en un pequeño volumen contengan una gran cantidad de materias asimilables; pues en tales condiciones no deberían usar las aguas de la Fuente como perjudiciales, al paso que las del Heredamiento que llegan bien batidas, que contienen una gran cantidad de aire en disolución, cuyas moléculas reciben las impresiones atmosféricas y que reúnen todas las eminentes condiciones de las aguas de primera clase les serían utilísimas y su uso prolongado daría plasticidad á la sangre, si bien perjudicaría las naturalezas predisuestas á las congestiones si no se acompañase al mismo tiempo de un ejercicio moderado en armonía con los hábitos adquiridos.

Las aguas de la Fuente encontrarían aplicación á los estómagos fuertes de fácil digestión cuyos jugos atacan con energía cuanto se le introduce, aun á horas intempestivas. En una palabra, serían ventajosas para aquellas personas superabundantes en líquido rojo debido á su disposición especial.

No siendo así las aguas de la Fuente ni activan la digestión y disminuyen esa especie de tonicidad de las vías intestinales calmando un poco las fuertes excitaciones faltando á los líquidos que pasasen á la circulación la superabundancia necesarias de materias asimilables.

Bebiendo, pues, los vecinos de Telde, sean cuales fueren sus condiciones, las aguas de la Fuente, ya estén sanos ó enfermos, y los de los Llanos las del Heredamiento, ¿qué diferencias no habrán impreso en unos y otros durante la dilatada serie de años que las han estado tomando? Nosotros las vemos resaltar al instante. 1.º Los de Telde son más obesos y están más impregnados de fluidos blancos; los de los Llanos, por el contrario, son más enjutos y sanguíneos. 2.º Los de Telde no presentan tanta resistencia á sufrir los trabajos rigurosos como los de los Llanos que son más enérgicos. 3.º A los de Telde les gusta más la vida sedentaria, pacífica y tranquila; á los de los Llanos les agrada más la vida activa y hasta de sorpresas. Todos son industriales y comerciantes y por eso les vemos en las ferias de Canarias

con sus cargas de calzado y cuantos objetos se necesitan para los trabajos agrícolas y se encargan de la compra y venta de animales y demás productos. Esta misma índole ha señalado sus efectos en el orden moral. Los de los Llanos son algo más espartanos que los de Telde y antes de la frauquicia de los puertos no dejaban de aprovechar su agilidad, su astucia y el conocimiento topográfico del país para ejercer el contrabando, burlando habilmente la vigilancia de los empleados del gobierno. Fuera del país son más notables las diferencias. Los de los Llanos que van á Cuba para mejorar de fortuna, lo consiguen casi todos, volviendo muchos á su país hechos unos ricos indianos, nombre con que se distingue en las Islas á los que regresan de América.

¿Qué diremos de las enfermedades? Aquí es donde resaltan más á lo vivo las influencias del agua.

Principiemos por las enfermedades más notables, colocando en primera línea las cloro-anemias que se presentan algunas veces en Telde y muy raras en los Llanos, y resisten más á las preparaciones ferruginosas y coadyuvantes. En Telde tiene la economía cierta tendencia á familiarizarse con las cloro-anemias, al paso que en los Llanos son por incidencia y pronto se reponen. En las mujeres de la primera localidad los flujos menstruales son más irregulares que en las de la segunda y las secreciones de la mucosa vaginal guardan en ésta cierta tendencia á la cronicidad, fenómenos raros en los Llanos.

En las fiebres tifoideas se observan también diferencias de consideración. Nótese en los pacientes de Telde cierto abatimiento, una depresión general, y la sintomatología no ofrece esos periodos marcados que separan la distinta época de la enfermedad, cierta tendencia á las evacuaciones intestinales, y la convalecencia se hace lentamente con tendencia á las indigestiones. El completo restablecimiento necesita un poco más de tiempo, quedando la economía con languidez y pereza en los órganos. Al principio de ella se observa el hambre canina que algunas veces suele desarrollarse cuando se sale de esta enfermedad.

En los Llanos los fenómenos pasan de otra manera. Adviértese desde luego excitación, inquietud, viveza en los ojos, tendencia á congestionarse el cerebro, la sintomatología guarda perfectamente sus periodos, la mayor parte del tiempo son dificultosas las evacuaciones intestinales, la convalecencia es rápida. El hambre es frecuente, la marcha del mal se regulariza aunque suele pasar una serie de pequeñas perturbaciones que no impide sin embargo el que llegue pronto al estado de salud.

En las enfermedades de las articulaciones también se advierte otro orden de fenómenos. El reumatismo en Telde es lento; se ve aumentar el volumen de las

articulaciones tomando la forma pastosa, sin acompañarse de fuertes dolores: al paso que en los Llanos se presenta con el carácter agudo, sumamente doloroso, siendo una verdadera artritis con todos sus síntomas.

Las enfermedades de los órganos torácicos no dejan de ser asimismo dignas de atención. Las pulmonías presentan en Telde tendencia á hepatizarse el pulmón, al paso que en los Llanos sigue la enfermedad su marcha regularizada. En las pleuresias se hace con más dificultad, en el primer punto, la resolución del contenido entre las pleuras, lo que no acontece en los Llanos. Varios enfermos que me han consultado de dolores en el interior del pecho, consecutivos á esta enfermedad, he encontrado en los de Telde algunas ligeras adherencias que no he visto en los Llanos.

No deja de ser notable la época en que reinan las enfermedades torácicas. En los de Telde suelen ser frecuentes las pleuresias y en los de los Llanos las pulmonías. He visto pocas neuralgias en los primeros pero entre los últimos son más comunes si bien se curan con mayor facilidad.

No quiero demostrar más con hechos patológicos la influencia del agua; con lo que acabo de enumerar me parece debe comprenderse la importancia de este agente y las modificaciones que imprime á los seres que se hallan bajo su influencia. He de advertir que todas las aguas de Canaria son buenas en general, pues reúnen cualidades que hacen que jamás se perturbe gravemente la salud; mas á pesar de todo vemos muy palpable la verdad emitida por Hipócrates, acaso como en ningún otro punto del globo pueda observarse atendidas las circunstancias especiales de la localidad en que cada pueblo vive aislado y efectúan sus enlaces de familia entre los mismos vecinos.

Nunca me cansaré de encomiar la importancia de sus aguas y lo saludable que es tener las superficies bañadas. Los que por su posición tienen que hacer viajes al campo lo comprenden. ¿Quién después de salir de Las Palmas y seguir la carretera al pasar por algún punto que presenta la aridez más desoladora no siente una depresión y una excitación desagradable en la mucosa respiratoria que como por encanto desaparece desde que se penetra en Telde? A mí me ha acontecido este hecho.

DR. CHIL Y NARANJO.

(Continuará).





JOLINILLO

I

por el polvo del carbón de piedra, corría un escalofrío...

Perico sentía, sin embargo, en el angustioso silencio, los primeros rumores anunciadores del despertar del día. Vagos al principio, confusos, llegaban á su cerebro que estallaba dentro del cráneo que él se figuraba se iba dilatando desmesuradamente hasta tocar con las paredes del casucho, como sordo rumor de olas, gemidos ahogados del viento, alegres carcajadas de niños... Después, silencio, un silencio profundo; y ante sus ojos que se cerraban fuertemente, en vano, para cortar la visión horrible, presentábase de nuevo el abismo negro, infinito, en cuyo centro giraban vertiginosamente en derredor de un punto luminoso que se dilataba á veces tomando diferentes colores y otras desaparecía en la tiniebla para volver á resurgir más grande, de un rojo súbito, innúmeros áspides de fuego, de fuego crepitante, cuyas colas infinitas enroscándose y extendiéndose en todas direcciones, sembraban por la negrura sus escamas fulgurantes cuyos colores inacabables cambiaban de luces y reflejos continuamente.

De vez en vez, volvía el rumor, vago al principio, como lejano murmullo de oraciones, trayendo en sus *crescendos* formidables, todos los ruidos de tempestad deshecha, ayes de dolor ahogados por el furioso gemido de las olas, y el golpeteo incesante de la masa que caía pesadamente sobre su cerebro causándole estremecimientos dolorosos y una sensación

Ya á la madrugada, el pulso era extremadamente desordenado. La calentura le hacía delirar. Una convulsión continua agitaba bruscamente su cuerpo; por la piel reseca, completamente ennegrecida

horrible de frío que corría por todos sus miembros... Después, silencio; una tranquilidad soñolienta, pesada, sofocante...

Los gallos comenzaron á cantar. Por las casas del Risco se fué extendiendo una claridad muy vaga que venía del mar...

Perico volvió á sumirse en la tiniebla, y ante sus ojos tornaba á presentarse el negro abismo donde el punto luminoso se extendía formando discos y círculos concéntricos que giraban vertiginosamente alrededor de sus órbitas y en sus ejes, cambiando incesantemente de colores, y luego las serpientes, las serpientes de fuego crepitante, enroscándose convulsivamente, destruyéndose, confundiendo en su febril movimiento y esparciendo por la negrura sus escamas fulgurantes... Después, aquellas ruedas se agrandaban, tomaban proporciones colosales, y tornaban á hacerse muy pequeñas, arrojando en su girar vertiginoso lluvia de fuego, formando ese efecto mágico que los pirotécnicos ponían ante sus ojos atónitos todos los años, en la fiesta del pueblo...

De pronto, en su somnolencia febril, sintió como unas mazas de plomo que caían pesadamente sobre sus hombros doloridos. Una voz estentórea resonó en sus oídos:

—¿Tampoco hoy te levantas, balurto? ¡Qué! ¿tienes calentura de pollo pa que te den gallina? ¡Repú...!

Perico en medio de aquella somnolencia pesada, febril, oyó á su padre que salía en busca del tranvía. Aquel día y aquella noche tenían trabajo en el carbón. Quiso hacer un esfuerzo supremo para hablarle, levantarse, seguirle... ¡Imposible! Su cabeza estallaba. Una claridad súbita volvió á brotar de en medio de la negrura donde se hundía haciendo grandes esfuerzos para no caer... La claridad vivísima brotaba de un círculo que se ensanchaba como un cielo sin horizontes, infinito...

Más tarde, en aquel silencio, sin darse cuenta de cómo, sintió que su alma abandonaba al cuerpo, que seguía enclavado, como maza de plomo, en el camastro que se hundía... Atravesó la tiniebla. Tenía que ser el alma la que andaba, porque el cuerpo continuaba inmóvil; y al llegar al centro mismo de las sombras negrísimas, donde volvieron á agitarse las serpientes de fuego crepitante, abrióse el velo desapareciendo por él su alma. Mucho tiempo tardó en bajar de la altura donde fué arrojada. Bajaba por el vacío con una velocidad espantosa... Iba á estrellarse... En aquel fondo roncaba sordamente el mar. Por fin cayó, y ¡cosa rara! había caído sobre el mismo camastro donde luchaba hacía tanto tiempo con la horrible tiniebla...

Mucho más tarde, después de largo tiempo de insensibilidad, Jollinillo volvió á percibir la vida, pero huyendo para siempre de él... Ya casi no sentía nada. Aquellos dolores le hubieron de dejar, por su fuerza, sin ninguna sensación... Aquella agonía desesperante, angustiosa, iba desapareciendo á su vez. Ya no veía la tiniebla espantosa. Ya no sentía nada. Sus pies y sus brazos ennegrecidos aún por el polvo del carbón, enfriados, álgidos, quedaban inmóviles para siempre... Sus ojos vidriosos, infraetos, desmesuradamente abiertos parecían mirar algo muy lejano. ¡El último sueño! Más tarde, mucho más tarde, el no ser, la muerte quizás. ¡Nada!

*
*
*

Estaba amaneciendo. Las nubes grisáceas que se escorzaban entre el cielo y el mar empezaban á teñir sus bordes de un triste rosado. Las estrellas se iban apagando... El apiñado caserío de la ciudad comenzaba como á emerger de entre las sombras. Semejante á una cinta, aprisionada entre los *Riscos* y la playa, corría á lo largo de ésta hasta desaparecer por los Arenales, tras los cuales parpadeaban las luces de los buques anclados en el puerto.

Pronto el cielo y el mar se llenaron de luz. El sol, saliendo de entre las olas como una hostia de fuego, bañó con su luz rojiza el morisco caserío de San Nicolás, hiriendo el rostro tiznado y soñoliento del viejo carbonero que en aquel momento salía á la puerta.

—Parece que anda ruinejo,—exclamó cuando al echar á andar se encontró con una mujer que subía.— Ya hace tres días que no va al trabajo. ¡Qué demonio! Esta gente nueva... Dele usted alguna vuelta, comadre. Yo me voy en este tranvía. En la caja, en el escanillo de la derecha, en las puntas de un pañuelo encarnado están los aliorros: dos pesos por un lado y tres tostones y una fisca por otro... Esto era de él... Coja de allí lo que necesite.

—¡Oiga!—gritó más tarde, yendo en dirección á San Justo—Si es menester, comadre, mátele la gallina...

Y al desaparecer continuó diciendo.

¡Qué demonio! Puede que el muchacho no ande bueno... En el muelle decían que Periquillo no podía aguantar tres días y tres noches trabajando en el carbón, después que le dió el mal...

II

Cuando fueron al puerto por el viejo eran más de la 6 de la tarde. El pobre tío Juan Reyes entró en su casa como un borracho. Lo primero que hizo fué arrojarle sobre el cadáver del muchacho, llorando como un niño. Luego que el primer acceso de dolor pasó, tío Juan Reyes volvió á quedarse inmóvil sobre el duro banco de la alcoba, como un idiota. Todavía él no podía darse cuenta de la desgracia. Era tan inesperado, y era tan fuerte aquel golpe, que había de costarle mucho tiempo el hacerse cargo, sentirlo.

Con una indiferencia estúpida miraba hacer los preparativos del entierro. Vió entrar la caja de pobres y meter en ella el cuerpo álgido del muchacho, más tarde á los palanquines que habían de llevarse, y por último sintió cerrar la puerta con frío chirrido, y el ruido de los pasos que se alejaban con el muerto...

Serían las ocho cuando salió el entierro. Tras el cajón de pobres, que cargaban cuatro palanquines, iban por todo acompañamiento el marido de la comadre del viejo y dos ó tres muchachos del Risco amigos de Jollinillo y trabajadores en el carbón como él.

Al llegar á la Catedral tuvo la comitiva que detenerse. Por la plaza de Sta. Ana bajaba otro entierro, un entierro de rico. Los *palanquines* y los carboneros que venían con Jollinillo tuvieron que aguardar el desfile de la lujosa procesión. Una larga fila de pobres con faroles, el clero, y la cruz de la parroquia, luego el *trono* conteniendo un ataúd galoneado de oro, cubierto de coronas, y después el cortejo numerosísimo, una interminable comitiva de caballeros de levita y sombrero de pelo, formados en correctas cabeceras. Al ponerse en marcha los que llevaban á Jollinillo, observaron que trás de ellos venían dos entierros más. El mas cercano, el que se unió á ellos, era también de pobre. Cuatro muchachos, cuatro roncotes de sarrapados sin mas acompañamiento ni nada más, cargaban una cajita azul, de niño, fumando y hablando desvergonzadamente. El entierro de atrás era lujosísimo. El canto del clero traía acompañamiento de música. A la luz de los faroles se veía un trono muy adornado cubierto de flores blancas. Debía de ser aquel entierro el de una jóven. El largo acompañamiento aún no había salido todo del puente de Piedra. Así, en medio de aquel cortejo inacabable, lujoso, que atravesaba en el silencio de la noche las calles de la ciudad perdiéndose en la obscuridad de la de los Reyes, fué llevado al cementerio Jollinillo, y colocado

más tarde en una mesa del depósito, donde, brillando á la luz del farol que ilumina los amarillos rostros de tantos muertos, sus ojos infrautos y vidriosos, desmesuradamente abiertos, parecía que continuaban mirands algo muy lejano...

*
*
*

Debía de ser muy tarde cuando el viejo despertó de aquel sopor. A la miserable casueña llegaba muy vago el rumor de las olas.

Al viejo le habían hecho desnudar y acostarse, y él obedeció como un autómeta.

Pero entonces, al despertar en medio del silencio de la noche de aquel febril aturdimiento, al sentirse solo, al comprender que había muerto el muchacho sin una caricia, sin un abrazo, sin la bendición última, el dolor paternal estalló en desgarradores sollozos, y las lágrimas comenzaron á correr por la ennegrecida faz del pobre hombre, cubierta con el polvo del carbón.

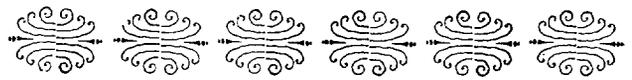


Quizás en aquel momento brotarían del corazón paternal todas las ternuras, todos los afectos que en su rudeza selvática no comprendió nunca que existían allí para los hijos.

Quizás viniera á su mente el recuerdo de su brutal saludo al hijo moribundo, llenando su alma de remordimiento, de desesperación, de dolor, y el pobre viejo en un rincón de la cama, inclinada la cabeza, horriblemente desfigurada por el dolor y el polvo del carbón que ennegrecía todo su cuerpo, lloraba como un niño...

J. BATLLORI Y LORENZO.

(Dibujos del mismo.)



El jardín desierto

Solo el pálido disco de la luna
ilumina el jardín abandonado,
recinto consagrado
á una diosa de mármol, que entre rosas,
en un lecho de musgo se reclina,
y ve copiar su desnudez divina
á las aguas del lago, temblorosas.

*
*
*

Ella es la reina allí. Oye impasible,
de oculta fuente el misterioso llanto,
no la conmueve el canto
del ruisenor, perdido entre las flores,
que en la apacible noche silenciosa
la dedica su endecha melodiosa,
habla de dichas y la brinda amores...

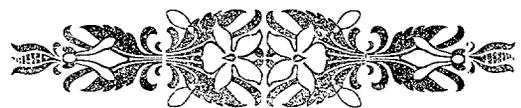
*
*
*

Aquella blanca estátua solitaria
simboliza el olvido y la tristeza;
en parte, su cabeza
manchan las sombras de árboles vecinos,
y fingen en su rostro una sonrisa,
cuando tiemblan las hojas, por la brisa
que gime entre los sauces y los pinos.

*
*
*

¡Qué hermoso debe ser vivir aislado,
y en un rincón ameno y escondido,
dormir en el olvido
como la estátua del jardín desierto,
sin ambición de goces ni fortuna,
bebiendo la poesía de la luna
en su pálida luz de mundo muerto...

M. VERDUGO.



CAVILOSIDADES

La popularidad y los mártires políticos

¡Cuántas cosas hay que estudiar en la psicología del agitador político!—Hablo aquí del agitador político dando al adjetivo una amplitud muy grande, comprendiendo en ella hasta al agitador de aldea que subleva á sus convecinos contra el alcalde por alguna rencilla insignificante; y no hablo aquí del agitador político que lo es con un fin interesado exclusivamente.

En el agitador de buena fé es frecuentísimo, casi inevitable, el encontrarse con un hombre que siente desmesurada ambición de gloria, y que, más ó menos conscientemente se considera incapaz de alcanzarla por los medios que pueden sólo emplear los príncipes de la inteligencia. El afán de gloria del agitador popular le hace ver con envidia los lauros que cosecha el genio en el templo de la inteligencia, cuya entrada le está á él vedada, y le impulsa á ensayar en la calle, convirtiendo en auditorio al populacho fácilmente sugestionable, una parodia de la representación que se celebra en el cerrado templo, y que el agitador reproduce en su imaginación grotescamente.

Si se examinaran con detenimiento, y sobre todo con profundidad, los móviles á que han obedecido los actos de los *mártires políticos*, se encontraría, en la mayoría de ellos, este fondo morboso de afán de gloria y aun de vanagloria, esta aspiración grotesca á parodiar lo superior, y el reconocimiento tácito de la inferioridad de las facultades disponibles para el esfuerzo.

El agitador popular, el *mártir político*, el tribuno de plazuela que da en la cárcel, no pueden incluirse en la categoría de intelectuales, si á esta palabra se le da un significado de elección, de exeeleñcia. El agitador político no se distingue, por lo común, de los que buscan la popularidad por los medios más bajos, sino en su mayor ambición de fama, no en su mayor intelectualidad.

La plebe es fácilmente sugestionable. Basta halagar sus pasiones, ó despertarlas si están adormecidas, con unas cuantas declamaciones vacías de sentido, para que ruja amenazadora y premie con sus aplausos al agitador. Pero en sus momentos de lucidez siente éste la inanidad de tal premio, lo falso de su valer, y envidia calladamente á los verdaderos intelectuales que hacen profundas revoluciones en las agrupaciones humanas, sin motines ni predicaciones callejeras, á los que se dirigen á un pequeño núcleo de iguales ó casi iguales suyos que tomen en sus manos la doctrina nueva, la amplifiquen, la adapten

lentamente á las exigencias de la realidad, la difundan entre las masas inferiores como por infiltración, hasta llevarla á la vida de todos. Y todo esto huyendo del *martirio*, despreciando la popularidad, contentándose con el asentimiento y el aplauso discreto de unos pocos que *comprenden*.

Algo de lo que queda dicho está pasando actualmente á la vista de todos, sin que lo *vean* sino muy pocos. El socialismo cuenta todavía una falange numerosísima de apóstoles fervientes que arrostran las persecuciones por la defensa de sus ideas, ideas que no son propias de casi ninguno de esos apóstoles, sino sugeridas por otros hombres menos bulliciosos pero más profundos; y, sin embargo, los que están haciendo obra más aprovechada para el logro de las aspiraciones de esos apóstoles son hombres que no figuran en las filas del socialismo militante, que se horrorizan públicamente de ser llamados socialistas, pero que van llevando con tenacidad, paso á paso, sin agitaciones en la superficie, una renovación profunda, en sentido socialista, á las leyes y á las instituciones todas de los países civilizados. La masa, claro está, no ve nada de esto porque no puede verlo, porque no tiene *ojos* para verlo, é insulta á esos hombres, algunos de los cuales no tienen inconveniente en figurar en las agrupaciones políticas más conservadoras, con tal de ejercer desde el poder su influencia en favor de ese socialismo posibilista, evolutivo, pausado y rítmico en sus progresos como la formación y el desarrollo de los seres vivos.

El *mártir político*, fuera de las inevitables excepciones, es un degenerado que ambiciona la gloria que no merece, y para cuyo logro se encuentra sin la necesaria alteza de facultades; es un fracasado que busca en la fácil excitación de las pasiones populares el desquite de la derrota sufrida al pretender penetrar en otras regiones más elevadas; es, á menudo un neurótico de limitado caletre que no ha podido digerir el alimento intelectual demasiado substancioso que le han proporcionado, quizá por descuido, los hombres superiores; es también muchas veces un comediante enamorado de su arte, que llega en un momento de autosugestión á engañarse á sí mismo, creyendo ser realmente el personaje que representa.

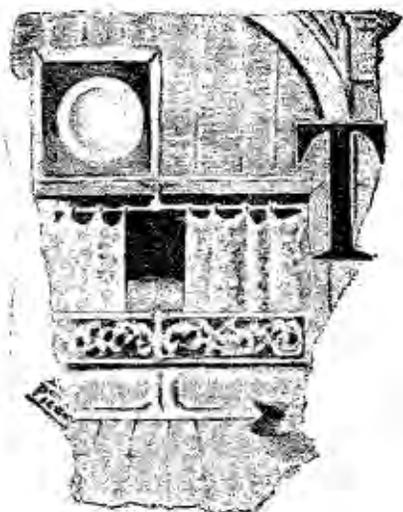
ANTONIO GOYA.



Monsieur Charles

NOVELA
POR
LUIS YACUÍN MILLARES

ILUSTRACIONES
DE
PICAR



IV

Tomasito se desplomó en la litera, vestido y calzado. Con los ojos convulsivamente cerrados en la cara lívida y sudorosa y los brazos desmayados y lacios como las ramas de un árbol seco, sometióse, inerte, al suplicio monótono é implacable.

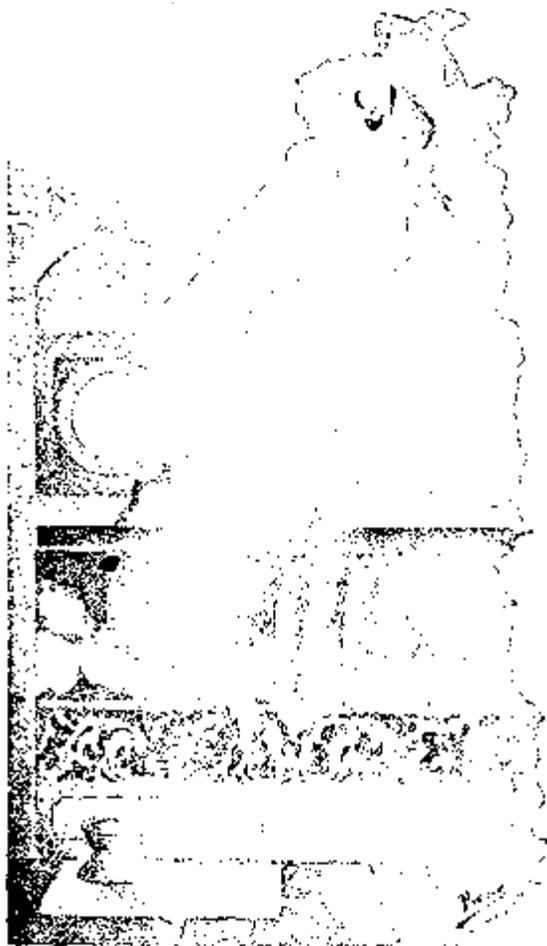
El nicho blando y estrecho parecía dotado de movimiento propio, cual si fuera un sér vivo, travieso y malévolo. Tan pronto era el balanceo de una cuna, mecida por la mano formidable de la gran nodriza, del Atlántico inmenso y brutal, como la sensación pavorosa de hundimiento en el abismo, acompañada de la opresora angustia del vientre. Y después de un engañoso compás de espera, breve y fugitivo como toda ilusión, volvía el traqueteo monótono y cruel, el crugido plañidero de los tabiques, el jadear monstruoso de la máquina, el ruido siniestro de sorbo, la salpicadura pro-

longada de las aguas en los costados del buque.

Cayó la tarde y la luz que entraba por las rendijas de la puerta se trocó en raya amarillenta, cada vez más débil. Y entonces, en los comienzos de aquella noche que había de ser eterna, despuntó en el alma de Tomasito la nostalgia horrible, la sensación de abandono y soledad, la tristeza lúgubre del niño perdido en la sombra helada de la noche.

Las causas determinantes de su viaje perdían todo su valor en aquella hora negra, se le antojaban mezquinas y ridículas. ¿Cómo pudo dejar su vida tranquila y hermosa, la sombra protectora de los viejos, su casita apacible y luminosa, por aquel abominable sufrimiento, por aquel desequilibrio angustioso del cuerpo y del alma? Su imaginación retrocedía á los tiempos de la niñez lejana, á la época de sus estudios en el colegio de San Isidoro, serie de campañas laboriosas, coronadas por el placentero éxito de los exámenes. Evocaba la gloriosa investidura de Bachiller en Artes, las interminables deliberaciones de los viejos respecto á la elección de carrera, la resolución final de no dedicarle á ninguna, puesto que al niño nunca le faltaría con qué vivir medianamente, reunida la conveniencia de los tios á la heredada de su padre. Y luego desfilaban los años tediosos de la juventud, tontamente malgastados en ensueños imbéciles, en un retraimiento maniático, fundado en una desconfianza dolorosa, en un temor enfermizo al ridículo, en un rebajamiento culpable de su persona. Ahora se arrepentía amargamente de ello. ¿Por qué no haberse casado, como tantos otros, con una buena muchacha, escogida con tiento y reflexión entre la honrada mesocracia atlántica y vivir en su casita, mirando crecer los chiquillos, cobrando sus rentas, leyendo con fruición y calma los libros de su elección? Para dormir el sueño de la vida, ninguna tierra mejor que la tierra atlántica, con sus días eternamente cálidos y luminosos, su placentera calma, la seguridad de encontrar siempre y en todas partes, en la calle, en la Iglesia, en el Teatro, gentes flemáticas y apacibles, conocidas desde la niñez...

Al fin, próximo ya el amanecer, Tomasito sintió ligero alivio y tendido de espaldas, con los pies fuertemente apoyados en el tabique, quedóse aletargado, con la faz amarilla é inmóvil como la de un difunto.



Una hora después se abrió lentamente la puerta del camarote.

Era él, el personaje obeso, algo eclesiástico, de nariz de garbanzo y boca encarnada y húmeda como una granada. Se había quitado el frac y lucía ahora una almillá ó chaleco de estambre azul oscuro. Presentó gravemente una bandeja con taza y azucarero, diciendo con su argentina voz de tenor:

—¿Coffee?

... Era la aurora, el despertar del sol en el horizonte pálido, la ligera palpitación de la luz en la superficie del agua, blanca y dormida. Gran actividad á bordo. Rumor de pies descalzos, de agua vertida con fuerza, de escobas y cepillos, la monotonía de una canción extraña y gutural...

Después de sorbido el café, Tomasito cerró los ojos y entregóse de nuevo á sus incoherentes meditaciones.

¡La idea de la muerte! Era la eterna obsesión, el ave negra cuyas alas manchaban de siniestra sombra la monotonía tediosa de su vida. La desaparición total é irrevocable, después de largas horas de abominable angustia, la convicción amarga de que, después de la marcha, la vida ha de continuar como antes, dilatando en el espacio y en el tiempo, onda tras onda, la corriente sin fin de las existencias efímeras.

Y morir sin haber apagado la sed febril que le torturaba de continuo, sin haber impreso una huella en el paraíso riente de las ternuras, ignorando la embriaguez divina del beso, la fiebre de la caricia, el orgullo de reinar en la inmensidad misteriosa de un alma de mujer. Tesoros de ternura, anhelos de sacrificio, semilla de afectos delicados y nobles, ¡cuánta espiritual riqueza que ninguna mujer habría de disfrutar jamás! Había querido á tantas, sin que ellas lo sospecharan, sin que viesen la mano suplicante que hacia ellas se alargaba...

Tañido de campanas. La una. Un arranque súbito de la voluntad puso en pie á Tomasito. Era preciso vivir, luchar, ser hombre, señor. Como primera manifestación de su virilidad determinó bajar al comedor, asistir al *lunch*, devorar como un buitres y bajó, amarillo como un difunto, vacío el cráneo y amarga la boca.

Ella no estaba. En la silla en que Tomás la vió por vez primera sentada, se *repollinaba* ahora el muchachote rollizo, siempre vestido de blanco, con su ancha cara de poca vergüenza. Y Tomasito imaginó que la *miss* habría pasado una noche de insomnio tético, como la suya, y tuvo la visión del cuerpo sinuoso y tentador rendido en la litera, de la subyugadora faz hundida en la almohada, de los finos cabellos esparcidos en la blancura de la tela, como hebras de seda dorada y olorosa, de los pies ondulados y estrechos, modelados por el negro tejido de la media, como dos palomas que enamoradas se besan en el borde del nido misterioso y cálido.

Allí estaban los demás viajeros. La careta roja, el rey de las selvas, que devoraba raciones enormes de sangriento *roastbeef*. Cada vez que el apoplético oficial, vecino de Tomasito, echaba hacia atrás su cabeza de paquidermo, el cuello rígido de su camisa trazaba fugitiva línea blanca en la piel del amoratado pescuezo. Y por primera vez el buen canario comparaba tristemente su facha indolente, desmayada é irresoluta, su faz macilenta y exangüe, su cuerpo linfático, nutrido con legumbres, su traje negro, angosto y mal cortado con la piel roja y fresca, el gesto enérgico, los músculos poderosos, la ropa holgada y bien oliente de los sajones que le rodeaban.

Al salir, uno de los mozos le alargó la *cachorra*, olvidada en el comedor desde la víspera. Y se le antojó que aquel sombrero de negras alas, mustias y lacias como las de una gallina muerta, era todo un símbolo, la degeneración del chambergo de las épocas de grandeza huera y de aventuras locas, frente al casco británico, blanco, ligero y resistente, que abriga y protege en la dura testuz de la gente del Norte el pensamiento audaz de la conquista del planeta.





HISTORIA DE LAS SIETE ISLAS DE CANARIA

COMPUESTA POR D. TOMÁS MARÍN DE CUBAS

(Continuación)

Por el mismo año 1403, vispera de Santa Catalina, volvió Alonso á Rubicón dando aviso que el Rey con 90 de los suyos estaban fortificados en cierto término de la aldea de Catife, donde podían ser presos con el Rey. Con el aviso se dispuso Gadifer con 20 hombres, llegaron al alba, cercaron la casa de consejo, entraron dentro y hubo gran pelea por gran rato, y aunque la puerta era muy angosta se huyeron todos menos siete, dos prisioneros, el Rey y otro llamado Albany, los tres muertos y dos mal heridos, y todos los más franceses quedaron heridos; pusieron al cuello de los prisioneros cadenas y aunque los que hirieron fueron presto prisioneros, se les dió luego libertad á pedimento del traidor Achien; y así aprisionados los llevó Gadifer al sitio de las sepulturas de los franceses muertos, donde quiso hacer de los dos lo mismo, y con graves juramentos de sus disculpas fueron perdonadas las vidas, y en Rubicon se les echó demás a más grillos duplicados sin cadena, y después porque se lastimaban las piernas la cadena corriente sid ellos.

Después de pocos días vienen á Rubicon de compañía más de 30 camaradas de paz con Archien que pedía ser cristiano y licencia después de ser Rey para poner las vestiduras reales que son ciertas antiparas ó polainas de cuero crudo de cabra y de lo mismo brazaletes y en la cabeza un bonete de dos puntas á modo de mitra de cuero de cabrón muy recio, y llegándose cerca le dijo el Rey preso: ¡fore fronche vo! que es: ¡ah traidor infame! y Achien mirándole se rió é hizo escarnio, y despedidos de Rubicón con buena promesa y amistad, envió á Gadifer á pedirle enviase por el sustento de alguna cebada que hubiese; respondió Achien que él haría ponerla en tal sitio donde fuesen por ella los franceses donde llaman el Castillo viejo, que hay fama le fabricó allí Lanzeloto Mailesol, italiano, cuando aportó en esta isla.

Fueron siete franceses por la cebada y cada uno cargando con la cantidad á medida de sus fuerzas, venía capitaneándoles Achien con 23 naturales de escolta y aunque ya era tarde cerca de noche, les pareció volver á todos por otro camino de cebada, y les dijo el cabo Juan Cortes

que no se fiasen ni mezclasen con los gentiles, que les parecía ser de sospecha y temían algún daño á los franceses que habían quedado en guarda de la demás cebada; más caminando muy á prisa los gentiles, y con ellos un Guillermo Drandac, á éste, por verle apartado de los demás, le embisten, hieren con trece heridas, acudiéronle y huyendo los traidores vuelven á Rubicón con el herido y muy admirados de la traición.

El Rey que presente á todo lo que pasaba con sus prisiones ó cadena, cargola sobre sí y caminó á su cueva, sin poder francés alguno estorbarle; fué grande el regocijo de los suyos y obedecido se dió luego sentencia de muerte á Achien, fué apedreado y después quemado, todo con mucha presteza; los franceses que estaban en el Castillo viejo con la cebada fueron acomedidos, y á un amigo de Achien quitaron la cabeza y puesta en un palo sobre un montecillo fué bastante para aumentar la guerra más sangrienta que nunca, no perdonando sino á los niños; los gentiles ya tímidos y amilanados se dejaban morir en las cuevas y riscos, tenían buena presa de ganados y gente los franceses, y á otros amigos más por temor, con ánimo de salirse de la tierra en la primera embarcación que viniese; pues en todo este tiempo no aportó navío, que antes eran más frecuentes.

CAPÍTULO VI

Sucesos en España á Mosén Juan Bethencourt

El viaje á España en que dejamos á Mosén Juan Bethencourt, fué muy feliz y breve; llegó á Cádiz, vió su familia y luego le puso demanda al contraestre Roberto Brumen y a los demás, que hizo poner en la cárcel, y el navío con los pertrechos fué embargado; pasó á Sevilla Mosén Juan, y con el favor del Rey de Castilla, que siempre tuvo, negoció como quiso; entregósele el navío y demás alhajas, y pareciéndole ya estar quieta la borrasca de su fortuna y compañeros, le ponen demanda, piden sueldos y menoscabo de sus haciendas, y fué el navío puesto en venta; comprábanle ciertos mercaderes y Bethencourt sale á la demanda satisfaciendo en lo que pudo; mandóse que el navío fuese á Sevilla entregado al almirante de Francia Enquerand de la Boisiere, amigo íntimo de Bethencourt, y entrando por la barra se perdió en Sanlúcar; aprovechóse la lancha, tablazón y algunas alhajas y ropa de Gadifer, que le pertenecía hasta 500 ducados y todo lo llevó el almirante a Sevilla y entregó á Mosén Juan, el cual, fatigado en su empeño de volver á la conquista de las Islas y excedido en el mandato real de España que nadie saliese á

puerto de Africa é Islas de Canaria sin licencia expresa de S. M. á robar esclavos, ganados, ni otros tratos bajo de graves penas.

Buscaba los medios de socorrer á Gadifer y por su desgracia no hallaba Mosén Juan préstamos, ni dineros, ni quien les diese el alivio, ni apadrinase su encargo con el Rey y besarle la mano, y poner á su obediencia; melancólico en su diligencia, casualmente en Sevilla reconoció encontrarse con el capitán Francisco Calvo, que en Cádiz antes de ir á las Islas tuvieron avistado y fué uno de los prácticos de ellas que comunicó. Refirióle á Bethencourt todos los sucesos así de Bertin, trabajos de Gadifer y viaje de Orduña á España, y que no se sabía aún de él. Fué grande el ánimo de Mosén Juan, pues no cayó del grave pesar muerto; conocióle el Capitán Calvo en decirle que se ofrecía á ir luego á socorrerles antes que el Rey supiese de ello, y eso cuanto antes, porque no fuese sabida su llegada; respondióle: «la falta de medios me tiene muy atrasado para ir luego, mas presto espero llevarles el socorro.»

Después de semejante nueva le vino otra de mucho mayor sentimiento á Mosén Juan que poco le faltó para morir, de una carta de Cádiz que le avisa pide un navío que dió fondo en la bahía, salió á tierra el primero un trompeta de Gadifer llamado Coutillon, que fué el que escribió, y éste luego dió cuenta á la justicia que el Capitán Orduña traía á Bertin traidor que sobre el seguro cautivó en Lanzarote ó Isla de Tyte 22 isleños, vino la justicia á libertarlos y hecha causa de proceso ponen á Bertin y demás franceses con gruesas prisiones en la cárcel pública, y pedía el trompeta á Bethencourt les socorriese y diese libertad: el navío de Orduña se alzó de Cádiz luego á toda prisa, llevó los cautivos y fardaría á Aragón donde los vendió á su salvo; después de larga prisión salieron de ella para Francia.

Habíasele dilatado á Mosén Juan el besar la mano á S. M. por andar lo más del tiempo achacoso de cuartanas, y llegado el tiempo que le entró á ver por ruegos de la Reina D.^a Catalina, fué bien admitido con buen modo delante de S. M. y aplacado el rigor de su presto; formuló su demanda Bethencourt pidiendo al Rey favor y ayuda para la conquista de las Islas de Canaria haciendo á S. M. pleito homenaje de estar á su obediencia, que ya tenía en ella muchos gastos con menoscabo de su hacienda, y tenía conquistadas las dos primeras donde tenía gente apreciada de guerra de ofensa y defensa. Habiéndole S. M. oído con buen semblante le dice: ¿pues qué

causa os ha movido con tanta voluntad á hacerme pleito homenaje, y de venir á conquistar lo que no era suyo, pues quien os ha dado tal licencia viniendo desde Francia muchas leguas, frontero de los mares españoles tantas leguas y haber robado á sus moradores matándolos y perturbándoles y haciéndoles esclavos? Con semejantes preguntas mudó de estilo Bethencourt para la respuesta, diciéndole con alguna maña que tantos costos y gastos tenía hechos en las Islas sin ofensa de sus moradores sólo á fin de plantear la fe y predicación evangélica con doctrineros en ellas. Luego el Rey le otorgó todo lo que pidió haber menester: y prosiguió Bethencourt que continuaría en ellas hasta destruir el paganismo, en honra de Ntro. Señor Jesucristo. Concedióle S. M. el señorío de las Islas que dijo tenía conquistadas, el quinto de sus frutos que saliesen fuera de ellas, mientras él viviese, y que nadie pudiese libremente, como antes, navegar á ellas bajo cierta pena; que pudiese batir moneda con armas de Castilla y Aragón en pieza muy sencilla y luego a letra vista en Sevilla de contado en plaza sesenta mil rs., que la Ciudad nombró á Juan de las Casas 24 para el despacho, y Bethencourt le libró su cobranza en Cádiz á Enquerend de la Boiserie Almirante de Francia.

Habiendo S. M. hecho esta gracia, encargó luego la presteza del socorro á las Islas para Gadifer y los suyos, viendo Juan de las Casas que el Almirante aun se estaba en Sevilla, le dijo acusándole ante Bethencourt, que había faltado al cumplimiento de despacharse luego á las Islas; mostró Enquerend carta de Cádiz fingida, que había despachado al navío por su cuenta, y luego desapareció Enquerend con el dinero del Rey.

Bethencourt quedó tan triste y lloroso lamentando su mala fortuna por todas partes que daba lástima á sus amigos y procurándole el consuelo le ofrecían préstamos y dinero para todo, y que volviere á hablar al Rey, al cual con grave sentimiento se manifestó segunda vez suplicándole le perdonase pues no estaba en su mano tal desgracia. Mandó S. M. luego se le diese un buen navío grande, y artillado con 80 hombres de guerra con pertrechos, armas y municiones, cuatro pipas de vino, cantidad de bizcocho, 17 costales de harina, mucha carne, jamones, aceite y todo lo demás muy cumplidamente para dejar en los presidios, y para su despacho vino á Cádiz Mosén Juan, disponiendo lo necesario, escribió á Gadifer de todos los sucesos y órdenes que había de observar hasta

que él fuese, que sería presto; salieron para las Islas, y Bethencourt quedó buscando préstamos, que halló muchos.

CAPÍTULO VII

Socorre el Rey de España á los franceses aflijidos en Lanzarote y manda registrar los puertos de todas las Islas

Divúlgase repentinamente por Lanzarote, que es uso antiguo aunque lo más incierto, que ya venía de España socorro á los franceses de Rubicón, con otras novedades: fué por los fines de Agosto del mismo año 1403, sin parecer navío ni otra embarcación. Llegó el navío á dar fondo en el puerto de la Graciosa y costeando el Castellano á Lanzarote, con la lancha llegó á Rubicón, remedió la grande necesidad de toda la Isla, así de cristianos como de naturales, presentó las órdenes de S. M. y cartas de Bethencourt á Gadifer, que leidas en suma decían desde su llegada la pérdida del navío en Barrameda y el fin de sus alhajas ó ropas, la prisión de Bertín y los demás franceses en Cádiz y su destierro á Francia y levantamiento de Orduña á Aragón, las honras que le ha hecho y hace el de España y favorecido de sus señores y títulos, y como ya había despachado á la Francia á Madama María de Bracamonte su mujer, bien asistida con regalos al cuidado del Almirante de Francia Enquerend de la Boisierre, y que prestó iría á las Islas, y como de ellas tiene hecho pleito homenaje al de Castilla, y que no dejase de ocupar ni mandar á los castellanos que le enviaba remitidos á su orden á que registrasen todos los puertos de las siete Islas y de que marcasen sus rumbos y diesen principio á sus conquistas ya reconocidas.

Leida ya la carta de Bethencourt, fué mucho el sentimiento que mostró Gadifer y los demás por el pleito homenaje al de Castilla, no tanto por las partidas como por esto: los castellanos á todo callaban viendo á los franceses tan pocos, desnudos, flacos y enfermos, en todo muy al revés de lo que allá les informó Bethencourt: Decía Gadifer que él tenía hechos mayores gastos en la compañía que Bethencourt y que él venía en el pleito homenaje y que su derecho lo cedía á su Rey de la parte que le pertenecía, á lo menos tres Islas ó dos y una fuese la del Infierno y la Canaria. Dijo el castellano que luego importaba salir, y Gadifer dejó guarnecido á Rubicón y se embarcó con pocos franceses y sigue el viaje á la isla Ervania; llegaron cerca de noche, saltaron á tierra 21 castellanos armados, y por

lengua que traían del reino de Aragón á un canario llamado Pedro, y once franceses con Gadifer y por su intérprete á Alonso; toda la noche, aunque recelosos, discurriendo por varias partes nada vieron ni hallaron ni aun ruido de haber gente, y ya de día determinaron los franceses subir por una cuesta que de su alto se divisaba gran parte de la Isla; los castellanos lo rehusaron porque aquel sitio llano les era mejor para pelear, y ellos determinados con dos hallesteros y las dos lenguas subieron á lo alto y de allí se dividieron en dos escuadras á bajar la montaña y se habían de juntar en un quebrado ó barranco, y sin haber divisado gente alguna se volvieron á juntar al sitio, y siguiendo las antiguas corrientes de las lluvias por un paso muy angosto y resbaladizo de peñas vivas por espacio de tres tiros de piedra salieron a un valle muy hermoso de monte, olivos silvestres, de más de mil palmas altas, frondosas, cargadas de dátiles y hallaron agua fresca, donde sestearon comiendo con todo descanso y cuando el sol iba menos de su fuerza salieron á recreo y ya más tarde echaron por delante tres espías y por otra vía iban en busca de los castellanos. Los espías dieron con hombres y mujeres escondidos en el bosque; Pedro el canario entró en una cueva donde estaba una mujer que acababa de ahogar, porque no llorase, á un niño y de repente salió otra huyendo de adentro.

Gadifer por una parte con las dos espías se defendían de algunos naturales que defendían las mujeres; subieron, aunque con dificultad, los tres á lo alto, y de allí siendo el sol puesto oyeron ruido de pelea, y torciendo el camino anduvieron toda la noche perdidos, que con dificultad pudieron á la mañana hallar el acierto de su fuga al camino de la fragata. Los diez franceses que oyendo el mismo ruido de pelea de naturales con los castellanos, queriendo seguir al socorro fueron embarazados de cuadrillas de hombres y mujeres con niños que atravesaban el bosque y ellos separándose trabaron pelea muy reñida y al capitán Remon de Senedan socorrió Godofredo Dausonvilla y éste fue socorrido de Hanechia Barbosa, y con la noche se apartaron los naturales.

(Continuará)



El Museo Canario

Revista decenal

Órgano de la Sociedad del mismo nombre

establecida en Las Palmas

para el adelanto de las Ciencias, las Letras y las Artes

NÚMEROS 135 Y 136. - 134

Las Palmas 30 de Septiembre de 1901.

ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS

de la

ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

Teniendo que ir un verano á ver un enfermo al sur de la Isla y viéndome forzado á verificarlo á la mitad del día con un calor sofocante, al llegar al Ingenio ví en la entrada del pueblo que estaban regando una tierra para plantarla algunos días después, lo que en el país llaman *resfriar la tierra*. Había de pasar por ella para saludar á un conocido, y tanto mi caballo como yo experimentamos al aspirar la frescura del agua que pisaba, un bienestar general muy distinto de la irritación producida por el exceso del calor que habíamos sufrido al cruzar por las llanuras de Gando.

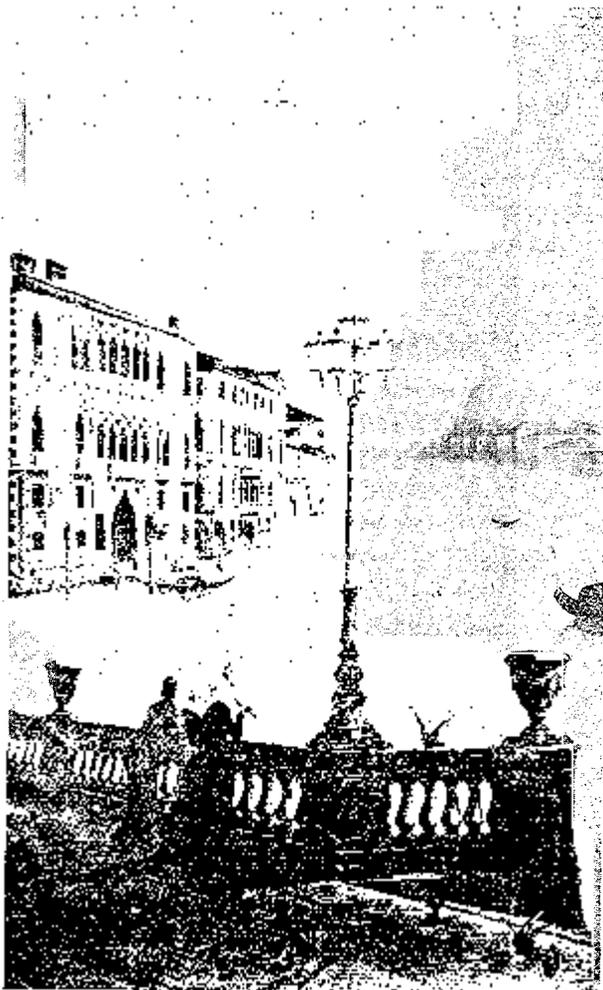
Terminaré manifestando que el Dr. González me comunicó un hecho observado en la ciudad de Las Palmas, que no sabía si atribuir al agua de la Fuente de los Morales de que se surte la población ó á otras causas que no le fué fácil apreciar. Durante diez y ocho años que desempeñó el cargo de médico de la casa Hospicio, observó que mientras las niñas allí recogidas bebieron del agua de la acequia del Heredamiento general, que nace en el centro de la Isla y llega á la población después de recorrer un trayecto de 35 ó 40 kilómetros por terrenos quebrados y al aire libre, no se presentaron en mucho número los afectos escrofulosos, á pesar de las malas condiciones higiénicas á que estaban sometidas relativamente á la casa y alimentación; pero desde que estas condiciones mejoraron en términos que poco dejaban que desear y las niñas bebían el agua de la fuente de los Morales, las afecciones escrofulosas fueron en mucho mayor número. El expresado doctor ignoraba si el agua sería la causa principal ó accesoria de ella ó si acaso será por efecto de sus cualidades químicas ó por no estar muy aireadas.

VII

AGUAS PLUVIALES

La extrema regularidad de las lluvias que se pre-

sentan siempre en épocas determinadas, fenómeno meteorológico que se verifica con toda uniformidad, hacen que el clima de la Gran Canaria sea tan especial que puedan producirse ciertas plantas y animales, como acontece con la cochinilla que sin aquella circunstancia sufriría considerablemente durante el período de su existencia. Sea que provenga la lluvia de la combustión eléctrica, sea originada por la condensación de vapor de agua, el hecho es que modifica la atmósfera quitando el exceso de vapor de agua



EL GRAN CANAL DE VENECIA

(Cuadro de Rafael Avellaneda)

que durante la estación calorosa había recibido, al mismo tiempo que sacude las moléculas de los distintos agentes que la constituyen, lavan los vegetales y animales, arrastran esos detritus de materias nocivas y modifican el clima, el estado del suelo y de los seres organizados que las reciben. La cantidad de lluvia varía según los países, según el estado de cultivo, su vegetación, su altura, pero desde luego se sabe que llueve más en las regiones elevadas de la tierra que no en las llanuras, por la atracción que las montañas tienen para las nubes y mucho más cuando esos puntos se hallan cubiertos de vegetación, influyendo sobre todo la dirección de los vientos.

Los meteorologistas han hecho dos grandes divisiones de las lluvias: las unas son regulares por presentarse en ciertas épocas determinadas, llamadas por esa razón climáticas y las otras irregulares.

Al caer las lluvias, he dicho, arrastran varias sustancias que se hallan disueltas en la atmósfera y hasta los gases. En las orillas del mar ó de los lagos salados, las aguas que caen contienen señales de cloruro sódico. En los puntos donde hay grandes consumos de hulla se presenta la ceniza en las gotas; en fin, ellas acarrear las materias que dominan en las regiones donde caen. Un día de gran calor, en el que al mismo tiempo la atmósfera se preparaba para la lluvia, tomé dos cubetas vacías y bien secas y coloqué una sobre una porción de hojas de tuneras que estaban en putrefacción y la otra en otro punto muy distante y al abrigo de ese pernicioso agente. Después de la lluvia las retiré, las puse en una habitación, las dejé un número de días, que no recuerdo, con el agua meteórica que habían recibido; al cabo de ellos el líquido de la cubete que estaba sobre el montón de hojas de tuneras había entrado en putrefacción y el olor característico me indicaba que contenía en disolución los principios nocivos de la descomposición del nopal, al paso que en la otra nada había que llamase la atención.

Fenómeno es este que debe tenerse muy en cuenta en ciertas localidades y que demuestra la absorción que de esas sustancias moféticas debe verificarse en el pulmón por la disolución que de ellas ha de existir en el vapor de agua que penetra en el organismo por la inspiración y en el estómago por la deglución.

La cantidad de agua meteórica que cae en Gran Canaria varía considerablemente en las alturas de la Isla donde hay más vegetación, siendo mayor donde las nubes que engendra el Océano vienen á pararse atraídas por la misma influencia de las montañas; no obstante, guardan cierto período que es digno de observarse. Veamos cómo pasa este importante fenómeno meteorológico. Al ocuparme del clima dije los límites que había determinado Mr. Berthelot y la frecuencia de las lluvias; sin embargo, como no está

bien determinada la época de éstas y con qué tiempo se presentan, diré que en Gran Canaria principian generalmente á fines de Octubre con abundancia en algunos años y en otros desde el principio del mismo mes se hallan ya las tierras empapadas de ellas. Cuando esto acontece en la mencionada época decimos que el invierno es temprano y los agricultores no tienen grandes esperanzas de buena cosecha, pues cuando entra el verdadero invierno escasean las lluvias por lo general y el año es bien poco productivo. Estas se presentan, por lo general, como en turbonadas parecidas á las que se ven en América, para despejarse pronto la atmósfera y quedar con el aspecto primaveral que tanto admira á los que no están acostumbrados á la perfecta regularidad de nuestro clima.

Los vientos con que generalmente llueve en Gran Canaria son con los del primero, tercero y cuarto cuadrante. Las lluvias que llevan los vientos del primero y cuarto caen con bastante fuerza, intensidad y frecuencia en las dos terceras partes de la isla contando en dirección de norte á sur aumentando desde la costa hasta el centro ó partes elevadas.

La otra tercera parte, que es la que está al sur, es fecundada por las aguas que traen los vientos del tercero y pocas veces del segundo cuadrante.

Para facilitar más estos estudios diré que dividiendo la Isla en dos secciones por una línea trazada desde la Punta del Descojonado hacia la de Gando, los vientos del segundo y tercer cuadrante, con muy raras excepciones fecundan esa parte sur y suelen traerlas hasta Las Palmas, pero pocas veces y con corta duración. Los meses en que más se producen los metéoros acuosos son los de Diciembre, Enero y Febrero. En Mayo son ya raros. Desgraciadamente no hay cuadros que señalen la cantidad de agua meteórica que cae en las diversas regiones de la Isla, pero en Las Palmas sí existen y tuvo la bondad de franqueármelos mi compañero el Dr. Don Manuel González que los había hecho. Además me manifestó que si los vientos son un poco fuertes la cantidad de agua que cae en la costa norte es mala ó insignificante siempre que la dirección del viento sea entre el N. N. O. y el E. N. E. siendo considerable la que cae en las medianías y cumbres: al contrario la cantidad de agua que cae en las costas es mucho mas considerable que en las regiones altas con los vientos de O. y N. O. y, como he manifestado, que en la parte opuesta de la cumbre no llueve sino con los vientos del segundo y tercer cuadrante y para determinar los lugares, digo que mientras Tafira, Santa Brígida, San Mateo, San Lorenzo, Teror, Valleseco, Artenara, Tejeda, Gáldar, Guía, Montaña de Doramas, Firgas, Moya, Agaete y sus Valles, Valle de los Nueve, Valsequillo, Tenteniguada y todas

esas regiones están beneficiadas por las lluvias del primero y cuarto cuadrante, las vertientes opuestas se ven privadas de ese líquido vivificador; tales son. Aguatona, Ingenio, Carrizal, Agüimes, Sardinias, Aldea Blanca, Juan-Grande, Maspalomas, Arguineguin, Arteara, Lugarejillo, Mogán y otros más. Hay pueblos y regiones intermediarias donde ni se ven los extremos de las lluvias del primero y cuarto cuadrante ni las sequías que se observan con los del segundo y tercero, tal sucede en la fecunda ciudad de Telde, cuyo fenómeno meteorológico es sumamente regularizado y se presenta siempre en épocas favorables, debida á su posición geográfica y situación que ocupa en la Isla. Son extremadas las aguas pluviales, como el calor y el frío, en Tirajana, hecho que se explica fácilmente, pues, empujadas las nubes por los vientos van á refugiarse en los elevados bordes de aquella vasta cuenca, resultando de aquí que las pequeñas gotas formadas en la altura á medida que van acercándose á la tierra se apoderan del vapor de agua que se halla en su tránsito; y por eso es que en aquella región más que en ningún otro punto de la Isla, se hallan estos fenómenos meteorológicos más señalados, como resulta con el frío, el calor, la luz, la lluvia, las nieves, el granizo, que suelen algunas veces causar considerables pérdidas; mas, como no se presentan sino por intermitencias, los seres orgánicos que la habitan, pertenecientes á todos los climas, participan, según sus condiciones especiales y método de vida, de esta meteorología especial.

VIII

M A R

Situada la Gran Canaria en la famosa región Atlántica, es evidente que el mar es uno de los elementos que contribuyen de una manera más eficaz á la perfecta regularidad del clima y á su salubridad. Todos los médicos que han practicado á bordo durante algunos años, y á la verdad los hay de primer orden, están de acuerdo en manifestar que la atmósfera oceánica es más saludable que la de los continentes y demas regiones. Atendiendo á estas justas observaciones, hijas de largas experiencias, y hallándose las Canarias dominadas por esa atmósfera, seguro que los resultados han de ser favorables. Sabidas son las ventajas del agua del mar, de sus producciones y del aire que junto á él se respira para la curación de ciertas enfermedades, y sus buenos resultados los hemos visto palpablemente en las escrófulas, cloroanemias y en todas aquellas dolencias que reconocen por causa un empobrecimiento de la economía. Solamente por hallarnos al nivel del mar y tener una atmósfera más condensada, hemos de poseer un aire más rico en oxígeno. Además el vapor del agua salada que continuamente nos rodea estimula la piel y da

vitalidad á los tejidos, distinguiéndose perfectamente en esto los pueblos cuyas situaciones se hallan cerca del mar de los del interior de la Isla y en los centros de los valles.

Estos inmensos depósitos de líquido que ocupan ellos solos las cuatro quintas partes del globo y cuyas profundidades, que pasa de diez mil metros en algunos puntos, presentan caracteres distintos y útiles. El agua del mar es límpida, verdosa cerca de las costas y de un color azul más ó menos intenso según la profundidad; su temperatura varía conforme á las latitudes, pero se sabe que es más elevada que la del agua común; es incolora é inodora y su sabor es salado y amargo, más densa que el agua dulce y aplicada á la superficie de la piel produce diversos fenómenos, según los procedimientos que se empleen; introducida en nuestra economía irrita más ó menos, conforme la cantidad que se beba y es causa de frecuentes evacuaciones intestinales. Su composición no deja de ser interesante por sus numerosas aplicaciones, sobre todo en un clima como el de Gran Canaria donde puede usarse indistintamente en cualquiera de las estaciones del año en atención á lo benigno de la temperatura y á la regularidad de los fenómenos meteorológicos. Según los análisis más recientes hechos en distintas partes del mundo, se sabe que su composición varía según las latitudes y las profundidades, pero todas ellas contienen cloruros de sodio, de magnesio y de calcio, yoduros y bromuros, sulfatos de magnesia, de cal y de sosa, carbonatos de cal y de magnesia, silicatos de alúmina, óxidos de hierro y materia orgánica animalizada.

Está habitada por animales con aparatos propios para el medio en que viven y de los que el hombre saca sus más preciosos productos. En las Islas es éste un poderosísimo auxiliar que se ofrece al consumo bajo las formas del pescado fresco y salado. La pesca del primero se verifica en las costas con caña, hilo, guelderá, chinchorro ó trasmallos: la segunda es objeto de una industria especial que ocupa muchos brazos, provee á las Islas de un alimento que todas las clases buscan con ansia y que aún los mas acomodados aprecian en alto grado. Esta pesca y salazón se ejecuta sobre las costas de Africa, por buques construidos en el país al efecto, y en puntos determinados según las épocas del año. La calidad de ambos es la más excelente y distinguiéndose entre ellos como los mejores los de la costa del Norte. Cualquiera que sea la forma bajo la que se presenta al consumidor, estos pescados del centro del Océano tienen un gusto superior, una pulpa más nutrida y de muy fácil digestión, como lo manifiestan todas las personas aficionadas á este alimento y que lo han comido en varias partes del mundo.

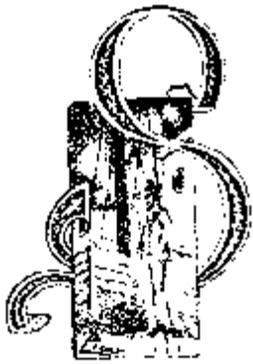
DR. CHIL Y NARANJO.

(Continuará)

Monsieur Charles

NOVELA
POR
LUIS YACUSTIN MILLARES

ILUSTRACIONES
DE
PICAR,



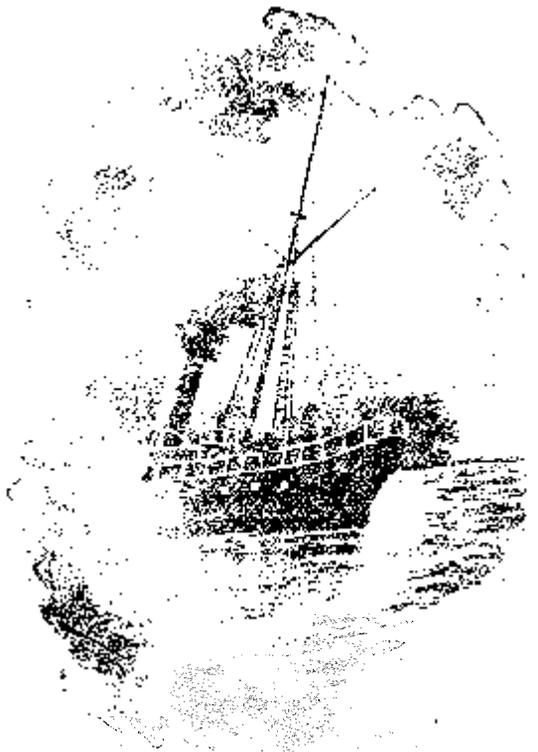
ÁBADO, 22. Al salir de su camarote, á las seis de la mañana, el viajero tuvo la impresión de un cambio brusco, realizado durante las horas de sueño.

La tarde anterior, el sol se había puesto en un cielo meridional, dejando tras de sí anchas placas de oro, cuyo fulgor se fué apagando poco á poco, hasta fundirse con el violeta pálido del resto de la bóveda. El mar respiraba lentamente, alzando y deprimiendo el seno azulado y profundo, rayado hasta el horizonte por la estela argentina del buque. Y ahora, al despuntar de la mañana nueva, aparecía una región distinta, un paisaje sombrío y siniestro, dominado por una cúpula de nubarrones,

negros y pesados como los sillares de una prisión. El viento, desapacible y agrio, desgrenaba en el espacio el humo espeso de la chimenea y escarbaba en el agua plomiza, levantando fugitivos hervores de espuma. El espacio circular en que el buque se movía, era como una estancia cerrada y oscura, con un extraño boquete en la pared del Naciente, suerte de ventanillo triste y angosto, de donde fluía una claridad lívida y soñolienta. Y aumentaba la angustiosa sensación de la subida hacia el Norte, del ingreso en regiones ásperas y hostiles, á distancias enormes de la tierra canaria, del suave país de las palmeras y de la rubia lumbr del sol.

Cruje la cubierta bajo la presión de pesadísimas botas de agua y el gigantesco escocés que manda el *Strong City* pasa, envuelto en reluciente impermeable, con media vara de bigotes negros en su cara sonrosada y fresca, saludando á Tomasito con aquel extraño é incomprensible gruñido, aquel *Mónin* gatural, cuyo eco había de persistir por largo tiempo en el oído del canario.

Poco después subieron á la toldilla algunos pasajeros. Asida al brazo del muchachote rollizo, que resultó ser el médico de á bordo, presentóse ella, la *miss* de los cabellos pálidos y ojos azules que parecían negros, luciendo un elegantísimo abrigo de pieles. Y Tomasito, sentado en la extremidad de un banco oscilante y húmedo, seguía con la vista el andar armonioso de la joven, pensando en el misterio, que nunca penetraría, de aquella existencia de mujer. Venía del Sur, de la lejana colonia del Cabo. A veces le parecía



una mujer formal, hija ó esposa de funcionario ó banquero. Teníala después por artista famosa, actriz, pianista ó cantante. Y luego la convertía en *irregular* y adversaria de los principios, mujer fuerte, emancipada de la eterna servidumbre femenina. Y ¿cómo se llamaría? Del corto número de nombres ingleses que había



llegado á su noticia, eligió, sin saber por qué, el de Alice, que le pareció brillante y gracioso. ¡Cuántas veces habria de verla, vagamente delineada en el lienzo tembloroso de su fantasía, en las horas de sueño ó de vigilia contemplativa y solitaria! Y ella ignoraría siempre que aquel hombre desconocido, insignificante y feo, guardaría hasta la hora de la muerte, en un hueco de su alma, el contorno de su cuerpo, el delicado trazo de su perfil, el destello de su mirada, algo de su espíritu y de su cuerpo.

La caída de la tarde fué desconsoladora y triste. Persistía el negro murallón de las nubes, abrumador como el techo de una cárcel. Puesto ya el sol, apareció en el ocaso, entre el paredón sombrío y la línea temblorosa de las aguas, una faja de cielo dorada y transparente, que producía la ilusión de un paisaje indefinido, saturado de polvo de oro, de una región de en-

sueño, panorama de un mundo ideal, más hermoso que el nuestro.

Aquella noche durmió profundamente Tomasito, con la manta hasta los ojos.

DOMINGO 23. Otra vez en la toldilla, al despuntar el día, indeciso y gris. Otra vez el extraño saludo ¡*Mónin!* Y continúa la rápida ascensión hacia el norte, el esfuerzo quejumbroso del buque, la sacudida brutal del viento, el balanceo monótono de los mástiles enormes en el firmamento desolado y negro.

A las diez y media, repique de campanas. Los pasajeros, correctos como de costumbre, y los tripulantes, vestidos de paño azul, bajan al comedor de primera. Y desde arriba, á través de los cristales, Tomasito los ve á todos, alineados alrededor de las mesas, absortos en la lectura de sendas Biblias, forradas de negro. De improviso, surge de las entrañas del barco un himno monótono y grave, notas guturales y roncas de varón entre las cuales brilla á intervalos el cristal de las voces femeninas. Y en un extremo del salón se levanta, adusto y ceñudo como un ataúd, el *clergyman* de la cabeza de perilla y les endilga un sermón que dura cerca de una hora. Después otro cántico, de corte animado y vivaracho, una suerte de villancico. Era Domingo, el día del Señor. A bordo todos rezaban, menos Tomasito, único representante del país clásico de la fe.

..... Varios buques á la vista, negros plumachos de vapor que flotan lánguidamente muy lejos, á lo largo del horizonte y por la tarde la tierra, un promontorio ceniciento y recortado al Este, coronado por una torrecilla blanca y chata en la que, al caer la sombra, palpita la luz diamantina de un faro. Con la esperanza de la próxima llegada, quedóse Tomasito dormido en el nicho oscilante y estrecho.

.... Pasada la media noche, una sensación extraña le sacó de las tinieblas del sueño. La trepidación enorme del buque, el esfuerzo gigante y fatigoso que domaba sin cesar un instante desde la partida, disminuía poco á poco, amenazando con la inercia definitiva y total. El corazón del barco latía cada vez más débilmente, á intervalos cada vez más largos, como el de un hombre en los últimos instantes de la agonía y oíase el gorgoteo profundo de las aguas, cuyas



extensas ondulaciones pasaban con felina rapidez por debajo de la quilla y se perdían á lo lejos. Y de improviso, un alarido estridente, bronco, formidable como el lamento de una fiera moribunda, rasgó violentamente las tinieblas. Era la voz de la sirena, el rugido lamentable y siniestro con que la nave anuncia su presencia, su marcha fantástica en la sombra, su avance cauteloso por el agua negra y fría, á través de las maravillas de la niebla, paisajes de ensueño, alumbrados por el lívido destello de un astro moribundo. Y así, incansable y monótona aullaba desesperadamente la sirena y otras aquí y allí le respondían, próximas ó lejanas, revelando la presencia de monstruos humeantes y anhelosos, perdidos en la bruma helada de la noche.

La idea de la próxima llegada produjo en Tomasito una impresión extraña, de esperanza y temor. Iba á contemplar á Londres, la ciudad monstruosa, que estaría allí, frente á la proa del buque, llenanda el horizonte con su mole inmensa, estrellando la sombra con sus millones de luces, alargando en la superficie de las aguas sus muelles interminables como dedos enormes, adornados con sortijas de brillantes.

Vistióse temblando y al salir al frío y á la obscuridad de la toldilla, dispóse bruscamente la imagen. Bruma, tinieblas y humedad. Hervor del agua y silbido de la brisa. Algunas luces á proa, empañadas por la niebla, rodeadas de un halo rojizo. Y á cada instante, del seno profundo de la noche se alzaba el llanto desesperado de las sirenas.

..... LUNES 24. Otro cambio de paisaje. El cielo blanco-lechoso, como una inmensa sábana tendida de uno á otro extremo del horizonte. El mar inmóvil, verde claro y terso, acariciado á intervalos por ligerísimas ondulaciones que producían la ilusión de una piel de reptil estremecida por el frío contacto de la brisa. ¿Quién acierta á contar los buques? Los de vapor negros, rechonchos, manchaban brutalmente el aire sutil y ligero con el humo revuelto que fluía de sus entrañas: los de vela altos, esbeltos, vaporosos como fantasmas, rozaban ligeramente el cristal verdoso de las aguas.

Antes de las diez, la tierra se perfila en el horizonte occidental. Es la tierra inglesa, un cantil de la Gran Bretaña, blanquecino como un muro rayado por largas estrías grises. Más lejos, el acantilado se eleva y aparece el llano que se dilata hasta fundirse con la lejanía luminosa del horizonte. Y á pesar de la inmensa distancia, nótase en el paisaje blanco la presencia de algo que se mueve y corre, de un tren en marcha, diminuto insecto negro que cruza la planicie, trazando en el espacio ligerísima pincelada de humo.

A las dos de la tarde, después del lunch, la tierra estaba allí, á uno y otro lado del buque, tierra baja, amarillosa, delante de cuya perspectiva subían y bajaban sin cesar los ligeros telones de la niebla. Había terminado el Atlántico. Atrás quedaban los desiertos infinitos, la expansión soberana de las aguas, dueñas del espacio, desdeñosas de los continentes lejanos, el aire puro, deleitoso y sano como el aliento de una virgen. La libre inmensidad se había trocado en una suerte de corredor líquido, cruzado en dirección ascen-



dente ó descendente por centenares de buques, trasatlánticos monstruosos que acudían, jadeantes y sudorosos, de todos los lugares del globo, remolca lores diminutos como insectos, humildes lanchas de vela latina teñida de rojo. Y entre los girones de la niebla aparecía á intervalos una casa de campo, un *cottage* de viñeta, rodeado de árboles de un verde vigoroso y húmedo ó prados correctos y bien peinados, en los que pastaban unas vaquitas rojas y charoladas como las de las cajas de juguete. Y continuando el viaje, la subida insensible y rápida por el agua blanquecina y tersa, el paisaje empezó á fruncir el ceño poco á poco, tornándose adusto, sombrío, hostil. Enormes construcciones chatas, ahumadas, tristes como cementerios, limitaban á uno y otro lado la corriente del río, manchándola con su sombra, y chimeneas altas como obeliscos, empezaron á esparcir en el aire húmedo su cabellera lenta y parda, el alma sutil del carbón de piedra que allá abajo animaba los miembros gigantes de la maquinaria. Enormes lienzos de pared, oscurecidos por la humedad y el polvo de car-

bón, mostraban sendos letreros negros desenvolviendo sin cesar ante los ojos de miles de viajeros las páginas de un monstruoso libro de piedra.

..... Todos los pasajeros, dispuestos para el desembarque, se hallaban reunidos en la toldilla. La señora de la careta roja, con su compañero hosco, rubio y peludo como el rey de las selvas. El *clergyman* con su cabecita amarilla, redonda y brillante como la perilla de un catre, la vieja gorda, sebosa y blanduzca, con su mosquitero blanco á la cabeza, y *ella*, la imperial *miss* de los ojos diamantinos, coronada por un elegantísimo sombrero, que tomaba en su cabeza contornos de diadema, siempre apoyada en el brazo del cargante doctorcillo. Amistad incomprensible, simpatía inverosímil...

El río parecía interminable. Continuaba el desfile de los almacenes colosales, de los muelles rodeados de millares de embarcaciones alargando sobre el agua dormida y negra la silueta patibularia de las grúas; aumentaba el número de las chimeneas, una verdadera selva

de torres altísimas y angostas que manchaban la lividez del cielo con incesantes torbellinos de humo y hollín y á cada instante la vista se perdía en líquidos callejones, también erizados de mástiles y de chimeneas que desembocaban á derecha y á izquierda en sentido perpendicular al río. La caída de la tarde era lenta, siniestra, de esperante. El frío, la niebla, la lluvia menuda y lagrimeante, el cielo lívido, abrumador como la losa de un sepulcro, la sensación de algo monstruoso que se acercaba, oculto aún en el misterio del horizonte, determinaban en el viajero un acceso de tristeza honda y negra, el sentimiento de soledad y desamparo que en la lobreguez de la noche hace llorar al niño abandonado.

Al fin, en la creciente sombra detávoe el *Strong City*. Acabó la palpitación enorme de la máquina, el esfuerzo gigante y fatigoso que comenzara allá abajo, muy lejos, en las aguas tibias y azuladas del Puerto de la Luz en la hora calida y luminosa del medio día.

Varias personas subieron á bordo: los empleados de la aduana, los amigos y parientes de los viajeros. Un señor manco, de levita y chistera, besó ruidosamente á la careta roja y estrechó la zarpa del león rubio. Una vieja flaca, que caminaba dando zancajos, como un hombre, abrazó al *clergyman*, cogiéndole con ambas manos la cabeza de perilla. Y á pesar de su azoramiento y desconcierto, Tomás observó que nadie había venido á recibir á la imperial Alice. ¿Quién sería ella? ¿Aristócrata ó cortesana? De improviso, desapareció para siempre, como fundida en la niebla del crepúsculo.

Acercábase la noche y la incertidumbre de Tomás se trocaba en agonía. Había mostrado la tarjeta de un hotel recomendado por D. Ramón, á un hombre barbudo y cojo, que le pareció ser un *palanquin* de Londres y aquel sujeto le contestó con una frase brusca y gutural. Resignábase ya á permanecer á bordo hasta el siguiente día, cuando de pronto una voz ronca y tímida pronunció á sus espaldas:

—¿Don Tomás Sousa?

Volvióse rápidamente y se encontró cara á cara con un muchacho descarnado, feo, lampiño, de larga

nariz amoratada, cubierto por un hongo demasiado grande que le llegaba hasta las cejas. Era un dependiente de los Sres. Sharp, Rawdon y Compañía, corresponsales de D. Ramón en la capital del Reino Unido. Por cierto que nunca pudo explicarse la razón del cariñoso abrazo que recibió de aquel señor de Las Palmas (Grand Canary).



EL CACIQUISMO LITERARIO

Ya no es sólo la política la que da mal olor, también en las letras *huele* á podrido. El vicio se propaga, la inmoralidad cunde y se desarrolla que es un contento en todos los órdenes y en todas las esferas.

Maleadas las costumbres y prostituídas las leyes que forman y constituyen la máquina, complicada y artificiosa, de la vida nacional, la literatura, que al fin y á la postre refleja la fisonomía de un pueblo y condensa y sintetiza el carácter de una raza y los gustos de una época, tenía por fuerza que contaminarse y sufrir el mal general, cuyas fatales consecuencias en todas partes se dejan sentir.

En España pueden muy bien darse la mano la *re-pública* de las letras y la monarquía constitucional de nuestras culpas y pecados. Es cierto que en los tiempos que corren, el pensamiento es libre y la voluntad también; pero yo creo á conciencia, con franca sinceridad, que ni el *uno* ni la *otra* gozan de una libertad amplia, expansiva, omnímoda, sin trabas ni restricciones, como deseamos todos los que nos sen-

timos estimulados por la sublime utopía de reformar en sentido progresivo la actual sociedad egoísta, calculadora y ruin, sentando las bases de la futura humanidad sobre los sólidos cimientos del Derecho, la Razón y la Justicia. Al mismo tiempo que queremos romper moldes viejos y gastados, á nombre de la sana innovación que se impone alentada por el espíritu moderno, estamos obligados á destruir, de grado ó por fuerza, todas las farsas y todos los convencionalismos y todas las mentiras de que hemos venido viviendo casi sin darnos cuenta.

Los vicios alimentados en el cotarro político han invadido el campo de la literatura, vigorizándose y robusteciéndose, hasta el punto de que ya en materia política como en materia literaria impera un régimen altamente perjudicial y dañoso para la salud del espíritu...

Por recomendaciones y por influencias ascienden individuos que para nada sirven y llegan á ocupar altos y elevados puestos. En las elecciones populares

la voluntad del pueblo es lo de menos y casi y sin casi no es tenida en cuenta. Se vulneran las leyes, se atropellan los derechos del ciudadano, se ejercen brutales coacciones y se desatienden por completo y en absoluto sagradas y legítimas aspiraciones sólo para ahogar la voz de los de abajo con el único fin y el exclusivo objeto de que prevalezca y triunfe, ante todo y por encima de todo, las injustas pretensiones, las vanas puerilidades y los torpes caprichos de los de arriba, de los poderosos, de los encumbrados á quienes las muchedumbres, siempre pacientes y sufridas, admiran ó respetan con estúpido acatamiento.

Y todas estas miserias dolorosas que actualmente están á la orden del día entre los políticos que forman los mezquinos bandos que, con siniestro descaro, bullen alrededor de las tristes ruinas de España, disputándose el poder, existen también en las corporaciones científicas y en las academias de artes y letras. Tanto en aquellas corporaciones como en estas academias, tienen asiento sujetos que en justicia nada son ni nada significan para las ciencias, para las artes ó para las letras.

Lo natural, lo corriente en las consabidas corporaciones y academias, es que se le abran las puertas, sin previo examen, á cualquier recomendado aunque para ello tenga que postergarse á hombres estudiosos, de cerebro bien cultivado y aptitudes reconocidas y probadas, cosa que por desgracia ocurre con harta frecuencia. También en esos centros, donde solo debe reinar la más grave y augusta justicia, se cometen atropellos y vejaciones humillantes, indignas de la época en que vivimos.

Todas las conquistas democráticas implantadas en España, han sido manchadas y prostituídas por nuestros gobernantes con el tácito consentimiento del pueblo, eterno indiferente y eterna víctima. Lo mismo el jurado que el sufragio universal nos están resultando en la realidad práctica de nuestra vida social y política, una farsa procaz é insolente.

En los centros científicos y literarios ocurre que, por ejemplo, *dos votos de dos imbéciles* valen y pesan más que la opinión razonada, lógica, ecéctica y concienzuda de un hombre ilustre que se haya pasado la vida investigando en los libros y observando en la realidad, honda y palpitante, de las cosas y los seres humanos. Esto, como se ve claramente, es efecto natural de que en nuestra tierra se aprecia y estima más la cantidad que la calidad. Parece que todo va al peso

Encuéntranse en España verdaderas eminencias que al honrarse á sí mismos honran y enaltecen y son gloria inmortal de la Patria, que no pertenecen á ninguna de las llamadas *doctas corporaciones*. Y en cambio los inútiles, cuyo número es infinito, las calamidades distinguidas y las medianías audaces, que también abundan demasiado, en todas partes bullen y hallan personas que las consideren y tengan en alta estima sus necesidades, sandeces y despropósitos.

El compadrazgo de unos cuantos privilegiados que hace y deshace reputaciones y que impone su voluntad y sus gustos, importa mucho destruirlo, hay que aniquilarlo. Porque, vamos á ver: los bien ó llamados maestros que aprueban ó desaprueban benévolo con unos escritores é inflexibles con otros, muchas veces inspirando sus juicios en el afecto y la amistad ó en la antipatía y el odio, ¿qué son? ¡CACIQUES!

Los críticos que á su antojo destruyen reputaciones falsas unas y legítimas otras, ¿qué son? ¡CACIQUES!

Los que se creen con derecho para extender y expedir á su capricho, con ridícula autoridad, *patentes de ingenio* y dicen sacramentalmente y en tono dogmático: esto es bueno, lo otro es malo; Fulano es un genio, Zutano un imbécil y casi siempre se equivocan en sus apreciaciones ¿qué son? ¡CACIQUES!

Los que abren las puertas de las Academias á individuos unas veces con méritos y otras veces sin méritos que justifiquen su ingreso en el seno de ilustres corporaciones, ¿qué son? ¡CACIQUES!

Hay en la literatura española contemporánea, por cierto muy digna de estudio, una oligarquía formada por escritores con razón ó sin ella mimados del público, que es preciso destruir á toda costa en nombre de la sagrada libertad del Arte.

Los literatos consagrados por el fallo de la crítica y el aplauso de la opinión (señora que en todo se mete sin entender de nada, por supuesto) suelen ser, claro que hay excepciones y muy honrosas, cuando no grandes tiranos, ridículos tiranuelos, señores que gastan mucha prosopopeya pero que se alquilan fácilmente al que mejor pague el elogio...

Y es necesario abrir mucho los ojos, pues no todos los que pasan por genios lo son realmente ni con mucho. La mayoría de los que van disfrazados de hombres de capacidad y talento, son, no hay que olvidar esto, unos insignes cretinos que tienen la gran habilidad de saber engañar á las gentes...

JORDÉ.





PAISAJE DE SOL

El que está solo en el mundo
cuatro puertas tiene abiertas:
el cementerio, la cárcel,
el hospital y la iglesia.

—¿No oye usted, señor padre, lo que canta aquel chiquillo que va descalzo y too rompío por el barranco abajo?

—¡El baladrón más escahao de allá enfrente, el hijo de maestro Vi-

cente Santana, que Dios perdone, el balurto que dos veces arreo me ha robao las piñas del cercadillo después de haberlo yo corrió con un deshonor cuando vino una ocasión á buscarte... ¡Ese perro! ¡déjalo! no le hagas caso, Pinillo, porque te meto una tollina que te deja más revejío de lo que crees. ¡Si me trae ya más relajao ese roncote!... ¡Le tengo una tirría...!

—Señor padre, ajoto que Antoñuelo no tié quien dé la cara por él, toos lo majan. ¡Naide tié compasión del probe; toos le ponen nombres, le hacen regañizas, lo atorean y fajan á darle caldas porque no tié padre ni madre... Y, miusté; ni de relance le tiran un puño de gofío... Vive, no sé como vive... ¡robando!... tié usted razón, señor padre, robando; pero Antoñuelo roba porque está espereció, porque tié hambre!

¿Ha oío usted nonde se quea de noche? ¿No sabe? Pues se quea al chirote, cayéndole el relente al pie de los pilares, ó al soco de la gañanía de cho Fras-corro. ¡Al frío y al agua, con mucha hambre y mucha soleá dentro del pecho! Y yo... cuando yo estoy cenando y oigo cantar á Antoñuelo, se me pone un nudo en el pescuezo que parece que me ajoga, y me entra un cerote, y una quemoncés en los ojos... que no pueo comer, señor padre!...

Ya ve usted: nos criamos juntos allá enfrente...

* *

Abajo un manchón verdoso de finísima yerba. Muchos *pajicos* en flor, grato olor de lirios y violetas,

amapolas entreabriendo sus hojas de seda y formando tapices rojos tendidos por las orillas del barranco. Tibios perfumes de trébol y legumbres florecidas. Arboles que al empuje de vigorosa savia primaveral se cubren de botones tiernos que al brotar de las desnudas ramas van abriendo las lozanas hojas que preceden al fruto... Olas de luz que bajan de lo alto, del cielo luminoso cuyo azul parece recamado por las violadas crestas de las montañas. Naturaleza que acariciada por las primeras brisas de primavera germina flores y armonías más bellas; que hace cantar á los pájaros en innúmeras tropas que invaden los macizos de árgomas y zarza-moras y tejen sus nidos en las cimeras de las palmas y entre las ramas de los higuerales más frondosos; que abrillantan la luz que siembra el sol; que llena de aromas la brisa que la mar empuja sobre los terrones, llena de las emanaciones acres que respiran las algas y las aguas iodadas.

Olor de trébol, y azahares que abren estremecidos sus hojas al beso de la primavera. Luz de sol que emborracha, polvo de oro que se cierne en el aire cubriendo los platanales de brillantes destellos y queda al agua adormecida en los charcales cercados de junqueras, irisaciones fulgurantes. Tintas y colores inacabables, luces y sombras que se descomponen desparramándose por el llano incendiado y la cañada umbría que repite el eco de las sonoras risotadas de una fuente... Claro y oscuro que forman el contraste armonioso de mágica decoración deslumbradora... Cuadro inimitable de tonos y colores, derroche de perfumes y armonías...; soberbia obra de la espléndida naturaleza que escucha silenciosa en la quietud del día, la vibración del canto melancólico del boyero, rítmico, soñoliento, vago...; ese canto del terruño, monótono y tardo como la fatigosa andadura de la yunta que al compás de aquellas notas sostenidas,

interminables... va arrastrando el arado que desgarró el seno de la tierra fecunda.

* * *

Pinillo estuvo un momento como deslumbrado ante tanta luz de sol que adormecía... él mismo se admiraba del brillo que despedía aquél paisaje del que quizá jamás se había dado cuenta de que existiera y fuera tan bello.

Bruscamente, sin oír el triste relato del chiquillo, con un *caparacho* en la boca y entre las manos un enorme cuchillo de cabo de cuerno con el que picaba el negro torcido de virginio, se alejó el padre, atravesando por medio de las legumbres, para cambiar las estacas de las reses que tranquilamente pastaban en la orilla. Pinillo entonces, mirando al viejo que se alejaba por el *manchón* verdoso, como el que está resuelto á realizar de súbito una idea, se dijo con precipitación, tronchando maquinalmente los tallos tiernos de las habas:

—¿Y esta noche cenó yo... y él nó? ¡Mentiras, córchale! Esta noche á la prima, tiro un salto allá y lo busco. Yo se nonde duerme... debajo el puente ó

al soco de la gañanía de cho Frascorro... ¡El pobre! ¡Vaya un truján tan elementao que va cantando!... ¿Quién se lo habrá enseñao? Me hace llorar; ¡córchale!... ¡Por la Virgen que lo llamo!

De pronto, como impulsado por un arranque, corrió hasta la pared del huerto que miraba al barranco, y ahuecando las manos junto á la boca gritó con fuerza:

—¡Antoñueloooo...!

—¡Juan del Pinoo...!—llamó el padre desde lejos.— ¡Pinilloooo...!

—¡Señor padree..!

—¿A quién llamas jái? ¿Qué haces?

—Yo, ¡naíta!, señor padre. Estaba corriendo á una ensalla de pájaros chirreros que...»

El corto diálogo fué rápido. El eco de las voces fué á perderse en la lejanía silenciosa...

Al volver Pinillo á mirar al barranco no vió nada. Antoñuelo no había oído. Seguía saltando sobre las piedras caldeadas y se perdía por detrás de los ojos del puente siempre cantando con su vocecilla *fañosa*...

el cementerio, la cárcel,
el hospital y la iglesia.

J. BATLLORI Y LORENZO.



El drama de un intelectual

(La escena se inicia en la calle; termina en un café.)

EL.—Ya el otro se aleja. Se queda sola... Pero ¿por qué, por qué no lo he matado? ¿Cómo no siento el vértigo del odio contra él? ¿Seré cobarde? ¡Ah! qué débil, que tímida natural-za la mía! Cuando se nace malo, no se vacila por nada ni ante nada... Yo vacilo, he vacilado; debo ser bueno... ¡Ah Dios mío, no quisiera serlo ahora, nunca más!

(Pausa)

Temo acercarme á ELLA; el perfume de sus ropas y el calor de su aliento, me trastornarán. Y si me sonrío y acaricia, ¿tendré valor para hundirle el puñal entre los dos senos, sus senos de virgen venenosa? Pero debo vencerme á mí mismo, debo matar en mí esta debilidad, esta gran conmiseración al sexo. Si no me acerco ahora, si no la mato, la sugestión aumentará cada día y hará de mí cuanto quiera. El filtro que me ha dado labra mi naturaleza para ELLA exclusivamente, transforma mi *yo*, la encarna en mí á ELLA, la derrema en mí como una sombra creciente... Debo acercarme... Debo sobreponerme á la sugestión de ELLA y terminar pronto... Voy.

(Se acerca)

ELLA.—¡Tú!...

(Parados en mitad de la calle, revelando ELLA una gran estupefacción, y tembloroso EL, miranse ambos un breve rato en silencio. Luego, la toma EL de un brazo, pálido, haciendo esfuerzos psicológicos por rechazar la sugestión del perfume femenino.)

EL.—Óyeme... Ven... No entres á tu casa; proporcióname el placer de estar á solas contigo algunos minutos. Podrás hacerlo, ¿verdad? No es una gran exigencia. Además, si me quieres tan intensamente como me decías en tu carta última, tu amor ha de aconsejarte que accedas. Ven, anda...

(ELLA se deja conducir, repuesta de la primera sorpresa, sin sospechar que EL la ha visto del brazo con un hombre.)

ELLA.—¿Y á dónde me llevas?

EL.—Entraremos á un *restaurant*. ¡Tenga tantas cosas que decirte!...

(Penetran en un café.)

EL.—Sentémonos aquí, en este ángulo apartado. Me bulle dentro una gran tristeza.

ELLA.—No me detengas mucho tiempo; me espera mi madre.

(Pausa dolorosa. EL la mira extrañamente, y en sus pupilas parece que se acumulan sombras entremezcladas de nostalgia, de decepción y de encono.)

EL.—¡Y tú que me escribías diciéndome que eras capaz de sacrificarlo todo por mí!...

ELLA.—Sí... pero... ¡cómo ha de ser!... mamá no quiere que esté fuera de casa sino las horas imprescindibles de taller.

(Otra pausa más dolorosa, más sombría que la anterior. De pronto, EL la mira fija y febrilmente, con las pupilas nadando en un brillo de arrebató.)

EL.—¿Y por qué, dime, no tenías prisa cuando ibas cogida al brazo de aquél? ¿Quién es? El que te impedía, ¿verdad?, cumplir el mandato *imprescindible* de tu madre? .

(ELLA se queda en suspenso, EL parece reconcentrarse en su vida interior.)

ELLA.—Déjame marchar.

EL.—No girtes?... ¡jamás! ¿Por qué ha de ser más preferido ese advenedizo postor á la subasta de tu alma? Yo he licitado primero. Entendámonos primeramente, pues.

(ELLA, adoptando un gesto de resolución y des-coco, le mira desenfadadamente.)

ELLA.—¿Y para qué? Has debido pensar—y ya no te lo oculto—que *todo* ha terminado entre nosotros.

EL.—Escúchame. Seré tan explícito como tú.

Cuando te ví con aquel hombre, á quien compadezco, me acometió un acceso de llanto. No te extrañe tal debilidad. Las primeras lágrimas brotan siempre con el primer dolor. Hasta el primer desengaño que se sufre, el hombre tiene la extrema sensibilidad de los niños; después, los sucesivos le endurecen, hacen de su alma un abismo donde no hay sino espectros que beben hiel mezclada con sangre.

Pues bien, has abierto de un zarpazo brutal el corazón mío, por cuyos desgarrones, en vez de sangre, han brotado esas lágrimas de mi primer desengaño. Gotea la esencia de un dolor que ninguna lengua humana es bastante á condensarle en toda la intensidad que emana... Pero, óyeme, óyeme lo más triste.

Sí no te hubiese visto del brazo con aquel hombre, si por mis ojos no hubiese penetrado la visión estupefanda de un desengaño que ha convertido en fluído amargo toda mi vida interior, seguro estoy de que nadie hubiera logrado entenebrecer tu visión en el alma mía, con meras palabras encaminadas á convencerme de tu infidelidad... ¡Tanto amor ha habido en mi alma! Pero no ha sucedido así. Te he visto yo mismo, del brazo de otro; no era yo quien bebía el misterio de tu amor; te has dado á otro. ¿Por qué?

Siento que un cuervo me roe, y eres tú, y no puedo odiar á ese cuervo. Aún más, le quiero profundamente, locamente. En tanto bata sus alas, no podré sustraerme á él. Y aunque se aleje de mí, estará en mí su visión, desgarrándome, comiéndome la vida. Y yo sufriré, dejaré mi sér en plena posesión suya; no podré evadirme. Para dejar de sufrir, para transformar este mi dolor por otro, tendría que aniquilarte, tendría que echar sobre tus ojos infernales el

velo de la muerte. Muerta tú, yo no sería yo, sería otro. Tal como soy, sufriendo con el dolor que sufro, eres tú que estás en mí predominando, manteniendo una naturaleza que no es la mía.

(Pausa)

ELLA.—Bueno, separémonos, olvídame, como yo te olvido á tí.

(Otra pausa, muda, terrible.)

EL.—¿Separarnos? No. Separarnos así, equivaldría al crecimiento del mal, á la no transformación de mi dolor; á la subsistencia de tu sér maldito y amado en mi sér esclavo y enfermo. Si te dejo marchar, volveré á verte en brazos de aquel hombre, uniendo tu contacto al suyo, tu contacto de vírgen venenosa, y yo no quiero. Viviendo tú vivirá mi agonía. Indefectiblemente renacería en mí á cada momento la terrible visión. Yo te dejaría marchar si hubiese posibilidad de borrar en mí la visión tuya en brazos de otro hombre; pero esto no puede ser.

Necesito matarte. Y mira, no te mataré por odio, ni por despecho, ni á impulsos de una loca ceguedad. Te mataré sin alegría furiosa, como si matare algo que vive en mí, pero que debe morir.

(Silencio repentino y pavoroso. ELLA parece que intenta levantarse y salir.)

ELLA.—Te has vuelto loco, sin duda. Voyme.

EL.—No quieres oirme. Voy á terminar. Necesito que no te vayas. Ya ves, te retengo de un brazo. Si gritas, peor para tí. Diremos un escándalo. Oye:

Mi amor puro, contrastando con las imágenes reales de tu impureza en plena vida, será como un mendigo que no encuentra amparo contra el cierzo y el granizo. Pero muriendo tú, morirá contigo el *yo* mío que ha percibido esas imágenes, y no percibiéndolas más, renacerá tranquilo mi otro *yo*, el *yo* de mis amores puros cuya esencia nada corromperá después de tu muerte. Es decir, que quiero, que no puedo dejar de amarte y que para ello es preciso que mueras tú. Tengo razón ¿verdad?

(ELLA le mira entre absorta y temerosa. Hace ademán de desasirse bruscamente.—EL, incorporándose como un iluminado, saca del interior de un bolsillo un puñal pequeño, fino y cincelado.)

ELLA.—¿Que haces? ¡No! ¡No! ¡Socorro!

(Todos los que están en el café se levantan asustados. Antes que se acerque el público, EL levanta el brazo.)

EL.—Quiero seguir amándote. Muerta tú, no serás de nadie sino mía, mía exclusivamente.

(La hunde el puñal entre los dos senos. La besa luego en la frente y se entrega tranquilo á los agentes de orden público que le rodean.)

ALGUNOS.—Ese debe estar loco. ¡Qué lástima de hembra!

GUILLÓN BARRÚS.



HISTORIA DE LAS SIETE ISLAS DE CANARIA

COMPUESTA POR D. TOMÁS MARÍN DE CUBAS

(Continuación)

Los castellanos que esperaron al pie de la sierra fueron acometidos de una cuadrilla de naturales, casi 60, muy altos y membrudos; tiraban piedra tan fuerte y recia como disparada con trabuco; pelearon por más de tres horas viniendo unos y volviendo otros; estrecháronse con fuertes palos y varas de punta del palo muy recias y tostadas. Los castellanos con las ballestas mataron muchos y á espada y rodela, hasta ya de noche que se huyeron á los montes, y no se pudo seguir la victoria por no saber la tierra y faltarles práctico, porque no pudieron escapar de muertos ó cautivos; cautivaron cuatro mujeres y recogieron hasta el día, que fueron pareciendo los franceses. Llegó Gadifert muy quejoso y sentido contra los castellanos; porque lo dejaron ir sólo, y se quedaron á media cuesta como retándolos de falta de valor, que se hubieran de perder unos y otros si el capitán de la nao no interpusiese estar de por medio las órdenes que traía. Decían los franceses que ellos fueron a descubrir el valle de las Palmas; los otros que ellos venían á pelear y á conquista, y no á buscar sitios y recreos para morar y habitar, y de en adelante, los otros meses que estuvo en Islas el navío, no se llevaron bien.

Embarcados, les dijo el castellano cómo importaba seguir á la de Canaria, y navegando al poniente al día siguiente de tarde surgieron en un puerto grande entre dos poblaciones que se divisaban del mar, llamadas Telde y Argones; á la mañana vinieron á la playa 500 canarios, fué á tierra la lancha con prevención de guerra, y Pedro el Canario les dijo como venían de paz y eran castellanos, y entonces pidieron el seguro de ir al navío y fueron 22 á nado primero que la lancha, reconocieron ser nao fuerte con mucha gente de guerra volvieron unos en la lancha, y trajeron higos pasados, carne de cabra y puerco, y goma de drago y otras cosas para tratar, y llevaron cuchillos, hachuelas, anzuelos y otras cosillas y herramientas de poco valor por que dejaron que importaría 200 escudos de oro.

Gadifert, con alguna hinchazón quizás por no tener parte en este trato, usando de señorío envió un mensaje al rey canario con Pedro, y

dijeron que él vivía de allí cinco leguas, y mientras volvía Pedro pidieron los canarios campo para escamuzar con los castellanos, en aquella playa y llanura que hoy en aquel puerto de Gando, dieron lugar á que viniese á tierra por cinco veces, con gente armada con balletas, espadas y rodelas, y armados en escuadrón y los canarios en forma de media luna esperaron la seña y diéronse el choque primero, y aunque algunos se lastimaron sin querer de parte de los canarios que se entraban por las armas de acero á querer desarmar al cristiano, duró una hora y haciéndose amigos se abrazaban y usaban de gran destreza en tirar las varas y dardos, y en sus acometimientos, y correr con ligereza, tirar fuertes piedras, y de los cristianos admiraron la arma de las ballestas; echáronse al agua los canarios á nadar para refrescarse y salían mucho más fuera que el navío, que causaba admiración. El día siguiente volvieron los canarios al navío; supose que la isla tenía como ellos decían nueve mil hombres que podían tomar armas, y de ellos seis mil hidalgos y un Rey que los gobernaba llamado Artemys; dijeron que entre ellos vivieron cristianos por tiempo de siete años á predicarles la fé y enseñarles los artículos de Dios hombre verdadero; y que habría doce años á 13 cristianos en un día los mataron, porque estando juntos viviendo en amistad escribieron á su tierra que los canarios eran traidores de ley y naturaleza, y que nadie se fiase de ellos.

Esperando el plazo de los dos días en que había de volver Pedro con su mensaje, no volvió; levantó velas el navío y cuatro leguas de la isla más al sur dió fondo para hacer aguada y de tierra no lo consintieron y queriendo reducirlo á guerra, se acordó de pasar á otra isla. A Gadifer le pareció cosa muy fácil sujetar á Canaria; dice con cien archeros, hacer un fuerte en la playa ó marina y de allí correr la Isla, y siempre lo decía así á Bethencourt y lo escribió al Rey de Francia. Navegando al poniente se propasaron á la isla del Infierno, por ser sus moradores los más atrevidos y osados de todas las Islas; llegaron á la isla del Hierro, rodearonla toda sin echar gente, pasan á la de la Gomera ya de noche y véncse fuegos en la costa del mar; echaron lancha y guiaron á la luz ciertos soldados castellanos, trajeron un hombre y tres mujeres que fueron detenidos hasta el día, que queriendo por trato de paz hacer aguada no lo consintieron los gomeros, y por no ser sitio capaz para pelear, pasan á la isla de la Palma y estando sobre ella cargó un recio temporal con que volvieron á arribar sobre el Hierro; tomaron tierra de día, estuvieron 22, cogieron cuatro mujeres, un niño, mucho ganado de cabras, ovejas, puercos; es

toda la isla alrededor muy áspera, dentro frondosa, fértil, buenos bosques que todo el año tienen hoja, y mucha agua, y buena, y un coto de más de cien mil pinos y el pie de algunos no podían tros hombres abarcarle; hay cantidad de codornices y otras aves. De sus moradores había muy pocos; aun el año pasado sacaron más de 500 para vender por esclavos en diversas partes, y ahora por falta de intérprete no han venido estos retirados; salieron del Hierro y fueron a la de Palma.

Surgió el navío en la Palma frontero de un arroyo que sale al mar, donde hicieron bastante aguada para viaje largo. Anduvieron poco en ella por andar de guerra los palmeros y no querer paz; salieron la vuelta del este ó oriente, y en dos días y dos noches dió fondo en Rubicón, y de este viaje llegaron todos buenos y gruesos, agradados de los frutos que pueden dar estas islas, y de más utilidad; el mismo día se levó el navío y surgió en el Arrecife, y en muy breve hizo la provisión de pan y carne para el viaje. Escribió Gadifer dos pliegos: uno á Bethencourt con gravísimas quejas sobre el homenaje al de Castilla, otro al de Francia su Rey Carlos y á otros potentados, en quien renunciaba su poder y acción de conquistador para que tomasen venganza de Bertin, y la facilidad de ganar todas las islas; y los remitió con Godofredo Dausonville, que los diese en propia mano, y que al año siguiente volviese con gente de la Francia para dicha conquista de orden del Rey.

En el interin que los franceses, con Gadifer, faltaron de Rubicón, anduvieron los naturales á guerra viva muy desmandados; habían los franceses cautivado más de ciento y muerto á muchos, y la isla en muy misero estado; y por el tiempo que el navío estuvo en el Hierro, hubo nuevas en Rubicon, que fué por Octubre, que en la Graciosa hallaron en la marina la lancha grandè entera y sin faltarle algo, cosa que admiró á todos, aquella que el Noviembre pasado llevaron los otros franceses á tierra de Africa, y ya se había sabido por España que de los 12 se ahogaron 10, y dos salieron vivos, y uno murió en cautiverio y otro salió después llamado Ciot de Lartiga, y creyeron que las corrientes habían traído la lancha desde las costas de Marruecos.

CAPÍTULO VIII

Vuelve Mosén Juan á las Islas segunda vez y sucesos hasta volver á España

En pocos días el navío con felicidad dió aviso en España de lo sucedido en Islas, y Juan de Bethencourt no fué tan bien visto como de antes

por haber faltado mucho de lo que dijo, y sabiéndose de la llegada á Francia de su mujer Madama Maria de Bracamonte, que fué en muy breve con mucho regalo y dineros á la Normandia. Había esperanzas aun de poder sujetar á los isleños, é instando Bethencourt con ruegos y promesas, que no podía ya hacer otra cosa, mandó el Rey D. Enrique con todo lo pasado, dar otro navío á Mosén Juan para que volviese á sus derrotas, aunque pequeño cargado de armas y gente de guerra, oficiales de muchos oficios, pedreros, canteros, albañiles, carpinteros con lo necesario, y Padres para doctrinar y enseñar.

Llegó al Puerto de Rubicón lunes 17 de Febrero de 1404; fué Mosén Juan bien recibido de todos, así de amigos como enemigos; los naturales hicieron su recibimiento á su uso arrojándose por el suelo, tendidos de pecho, diéronle quejas de su mal trato y miserias en que se hallaban faltándoles al prometido de paz; fueron todos llegando, y Gadifer, llorando de contento le dió beso de paz en el rostro; estaban los franceses tan rotos y desnudos, faltos de todo abrigo que era compasión, y algunas de Francia con sus hijos y maridos; bautizáronse algunos niños gentiles y otros cautivos.

Salieron á correr la tierra ciertos castellanos con Gadifer, jueves día 20 de Febrero; llevaron perros de armas, apresaron con grave dificultad 18 naturales y al Rey, que con esta había sido cautivo ocho veces, y en ésta viendo la mucha dificultad de poder huir dijo que quería verse con Bethencourt y al verle se tendió de pecho por el suelo, y dijo con todos los demás les diesen el bautismo para sí y toda su familia, y el día de Ceniza fueron cristianos; él se llamó Luis de Bethencourt, que ellos llaman Betancor, y ha quedado el apellido en estas islas, y la Reina María Bracamonte, y una hija Luisa de Betancor; fueron padrinos Mosén Juan y el clérigo Le Verrier echó el agua; hacíanse prácticas, acudían á ser cristianos, víviase en paz. Los de Rubicon, por vía de buen trato y comercio, recibieron gran cantidad de cebada para el comun sustento, tostada y molida á mano en tahonillas.

Viendo Gadifer frustradas sus esperanzas de salir de allí á la primera ocasión llevándose cautivos los naturales amigos, que pasaban de más de ciento, y volverlos á conquistarlos de orden de su Rey Carlos de Francia, mostró quejas, ansias y pesares contra Mosén Juan y los castellanos sobre el pleito homenaje, que era más razón que él y no Bethencourt fuese señor de vasallos, y eran suyas tres islas, que fuesen Gomera, la de Infierno y Erbania, que esperaba

navío donde se iría para volver á conquistar por sí y no por mano de Bethencourt, y desde luego se aparta de su compañía y vendrá tiempo en que se lo podrá decir mejor que ahora; todo fué con mucha cólera y demasías, que le sufrió Bethencourt, entraron de por medio los castellanos, aunque se remordieron sobre los caudales que tuvieron en la compañía de sus aventuras, y Gadifer con los franceses de parcialidad se apartaron de Rubicón y haciendo rancho á otra parte quedaron encontrados.

Sería ya el fin de Mayo cuando llegó navío de España que daba aviso á Bethencourt de parte de S. M. que tuviese mucho cuidado de reforzarse en sus presidios de ambas islas, porque había fama venía á ellas armada de Fez por ser patrimonio suyo y reino dichas Islas de Canaria, y estaba prevenida gruesa armada; quedaron algunos castellanos que pidió Bethencourt, luego volvió á España la fragata. Tampoco en España faltaba prevención de galeras para resistir el impulso del moro, que tres años después de éste, que fué el de 1407, en el Estrecho le cautivaron 22 galeras, el Infante D. Fernando hermano de la Reina D.^a Catalina luego que fué muerto el Rey D. Enrique, que venían con gran número á socorrer las Islas. (Historia de España; Fr. Julian Castillo.)

Medio reconciliados Bethencourt con Gadifer, pasaron á la Ervania á elegir sitio fuerte, fueron á donde primero los franceses habían estado, dos años había, y solo había algunas piedras de su vestigio; parecióles á los castellanos elegir cual fuese de más útil, y fabricarle una legua á dentro de la isla al pie de una montaña, y llámanle el fuerte de Richeroch. Salieron á correr la tierra, y á poco rato encontraron hombres agigantados de nueve á diez pies de alto, peleaban como desesperados, primero se dejaban matar que rendir, estos fueron nuevamente venidos de Africa porque otra vez no se habían visto aquí, y fueron algunos prisioneros y muy tenaces en su secta. Gadifer y los suyos cerca de allí hicieron otro realejillo, llamaron la plaza de Baltarhaiz, y de una y otra parte se escribieron papeles con palabras algo pesadas, Gadifer y Bethencourt, diferentes veces, y Gadifer en una ocasión le repitió estas por escrito, tres veces, respuesta de otras de Bethencourt que decían: «si voy allá... si voy allá...» «si viniere aquí...» dijo Gadifer. Buenas ganas tenían los franceses unos contra otros, sino respetaran á los castellanos; estuvieron más de quince días sin versení hablarse y Gadifer le envió un recado, como quería ir en el navío, que aún allí estaba en el que vino Bet-

hencourt, á requerir ó conquistar en las demás Islas, ó hacer entradas como traía la orden; llanamente se le concedió y embarcado con sus franceses salió para Canaria día 25 de Julio; tuvo recio tiempo y contrario, dió fondo á la boca de un barranco frontero de Telde una buena playa, y por el viento recio no se tomó tierra; de allí navegó al Sur, al puerto de Arguin que tiene población de gente, estuvieron ancorados 11 días, y vino Pedro el canario con recado del Rey Artemys, y muchos canarios á reconocer el navío, y dijo que presto llegaría un hijo del Rey á visitarles mandando se les diese con toda abundancia el refresco que hubiesen menester al modo de cuando estuvieron en Gando; habíanse venido á nado con Pedro dentro del navío más de 20, y reconocido la gente poca la despreciaron y se fueron; ni vino hijo del Rey ni pareció hombre. Determinaron hacer aguada sobre seguro, mientras llenaron cinco toneles cambiaron una manada de puercos, y ya todo para embarcar habiéndoles dado á su voluntad algunas herramientas, anzuelos y lo que hubieron menester, ofreciéronse los canarios de embarcar todo en la lancha, embarcados los franceses tiraban ellos del cable á tierra á tiempo que salió una cuadrilla de más de 12 canarios desnudos, tirando recias pedradas á la lancha y franceses, dando silbos y gritos y acadiendo otros más, con que tuvieron por bien soltarse del cable la lancha, y llevaron muy buenas pedradas todos. De la familia de Bethencourt fueron dos muy mal heridos, Juan Cortés y Anibal; tras de ellos á nado fueron los canarios á cojer la lancha, defendiéronse á palos con los remos y á no ser así se entran dentro, y allí perecen todos.

Habiendo perdido los cinco barriles y dos cables, uno grande y otro pequeño, y todos mal heridos llegaron á bordo, y los canarios dándoles silbos y guapes, volvió luego a tierra con 20 ballestros que le entraron dentro, ya estaban prevenidos á la marina muchos canarios con rodela de drago largas de alto á bajo pintadas en ajedrez de blanco y colorado, y rodela castellanas, con armas de Castilla y de León, redondas, que admiró á todos, y espadas y montantes de palo y lanzas sin hierro; tiráronle buenas flechas, mas sin efecto alguno, y ellos recias pedradas y no pudiendo tomar tierra se volvieron discutiendo el modo de haber habido las rodela españolas ó cuando, porque les pareció á los franceses ser ellos los primeros descubridores de los canarios.

Salieron de este puerto y volvieron al de Telde; allí estuvieron dos días, y de allí para Erva-

nia no pudieron por el viento contrario coger á Riqueroch; con el Nordeste llegaron á una punta frontera de Canaria y echaron á tierra á Gadifert con otros para ir con Bethencourt á Riqueroch, y á pocos pasos se encuentran con diez castellanos armados, que luego puestos en ofensa y defensa se reconocen, y dicen: «fiados en la paz que nos decían tenían los de esta isla de Ervania, salimos á tierra á descubrir el sitio donde está Mosén Juan de Bethencourt en Riqueroch, y hallando de 40 naturales de quien nos fiamos para enseñarnos el camino, nos embisten y maltratan, matámosles algunos y otros huyeron, y ahora ibamos á hacer prisioneros los que hallásemos á dos días, que tenemos surta nuestra fragata, más grande que las otras que ha enviado el Rey de España, con cien hombres de pelea, muchos pertrechos y armas y bastimentos; llegamos á Rubicón y de allí nos enviaron á Ervania, y no sabemos de Bethencourt y estamos picados de la burla que estos nos han hecho.»

Habiendo Gadifert visto el suceso, fué de ello muy disgustado de ver que á solo Bethencourt favoreció el Rey, y caminando todos á Riqueroch, les dijo Gadifert lo imposible de la conquista de Canaria, y como Juan de Bethencourt no tenía acción ni parte alguna en dicha conquista; sino á él solo le pertenecía por ser suyos los dineros, navío y todo lo demás de la Francia, que fué primero conducido á dicha conquista, y dijo muchas blasfemias y desprecios contra Bethencourt. Quedaron admirados los castellanos, y procuraron dar cuenta de todo en España de lo que reconocieron, como se les tenía mandado.

Llegaron á Riqueroch, y sabiéndolo Bethencourt vino muy comedido á recibirles, y luego el Castellano de parte de S. M. le dió pleito é hizo entrega de todo lo que traía; atravesóse Gadifert con su acostumbrada queja, diciendo que á él solo tocaba el nombre de Conquistador, hubo voces de ambas partes, y apaciguados, dice el Castellano á los dos: «pues S. M. tiene hechas todas éstas honras sólo al Sr. Juan de Bethencourt, sin haber entendido otra cosa de esto que aquí he visto; luego proveyó órden que todos los Castellanos estén á mi orden embarcándose conmigo, luego fué obedecido y dispuesto el viaje para España, á Bethencourt en el navío que le dió el Rey se embarcase á dar cuenta; dejó en el sitio de Baltaraie algunos castellanos para guarda de la gente de Gadifert y mantuviesen paz entre los franceses dejando guarnecido á Rubicón. Dentro de ocho días salieron los dos navíos la vuelta de España y consigo se llevó á Gadifert y algunos de sus franceses.

CAPÍTULO IX

Sale Bethencourt de las Islas á España y vuelve á ellas tercera vez

Teniendo feliz viaje llegan á Sevilla; Gadifert pone su demanda á Mosén Juan con otros descontentos, que les pertenecía la mitad de las presas ó ganancias segun se pactaron en la Francia, en costos y gastos; todo fué digno de grande reprehensión de parte del Rey y Justicia, y por sentencia se le mandó á Gadifert se fuese á Francia y no volviese más á las Islas debajo de graves penas; se fué con ánimo vengativo y no se supo más de él.

Con mucha confusión y aprieto se halla en Sevilla Bethencourt, con pocas esperanzas de su vuelta á las aventuras; disculpándose mostraba aflicción, valiéndose de señores y otros que con el Rey y la Reina le apadrinasen, que no quería más de un solo navío por pequeño que fuese para ir á la Francia á traer gente á su costa para proseguir en la conquista. Dióle el Rey el navío, mas sin castellanos; él halló préstamos de dinero, sacó nueva licencia de volver á las Islas, y honróle S. M. con el título de Conquistador de paganos para la reducción á la fe de Jesucristo, ayudándole siempre en cuanto se le ofreciese, con otros títulos y mercedes firmadas del sello real ante un tabelario ó escribano llamado Hariza, y que batiere moneda con escudo de Castilla y Aragón, y en breve se dispuso salir para las Islas.

El capellán Juan Le Verrier, presbítero francés, había escrito al Rey de Francia ciertos pliegos que contenían la descripción de las Islas, como Gadifer había con los castellanos situádoles, y ciertas novedades fabulosas y otras ajenas á la verdad, fundadas en un libro manuscrito que en el viaje antecedente le dieron en Sevilla á Bethencourt, sin principio ni fin; se colegía ser de un religioso de San Francisco que fué cautivo en Marruecos y Egipto y de otras partes de Africa; decía que por el Rio Dorado frontero de las Canarias, se navegaba á las ricas tierras del Preste Juan, que los árabes temen las balistas y huyen de los franceses, y en el viaje hay unas grandes hormigas que habitan en hormigueros de oro, y que el Señor del Mundo tenía tanta riqueza guardada al Rey de Francia, y como importaba mucho venir luego á buscarla; y este libro con gran secreto y milagro lo hubo Mosén Juan; llevaba descrito el Africa, la tierra Santa de Egipto, reino de Marruecos y la entrada del rio en el Cabo Bajador, con viaje de quince días.

(Continuará)



Ecos literarios y artísticos

Según noticias de *El Cantábrico*, diario de Santander, el insigne Pérez Galdós ha trazado ya el plan completo de la cuarta serie de *Episodios nacionales*, que es el siguiente:

El huracán de 1848.—(Año de 1847 á 48.)—Liberalismo de Pío IX—Ideas de Gioberti.—La revolución de Febrero en Francia.—Caída de Luis Felipe. La República. Revolución en Hungría, en Italia.—República romana, muerte de Rossi.—El Papa en Gaeta.—El socialismo, el comunismo, la democracia.—Reacción en toda Europa.—Reacción en España.—El ultramontanismo.

Narváez—(Del 49 al 50)—Sor Patrocinio y el padre Fulgencio.—Intrigas.—El *Ministerio Relámpago*, obra de la teocracia.—Narváez y su dictadura.—María Cristina y la familia Real.—Persecuciones políticas, proscripciones etc.

Los duendes de la camarilla.—(Del 51 al 53.)—Ministerio Bravo Murillo.—Sus reformas económicas.—Su proyectada reforma de la Constitución.—Golpe de Estado en Francia.—Napoleón III.—Regicidio del 2 de Febrero.—Martín Merino.—Ministerios Roncali y Lersundi.—Los polacos.—Sartorius.

La revolución de Julio.—(Del 54 al 55.)—Sublevación en el campo de Guardias.—Conspiraciones.—O'Donnell, Dulce... Vicálvaro.—Programa del Manzanares—Cánovas del Castillo.—Barricadas en Madrid.—Milicia nacional.—Es llamado Espartero.—Entrada del mismo en Madrid.—Gabinete Espartero.—Córtes Constituyentes.

O'Donnell.—(Del 56 al 58.)—Contrarrevolución, tumultos.—Bombardeo de las Cortes.—Disolución de la Milicia.—O'Donnell, la Unión liberal.—Fomento de las obras públicas.—Los ferrocarriles, etc., etc.

Aita Tettauén.—(Del 59 al 60.)—Guerra de Africa, vista y contada en el campo marroquí.—Acciones del Serrallo, Castillejos, Tetuán, Wad Rís.—Muley-el-Abas—La paz, etc., etc.

Carlos VI en la Rápita.—(Del 60 al 63.)—Negociaciones para reconciliar las dos ramas borbónicas.—Intentona carlista.—Los Príncipes salen de Palma con Ortega y las tropas de la guarnición.—Llegada á los Alfaques.—Fusilamiento de Ortega, retractación de los Príncipes.—Continúa la Unión liberal.

La vuelta al mundo en la Numancia.—(Del 64

al 67.)—Guerra con Chile y el Perú.—Sale le *Numancia* de Cádiz.—El Pacífico.—Acciones de Altao, Valparaíso.—Bombardeo del Callao.—Méndez Núñez, Antequera, Topete, Alvargonzález, etc.—Regreso de la *Numancia*.—Su escala en las islas de O'Tails.

Prim.—(Del 66 al 67.)—Conspiraciones y sediciones.—Prim el 3 de Enero.—El 22 de Junio en Madrid.—Siguen las conspiraciones en el Extranjero.—La Unión general acepta la revolución, etc.

La de los tristes destinos.—(El 68.)—Sublevación de la escuadra en Cádiz.—Manifiesto.—Los generales vienen de Canarias.—Prim en Cádiz.—Batalla de Alcolea.—Isabel II pasa la frontera... etc.

Como se ve, en el anterior plan está comprendido lo más trascendental y lo más interesante de lo ocurrido en España, Francia é Italia durante el reinado de doña Isabel II, y la *cuarta serie* de los *Episodios Nacionales* será un documento precioso de historia contemporánea.

Además ha escrito Pérez Galdós durante su residencia veraniega en su quinta de Santander, un drama en cuatro actos cuya acción se desarrolla en la época del reinado de Carlos III, y que será estrenado en el Teatro español de Madrid.

Con el título de *El Cacique* se publicará en breve una novela del notable poeta Luis Rodríguez Figueroa (*Guillón Barrús*).

En un artículo recientemente publicado en *El Ideal* de Santa Cruz de Tenerife, rectifica Figueroa la noticia dada por algunos periódicos de que dicha novela es puramente regional. *El cacique*,—dice *Guillón Barrús*—no es de tal índole literaria ni puede serlo. Prescindiendo del medio ambiente, del lugar donde la acción novelesca se desenvuelve, mejor dicho, no hay en la aludida producción nada que huela á regionalismo. Mi novela es solamente un estudio del caciquismo—y en el prólogo de la misma lo anticipo—imperante en Canarias; pero cuyo caciquismo, por ser importación metropolitana, nada tiene de autóctono, de indígena. Si yo hubiese laborado con materiales *proprios*, con elementos de procedencia isleña, de abolengo solariego, estaría bien el calificativo; no siendo así, no habiendo yo tratado de estudiar lo que puede haber de particularísimo en nuestra alma colectiva, claro es que no he hecho más que abordar un problema difícil y grave de sociología, de política y de moral, con algo de jurídico en sus consecuencias.



El Museo Canario

Revista decenal

Órgano de la Sociedad del mismo nombre

establecida en Las Palmas

para el adelanto de las Ciencias, las Letras y las Artes

NÚMERO 437-138

Las Palmas 10 de Octubre de 1901.

EL MUSEO CANARIO

De lamentar es que no se fije algo más la atención de nuestro pueblo canario en ese Museo antropológico que poseemos, y cuyas adquisiciones, que de día en día aumentan, constituyen riquísimo patrimonio de nuestro más legítimo orgullo.

Es el Museo canario un establecimiento que, por más que, al parecer, arrastre una vida lánguida, por carecer hoy de elementos propios para su mayor prosperidad y adelanto, camina, sin embargo, impulsado por la buena voluntad de unos cuantos aficionados á las ciencias, que allá en las sombras de su laboratorio y á la luz de sus exploraciones é investigaciones, van poco á poco engrandeciéndole, para ofrecerlo al examen de los sabios nacionales y extranjeros que saben apreciar en su verdadero valor la importancia del sacrificio.

Muy pocos son los canarios que lo conocen en todos sus detalles; pero interesa mucho conocerlo, porque es uno de los primeros escalones de prosperidad y de importancia reconocida de nuestro país, porque ni está expuesto á los azares de la veleidosa política, ni á las quiebras de un errado cálculo mercantil.

Todos los hombres de valer deben venir á engrosar las filas de esos obreros de las ciencias; deben ocurrir á dar importancia y acrecentar el valor y crédito de un centro que no es propiedad de nadie, y que pertenece á todos; y todos por ello debemos contribuir con perseverante empeño á su conservación y aumento.

Cuando visitamos sus galerías, y nos detenemos ante cada una de sus instalaciones, nos parece ver allí escritos los nombres de sus entusiastas fundadores los Doctores Chil, Padilla, Navarro, Grau, Ripoche y alguno; otros que de las actas de la Sociedad constan y que obraron el gran milagro de sacar de la nada un mundo para la ciencia.

Es necesario fijarse: no es ya el Museo Canario un sueño del Dr. Chil, ni una utopía del Dr. Padilla, ni una ilusión de los que les han seguido en su propaganda y en sus proyectos; es la realidad de un problema resuelto, un instituto visitado con frecuencia y

detenidamente estudiado por eminencias, cuyos nombres figuran en el libro de visitas, y calificado, en ciertos detalles, como el primero del mundo por sus riquezas atesoradas, donde tanto encuentra el sabio para sus estudios, como el anticuario y el curioso para enriquecer sus noticias y aficiones.

Y aunque hoy arrastre una vida no tan próspera como fuera de desear, por falta de elementos propios, tiene ya el Museo Canario asegurada su existencia, gracias á la liberalidad del malogrado Dr. Chil, cuya memoria vive, y eternamente vivirá, ligada á la de aquel establecimiento á quien legó el usufructo de casi todos sus bienes, considerándolo como creación propia, y dedicándole en vida todos sus desvelos y sacrificios.

Y no es sólo el Gabinete de antropología canaria, últimamente enriquecido con donativos valiosos del finado Conde de la Vega-grande y de otros muchos amantes del país, lo que constituye su valer como gran institución; su biblioteca es hoy, si no la primera de la Provincia por el número de sus volúmenes, lo es indudablemente por el mérito de sus obras, por sus manuscritos, por sus originales ó autógrafos, y trabajándose hoy en su instalación definitiva; y el día en que se dé á la publicidad su catálogo, se comprenderá lo mucho, muchísimo que hay que agradecer á esa media docena de hombres, (quizás no pasen de la media docena) que se han unido para trabajar acumulando tanto y tanto bueno para las generaciones futuras.

Por ello consideramos ya necesario hacer manifestación pública de esa constante labor y de los resultados que se obtienen.

El Dr. D. Luis Millares, que ejerce hoy la dirección del Museo, hace estudios facultativos curiosísimos sobre la raza primitiva, y al mismo tiempo adquiere objetos canarios encontrados en muchas de las cuevas, aun no exploradas de Guayadeque, entre los cuales hemos visto 18 cráneos, algunos punzones, un cuchillo de hueso, un gánigo, algunos bruñidores para objetos de cerámica, y una momia, aunque incompleta y bastante deteriorada, digna de estudio.— También el Dr. D. Teófilo Martínez de Escobar, actual presidente del Museo, ha enviado desde Fuen-

teventura una preciosa vasija encontrada en terrenos de D. Agustín Pérez Rodríguez, que es á la verdad un magnífico ejemplar, y otras muchas personas lo han favorecido igualmente.

Procuraremos ir poco á poco dando á conocer por medio de nuestra *Revista* cuanto sobre este particular consideremos de interés, para que se sepa apreciar los méritos de los que, sin alharacas y decantadas odiseas, son verdaderos obreros del bien y dejan tras de sí, á su paso por el mundo, rastros de positivos beneficios para su patria.

AMARANTO MARTÍNEZ DE ESCOBAR.



ESTUDIOS CLIMATOLÓGICOS

de la

ISLA DE GRAN CANARIA

(CONTINUACIÓN)

También se halla cubierto el fondo del mar, con especialidad cerca de las costas, de plantas marinas que tienen el inconveniente de exhalar un olor fétido y ser en gran manera nocivas cuando las olas, en épocas de *reboso* ó mar de fondo, las depositan en las orillas y entran en putrefacción. Estas sirven además de pasto á los peces y otros animales.

En este país es bastante sensible el flujo y reflujo del mar, y, según la opinión de muchos observadores, este estado del mar no tiene acción sobre nuestro organismo. Sin embargo, me parece que es preciso hacer nuevas observaciones y someterlas á un juicio riguroso, pues por mi parte he visto en varios enfermos atacados de enagenación mental que los accesos eran más fuertes y se ponían furiosos cada vez que el mar estaba de leva.

Sé muy bien que no ha mucho tiempo que en estas enfermedades se atribuía una gran acción á la influencia de los astros, particularmente á la Luna; que, en esta persuasión, interceptaban la entrada de su luz en las habitaciones; pero de cualquier manera aparecían siempre en los enfermos los mismos trastornos. Sin embargo, en el caso que me he propuesto examinar hay otra causa que no puedo explicar, pero cuyos efectos he tocado con la experiencia en repetidas ocasiones y en iguales circunstancias. Conocí una pobre loca que cada vez que el mar subía, el acceso era más intenso, y en los días de más *reboso* se ponía tan furiosa que hacía violentos esfuerzos para irse á arrojar al mar. Hace años conocí otro que también se alteraba cuando el mar se ponía en el mismo estado y quería maltratar á todos los que se

hallaban á su lado. Al principio atribuí estos accesos al desvanecimiento que les producía el ruido de las olas sobre la costa, pero un hecho contrario vino á demostrarme mi error. Un demente, que habitaba en el centro de la Isla, sufría también estas mismas excitaciones en determinadas épocas. Supliqué á la familia observarse si aquel estado coincidía con la alteración del mar; y en efecto, me manifestaron que cuando éste estaba picado, el loco se ponía furioso. Pero esto no es bastante para sentar como tesis la influencia del flujo y reflujo del mar sobre los enfermos del cerebro. Creo que las fuertes impresiones de la naturaleza son las únicas que producen efectos curativos en ciertas enfermedades mentales y de esta clase tengo un ejemplo que no deja de ser curioso. Una joven de catorce años que en ciertos periodos sufría ataques histéricos y otros síntomas nerviosos consecutivos que tenían á la familia sumamente disgustada, había resistido á todas las medicinas empleadas contra ellos y ni aun los baños de mar habían producido efecto alguno; solo me había manifestado que cada vez que el mar estaba lleno y de leva se hallaba más aliviada. En vista de esto le aconsejé se dirigiese á los puntos donde las olas batían con más fuerza. Hízolo así y con ello experimentó tal satisfacción, que le agradaba recibir las gotas del agua y con esta serie de impresiones, sin más medicamento, ~~hallé~~ su cura.

Las clases que se entregan á los trabajos del mar se distinguen en Canaria por su extraordinaria robustez, debida además de la zona marítima en que viven y á la atmósfera que continuamente les rodea y respiran, á las buenas condiciones del suelo, siendo altamente apreciados sus grandes servicios en la armada nacional por sus excelentes condiciones y su privilegiada organización; los hombres están tan bien constituidos y son tan robustos y las mujeres de una fecundidad tan extraordinaria que son pocos los matrimonios que no cuentan de seis á diez hijos, y muchos más.

Estos fenómenos fisiológicos se manifiestan perfectamente cuando se examina la acción favorable que ejerce la atmósfera marina, difundiéndose además la luz con entera libertad y siendo regularizada la temperatura. Las Palmas, por todas estas y otras condiciones ventajosas, ofrece un tipo de conservación que presenta numerosos y admirables casos de longevidad. La ausencia de graves enfermedades epidémicas, como no sean importadas, tanto en este como en los demás pueblos, y las cualidades que en general los distinguen han hecho que la Gran Canaria sola haya poblado la mitad de las antiguas posesiones españolas de América, especialmente la Isla de Cuba. ¿Qué americano no cuenta entre sus ascendientes algún canario? Pero ¡fenómeno extraño! Donde quiera que se halle y cualquiera que sea su posición, desde

la más encumbrada hasta la más modesta, jamás olvidan sus peñas atlánticas, y sus mayores deseos se reducen á concluir su existencia en el seno de sus profundos valles y á la sombra de esas rocas tan llenas de grandeza y magestad.

IX

AGUAS CORRIENTES

He dicho que la evaporación engendra las nubes, que, sometidas á ciertas influencias, se condensan y dejan caer el agua en la superficie del suelo, formando entonces esos torrentes que buscan los puntos de más declive, corren por el centro de los profundos valles arrastrando en su impetuosidad, cuando son muy fuertes, no tan sólo las tierras que se hallan en su superficie sino hasta los predios cuyos muros de argamasa parecía imposible pudiesen ser arrancados de sus cimientos. Aquellas aguas acarrear en el invierno una porción de materiales, principalmente las tierras que en las altas regiones de la Isla se hallan removidas por el arado, y las distintas materias orgánicas en particular las fecales de los numerosos ganados de ovejas y cabras. Una parte casi insignificante de ellas sirven de provecho á los agricultores que ó bien las introducen en sus mismas tierras haciendo represas en los barrancos, ó las encierran en locales llamados *nateros* por aquellos labradores, dispuestos al efecto en los que entrando las aguas forman una especie de balsa en cuyo fondo quedan los sedimentos de materias orgánicas que después se emplean en la agricultura como uno de los abonos más preciosos. Las aguas combinadas con los cuerpos solubles penetran por las capas permeables y van á salir á largas distancias presentando en su composición las sustancias minerales de las rocas y terrenos por donde han pasado y que han recogido en su tránsito. Después y cuando la estructura del terreno se opone á su paso buscan una salida y brotan entonces á la superficie para correr por el centro de los valles y llevar la vida ó la muerte á los seres organizados. Su temperatura varía segun las profundidades por donde han pasado ó los principios que en sí llevan.

En Gran Canaria el agua es de tanto valor que los terrenos que no la tienen para su irrigación son considerados como de poca importancia. En los que aquel precioso líquido se distribuye producen, gracias á la fecundidad del suelo, frutos con un vigor y una lozanía cual ningun otro punto los puede presentar. El agua está allí tan bien aprovechada que desde su nacimiento hasta su última distribución nada se desperdicia aunque podría multiplicarse su cantidad canalizando mejor las que poseen y practicando trabajos en el seno de la tierra para aumentar su gruesa. En todo su trayecto fecundan ya árboles, ya cucurbi-

táceas ú otras plantas útiles que se destinan al alimento del hombre ó de los animales. Mas cuando en su curso entran en los barrancos se presenta otro orden de cultivo, nuevos propietarios se encargan de encauzarla con todo cuidado y plantar, en las arenas y tierras que han quedado depositadas, frijoles, maiz, ñameras y otra porción de plantas útiles, hasta que no existiendo ya manantiales que vayan á engrosar la masa principal entonces se sacan de los barrancos, se ponen en acequias y forman lo que llaman Heredamientos que se distribuyen en sus respectivos puntos. Al llegar las aguas á un lugar determinado, donde existe una casa que denominan *Caja de las aguas*, entra en una ancha acequia terminada en semi-círculo á su extremidad y por sus partes laterales cortada en varios puntos por aberturas que llaman bocas ó *cantoneras*. El encargado por la heredad, llamado *repartidor*, hace la distribución y entrega á cada propietario el agua que le corresponde para irrigar sus terrenos. Este sistema de irrigación no deja de ser notable, pues los labriegos conocen al ojo tan perfectamente los declives del terreno y dan tal disposición á los surcos que por pendiente que sea el suelo queda irrigado igualmente por todos lados como si tuviese siempre consigo un nivel. Distribuidas las aguas segun se hallan en Gran Canaria y surcada la Isla por estos heredamientos se forman focos, en distintas localidades, que llevan la salud y la vida á todas partes, pues en todas ellas existe en los puntos que disfrutan de este beneficio una perenne alfombra de verdura, sea cualquiera la estación.

Veamos ahora sus inmensas utilidades.

Desde que el agua se toma en la cantonera es conducida inmediatamente por su acequia á la superficie del terreno sobre el que forma una capa de este líquido presentando entonces una gran superficie de evaporación que lleva á la atmósfera los mejores elementos de que se halla dotada. Repartida metódicamente, cuando el cultivo lo requiere, pasa por las raíces de la planta y se evapora al llegar á sus hojas suministrando á la atmósfera que nos rodea nuevos y ricos elementos. Por manera que cuando penetramos en el centro de aquellas vegas y campos cultivados se respira un aire de salud que se manifiesta en el organismo. ¿Quién, entrando en Telde en cualquiera estación del año y á cualquiera hora del día regresando de las extensas llanuras de Gando y desde los lomos de Jerez, no ha sentido mucho antes de llegar á su hermosa vega esa atmósfera fresca y vital que anuncia desde lejos la proximidad de un clima vivificador y de un suelo cubierto de verdura?

DR. CHIL Y NARANJO.



ARTES Y LETRAS

SUMARIO.—Impresiones sobre los Circos.—Visto y escrito.—Fuerza y gracia.—El país de Madame Crysantemo.—I paggliacci.—Danza macabra.—Más allá...

Siempre he sido aficionado á las fiestas de Circo. Como á los niños, gústanme los trajes caprichosos que visten los trapeceistas; me pasman los saltos, los equilibrios, los molinetes, los ejercicios de fuerza que ejecuta la *troupe* ecuestre; las carreras de los caballos en la pista, y la *ecuyere*, gallarda como una amazona, fornida cual una walkyria, me impresionan de un modo intensamente sugestivo, con la nota plástica, con el aliento de hermosura y delicadeza que á todo arte presta la mujer.

Pero, á más de esto, que ante la vista pasa fantástico y seductor, con sus emociones de gallardía y con sus sensaciones de peligro, que nos enardecen de admiración y nos escalofrían de miedo, á mí los espectáculos de los circos, los volatines y las payasadas, me hacen acriamente pensar. No hay arte, por mezquino que sea, que en su fondo no guarde un hálito de filosofía, una lección, una idea. Bajo las brillantes formas exteriores se adivina siempre un *velut umbra*, un más allá inexplicable, vago, que pide toda clase de interpretaciones, y los visajes kaleidoscópicos de las apariencias reales, y otras imaginarias que en nuestra fantasía surgen no sé cómo, llevan al alma, y en ella la dejan, un sedimento de doloroso cavilar.

Hay quien sale de los circos satisfecho del lujo de los trajes, de lo vistoso de las suertes, deslumbrado plácidamente por las luces, por la música, esa música especial que con tanta suavidad se nos pega, por la gentileza de la *ecuyere*, por la apostura de los volatines, y se marchan riendo la alegría y las payasadas locas de los *clowns*. Hay quien se retira con temblor agudo, sobreexcitados los nervios, con latir rápido del corazón, aún con el susto de los vuelos de trapecio á trapecio de los artistas y con la angustia de los saltos mortales, raudos, difíciles, esfuerzo de temeridad y destreza, y hasta compadecidos de *la* payasos que reciben bruscos golpes, brutales caídas, al rebotar los cuerpos sobre el suelo enarenado de la pista.

Y hay otros, que se han divertido, es verdad, pero que evacuan el asiento y trasponen las puertas, con ignoradas inquietudes, presos de un malestar indeterminado y penoso, con pensamientos vagos y tristes, sumidos en un meditar doliente, y el alma la encuentran como el recinto del Circo, donde se han apagado las luces y se ha concluido la música, pero donde todavía parece que al ver danzar sombras de volatines,

se advierten imágenes de dislocados contorsionándose y hasta se escucha el leve eco de los *clowns* que gritan con desesperado humorismo y ríen con triste carcajada. Y es que el espectáculo prosigue, se reproduce dentro, y el cavilar del pensamiento lo desentraña, lo analiza, vislumbra su alcance, presiente el *velut umbra* que oculta la realidad de los míseros fantoches, el drama interno que mal velan los saltos y las gracias de los titiriteros.

* *

He estado esta noche, como otras muchas, en Paris. No copio el programa de la función, y en cambio escribo estas cuantas notas, para que mis lectores vean el espectáculo como yo lo he visto y lo sientan como yo lo he sentido.

Quizás presenciando todas las arriesgadas suertes de los *hermanos Zemgano*, no hubiese llegado yo á comprender toda la intensidad y la poesía de este empobrecido arte de los volatines, ni viendo la catástrofe del pobre *Nelo* de tan trágico modo, al par que vulgar, es posible que me dejara tan imborrable impresión, una añoranza cariñosa, una compasión tan sincera, como he experimentado hace tiempo, comprendiendo lo que antes no llamó mi atención, al leer la novela inmortal de Goncourt. Hace tiempo leí también una página de esta vida errante, de esta vida bohemia, la última que escribió Juan Ochoa, el malogrado cuentista, y la sencilla historia del pobre *clown* que vende su perro, su único amor de la tierra, valía mucho más que el romanticismo exaltado de los dramas. Había acentos en ellas desgarradores como las notas musicales de Leoncavallo.

* *

Ya salen *Tom* y *Marquissette*. El es el hércules, atlético, negro, nacido en los bosques de Madagascar, con toda la pujanza de una raza virgen y salvaje, con temple en los músculos de la vida libre en las selvas y en las montañas africanas, y ella es una parisina, mimosa, ligera, ondulante, que salta con la agilidad y el garbo de un pajarillo. Salen vestidos cada cual á su usanza. Recio traje de malla sobre el cuerpo, que bien pudiera resistir la pesada armadura de hierro y el pesado casco con ondeante penacho, viste *Tom* para que mejor se admiren la soberbia apostura de las piernas, la robustez del torso, la acerada dureza de los músculos, y ella, *Marquissette*, la enaguilla color rosa, flotante y rizada, corpiño con dulce escote, recubierto de encajes, la botanina de alto tacón como una damisela de los tiempos galantes, y en su

magdalénica cabellera, en sus ojos azules como un cielo de Mayo, hay seducción y hay gracia.

Poco hacen; *Tom* levanta enormes pesos, y en sus dientes, que parecen garras, sostiene el alambre donde la bella *Marquissette* se desliza haciendo equilibrios, contorneando el cuerpo con ritmo grácil y agitando en alto la sombrilla con picardía seductora.

Quizás no agraden. ¡Es tan poca cosa lo que hacen!

Quiero ver, sin embargo, en ellos un símbolo del arte, la reunión de la fuerza y la belleza, con la compenetración de dos elementos opuestos que producen un conjunto admirable, que se equilibran. Sola la fuerza, aislada la gracia, cansarían, pero buscándose, aliándose, nos ofrecen todas las seducciones del contraste; con la idea y la emoción, el pensamiento y el estilo, la filosofía y el arte, son la más completa expresión del humano espíritu.

Y yo pienso también en la saludable compenetración de los pueblos en el cruce de razas, mirando el monstruoso maridaje de estas dos figuras de circo, la una llevando su vigor, en fuerza virgen y la otra su gracia, su idealismo, su belleza para engendrar una raza equilibrada en el porvenir, ni salvaje, ni decadente.

* * *

Vienen ahora los malabaristas. Son unas japonesas, con sus túnicas de seda de un verde pálido con bordados extraños, y sus quitasoles nipones con empuñadura de nácar y sus chinelas con lentejuelas de oro. Son una evocación del lejano país amarillo que noveló Loti. Tienen las caras de niñas, y sus ojillos pequeños espejean como el mar en las horas de sol. El diminuto pie es cosa de hadas en un *lied* alemán, pie de princesita en un *cuento de amor*, ya soñado por Hoffmann, ya descrito por Ginón. Jamás cuerpo alguno de mujer fué tan delicado, tan espiritual; parecen muñecas para entretener nuestros ocios, y al reír ríen con una sonrisa pálida, no por el color sino por el dibujo como dijo Catulo Mendés. De su vida sedentaria ha brotado ese arte torpe del malabarismo, grácil como sus casas de encaje y primitivo y torpe como la pintura de las plantas que abren sus flores sangrientas y de las grullas monstruosas extendiendo el cuello con que adornan sus biombos y tapices y trabajan las incrustaciones de sus cofrecillos de nácar y el esmalte de sus jarrones orientales.

* * *

Suena la música alegre, música de pasacalles. En tropel salen los *clowns*, con sus trajes estrafalarios,

arlequinescos, golpeando el duro suelo con las espaldas en caídas brutales. Y el público ríe. Es una gracia esta de los payasos, una gracia fúnebre, que como del sonido de la gaita gallega dijo Rosalía de Castro, no se sabe si ríe ó si llora. Es la expresión del verdadero humorismo, no de esta especialidad artística al modo que lo estudia Ritcher, sino el real, el caliente, el humorismo corriente de la vida: Es la risa artificial y el regocijo forzado; es la mueca que no se sabe que verdadera intención tiene; es el *rictus* inexplicable de expresión; con los movimientos de extraña contextura, que ya indican gracia, ya implican dolor; es el grito loco, que al extinguirse, ignoramos si el eco que deja, tan vago, que se borra tan confundidamente, si es de gemido, de carcajada, de locura, de alegría, de blasfemia.

Es tan indecisa la línea entre lo fingido y lo real, que es difícil averiguar en los payasos cuando el albayalde de la cara lo destiñe el sudor ó las lágrimas, cuando el golpe contra el suelo es de desesperación ó de regocijo, cuando brinca en saltos disparatados en medio del ruedo con transportes de feliz ó con convulsiones de condenado.

Y el público sigue riendo desengañadamente ¡quizás como los payasos!

Hay muchos modos de reír y de llorar. ¡Qué bien lo dijeron Campoamor y Becquer!

* * *

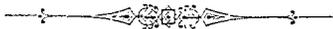
Ahí están ya. Dislocados, desarticulados, comienzan su faena. Siempre me repugna verlos. Me crisan los nervios, me dañan. Sus ejercicios son algo abracadabrante, macabro.

Temblores de epilépticos, descoyuntamientos de ahorcados, muecas de agónicos, visajes en momentos de extrangulación. Sus trajes son siempre negros ó rojos, ceñidos al cuerpo, y en medio de sus contorsiones dislocadas, gritan y ríen con alaridos y carcajadas de payasos. Me hacen siempre el efecto de los sepultureros de *Hamlet*.

* * *

Ya acaba el espectáculo. Ha desfilado la *troupe*, nos ha alegrado la alegre farándula, nos ha producido encanto la errante bohemia, las *Mimis* de circo, la *Mignon* de las pantomimas, los *Nelos* de la comparsa pintoresca, pero ¡ay! que no se ha visto todo, que todavía más allá del barracón comienza ahora el drama trágico, continúa la novela de la vida.

ANGEL GUERRA.



M. S. E. U. R. C. H. A. R. L. E. S.

NOVELA
POR
LUIS YAGÜÉN Y AGUIAR

ILUSTRACIONES
DE
PICAR.



VI

os instantes que siguieron al salvador encuentro dejaron en el viajero un recuerdo confuso é incoherente, como si las impresiones bruscas, precipitadas de cosas y personas absolutamente nuevas y singulares, se grabasen una sobre otra, mezclándose y yuxtaponiéndose en la placa de su imaginación.

Primero el desembarque en un muelle que se perdía á lo lejos en la penumbra triste del crepúsculo, rayada por la lluvia, luego la entrada en una estación llena de luz, de ruido y de movimiento, el viaje en un tren que á cada instante se paraba, la imagen de un hombre gordo y sanguineo que fumaba en pipa y leía un periódico tan grande como un tapete, la visión de un barrio siniestro y miserable, callejas estrechas y tortuosas, vagamente alumbradas por el gas, la voz catarrosa de su compañero, engolfado en largas explicaciones de las que el estrépito del tren dejaba sólo llegar á sus oídos algunas fúnebres palabras:—White Chapel... destripador... la llegada á una plazoleta húmeda, el diálogo de su acompañante con un cochero obeso, de sombrero de copa. el viaje en coche que se le antojó inacabable, una serie de imágenes extraordinarias y colosales que le tuvieron suspenso y atónito, pegado al ventanillo, hileras interminables de casas altísimas enajadas de letreros de arriba abajo, luz cegadora, ríos de gente presurosa y negra, rumor sordo y constante de millares de ruedas volteando en el pavimento de madera, y siempre la lluvia, lagrimeante y helada y por encima de todo, la sensación de anonadamiento, el frío intenso del alma, el desmayo de la voluntad. Y al cabo, la llegada al Hotel, la escalera alfombrada, el cuarto estrecho, saturado del mismo olor inglés indefinible á maleta de cuero, á tela de impermeable...

Allí se despidió, en su jerga mixta de portugués y castellano, el muchacho de la nariz colorada, que resultó llamarse, con arreglo á su tarjeta, «Arthur W. Ridge» y siguió luego una noche de insomnio en la cama fria y ancha, horas interminables amenizadas por un dolor reumático en las rodillas, medidas por el ronquido desesperante y monótono de un huésped cercano.

Un poco antes de las ocho, delineóse en la sombra de la cerrada estancia el hueco regular de la ventana. Era el amanecer lento y triste, incierto fulgor de pesadilla, que llegaba del estrecho recinto de un patio interior, mojado y profundo como un pozo. Acertábase á distinguir allá arriba un trozo de cielo, cuadrado y plomizo, que vería sin cesar la misma lluvia, menuda y temblorosa.

Sin duda alguna, las horas más tristes de su viaje fueron las que Don Tomás Sousa pasó en su cuarto después del desayuno. ¿Qué hacer? ¿A dónde ir? Le abrumaba la sensación de la inmensidad circundante, la conciencia de que al norte, al sur, en todas direcciones se extendía una ciudad colosal, tan grande como su isla lejana, todo un mundo de piedra y de ladrillos en el que se movían y luchaban, fustigados por el látigo de la necesidad, cuatro millones de hombres, bajo aquel cielo de pesadilla, rodeados de niebla y de luz pálida, semejante á los últimos destellos de un astro moribundo. Y le desesperaba la lejanía formidable del país

atlántico, de la región paradisiaca en que el sol sonríe desde la altura, cómo un padre cariñoso y la brisa halaga, y el mar arrulla el eterno sueño de la raza.

Así permaneció largas horas encerrado en su cuarto, ya paseando en el estrecho recinto, ya sentado en el sillón forrado de negro, junto á la chimenea apagada. En aquellos momentos de amargura solitaria hubiera dado muchos años de su vida por encontrarse de súbito en mitad de la plaza de Santa Ana, entre la Catedral y el Ayuntamiento, en aquella misma hora del mediodía, aquí lívida y tediosa como un crepúsculo de invierno y allá abajo deslumbradora y radiante como una apoteosis, saludada por el himno alegre y triunfal de las campanas.

El almuerzo en el comedor del piso bajo, la actividad vertiginosa del público que entraba y salía, empuñando los paraguas con actitud batalladora, despejóle un poco el espíritu y pensando en que su larga encerrona en el cuarto parecería extraña y sospechosa al personal de la *fonda*, determinóse á salir, envuelto en el abrigo negro, especie de balandrán, obra de Doloretas Marrero, la costurera de la calle del Diablito.

Llegó hasta la esquina de la calle y allí se detuvo, comprendiendo la imposibilidad de ir más lejos. Frente á él, á la derecha y á la izquierda, extendíase la doble hilera de casas elevadas como torres negruzcas, impregnadas de humedad, por encima de las cuales perfilábanse en el cielo gris, las líneas negras y rígidas de los hilos telegráficos, como las cuerdas de un instrumento monstruoso. Por el centro de la calle, en el entarugado cubierto de lodo amarillo y pegajoso, rodaba el torrente sin fin de los coches y de los ómnibus y por ambas aceras un gentío negro, inabarcable, coronado por la cúpula luciente de los paraguas, corría sin cesar, hombres y mujeres con igual apresuramiento y decisión, cada cual en demanda de su tarea, todos absortos en la idea fija del trabajo, de la defensa contra las imperiosas necesidades

de la vida. Y Tomasito evocaba la visión de las calles del mediodía luminosas y alegres, los blancos toldos de sus tiendas, el andar perezoso de los transeúntes, los saludos y las charlas prolongadas en las esquinas ó en los portales de las casas, las vendedoras ambulantes pregonando con frase cadenciosa el pescado ó la fruta, las hortalizas ó las flores, los corros pintorescos y bullangueros alrededor de los pilares públicos, los chiquillos que juegan y saltan en la acera bajo la mirada benévola del municipal recostado en una esquina, graznido de cotorras y gorjeo de pájaros canarios, las niñas que asoman á la ventana sus floridos moños y el novio que pasa lentamente, volviendo á cada instante la cabeza...

Al cabo de media hora regresó Tomasito al Hotel, con el firme propósito de salir de Londres al siguiente día. La idea de ver á D. Ramón, de abrazarle, de oír nuevamente el acento lánguido y musical de su tierra, le enternecía como la esperanza de una ventura próxima.

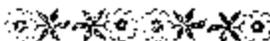
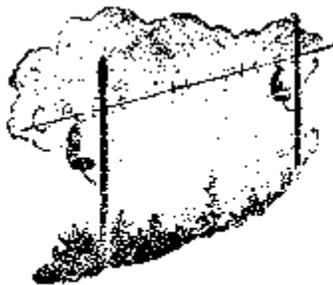
Por la tarde y mientras escribía una carta larguísima á los viejos lloró copiosamente como un niño.

A las oraciones, como se dice allá abajo, en el rincón atlántico, visitóle Mr. Ridge, el muchacho de la nariz rubicunda, que se quedó como quien ve visiones al conocer la determinación de Tomasito. ¡Estar en Londres y no ver á Londres, la capital de Inglaterra y por consiguiente del Universo Mundo! ¡Y él que había pedido permiso á sus jefes para acompañar un día entero á *Mister Sousa* y llevarle á *Crystal Palace* y á *Madame Inssand's Exhibition*! (Dos sitios que él, Mr. Ridge, no conocía y que se proponía visitar á costa del candoroso *guancho*). Al fin hubo de resignarse, en vista de la inquebrantable resolución de Tomasito y se despidió hasta la siguiente mañana y hora de las nueve en que volvería para acompañar al viajero á la estación de *Chawing Cross*.

A las ocho se hallaba ya Tomasito entre sábanas, después de haber diri-



gido un telegrama á D. Ramón, rogándole le esperase al siguiente día, á las siete de la tarde, en la *gare du Nord*. Y aquella noche, acariciado por la suave esperanza de viajar al siguiente día con la cara al Sur, durmió perfectamente, sin ensueños ni palpitaciones.



CAVILOSIDADES

DERRIBOS

Una de las preguntas más usuales entre los hombres es: «¿qué hace usted?» Y á veces nos encontramos apurados para contestar, porque nos hallamos á la sazón en uno de esos períodos de actividad *interior* en que no *hacemos* nada, sino que deshacemos algo que estorba, algo que hemos edificado en otros tiempos con amor y con trabajo inmensos, y cuya inutilidad ó cuya maldad ó cuya fealdad, hemos acabado por comprender. No, á veces no *hacemos* nada, pero esa tarea oscura de derribar lo viejo, lo que nos priva del aire y de la luz que ansia nuestro espíritu, es trabajo que exige de nosotros fuerzas incansables, constancia tenáz é impasibilidad bastante cruel para sacrificar ilusiones, hijas queridísimas de nuestra mente. ¡Deshacer, deshacer! Grave empeño que casi nunca acometemos á tiempo, y en el que casi siempre suspendemos nuestro esfuerzo al caer á tierra los primeros murallones que derribamos, ahogados por el polvo y aterrados por el vacío que va quedando en nosotros. Pero ese vacío es lo que da paso á la luz y al aire: merced á él se abren á nuestros ojos los horizontes del espíritu, las grandes perspectivas de la inteligencia. Claridad radiante y oxígeno vivificador; eso es lo que hace falta por lo pronto.

Después edificaremos.

LA DRAGA

Y el inventor, después de trabajos inmensos, inventó por fin la gran draga del espíritu.

¡Ah, qué cosa más admirable era aquella draga! La máquina maravillosa rompía la superficie de los mares del espíritu y descendía á lo profundo; atra-

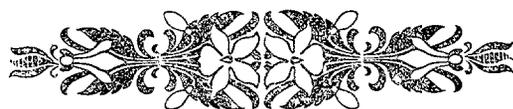
vesaba el espeso entrelazamiento de las algas y llegaba al fondo, á donde nadie había llegado hasta entonces.

Y del fondo inexplorado de los mares intelectuales sacaba la draga cosas portentosas que jamás habían visto los ojos de los hombres. Conchas rarísimas, de irisados colores y bordes afligranados; ramificaciones de corales ignotos; plantas de delicadísimo dibujo; ¡y también feos monstruos!, monstruos horribles, cuya contemplación hacía temblar; sóres gelatinosos que hacían palpar repugnantemente su masa blanda.

Y con todas aquellas maravillas arrancadas al fondo de los mares intelectuales, se formó un museo grandioso, y todos los ejemplares fueron clasificados y numerados cuidadosamente, y en blancos pedazos de cartón se escribieron sus nombres.

Pero desde entonces desapareció el encanto de los mares espirituales. Ya la brisa no riza su superficie; ya el sol no arranca destellos de diamante á sus olas. Ni olas tiene ya. Las aguas quietas no reflejan las nubes, y de su seno se alza una voz que clama: «¡Murió nuestro encanto, porque nos arrancaron nuestro misterio! Nuestro fondo está ya limpio de lo que contenía. Pero nuestro encanto venía de nuestra profundidad, de las conchas raras que nunca habían sentido la caricia del aire, de las plantas que se agarran al fondo y de los monstruos. ¡Si, de los monstruos más que de ninguna otra cosa!»

ANTONIO GOYA.





HISTORIA DE LAS SIETE ISLAS DE CANARIA

COMPUESTA POR D. TOMÁS MARÍN DE CUBAS

(Continuación)

Llegó Bethencourt á la Ervania en el navichuelo á fines de Octubre, al Puerto de los Jardines, que fué á donde los franceses, y él primero salieron á tierra á hacer el fuerte, y se había fabricado una Ermita á Ntra. Sra. y una casa fuerte que servía de almacén; y la guardia dió luego aviso á los de Riqueroch y Baltharais de la facción de Gadifert, que no quedaron muy gustosos de saber su derrota; y fué alegre de los demás la venida de Bethencourt.

Los naturales en todas maneras procuraban molestar á sus huéspedes con buenos rebatos, tanto á unos como á otros de ambos reales, desde que faltó Bethencourt, y ahora para despique de su altivez, manda á 15 franceses de los suyos salgan á correr la tierra y prender á algunos de los desmandados, y el día último de Octubre salieron contra ellos que hallaron aperecidos, mataron seis franceses y vuelven los nueve muy mal descalabrados. Braveando Bethencourt en cólera mandó orden á los de Baltharais que toda la gente fuesen contra los naturales, y sin advertir el daño de dejar desprevenida la plaza, se fueron á ellos con quien trabaron grande pelea con muertes de ambas partes y retirándose Bethencourt con los suyos á Riqueroch, le halló derribado por el suelo, robado y quemado, que les obligó á pasar á Baltharais, plaza de Gadifert. También en la playa de los Jardines quemaron la Ermita, derribaron el fuerte, derramaron aceite, pólvora y lo demás del almacén, armas, pertrechos, balistas etc. y ellos sitiados de una emboscada que les siguió desde Riqueroch.

Considerado el grave peligro que todos tenían y la total pérdida de todo lo poseído, hallaban en semejante aprieto de acabar con su señorío y máquinas de conquistas; se fortificaron lo más aprisa que pudieron y desde aquí llamaron la Isla del nombre primero Fortuite y los españoles Fortuna, y luego fortificaron otra vez á Riqueroch, y que en la lancha grande venida de Africa se diese aviso á Rubicón y viniese gente, y que el Rey Luis le diese ayuda conveniente para defenderse: presto volvió respondiendo que en tres días se juntaría la gente y á todo daría cumplimiento, mas que le enviasen socorro de ropa y abrigo, vestidos, y que se les limpiasen

de nuevo las cisternas del agua, que el año pasado Bethencourt había hecho llenar de tierra para sitiarnos por sed, y así lo prometió Bethencourt. Habiendo ido á pescar los de la lancha á cordel, dos leguas de la costa adelante, llegaron algo á tierra por no haber visto gente, y así descuidados les acometieron algunos 60 de los naturales, con lluvia de pedradas, mientras se pusieron en huida, aunque les disparaban algunas flechas, dañaban más las piedras por la distancia, y así les iban siguiendo, á gritos y silbos, y cuando les veían algo cerca, volvían á sus piedras, y no les dejaron venir á tierra; el día siguiente los demás franceses de Baltharais les desocuparon el paso, y vuelven á Rubicón por gente; deseaba Bethencourt coger á un gentil medio gigante, de más de nueve pies de alto, y cautivarle; y habiéndole venido la gente que esperaba, nombró por cabo á Juan Cortés, y saliendo á buscarle se retiraron á los montes y Bethencourt estaba ocupado con las fabricas, y los de Baltharais, que tenían por cabo á un Anibal con cinco franceses y tres castellanos sus camaradas, sin licencia de Bethencourt se fueron en busca de los enemigos, quedando tres á guardar la plaza; guiaron á un pueblo donde estaban encerrados en la Casa del Consejo, los castellanos ajotaron sus dos perros de armas y en breve tiempo acometidos mataron á diez gentiles, y uno de ellos era el medio gigante, y los demás huyeron: sabido esto por Bethencourt, fué muy enojado por que faltaban á sus órdenes, y más que sin licencia suya habían muerto al medio gigante; había salido otra vez con más franceses Juan Cortés á otra embestida contra los naturales, que mataron á algunos franceses, y trajeron á dos con las piernas quebradas, juntáronse gran cantidad de gentiles que sitiaron á Baltharais, y fueron á Bethencourt, que todo estuvo aquel día á pique de perderse; y muy confuso Bethencourt porque no guardaban su orden y así envió á los de Baltharais muchos mensajes, y amenazas de que les quería quemar la casa, y que respondiesen á estos capitulos y por qué le mataron al gigante que quería llevar vivo á presentar al Rey de Francia, que le volviesen el papel firmado de sus ordenanzas que les había enviado, pues no las guardaban, y que le diesen los cautivos de parte de Gadifert, que á él le tocaban y nó á otro, que serían hasta 30 niños y mujeres. Responden á lo primero los castellanos que en pelea mataron al gigante, que él sólo peleaba por 20 hombres; á lo demás responden los franceses que Alfonso Martin con sus dos camaradas castellanos rompieron el papel de Mosen Juan, y se burlan y rien de su conquista y señorío de las Islas; y de los cauti-

vos, protestan la fuerza de no quererlos dar, dando poder á cualquier Príncipe contra Bethencourt. Pasaban estas cosas de chismes y disenciones, todo con poca ó ninguna fuerza para defenderse cuanto más para conservarse allí ofendiéndose con guerras civiles; los de mediano juico esperaban el fin muy contrario de lo que el Señor fué servido de obrar con su misericordia.

Siendo ya mediado Enero del año siguiente de 1405 cuando vino un gentil de parte de los dos Reyes de la Isla, que pedía paz, tan cerrado que se le pudo entender cosa alguna, parecía nuevo africano como lo era: fué Alonso, el lengua, á saber de los dos Reyes lo que pedían, y querían volverse con él, y se le estorbó hasta otro aviso; que dijo que todos pedían paz y ser cristianos como lo era el Rey Luis de Tite; fué Bethencourt, y todos los cristianos, muy alegres, mandóles á decir que fuesen muy bien venidos luego que quisiesen. Volvió Alonso acompañado de muchos gentiles, que traían un buen regalo de tierra firme, muchos y buenos dátiles, y entre otras cosas una fruta que otra como ella no se había visto en Europa, el olor era muy subidísimo y penetrante, el color citreño, el fruto largo, redondo, dice el libro de los franceses, y parece son plátanos.

El día 18 de Enero llegó al Real Rey, de hacia la parte que mira al Norte de Ervania, con 22 y después llegan 41; bautizóse luego, llamóse Luis; el día 25 llegó el de la otra parte, que mira á Canaria y á Africa, con 46, con otras más familias que iban viniendo, que fué grande gozo y alivio de ver reducido á tal quietud y paz el trato de la Isla; este Rey se llamó Alonso. Llamáronlo los españoles la Buenaventura.

CAPÍTULO X

Vuelve á Francia Bethencourt y trae gente á las Islas.

Dejando guarnecidas las plazas y demás cosas en razón, Mosén Juan de Bethencourt el día último de Enero salió en su navichuelo para Francia, llevó los franceses de la facción de Gadifert, menos dos, Aníbal y Dandrach, tres naturales, dos hombres y una mujer, para que viesen y notásen las cosas de Francia, y en 21 de Febrero dió fondo en el Puerto de Harfleur; no quiso dar aviso de su llegada, procurando el secreto; hospedóle en la fortaleza del Puerto Hector Bachilla, pasó á su lugar de Grainville encasa de su deudo Roberto de Bracamonte, á quien había dejado encomendado su Estado y

hacienda, y le pagaba ciertas doblas; fue visitado de mucha nobleza, los vecinos hicieron fiesta á su venida, los dos Sres. de su mismo nombre, padre é hijo, Eustoquios de Dernevilla y el Baron de Heutoque trataron de la conquista que se sabía ya, y vino el Almirante Enquerand de Boisierra, su amigo, que le dió aviso de Bertin, que estaba allí en Paris muy arrepentido de lo pasado; después llegó su hermano Reinaldos, con su mujer Madama María de Bracamonté que se le trajo de su lugar de Bethencourt donde vivía; fué recibida con grandes regalos y cariños, ofreciéndole curiosidades de mucha estima, así traidas de España como de muchas partes, y ambar; era hermosa y de poca edad, no tuvieron hijos, y Mosén Juan ya era anciano, mas después de pocos días venida la Señora, no se llevaron bien y quedaron disgustados.

Lo más presto que pudo disponía la vuelta á Islas Mosén Juan. Procuró traer alguno de sus deudos á que le sucediese en el señorío; ofrecióse un sobrino suyo, mozo de poca edad, Eustoquio, y no le admite diciendo que no le quería dar tanto trabajo como al que se exponía, y escogió á otro sobrino hijo de hermano, Mosén Maciot Bethencourt, otros deudos llegados á su casa, y fueron seis capitanes Ricardo Granvella, Juan Bonilla y Juan Peucis, con otros, pregonó gentes y familias, ofreciendo premios y repartimientos de tierras fertilísimas, ricas de todos ganados y frutos; asistíanle siempre su hermano Reinaldo y Roberto Bracamonte, y todos á boca llena sin poder nadie irse á la mano le daban Rey de las Canarias, con título de Majestad, y ello oía de buena gana; admitió todo género de gente, oficiales de todos oficios, y así trajo pocos con sueldo: y prevenidas las familias daban orden á su viaje; compró otro navio á Roberto Bracamonte y con su fragatilla lo acomodó todo; pasaron muestra 160 soldados, 22 familias, 11 de Granvella, 4 de Pity, y de otras partes las demás, y dió aviso á España por el correo.

Mandó pregonar el viaje para el día 6 de Mayo; el primero se despidió de sus amigos, y el 9 salió de Harfleur; y con buen tiempo, á los principios de Junio dió vista á Rubicon con muchos gallardetes y empabesada de flores de lis, cajas y clarines, y en eso se conoció ser Bethencourt, y luego disparó salva real y se le respondió de tierra; vinieron tres lanchas de gente muy lucida de gala y librea primero que la de Mosén Juan; la marina llena de todos los naturales, desnudos, y al venir Bethencourt,

se tendieron de pechos por el suelo y los chiquillos cantaban elogios, dábanse con ambas manos abiertas palmadas y bailaban abrazándose; todo era fiesta y regocijo á su venida. Hospedóse en Rubicón; los franceses, que esperaban grandezas, ya veían la desnudez y desabrigo de todos, y aún de la tierra, que no podía parecerles bien. Por los tiros, que se oyeron en Ervania, se supo esta llegada y vinieron en la lancha con Juan Cortés, Boisierra, Aníbal y el Rey Luis; dijeron cómo la paz y reducción iban en aumento. Todos adulaban á Bethencourt y decíanle que si al principio hubiera venido con tanto lucimiento como ahora, sin duda desde luego se hubieran entregado sin dificultad alguna, y que desde ahora se podía llamar dueño de estas y otras más islas si aquí hubiese; fué muy satisfecho, y acompañado de todos, salió para Ervania.

Entró en Riqueroch con toda su gente, fué recibido con salva real y nombró título de Rey de las Canarias, y así se hizo retratar con corona de puntas de oro en bonete, como los Reyes de Africa; vino á visitarle toda la Isla y los dos Reyes Luis y Alfonso, muy cerrados en la lengua, y nuevos africanos, que apenas por intérprete se les podía entender alguna palabra; eran muy bárbaros; mandóles Bethencourt detener para cenar, y con la admiración de tantos clarines no acertaban á comer.

Visitó Bethencourt mucha parte de la Isla, é hizo fortificar y reparar mejor á Baltharais, adornó la capilla de Ntra. Sra. de Bethencourt, devoción y advocación de su lugar, colgadura, ornamento, misal, dos campanas de á cien libras, y por Cura á su Capellán Juan le Varrier; y siendo ya tiempo de un aventura, hizo junta de los prácticos procurando saber qué cosa es esta Canaria que tanto dicen de ella y la ferocidad de su gente. «Siempre la he traído entre ojos, unos me facilitan su entrada, otros la dificultan, y lo peor es que hay quien la imposibilita.» Todos callaron, y vuelve á decir. «Mucho quisiera saber, Sres., que tantos aclaman esta Isla, quiero darle una visita.» Refiriéndole las crueles guerras antepasadas de sus principios con los Castellanos, dijo Alfonso Martín; responden los franceses, Juan Cortés, que luego importaba ir á ella; Aníbal dijo: «Yo he estado en ella otras veces y no me parece tanto como dicen, me atrevo á almorzar unas sopas y pasar á la otra parte á cenar llevando un buen despojo», y otros proponen facilidades semejantes; y Bethencourt mirando á todos dijo: «¡Ah! Sres. presto sabré que cosa es, ó para descubrir sus puertos, ó cuando yo no

pueda otro Príncipe la conquista, ó como Dios fuere servido.

Estando casi todo prevenido para ir á Canaria, á más de mediado de Septiembre, le dan aviso á Bethencourt, que venían preguntando por él una lancha grande de gente armada de Castilla y Vizcaya, que el Rey de Castilla enviaba á la conquista tres Galeras que estaban snrtas en Isla de Lobos; Bethencourt se holgó mucho, aunque los franceses quisieran por sí solos haber emprendido la de Canaria pues les parecía ser ellos muy bastantes.

CAPITULO XI

Tres Galeras de España vienen á las Islas para la conquista

El Almirante de esta escuadra de tres Galeras, dice el libro de los franceses, que era un Vizcaino vecino de Cadiz, de cuyo apellido le hay hoy en Canaria y Cádiz; luego que se vió con Mosén Juan de Bethencourt, le dió el pliego del Rey D. Enrique, en que le daba á escoger una de las galeras, y en lo demás dispusiese á su orden: á esta empresa de Canaria, como estaba determinado, se ofrecieron muy orgullosos los franceses á cual iría primero con Mosén Juan en la galera de más fuerza; ocupó cien franceses consigo, los más lucidos; á Maciot dejó por Gobernador y teniente de las dos islas Tite y Ervania, y diceles que los que ahora le acompañan en la conquista después irían á Francia con él y repartió entre los castellanos á cada galera 50 franceses.

Salieron de Ervania ó Fuerteventura el día 6 de Octubre del mismo año 405, guiando las tres galeras al puerto grande, frontero de Telde y Argonez, que es Gando, y dándoles un recio norte desgarraron á tierra de Africa junto al Cabo Bojador, entráronla por más de diez leguas donde estuvieron ocho dias, apresaron muchos árabes con familias y más de cuatro mil camellos; de muchos se hizo provisión de carne, y manda Bethencourt que una galera llevase á Ervania los esclavos y camellos y pasó en ella los 50 franceses y por cabo de los ciento á Juan Cortés, y que diese presto la vuelta á la parte sur de Canaria donde los esperaba; y en la otra galera pasa los castellanos y le mandó fuese á la Isla de la Palma mientras él solo bastaba para la empresa de Canaria que ya miraba para sí.

(Continuará)





DONATIVOS AL MUSEO CANARIO

Mes de Abril de 1901

Un vaso canario casi completo encontrado donde dicen el «Tablero» en el ex-Monte Lentiscal. Donado por la Srta. Ana Quevedo y Quintana.

Una momia completa envuelta en gran número de pieles.—Un esqueleto incompleto momificado.—Un cráneo incompleto semi-momificado con parte de la columna vertebral, varias costillas y parte de un brazo.—Varios fémures, tibias, pies y manos momificados.—Varios tejidos de junco.—Una pierna de calzón ó pantalón de piel bastante curiosa por la labor hecha en la misma piel y el cosido también con tiras de la misma clase de material.—Cincuenta vasijos de los primitivos habitantes de esta isla de diversos tamaños y variadas formas, entre los cuales existen algunos de formas hasta ahora desconocidas en el Museo.—Una pintadera en barro. Una cabeza y dos fragmentos de ídolos también en barro. Donativo del Sr. Conde de la Vega grande procedente de varios sitios de esta isla, y cuya descripción detallada ya se ha publicado.

* * *

Donativos en el mes de Julio

Setenta y nueve monedas españolas de á medio cuarto. Donadas por la Srta. Ceferina Morales y Castellano.

* * *

Donativos en el mes de Agosto

Una medalla conmemorativa de la coronación de Zorrilla.—Otra de una empresa de vapores de la Habana.—Tres monedas griegas.—Tres monedas españolas, una de dos cuartos, otra de uno y la otra de dos y medio céntimos de Escudo.—Dos monedas de los Estados Pontificios.—Una moneda de Marruecos.—Otra portuguesa.—Una moneda pequeña inglesa y otra del Gran Ducado de Luxemburgo. Todas en bronce, menos la de la Empresa de vapores de la Habana, y donadas por varios al Preparador D. Juan Bta. Santana.

Dos pájaros aun no clasificados. Donador D. Juan Melo y Rodríguez.

Ocho monedas españolas, dos de dos cuartos, otras dos de á un cuarto y cuatro de medio cuarto. Donativo de D.^a Maria del Rosario Guerra y Castellano.

Un trozo de basalto con una ramificación natural. Se ignora el sitio donde se halló, y fué donado por D. Francisco Herrera.

* * *

Donativos en el mes de Septiembre

Dos bombas volcánicas halladas en el volcán de Arafo (Tenerife) por el donador D. German Wildpret.

Un trozo de muela de molino de los guanches hallado en las faldas del Teide al pié de la Montaña blanca, llamando la atención la altura á que se halló. Donativo del mismo señor.

Un gusano sin clasificar aun, de color oscuro y de ocho y medio centímetros de largo, donado por Don Manuel Naranjo.



El Museo Canario

Revista decenal

Órgano de la Sociedad del mismo nombre

establecida en Las Palmas

para el adelanto de las Ciencias, las Letras y las Artes

NÚMERO 438. 139

Las Palmas 20 de Octubre de 1901.

LAS PINTADERAS DE EUROPA, CANARIAS Y AMÉRICA

COMUNICACIÓN AL CONGRESO DE AMERICANISTAS

CELEBRADO EN PARÍS,

POR

Diego Ripoche y Torrens

I

En 1883 publicó el Dr. Verneau en los *Anales de la Sociedad Española de Historia natural*, una memoria sobre las *Pintaderas de Gran Canaria*, dos años más tarde traducida al francés y publicada en la *Revue d' Ethographie*. En ella exponía el autor una idea que desde el año de 1877 había comunicado á Berthe'ot y que éste presentó como suya en su libro *Antiquités Canariennes*: la idea de que aquellos curiosos objetos sirvieron para imprimir dibujos sobre la piel.

Cuando el D. Verneau imaginó esta idea, el número de ejemplares coleccionados era muy escaso, seis solamente; pero más tarde aumentóse la colección hasta la cifra de cuarenta y dos, todos procedentes de la Gran Canaria, y de los cuales, treinta fueron encontrados en Agüimes en el mismo taller donde fueron fabricados; y gracias á esta serie, ya importante por su número, pudo el autor establecer comparaciones entre las pintaderas canarias y otros objetos similares procedentes de otros países.

Desde entonces acá nuevos hallazgos en la misma Isla elevan la cifra de las pintaderas conocidas por nosotros á un centenar de ejemplares, que, por sus variadas formas, nos permiten completar el interesante estudio del Doctor Verneau. Por otra parte, pareceme útil resucitar este asunto teniendo en cuenta que las conclusiones del autor, admitidas por la inmensa mayoría de los etnógrafos, se discuten, sin embargo, por un número insignificante, que, á mi juicio, se extravían por el campo siempre peligroso de las hipótesis.

La mayor parte de las pintaderas canarias han sido vaciadas ó modeladas por mí. También he podido vaciar, gracias á la amabilidad del Dr. Hamy, un gran número de pintaderas americanas que forman parte de la colección del Museo de Etnografía. Por último he llegado á completar esta serie, modelando, mediante diseños que parecen irreprochables, las modernas pintaderas de Venezuela representadas en el libro del Dr. Marcano, y las de Italia, descritas por M. G. Bellucci, y cuyo origen, según él, se remonta á la época neolítica.

En resumen, poseo actualmente un respetable número de estos curiosos objetos, algunos de los cuales he traído para que puedan ser examinados por los Sres. congresistas. Otros pueden verse y estudiarse en la exposición de monumentos megalíticos de la Sociedad y de la Escuela de Antropología, instalada en la galería exterior del Museo del Trocadero.

Con tan numerosos documentos y con el auxilio de los textos que á ellos hacen referencia, puede llegarse, sin duda, en la actualidad á la resolución definitiva de este problema.

II

Creo conveniente empezar recordando en breves palabras lo que son las pintaderas.

Son objetos contruidos en barro cocido ó con madera, que ofrecen sobre una de sus caras, plana á veces, otras ligeramente convexa ó cóncava, ciertos dibujos en relieve. Entre ellos hay algunos cilíndricos ornamentados solamente en sus dos ases; otros hay que afectan una forma cúbica regular con dibujos grabado sobre cuatro de sus caras ó sobre las seis. No sé que hasta hoy se hayan encontrado pintaderas cúbicas en otra localidad fuera de Gran-Canaria.

En la mayor parte de los ejemplares y en la cara opuesta á la que ofrece el dibujo, se observa un pequeño mango que permite sujetarla entre los dedos; generalmente ocupa el centro de figura; pero en algunos casos ocupa uno de

los extremos. El mango es á veces macizo, otras está atravesado por un agujero destinado á colgar la pintadera. Poseemos un ejemplar procedente de Colombia que está provisto de un asa comparable á la de un hierro de plancha.

La superficie grabada afecta diversas formas: triangular, cuadrada, rectangular, circular, oval etc. Los triángulos son rectilíneos ó curvilíneos, simple á veces, doble otras, y en este último caso están opuestos por el vértice; los rectángulos se prolongan en algunos ejemplares de un modo desmesurado. Algunos presentan una escotadura á expensas de unos de los bordes, en otros por el contrario ofrecen un apéndice ó prolongación. En algunos casos, aunque muy raros, las pintaderas tienen una forma navicular ó sus bordes son contorneados de un modo irregular. Observemos, por último, que el perímetro es con bastante frecuencia dentellado, ya en toda su extensión, ya, tratándose de las formas rectangulares, en sus extremos exclusivamente.

Antes dije que las pintaderas se construían en barro cocido ó en madera. Por el tiempo en que Mr. Verneau escribió su memoria no se había aun descubierto en Gran-Canaria ninguna de esta última materia y sin embargo, no dudó un solo momento en asimilar á estos objetos los *sellos* de los abisinios, descritos por Mr. Mondiere y que estaban contruidos con esta materia prima. Entonces se dijo que una comparación entre objetos tan desemejantes no era posible, pero los descubrimientos hechos con posterioridad han quitado todo valor á estas observaciones de la crítica. Efectivamente, los primitivos canarios no siempre fabricaron sus pintaderas valiéndose de la tierra cocida; también utilizaron la madera con tanta habilidad como los negros de Abisinia y los modernos indios venezolanos. Hasta hoy han sido encontrados en Gran-Canaria por lo menos veinte y cuatro ejemplares, tan semejantes á las otras de barro cocido, que es imposible, al compararlas, dejar de entender que sirvieron para los mismos usos.

No es mi intención describir en todos sus detalles las numerosas pintaderas hasta hoy coleccionadas; pretendo simplemente poner de manifiesto sus analogías, para, una vez demostrada su identidad, deducir en buena lógica que fueron destinadas á un mismo uso.

Empezaré por describir á grandes rasgos su forma en general. Tanto en Gran Canaria como en Méjico se han encontrado pintaderas de forma cuadrada; las rectangulares proceden de Italia, Canarias, Méjico, Colombia y Venezuela.

Las circulares existen en Gran Canaria, Méjico, Guatemala y Venezuela. Por consiguiente los caracteres morfológicos, por ser comunes á comarcas tan distantes unas de otras, nunca podrán servir de base para atribuir usos diversos á estos objetos. Es hasta curioso, observar cómo á través de grandes distancias en comarcas absolutamente separadas se reproducen formas semejantes.

Antes hice alusión á las pintaderas cilíndricas que ofrecen solamente el grabado en sus extremidades. A esta clase corresponde la estudiada por M. Bellucci y clasificada como correspondiente á la época neolítica y que fué encontrada en Umbria (?) y otras en madera ó en barro recogidas en Gran Canaria. También se han encontrado de esta misma clase en América; pero las procedentes de la otra orilla del Atlántico tienen dibujos en relieve sobre todo su contorno, sirviendo como verdaderos rodillos. Algunos han pretendido demostrar que estos rodillos estaban destinados á imprimir ornamentos sobre la pasta aun fresca de los vasos, y aunque esto pudo suceder en muchas ocasiones, tampoco puede negarse que muchos otros de estos objetos pertenecen indudablemente al grupo de las pintaderas. En el Museo etnográfico del Trocadero existe un busto de Indio del Orinoco que, por indicación del malogrado Crevaux, fué tatuado por medio de uno de estos objetos, y aun más, en el mismo Museo pueden verse otros rodillos en tierra cocida que, según datos proporcionados por viajeros, son empleadas para el mismo fin.

Por algunos se ha hecho resaltar las diferencias que ofrecen, en lo relativo al diseño, los objetos que estudiamos, según la comarca de que proceden. La observación es exacta, y diseño hay que se encuentra en un país con exclusión de los otros.

Así, por ejemplo, en las pintaderas mejicanas se observan frecuentemente figuras de animales (hombres, monos, pájaros, tortugas, etc); pero aun en el supuesto de que esta ornamentación tuviese un alcance simbólico, no por ello habría de deducirse que el dibujo no estaba destinado á imprimirse sobre la piel. Desde el punto de vista de la ornamentación, es cosa por todos sabida que el gusto cambia según las razas y aun según los individuos. Méjico nos suministra una prueba y un ejemplo de lo dicho: junto á las figuras que acabo de citar aparecen otras puramente geométricas (líneas, triángulos, cuadrados, rectángulos, circunferencias etc.) las cuales, comparadas á las de

otros países, acusan, ya grandes semejanzas, ya una absoluta identidad.

Precisamente la idea de hacer resaltar estas semejanzas es la que me ha decidido á exponer ante el público una parte de mi colección de vaciados, y de seguro después de verlos á ninguno extrañará mi afirmación de que frecuentemente es imposible, tratando de una pintadera aislada, determinar si fué encontrada en Méjico ó en las Islas Canarias. (1) Un gran número de antiguos dibujos se encuentran ahora reproducidos en las modernas pintaderas de los Indios del Orinoco, de Venezuela y otros países comarcanos. Por consiguiente, me creo autorizado para deducir que objetos tan semejantes fueron contruidos para un mismo y único uso.

Por otra parte, recordemos, llegando á este punto, el testimonio ya citado de algunos viajeros que han visto á los Indios procediendo á la pintura de la piel mediante las citadas pintaderas.

Véase lo que á este propósito dice el Dr. Marciano refiriéndose á los Piaroas: «También los actuales Piaroas tienen la costumbre de pintarse el cuerpo, pero por medio de otro procedimiento: construyen con madera objetos á modo de sellos que aplican á la piel previamente embadurnados con materias colorantes.» Otros exploradores y con referencia á diversos países hablan del mismo procedimiento como práctica corriente. Me parece inútil repetir lo que escribe Mr. Mondiere respecto á los negros de Abisinia, pues Mr. Verneau insertó íntegro el relato en su ya citada memoria.

Segun esto, parece natural la deducción de que estos objetos antiguos, similares, que ofrecen frecuentemente la misma ornamentación debieron ser usados con idénticos fines, tanto más cuanto un gran número de ejemplares, ya procedan de Méjico, ya de Colombia o de Gran Canaria, conservar en los surcos de su superficie restos visibles de materia colorante.

Añádase á lo escrito, el testimonio de algunos autores antiguos cuyas observaciones no pueden dar lugar á dudas. En el libro de Herrera hallamos pasajes que, aun no siendo muy explícitos, atestiguan que, los Indios del Yucatán acostumbraban pintarse el cuerpo. Los siguientes párrafos lo confirman: «Los hombres fueron siempre aficionados á los perfumes; pintábase el cuerpo y el tronco por galantería... Se pinta-

(1) Tan grande es su semejanza que el Dr. Chil ha tomado por pintaderas canarias dos mejicanas de mi colección. Un examen más detenido y algunas explicaciones le han convencido de la semejanza de estos objetos.

ban el cuerpo y cuanto más se pintaban mas hermosos parecían... Las mujeres se pintaban el cuerpo desde la cintura hacia arriba á excepción de los senos... algunas se pintaban en rojo como sus maridos y con la pintura mezclaban liquidambar con lo cual permanecían por algunos dias hermosas y perfumadas.» (1)

Diego de Landa nos da á conocer el procedimiento empleado por estos Indios para pintarse el cuerpo. Es de tal importancia este texto que á pesar de que ya lo publicó el Dr. Verneau, lo reproduzco copiándolo de su original español: «Acostumbraban untarse con cierta unción de colorado, como los maridos, y las que tenían posibilidad echaban la cierta confección de una goma olorosa y muy pegajosa y que creo es liquidambar, que en su lengua llaman iztehtë, y con esta confección untaban cierto ladrillo como deseaban que tenían labrado galanas labores y con aquel se untaban los pechos y brazos y espaldas y quedaban galanas y olorosas, segun les parecia, y durábales muchos dias sin se quitar segun era buena la unción.» (2).

Análogas citas pudiéramos transcribir con respecto á Méjico. Oviedo, Herrera, Acosta, Gómara hablan de la pintura de los antiguos mejicanos. Color y diseño variaban segun se tratase de una fiesta, de un sacrificio, de una expedición guerrera etc. De la lectura de los libros antiguos parece desprenderse que la pintura se distribuía en muchos casos uniformemente sobre la piel; pero, es indudable que las pintaderas, tan abundantes en aquel país, fueron utilizadas tambien para imprimir dibujos.

En efecto, un texto de Sahagun paréceme no dejar lugar á dudas. Así escribe á propósito de las mujeres Otomitas: «Las mujeres usaban zarcillos y se imprimían sobre pecho y brazos dibujos de color azul por medio de pequeños instrumentos que fijaban este color sobre la piel.» (3) Evidentemente los tales instrumentos eran los ladrillos pequeños que Diego de Landa señala en el Yucatan y que sería imposible no reconocer como pintaderas.

En el archipiélago canario, los indígenas se pintaban el cuerpo, por lo menos en la isla de

(1) Herrera (Antonio de).—Descripción de las Indias occidentales. 1691 año á 15 de Octubre.—Valladolid.—Dec IV Libro IX

(2) Diego de Landa.—Relation des choses de Yucatan. Texte espagnol et traduction en français en regard. Paris 1864 —Pag. 184.

(3) Histoire générale de choses de la Nouvelle Espagne par le R. P. Fray Bernardino de Sahagun, traduit et annoté par D. Jourdanet et par Rezi Simeon. Paris G. Masson e liteur.

Gran Canaria. Los textos citados por el Doctor Verneau así lo prueban y á ellos debo ahora añadir los siguientes. En 1620 escribía Remesal hablando de los canarios: «Combatían por la noche para mejor engañar á sus enemigos y se pintaban el cuerpo con colores varios para que no se viesen sus heridas.» (1) López de Gomara añade que esta costumbre estaba en uso no solamente con ocasión de los combates sino también en tiempo de fiestas: «los canarios, dice, pintábanse el cuerpo con colores diferentes cuando iban á la guerra ó celebraban fiestas.» (2)

Mr. Verneau, en su memoria tantas veces citada, cita los textos de Bontier y Le Verrier, de Cadamosto, Marin y Cubas etc., todos los cuales están de acuerdo en este punto. Viera y Clavijo, historiador de conciencia escrupulosa y que bebió en buenas fuentes, añade que los canarios tenían «adornada la piel con diversos dibujos y con figuras *impresas*.» (3)

Los objetos que utilizaban para trazar é imprimir estos dibujos, ya los conocemos: son las pintaderas, instrumentos semejantes, muchas veces idénticos, según lo demuestra mi colección de vaciados, á los otros que con el mismo fin empleaban los antiguos indios mejicanos.

En las islas Canarias, solamente en una, en la de Gran Canaria han señalado los autores la pintura corporal y precisamente este testimonio unánime coincide con el hecho de ser aquella la única localidad en que se han encontrado pintaderas. Si á esto se añade que muchas de ellas conservan aún en sus cavidades restos de materia colorante, parece demostrado con claridad que los indígenas se pintaban el cuerpo por medio de estos objetos.

Todo lo que antecede ya fué escrito antes de ahora por Mr. Verneau. Por mi parte sólo he querido apoyar sus ideas aportando numerosos ejemplares que permitan un estudio comparativo y algunos textos que corroboren su teoría. La cuestión, pues, me parece resuelta, y no habrá

(1) Remesal (Historia general de las Indias occidentales y particular de la Gobernación de Chiapa y Guatemala.) Escríbense justamente los principios de la religión de nuestro glorioso padre Santo Domingo y de los demás religiosos por el presentado Fray Antonio de Remesal de la orden de predicadores de la provincia de España.—En Madrid.—Año MDCXX.

(2) López de Gomara.—Histoire generale des indes occidentales et terres neuves que jusque á present ont este desconvertes, composés en Espagnol par François Lopez de Gomara et traduite en français par le S. de Geuillé. Mart. Fumée MDLXXXVII.

(3) J. de Viera y Clavijo.—Noticias de la historia general de las Islas Canarias. T. 1. p. 134.

ningún espíritu imparcial que combata las siguientes conclusiones:

1.º Las pintaderas se han encontrado en países donde sus naturales tenían la costumbre de imprimirse dibujos en la piel.

2.º Todavía conservan, en algunos casos, restos de materias colorantes.

3.º Han sido señaladas explícitamente por antiguos autores como instrumentos destinados a la pintura corporal.

4.º En la actualidad las usan y fabrican con los mismos fines algunos pueblos modernos.

El Dr. Chil y Naranjo, que con tanto calor había sostenido la idea de que los sellos canarios eran amuletos, símbolos que expresaban la unión de la tierra, del cielo y del mar, trinidad probablemente admitida por los antiguos insulares, ha desistido de su antigua opinión después de haber examinado los ejemplares de mi serie. Sin embargo, en una memoria que leyó en parte en el Congreso internacional de Antropología y Arqueología, pero que me hizo conocer íntegramente, expresa la idea de que los dibujos de las pintaderas constituían verdaderos signos geroglíficos. No lo comprendo: en hora buena que se vean signos simbólicos en ciertas figuras que los mejicanos se imprimían sobre el cuerpo mediante estos objetos; pero de ningún modo podemos explicarnos que se busquen inscripciones geroglíficas en las pintaderas de Gran Canaria cuya ornamentación se reduce á dos elementos geométricos que se repiten y combinan hasta el infinito.

Algo es algo, y el paso dado ahora por el Dr. Chil nos hace esperar que al fin llegará á un completo acuerdo con las opiniones del Dr. Verneau que son también las mías.

Después de la publicación de la memoria del Dr. Verneau, el profesor Issel ha descrito en la Natura (1) de Milán una pintadera en tierra cocida encontrada en Liguria, que recuerda exactamente las de Gran Canaria y está como éstas, provista de un pequeño mango perforado. En 1838 el Dr. G. Bellucci nos ha dado á conocer otros dos ejemplares procedentes de Umbría, de los cuales, uno difiere muy poco de los conocidos hasta hoy. Tiene una forma cilindro-cónica prolongada y lleva una ornamentación en relieve sobre las dos extremidades. Otros análogos han sido recientemente descubiertos en las islas Canarias en madera y en barro cocido. La semejanza llega hasta los dibujos, de tal modo que unas y otras se confunden y revelan, mejor

(1) Diego de Landa.—Loc. cit.

que todos los argumentos, que estaban destinadas al mismo uso.

Y como los sellos canarios sirvieron para imprimir dibujos sobre la piel, necesario es deducir que también los de Liguria y Umbria tuvieron la misma aplicación. De consiguiente, la costumbre de pintarse por medio de estos pequeños objetos pudiera ser mucho más antigua de lo que se cree y hasta remontarse á la época neolítica, si, como dicen los Sres. Issel y Bellucier, corresponden á este periodo los objetos descritos por ellos.

Esto no nos causa admiración. Acostumbrados estamos á la idea de que más de un hábito y más de un instrumento que estaban en uso entre nuestros prehistóricos abuelos se conservan en los pueblos modernos.

EL TRANVÍA DE LAS PALMAS Y SUS ABONADOS (*)

Yo viajo mucho en el tranvía de esta ciudad al Puerto de la Luz, y del Puerto de la Luz á esta ciudad, y como esto de las *dos perras* para ir, y otras dos para venir, forman al fin y al cabo una verdadera perrera, me aconsejaron que comprase un abono, y me economizaba, en viaje de ida y vuelta, una perra grande, igual á diez céntimos, que hacen al mes 30 perras, que son tres pesetas por cabeza, que para mí suman muchas pesetas, porque son muchas las cabezas en mi casa que con frecuencia se llenan de polvo en la carretera del Puerto de la Luz. Y economizando yo tres pesetas por cabeza, sin contar el polvo que no economizo, puedo darme el gusto de almorzar algún día en el hotel "El Rayo". allí cerca de la estación del tranvía en Santa Catalina, y aún me sobran perras para la propina al mozo y para envenenarme con una solemne tagarnina

—Conductor, ¿cuánto vale un abono de tranvía de primera?

—Dos pesos.

—¿Dos qué, hombre de Dios?

—Siete pesetas 50 céntimos.

(*) Este artículo ha sido escrito por un extranjero residente hace poco tiempo en Las Palmas, y traducido directa ó indirectamente para nuestra publicación; pero nos es preciso consignar, en honor de la verdad, que todas esas condiciones que rezan los billetes de abono en su carpeta, son letra muerta para el abonado, porque ninguna de ellas se observa; que es lo propio que acontece con todas nuestras leyes y mandatos, que se escriben para no cumplirse. El extranjero éste se creyó que lo escrito en el envoltorio de los billetes era verdad, y de aquí sus comentarios.—Nota del Traductor.

—Venga uno.

Y lo traje y pagué los cuartos, y me encuentro con un abono de 3.^a clase, que yo había pedido de 1.^a, porque, según me explicaron luego; aquí los coches se consideran como los pisos de las casas de Madrid, que al primer piso, descartando el bajo, lo llaman *entresuelo*, al que le sigue *principal* y van dos, y *primero* al 3.^o ¡Y vaya Vd. á desmentir la ciencia exacta de los números!

Veamos ahora, según la carpeta del tal abono, los derechos de que habré de disfrutar yo como abonado, adelantando 7 pesetas 50 céntimos para ir en coche de 1.^a aunque me encuentre aposentado en las duras tirillas de un coche de 3.^a

«NOTA.—Sólo se reconocerán como válidos los talones cortados del talonario por los conductores.»

¿Y por que nó los talones cortados por el dueño? ¿Por mí que los he pagado?

Es decir, que tengo la obligación, el deber, de entregarle mi abono al conductor, y le digo que corte cinco, seis ó siete talones, igual al número de personas de la familia que allí va, y como á veces están muy pegadas aquellas diablos de hojillas, corta una más; y le llamo, y reclamó, y contesta que sólo ha cortado el número dicho, y me quedo yo con un billete menos y con la duda, como luego se verá, de si vendría el talón con un número menos.

Luego no es éste un derecho para el abonado, sino un deber que la empresa concesionaria le impone contra su voluntad, por no habersele enterado antes de esa *no a*, que no he podido comprender á lo que conduce.

Leo lo contenido luego en el reverso ó dorso, y dice:

«CONDICIONES —1.^a El portador deberá entregarlo al conductor, quien se lo devolverá, después de haber separado los talones que aquel le indique, no pudiendo los conductores reconocer como válidos los talones cortados.»

Es decir, el portador *deberá*... ¡canastos! otro deber. Por esta nueva obligación que al abonado se impone, se ratifica el de la *nota* del anverso. Yo le entrego al conductor el abono porque me lo mandan; me lo devuelve después de haber separado los talones que yo le haya indicado, y no podrá el dicho conductor reconocer como válidos los talones cortados.

Según veo, estos talones son más delicados que el talón de Aquiles.

¿Por qué no han de ser válidos los talones cortados? ¿De qué vicio de nulidad adolecen?

Es decir que, estando yo en posesión de un talón que contiene 50 papeletas, no puedo yo pagar con él, no yendo yo, que salgo regularmente á las once y media de la mañana, ni el pasaje del sirviente que va á las seis menos cuarto, porque vuelve tarde, ni el de mi chico mayor que es un guapo chico y recluta disponible si no fuese el fuero de extranjería, que va

á las diez al escritorio, ni el de mi esposa y alguna de sus hijas cuando van á tiendas, sino qué tengo que comprar un abono para cada uno, si me reservo yo este talón que he comprado; y tengo que emplear un dínaral en talones ó gastar en cada viaje 20 céntimos por cabeza, y no darne el gusto de economizar un par de pesetas para almorzar en «El Rayo».

Ya lo sabe el dueño de aquel restaurant: Si no me ve por ninguna de sus mesas, es porque la empresa del tranvía es como una lima sorda que descose todos los bolsillos del pobre viajante.

¿Será por la ambición de vender más abonos por lo que se ha dictado la orden de no recibirse billetes separados del talón?

Y vamos con otra condición que constituye un nuevo *derecho* para la empresa y otro *deber* para el comprador:

«El conductor re ojerá la cubierta al quedarse con el último talón.»

¿Y por qué ha de recojer el conductor la cubierta? ¿Acaso no la he pagado yo al comprar el abono? ¿Qué no? Pues para no coasituirme en la obligación de conservar la cubierta que pudiera servirme para liar un par de cigarrillos, que se me entregue el talón sin cubierta, y pleito concluido.

Y hasta ahora queda una tercera irritante condición, cuyo alcance no he podido adivinar; porque constituye algo que no quiero llegar á comprender.

«Una vez rendido este talonario, la Compañía no responde de la falta de cualquier hoja ó talón que pueda haber en el mismo.»

De suerte que tomo yo un abono que no me dan sin el previo pago. Satisfago su importe y viene el abono á mi poder: cuento los talones y me falta uno ó dos; pues, por lo visto, no tengo derecho á reclamación alguna, porque he cometido la tontería de pagar sin contar; y no me permiten tomarlo sin pagarlo antes.

Y no se arguya que yo hubiera podido separar billete alguno, porque de nada me serviría, puesto que los conductores no pueden reconocer como válido ningún talón cortado.

Y no dice más el abono de 3.^a clase ni por el derecho ni por el revés; ni por dentro ni por fuera; ni por el anverso ni por el reverso; ni por delante ni por detrás.

¿Y los derechos del abonado donde están? Al abonado le corresponde pagar, y por eso se llaman *derechos* al estilo curial. Siempre sale condenado en costas.

Sin embargo, la empresa reconoce al abonado, en pago de su protección, el solemne derecho de *pataleo*; y si hay algún descarrilamiento ó descuido, el *derecho* de dejar algún apéndice de su cuerpo en medio de la vía, que es otro *pataleo*.

DONATIVOS

AL MUSEO CANARIO

Mes de Octubre de 1901

Una bolsita ó porta monedas construída con semillas al parecer de algarrobas, muy curiosa por la labor del tejido y adornos. Procede de América y la donó Doña María del Rosario Guerra y Castellane.

Una vasija en forma de olla hallada como á un metro de profundidad en el «Majuelo» lomo de los «Negrines» (Fuerteventura). Donativo de D. Agustín Pérez y Rodríguez.

Una moneda de Guernesey, otra de Nederlanden, otra de Deutsches Reich, otra de los Estados Unidos de América y otra de España. Todas en bronce y donadas por el conserje del Museo Pedro López Yedra.

* * *

ADQUISICIONES

Mes de Octubre de 1901

Primer lote.—Tres cráneos, de los cuales uno conserva adheridos fragmentos de piel de cabra usado para embalsamamiento. Varios fragmentos de pieles, restos de una momia deshecha. 26 punzones de hueso. 5 piezas pequeñas de madera de uso desconocido. 2 bruñidores de piedra volcánica. Un fragmento de vasija de madera. Todo procedente del barranco de Guayadeque, encontrado en cuevas donde extraían excrementos de aves.

Segundo lote.—Diez y ocho cráneos. Una momia incompleta. Varios restos de otra. Dos tibias, cuatro peronés sueltos y un cúbito. Cuatro astillas de madera encontradas junto á las momias. Un vaso canario incompleto, de barro. Un pequeño trozo de cáscara de pino con tres agujeros, cuyo uso se desconoce. Un cuchillo de hueso con un mango de madera introducido en el mismo. (Ejemplar único.) Siete punzones de hueso y ocho bruñidores en piedra volcánica. También de Guayadeque.

Tercer lote.—Dos restos de momia: (pelvis y extremidades inferiores ambas). Nueve cráneos. Una momia incompleta de un niño. Un omóplato, brazo y ante-brazo unidos por momificación. Un ante-brazo con la mano momificados. Dos tibias y peronés, con parte del pie momificados. Una tibia y peroné unidos por momificación. Siete piés incompletos también momificados. Una mano incompleta momificada. Otro resto de momia envuelto en pieles (tibias, peronés y pie) Tres trozos de madera muy dura y que parecen ser utensilios, para hacer fuego. Dos bruñidores en piedra volcánica. Un trozo de cáscara de pino de forma circular, cuyo uso se desconoce. Un punzón de hueso. Un trozo de cuerda de junco en forma de trenza. Unas matas de cabello negro y un trozo de tejido de junco. Como las dos remesas anteriores, procede también de Guayadeque.





¡Para tí, tierra canaria, que con purísimos incentivos efundes en mi ánimo la savia del amor; para tí, que en la alborada de mi otoño sonríes dulcemente á mis halagos; para tí, que dulcifi-

cas la última página del enigma de la vida; sólo para tí son estas flores ya sin perfumes, de arrugadas corolas y mustios pétalos! Si forjando alguna extraña quimera veo en tus paisajes algún trasgo, en cambio procuro reflejar fielmente tus besos y caricias, retrato tus pastores y sus cántigas, y en los claros de luna aparto los jarales de tus verjeles para que su luz ilumine el agua de tus charcas.

Yo, soñador más que otro alguno, veo en tí muchas veces á Beatriz ó á Laura del Dante ó Petrarca, legiones de brujas y duendes que se disputan furiosamente la ascensión á tus rocas de canchales, pero ¿qué importa si te doy en ocasiones, tras los esbaticientos de mis acuarelas algún retrato abúlico (pongo por caso) de cierto periodista ó de incierto herbolario?

En tí están los jardines de Babilonia, el último tributo del amor de Artemisa, cuentos de hadas, sarcófagos, el duende de Valladolid, las hechiceras de Vernon, el Bosforo... aberraciones; pero, entre ese enmarañado aborto dulce puede destacarse la útil ridícula silueta de algún imbécil, la oreja de algún burro, ó la punta de la nariz de un far-sante.

Vaya lo uno con lo otro, que no hay flores sin espinas; aquellas ya se marchitaron, las punzantes quedan, pues son de contextura más sólida.



NUBLO

Roca formidable en cuya cima gime el viento; á su pie y allá en lo más hondo del valle, serpenteando en caprichosas ondulaciones, por entre arbustos y herbazales, corren hilos de agua que se vierten en las acequias de los molinos. A la mitad de la ascensión, en la Cruz de Timagada, punto desde donde está tomado nuestro dibujo, la luz del sol, más cercana de nosotros, y el cansancio ocasionado por la subida, producen desmayo y sed. El agua y la sombra están más cerca de la altura, refresca siempre por copos de espuma, densos *cumulos*, que circuyen y acarician la cabellera del titán.

¡Cuántas angustias habrán presenciado á través de los siglos aquellos graníticos sillares! Sus afiladas aristas, lóbregas simas y erizadas moles simulan cuchillos, cavernas y fantasmas que producen pánico. Este soñado fingimiento, aunado á las muchas cruces que se encuentran diseminadas por los varios caminos, remedo es de la Sima del Atica con los signos sagrados, que unas veces redimen el alma de los condenados y otras conmemoran el postrer adiós de un mártir.

¡Cuántas cruces! Desde Valleseco á la Aldea, y de ésta á Artenara pueden contarse por centenares; algunas de ellas, refrescando la memoria, evocan un recuerdo, y casi todas guardan para la presente generación algún secreto; desde aquí, como antes y después, se divisan escalonadas en largas filas, diseminadas en todo el contorno, unas muy cercanas á nuestro contacto, otras más distantes, allá en la azul lejanía tocando con sus brazos el cielo, ó perdidas y ocultas en lo escabroso de la sierra ó en lo enmara-

ñado de los pinares. Los leñadores, parásitos de aquellas soledades, nos relatan por ellas nuevas historias de amores desgraciados, duendes, brujas y asesinatos.

Esta fué puesta para ahuyentar al diablo; aquella, para hacer huir á Lucifer; la otra, para conjurar al demonio; las tres que siguen son del calvario; la de arriba es de un pastor que se despeñó un día de neblina; y la que aparece allá abajo, entre los codesos y helechales, es de una pastora que se la llevó el torrente; aquella retirada que está en un montecillo, es del secretario, y la otra que está en la llanura, es del otro secretario...

¡Y aun hay más! Otra muy alta, gemela de la del Saucillo: fué puesta hace poco como su compañera, jálón del nuevo siglo, para amojonar los «entueros» de los hombres y las «fazañas» de los tiempos.

¡Cuántas cruces! Las de La Laguna, Valleseco, Peñones, Tejeda, Timagada, Carpio y Pajonales; las de Las Huesitas, San Antonio y la Virgen; la del Roque y Chorrillo; la del Carrizal, del pastor, del caminante; y otras sin nombre, muchas ruinosas, algunas labradas en la peña; otras señaladas con pintura blanca, muchas marcadas en el tronco de los árboles, en las entradas de las cuevas, en las tolvas de los molinos.

y sin embargo de tantas cruces, el camino es infernal, (TRISTOSO, como dijo un sacro orate modernista insular) sembrado de bichos, (*sarandijas y limañas*, según dijo un arriero) interceptado por pedruscos y aun peñas, con peligrosos pasos y peores guías, con mucho sol, sin agua... y sin *santolio*.

Yo lo he pasado dos veces; una por mí y ante mí, y otra por EL MUSEO CANARIO, para tomar dibujos, fijar impresiones y dejar en sus páginas el conjunto de estas memorias.

La buena acogida de los naturales del Valle de Tejeda, el cariñoso agasajo que dispensan al transeunte, es imponderable; sus muchas bondades y la vista del Nublo hacen olvidar las calamidades causadas por el viento y el sol, borrando del espíritu la tristeza que dejó el desierto.

Los mal llamados caminos, estrechos senderos que ramifican toda la comarca, no pueden ser muy antiguos; yo no sé donde están las huellas de los caminos de los guanches; esos caballeros, y aun magestades, andaban á saltos con unos palos, como les enseñó el gorila, ó el celta, ó el atlante (lo mismo da) y nosotros seguimos el que nos han marcado las cabras, encontrando á cada momento una red de sendas, devanadera de sesos de ingenieros del ramo, que los campesinos llaman atajos; y es verdad, porque al salir de aquellos vericuetos con vida, es que atajan la desesperación.

¡Hace cuatro siglos! (como si fueran cuatro minutos) que el cetro de Castilla gobierna estas Islas, cuarenta décadas, ciento cuarenta y seis mil días (*tanto monta*), y aun no ha gobernado estos caminos; un amigo que forzosamente los transita con frecuencia me suplicó por sus manes, que cuando hubiera ocasión, tratara este asunto con detenimiento; y esta me pareció oportunidad para decir POR LO MENOS que estos caminos de referencia, están en peor estado que los del distrito del Quiangan (norte de la Isla de Luzón, comarca salvaje)

Por un momento olvidé que estaba escribiendo sobre la bella vista del Roque Nublo; y ¿qué más decir de él? El dibujo, fiel espejo que pudo trazar mi pluma, presenta á los ojos del lector ese monumento natural, castillo de la Edad primera del mundo, acerada roca que no estremeció el cataclismo. Tiene 906 metros de altura, y apartado por un inmenso tajo del Roque Bentaiga, forman en conjunto al acercarse la noche, un neorama fantástico lleno de abismos; un profundísimo hoyo rodeado de torres almenadas; ¿habitáculos lacustres de la época neolítica? algo de la fábula de los cíclopes, sus mazas de guerra y sus sarcófagos.

La Geografía ilustrada de Canseco, entre sus páginas 52 y 53, nos presenta en fotograbado, una especie de silueta, dibujo tomado á gran distancia que, aunque algo confuso, da una idea de la rara perspectiva de aquellas rocas; imágenes soñadas de faramalla imposible; legión de espantajos adecuados á la obra de Cervantes, cuyas sombras quiméricas angustiarían el ánimo de su esforzado paladín manchego.



Recientemente he leído en el diario *España* un detenido estudio científico sobre las alturas montañosas canarias, firmado por el Sr. A. M. Manrique (nombre que siempre autoriza escritos útiles); complementé el lector con esas columnas de *España* ésta mi intención de apuntarle algo bello para su recreo, ó por si lo ignora.

Yo rememoro las gratísimas impresiones de mi primera visita al Roque Nublo; y aquí, en su falda, nuevamente me prosterno ante su grandeza, admirando el gigante del valle más portentoso de la Gran Canaria.

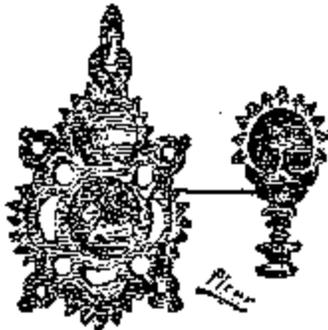
¡Centinela de Tejeda y faro del pastor; jamás derrumbarás tu poder de la colina; besarán siempre tu frente la nieve y el sol, y tu imagen singular, grabándose en los ojos errantes, hará que el espíritu idolatre solicito tu recuerdo!

¡Solitario de los siglos; bajo los tostadores rayos de tu sol de medio día, lo mismo que entre tu manto misterioso de alba y de estrellas, impresionas gratamente el alma con pródigas caricias de rocío y de luz!



En la Parroquia de Tejeda hay una antigua Hermandad del Santísimo, que lleva como insignia una medalla de plata de cincuenta milímetros de alto por treinta de ancho en su parte media; es de forma caprichosa con calados en su fondo, y la cinta es de seda color rojo. En el anverso ostenta un corderito

(Agnus Dei) y en el reverso, un caliz ó custodia con la sagrada Forma. Este bello ejemplar fué emitido á



mediados del siglo pasado, pero en la actualidad algunos cofrades han adoptado otro de menos gusto artístico, de labor tosca y rematado en su parte superior por una corona real (¿?)



Entre las cosas curiosas que observé en mi primer viaje y por incidencia en éste, puede figurar con mejores elementos que entonces el fragmento de una correspondencia (TRASCENDENTAL) (vea algún tagarote el diccionario para que en su día pueda confrontarse, ó indagar si ello es verdad, pues algún chanflon, (pasen esto los lectores serios) dudó entonces de la veracidad de mis escritos.)

«Y como buen searcher, (en inglés) no cerraré esta correspondencia, sin antes darle noticia de una inscripción que ví el otro día en el pueblo de Valleseco.



¡Extraña leyenda! con algún trabajo creo percibir: NOICCERID—LA—OTALEIF. Allí me dijo un amateur pillard (en francés) que aquel romance antitético, era consecuencia de haberse trasladado á la izquierda la oficina de consumos, y esta es la explicación de tal geroglífico laberinto de filología china.

Yo creo que con una , ó con una  se hubiera arreglado todo; pero por estas alturas hay también guasones, como hay aristocracia de mostrador, azada, y cabra mocha; ó principalía rural y burda como en Filipinas. De todos modos, yo me sacudo las arcucustías (en vascoence) y paso la noticia á quien corresponda.»



ARTE CANARIO

El arte canario es una realidad enigmática; las pobres tradiciones patrias adornadas de una poesía ideal serán designadas por los artistas, aunque escandecidos por los *Petrus in cunctis*, rémora del adelantamiento encadenado de la historia; garramadores de adulaciones de jurados exorables.

El artista canario siente latir el ideal autónomo, entre las nubecillas diáfanas que se posan en las crestas de las montañas, en el fondo de los barrancos luctuosos y sombríos, en los alcores perfumados de flores immaculadas, en los destellos plácidos de la luz occidental, en los suspiros aromatizados de la tibia brisa, en las querellas amorosas del alma canaria que canta y llora; en ese haz conjuntivo, apartando desde luego el fingimiento y el adosado bastardo, hay un torrente plétórico de estética, que se siente por doquier y en todos los momentos. Las sonatas de los instrumentos pastoriles escuchadas en las soledades de Tirma, la contemplación de las arideces de Veneguera, de las enhiestas rocas del valle moganés, el lecho de flores azules de Cuevas de Ninfas, los cuentos y consejas de los habitantes del Pinar, encadenando todos sus honestos deleites á los vestigios guanches palpitantes en las covachas de las cumbres; poemas tan bellos son como las tradiciones yucatecas, las memorias sajonas ó los cuentos eúskaros.

No hay que buscar el arte canario en otros motivos, pues no hallaremos más que criminales plagios..., ó entretenimientos insulsos de los que tengo muchos analizados; en la fantasía crearemos los esbozos fatigosos de las contiendas de Meissonnier, los sueños angelicales de Buonarotti, los esmaltes violáceos de Corot, las dulces trovas de Petrarca, las cautivadoras adivinaciones de Wagner, pero ese es el halo, la estela, el ritmo; el ropaje poético de la verdad; lo íntimo del arte canario, el indicio ingénuo de su espíritu sin exotismos ingeridos más tarde está en el eslabón de enlace de la noble alma guanche con el signo de redención del Gólgota y con la aventurera espada castellana.

Hasta hoy no ha cantado el bardo canario las grandes bellezas del arte autónomo.

INCLUYO AQUÍ UN FRAGMENTO DE UN TRABAJO QUE PIENSO PUBLICAR. (CONSÚLTENSE LOS DICCIONARIOS BIOGRÁFICO Y GEOGRÁFICO)

En una pequeña cámara octogonal, decorada al gusto moderno, figuraban bajo los triglifos, esculturas del famoso Anchieta, tablas de Nava y lienzos de Iriarte, sumados á los de su maestro Herrera el Viejo; y estatuitas de Anfitrite y Atlante traídas de Fez, como recuerdos de la antigua Mauritania; y pendientes de los plintos, armas de guerra de la Guinea y cerámica del Atlas, colocada sobre lindos ataífores.

En el centro de esta cámara, llamada por el erudito de antanaclasis, se destacaba sobre base toscana, un pesado arcón de roble cerado, en cuyo interior guardaba con el más exquisito cuidado los derroteros de Pinto, la Corografía de Millares, el mapa de Viana, un tratado sobre la quin-quina de Lugo, el único manuscrito de Ponce de León, los cálculos de Abreu y de Bethencourt y la biografía de Porrier, unido todo á mil apuntes y libros, dignos

según el sabio, de ser perpetuados por hábiles crisógrafos.

MAS ADELANTE: Yo no comprendo como escribieron los prosistas de que los aborígenes de las Islas murieron de modorra, habiendo sido á estacazos.

Yo no sé como cantaron los poetas, trastrocando el Vesubio y el Teide, y en consecuencia las lagunillas de Canarias y el Fúscaro; y por esto los Campos Elíseos de los antiguos, puestos en Tenerife ó en la Palma.

Yo no me explico como trasladaron el Jardín de las Hespérides de la Cirenáica á las Afortunadas; ya llevado en otra ocasión por los portugueses á las de Cabo Verde, digno por eso de llamarse mas bien Jardín errante.

Con tan estafalarios cimientos no es posible perpetuar el arte, y difícilmente se ordenaria un estudio monográfico-técnico de la historia general isleña, por lo heterogéneo de las imágenes, por lo disparatados de los conceptos.

Nuestros artistas, no hallando, al parecer, bellezas suficientes en el país, las garraman á Italia y á regiones del Africa.

Nuestros autores, viendo un crimen en el exterminio de la raza guanche, lo ocultan con un torpe sueño, por no manchar la memoria de los conquistadores, ayudando á poetizar de esa manera sus acciones innobles.



El pueblo de Artenara, que se encuentra á 1.300 metros proximately sobre el nivel del mar, encierra como curioso su primitivo santuario labrado en la roca y oculto entre vericuetos.

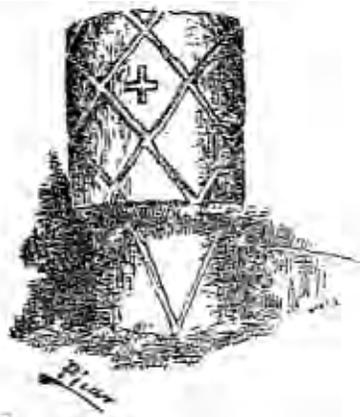
En su único altar se venera la antigua imagen de la Virgen de la Cuevita. Hoy la nueva iglesia se llevó todos los devotos, y aquel recinto sólo es visitado por el forastero.

El altar, coro, púlpito, pila, confesonario y asientos,

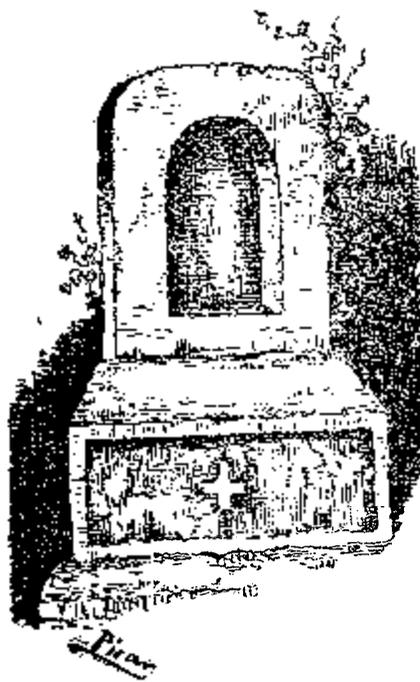


son labrados en la misma peña, unidos al piso y con aspecto de mobiliario independiente.

En la puerta de entrada es donde unicamente se ve construcción de sillería; el coro trabajado en el primer ángulo de la izquierda, lo forma un solo cuerpo desde el piso hasta el techo y lo constituyen, una escalera, bancos y tribuna en forma de arco, estando además labrada en su cara principal la pila del agua bendita.



El púlpito está en el ángulo frente la izquierda y lo forman dos cuerpos cilíndricos adornados de estriás en ángulos, y una cruz.



El altar, labrado en el centro del frente, lo forman una mesa y frontal con gola recta y un retablo hornacina, todo igualmente apartado de la pared, que tiene sus planos admirablemente labrados, sin ondulaciones y con la mayor perfección en las líneas de los ángulos de unión.

El confesonario, esculturado cerca del ángulo derecho del frente, es de forma de arco con cimbras de adorno en su parte superior y con asiento y escalabel de la misma piedra. En resumen; la capilla es un arcano de arte canario (valga en este caso lo dicho) pues no he visto en otra parte nada semejante.

En todas las piezas que hacen el conjunto, se observa un orden especial del mismo gusto, el sello de

un solo *estilo*, una misma manera, una tendencia exclusiva.



Por nuestros dibujos verá el lector alguna de las bellezas que encierra la Cueva de Artenara; uniendo á ellas un artesonado de plantas naturales, todo bañado de mucha luz. un vestíbulo terraza con antepecho en forma de balcón que domina el valle, y en contorno muchas viviendas escalonadas, con las entradas cuajadas de flores, se formará un pálido boceto de este pequeño museo, inaccesible á las miradas de muchos, que limitan su arte autónomo á describir una playa cualquiera de las Islas, á poner cantares andaluces en boca de nuestras campesinas, ú otra cualquier majadería; cuando no hacen en coplas la apología de algún bobo, ó escriben una trapaza, que dibujando las siluetas de los suyos, está muy distante de causar los efectos que persiguen; y en lo gráfico, han llevado su demencia y desacato *derrière*, hasta alterar las piezas del escudo de la Ciudad del Real de Las Palmas. (todo esto sin que medie el rigorismo, es exactamente histórico)

Batliori es de los pocos de EL MUSEO; muchas noticias íntimas y curiosas, se deben á su hábil observación, y él, como algún otro, será la santa causa de que se conserve el vestigio de lo que fué, antes que la piqueta acabe de derrumbar lo que resta.

Insistió en que la cueva de Artenara, lo mismo que alguna otra cosa que expondré á los lectores, es uno de tantos eslabones que enlazan el arte guanche con el cristiano; una especie de escalón de ascenso, ideado en aquel retiro, sin consultar ningún libro, sin extraña opinión, sin adosamiento *profano*; es arte propio, creado por aquellos naturales, en la soledad de su cumbre, con motivos de inspiración exquisita, reflejados en sus severas líneas arquitectónicas y en sus sencillos adornos.



Y por iguales senderos, y siempre entre cruces, finalizamos esta jornada.

SOBRE LO MISMO

(NOTAS DE LA CARTERA)

De los 4'000 habitantes de los valles de Tejeda y Artenara, puede decirse que solo han visitado la Ciudad de Las Palmas 1'500. Dosmil de ellos habrán llegado á la Villa de Teror, y doscientos habrán salido de la Isla.

En la Aldea de San Nicolás tuvimos los excursionistas una acogida *de simpatía caciquista*, (está dicho que nos trataron como á príncipes).

Si acaso alguna vez tuviere que pasar el lector el Pinar del Pajonal, lleve buena provisión de agua antes que comida. En Cueva de Corcho le surtirán de buen queso, en Tejeda, de carne, vino y almendras, y al fin en la Aldea, comerá el plato indígena de pescado tostado y rebozado con gofio.

Hay seres humanos en aquellas tan escabrosas soledades, que se ocultan rápidamente á la vista del transeunte.

Yo ví cerca de Pajonales una cueva habitada, que parecía un nido de águilas suspendido de las nubes; allí nacen, viven y se mueren; sus cadáveres son trasladados en varales por los vecinos de los valles á los cementerios de pueblos distantes.

Para descender de sus alturas al llano, se sirven de lanzas ó de perchas como los orchilleros.

Cuantañ que un día se determinaron estos *milanos* á pedir el último sacramento para un moribundo, y el sacerdote se vió precisado á administrarlo en la punta de una caña; pues le fué imposible llegar al extremo culminante, donde estaba expirando aquel *alpino*.

Una de las cuevas, llamada de Caballero, situada sobre un asombroso precipicio, es tan grande, que puede en su planta trazarse el perímetro del presbiterio de nuestra Catedral.

Algunos viajeros desorientados en el Pinar, donde no se ven huellas de paso alguno, se han visto desesperados, recurriendo al faro salvador de una columna de humo lejana; otros se han abandonado al instinto de sus cabalgaduras.

El Pinar es tan compacto y escabroso en algunos sitios que hay que pasarlo á pie.

De las alturas de Tirma á la Punta de las Arenas, engaña tanto la extraña perspectiva al viajero, que creyendo llegar á un punto marcado con la vista á las once de la mañana, se encuentra á las cuatro de la tarde sin haber adelando mucho en aquellos tristísimos andurriales.

En unas cañadas entre Viscoredondo y Tama laba,

hallamos un caserío desamparado; con las puertas abiertas, las paredes desmanteladas, el mobiliario desordenado, y ni un indicio mas de vida en aquellos contornos.

El Sr. Marrero (D. Juan), uno de los excursionistas, compuso unos *versos* y recuerdo en este momento algo de un final:

cinco eran en convenir
y tres en combinación.

Aludiendo el primer *verso* á los cinco que pagamos el gasto: el poeta, el médico Melián, D. José Jimenez, D. Sebastián Medina (hijo) y un servidor de Vds. y el segundo, al guía y los dos arrieros.

«El llano de las brujas» término del Pinar por su parte Nordeste, es una tan dilatada extensión de terreno, que no viendo posibilidad de hallarle fin, abandonamos la ruta del aquelarre, con memorias á los antipodas.

«El paso del palo» son unas laderas resbaladizas, formadas con grandes piedras alisadas, vericuetto estratégico de los atlantes, que nosotros bajamos desmontados y á paso de tortuga.

En un lugar cuyo nombre no recuerdo en este momento, se corrió la voz de que pasaba médico, y las mujeres, hombres y chiquillos escaionados, secuestraron al galeno; el cual con la mas humana filantropía, no solamente ejerció su noble arte, sino que también regaló brebajes que para vender le habían puesto en las alforjas.

En los pasos difíciles, y cuando más desesperados estábamos hubo punto «aruquero» que se cantó uñas malagueñas; hasta donde puede alcanzar el buen humor canario!

En la iglesia de Tejeda hay tan buenas esculturas, que si no son obra de Lujan, son perfectas copias de ellas.

En la nueva iglesia de Artenara hay un órgano *melodium* (extraña cosa en aquellas alturas) muy digno de ser tocado por Saint Saëns.

Cerca de Valleseco unos pastores, salvaron un precipicio de 200 metros con tres saltos de lanza (arte canario); se les dió por la gracia tres pesetas.

En una casa particular de un pueblo del tránsito donde pernoctamos, pusieron tarjetas con los respectivos nombres, sobre cada una de las camas destinadas á los excursionistas; algunos se acostaron *templano* y respetaron la indicación; otros dando tumbos á las dos de la madrugada, no tuvieron en cuenta la etiqueta... á ellos con tarjetitas.

—A propósito del arte canario escribí en *Las Efemérides*. cuando el Dr. Franchy era su director, entre otros, los párrafos siguientes.

Digresión: ¿Quedaré algún rincón ó habitáculo guanche por registrar? ¡Quizá esté oculto en lo abrupto de las rocas el arte canario!

Vosotros, arqueólogos: ¿Por qué, como es vuestro deber, no dejáis el camino expedito á los artistas? Y vosotros, artistas: ¿por qué no reconstituís, dándole forma bella, aquellas partes primitivas, núcleo encantado y extraño de bailes y amores, industria y guerra y cuantas más cosas pueda suponerse, al través de los artefactos y cachivaches, collares, pintaderas, vasijas, lanzas, molinos, pieles, trapos, momias, y hasta petrificaciones prehistóricas de aquellos seres, primera falange humana que se agitó en esta tierra canaria?

¡Desengañaos, respetables compañeros literatos, pintores, músicos y poetas! el arte canario murió con la conquista! Los españoles aniquilaron los recuerdos bellos de estas Islas, como los hubieran destruido y asolado en Méjico y otras Indias, si no hubieran sido tan extensos territorios.



—En lo más hondo de un valle bifurcado entre montañas muy accidentadas, y en el trayecto que media entre Cuevas de las Nieves y playas de Mogán, encontré una extraña caravana de gente de color negro; en el grupo formaba una joven como de diez y siete años, de tipo perfecto nazerita; su tez ligeramente morena y sonrosada en las mejillas, destacaba unos ojos negros grandes, rasgados y de mirar amoroso; su pelo negro y lacio sujeto descuidadamente en su parte alta, caía en grandes crechas sobre sus hombros encuadrando un busto indolente que fascinaba; entre sus dientes blancos y sus labios rojos jugaba una sonrisa misteriosa que no pude traducir. Su vestimenta, á más de un pañuelo á rayas blancas y rojas que cubría gran parte de su cuerpo, la constituía una cota ó almilla de color indefinido, falda azul oscuro, y un delantal blanco recogido por una de las puntas á la cintura.

Propio modelo para un cuadro samaritano, para un cuento de Al-Hakem, para una Dórida pastoril.

Aquella numerosa familia embarcaría en las playas canarias, hacia Tenerife, y de allí á la América.

¡Pobre tirajanera! el sol de Colombia tostará más su tez, su pie será herido por el manigual cubano, un despótico señor oprimirá su espíritu.

Yo escribo esta nota, reflejo de la triste impresión que dejó en mí, la tirajanera emigrante.



MANUEL PÍCAR.

Noviembre de 1901.

(Texto y dibujos del mismo)

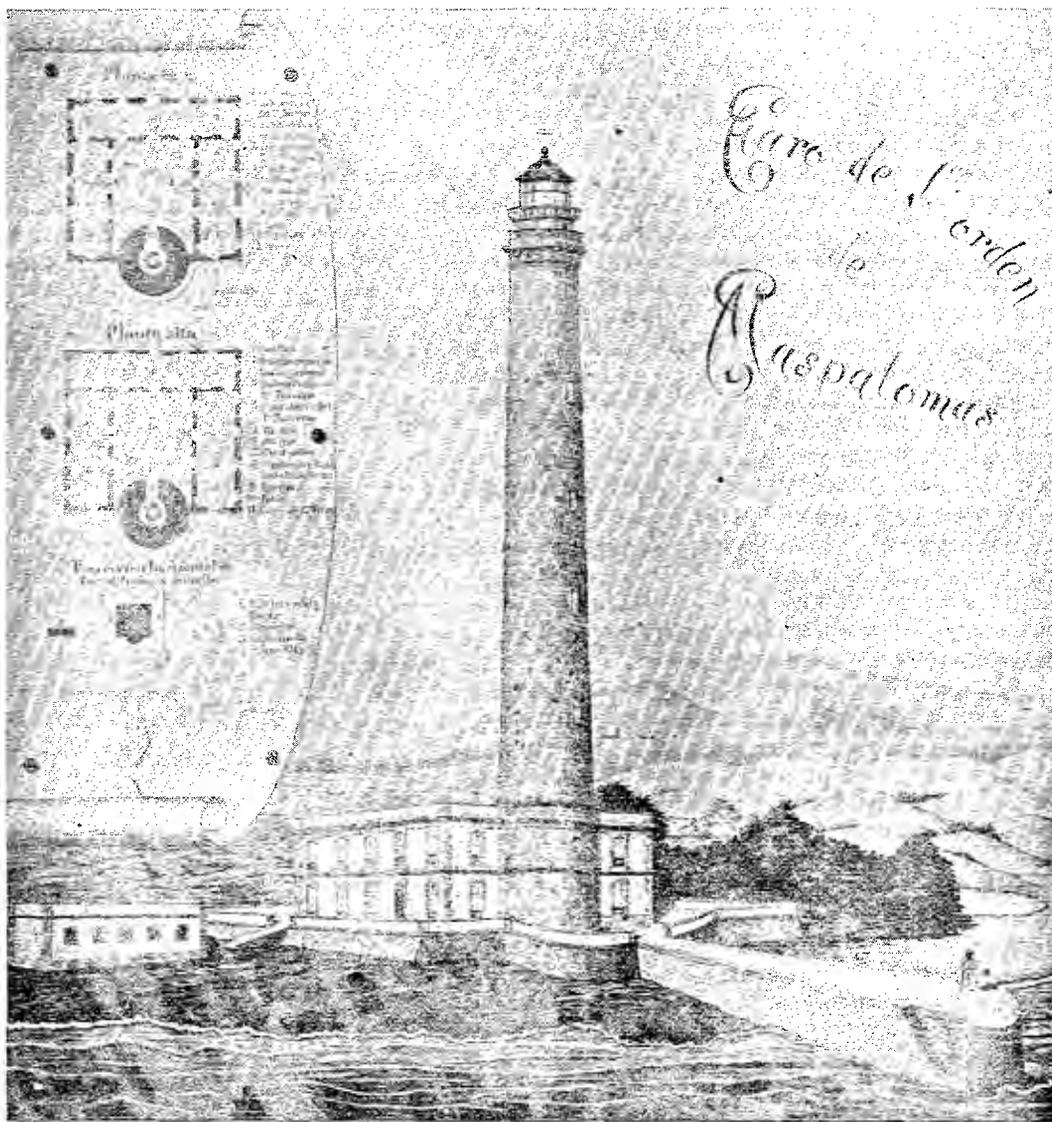
El Museo Canario

Revista decenal

Órgano de la Sociedad del mismo nombre
establecida en Las Palmas
para el adelanto de las Ciencias, las Letras y las Artes

NÚMEROS 139 y 140. — 141

Las Palmas 10 de Noviembre de 1901.



Faro de 1.º orden de la Punta de Maspalomas
EN LA ISLA DE GRAN CANARIA

LOS SENTIMIENTOS Y LAS PASIONES

EN LA EVOLUCIÓN SOCIAL

Conferencia dada en la Biblioteca pública provincial de la Plata el 11 de Agosto de 1901.

SEÑORES:—He temido la llegada de este momento. Adelantaré, pues es materia del tema, que el temor es una de las emociones más antiguas del ser humano, y la que en alguno de sus grados, desde la vaga inquietud hasta las formas dramáticas y trágicas, experimentamos más frecuentemente. Así ha debido y así tiene que ser, pues no es otra cosa que la conciencia obscura ó clara de nuestra insignificancia, pequeñez, debilidad ante las potencias formidables que se desarrollan en la inmensidad que nos envuelve y oprime.

En el caso actual, me doy cuenta de la desproporción entre los conocimientos que he podido adquirir y las dificultades del asunto de que voy á hablar, dificultades que mejor he advertido mientras más he estudiado y meditado sobre las cuestiones del tema.

Me anima que el público que acostumbra congregarse en esta sala y á qui en hoy tengo el honor de dirigirme, es ilustrado y culto, y por lo tanto muy benévolo, benevolencia que yo conozco por haber sido favorecido con ella en otras ocasiones, lo que nunca olvido, y cuyo recuerdo me inspira el anhelo de merecerla verdaderamente. Extiendo este anhelo mío, á mi estimado amigo el doctor Fors, director de la biblioteca, en el sentido de que hoy no se defrauden del todo sus esperanzas en el éxito continuado de estas conferencias, lo que á la vez me causaría el placer de haber contribuido un poco, mucho quisiera yo, á que esta hermosa capital siga avanzando en la senda que ella misma se va abriendo, de ciudad intelectual, docente, universitaria.

Con tan buenos propósitos, elegí para esta conferencia el tema que se ha anunciado: «los sentimientos y las pasiones en la evolución social,» que me parece digno de las personas que están prestándome atención. Respecto á su importancia bastará observar que sin los sentimientos y las pasiones, las obras teatrales, la novela, la más bella literatura no existiría; la historia no tendría explicación, y la vida humana por lo mecánica y acompasada que había de resultar, sería quizás insoportable en su indiferencia y frialdad, si es que en esa forma puede ser concebida, Fijemos un instante la atención

en la amistad, el amor, el patriotismo, el sentimiento religioso, la pasión política, la ambición, el orgullo, la vanidad, la venganza, y hemos de convenir en que el mayor número de las acciones individuales, muchísimas de las pequeñas colectividades, todas, según mi parecer, las de las grandes masas, son impulsadas y movidas por alguno de aquellos fenómenos afectivos ú otros no enumerados del mismo orden, antes que por la reflexión, el juicio, el raciocinio.

Una idea que surge en la mente, por acertada que fuere, es poca cosa, es nada, mientras no se manifiesta al exterior y se transforma en acción. Mas para que esto suceda se requiere un proceso complicado. Las células de la substancia gris del cerebro donde se ha producido la idea, ha de comunicar por sus prolongaciones, la vibración á otros agregados celulares, centros secundarios y complementarios, y después propagarse por fibras y nervios, hacer contraer músculos, poner en juego aparatos, para adquirir forma de expresión al exterior, y todavía y á fuera, es necesario que armonice con el ambiente, con personas y cosas, y que éstas entren también en actividad y movimiento. Pero, en el interior de nuestro organismo, como en el pueblo, domina la rutina. Todo lo nuevo encuentra resistencia negativa, ó por lo menos torpeza en su ejecución. En cambio, los sentimientos y las pasiones producen rápidamente sus efectos reactivos. Con esto ya digo que el fenómeno no es nuevo en el organismo, sino al contrario la repetición de una forma especial de actividad orgánica. Recuérdese en comprobación, el efecto instantáneo que produce en el ánimo y en la acción, en momentos determinados, el acento de una arenga, las notas de un himno, los colores de una bandera, la presencia de una persona amada ó la de una aborrecida.

Mucho se os podría deleitar con algunos de estos asuntos, pues brindan á derramar flores y luces, pedrerías y las riquezas todas de la imaginación. No hay para qué decir lo grato que me sería hacerlo por vosotras, damas inteligentes y delicadas, que formáis parte de la concurrencia, y por el mismo conferenciante que viviría esta hora que fuera en la bella y seductora región de la fantasía y la quimera. Mas, este privilegio es de literatos y poetas. Mis alas no alcanzan tan altos cielos. He tenido que vivir por la profesión, por el orden de mis necesarios estudios que exigen la observación y la experimentación, abajo en la tierra, en contacto con lo tosco, áspero, real, prosáico. He cortado carnes rosadas y palpitantes, descubierto entrañas, y con el espalpeo ensangrentado, grosero, he diseccionado fibras y lastimado quizás substancias sutiles; he

seguido los pasos y las huellas de fisiólogos, antropólogos, etnólogos, paleontólogos, naturalistas, biólogos, sociólogos, gentes así, poco galantes, poco soñadoras, muy curiosas, que penetran sin miedo ni escrúpulos en los grandes monumentos antiguos, así se trató de tumbas egipcias para remover y estudiar sus momias, como en los laberintos y el santuario de la humana conciencia, á pesar del cancerbero que guarda la entrada.

Dejemos ya estas fáciles generalidades y abordemos el asunto, pues no hay más remedio.

¿En qué lugar de nuestro organismo están depositados ó localizados los sentimientos y las pasiones?

¿Cuál es la naturaleza de estos fenómenos?

¿Todos los sentimientos y pasiones que hoy conocemos han existido siempre en el ser humano, ó han tenido origen distinto en el tiempo?

¿Son susceptibles de transformarse y desaparecer?

¿Pueden nacer otros distintos? ¿Obsérvanse en el momento histórico actual señales de la formación de algún nuevo sentimiento?

¿Está en el poder de la sociedad favorecer ó retardar su presentación y desarrollo?

Si esto es cierto, y si como dijimos antes, los hombres y los pueblos son impulsados por los sentimientos ¿qué horizonte para la humanidad!

El programa trazado es vasto y locura sería proponerse exponer y dilucidar en esta conferencia las cuestiones que comprende. Las ofrezco solamente á la consideración y estudio de los pensadores aquí presentes, no pudiendo por mi parte hacer hoy más que esbozarlas.

¿Dónde están localizados los sentimientos y las pasiones?

Si nos atenemos al lenguaje usual, no solamente al del vulgo sino al de personas ilustradas, lo mismo al hablado que al escrito en la prensa periódica, y en libros literarios y hasta científicos, tendríamos que creer que en el corazón.

«Mala cabeza pero buen corazón; «lo digo con el corazón», se expresa cuando se quiere hacer una afirmación de sinceridad; «sagrado corazón», «corazón volcánico» «corazón duro», «corazón tierno»; «el amor que llena mi corazón», «es todo corazón», etc. etc.

En la pintura y la escultura refléjanse también las antiguas creencias: corazones simbólicos muy bonitos diseñados el capricho; imágenes

con el corazón al exterior del cuerpo; otras con el pecho atravesado por dardos y flechas.

Puede saberse la idea que se tenía primitivamente de un fenómeno por el significado de la palabra ó la frase con que se le designó. Los sentimientos no están en el corazón. El concepto científico ha variado, pero persiste el modo de expresarlo. Esto acontece en todo. Los hombres llevamos en el bolsillo un instrumentito que se llama cortaplumas, aunque con él no podemos actualmente cortar las plumas con que escribimos, pues son metálicas; pero, en tiempos pasados se usaban las de ave, y era preciso cortarlas con frecuencia para la escritura. El mes próximo se llama septiembre que significa séptimo, y no es séptimo sino noveno, como octubre, noviembre y diciembre, significan octavo, noveno y décimo y son sin embargo décimo, undécimo y duodécimo, respectivamente.

Antes estas palabras expresaban la verdad, cuando el año contaba diez meses, pero luego que se le añadieron enero y febrero, dejaron de corresponder á su significado.—El sol que sale, el sol que se pone, luna nueva, creciente, menguante, que son hoy para nosotros fenómenos aparentes, para nuestros antepasados eran una creencia tal como la revelan las frases con que los designaban y que nosotros seguimos usando.

El corazón es un pedazo de carne, un músculo hueco, centro circulatorio y nada más. Tiene relaciones estrechas, por medio de los nervios, el pneumo-gástrico principalmente, con el cerebro, pues éste precisa más sangre mientras más trabaja, y las emociones se la exigen grandemente por lo que en este caso la pide con urgencia, y de aquí los cambios bruscos en las contracciones del corazón, en los latidos, lo que hizo creer que este órgano encerraba los sentimientos.

El terror hace erizar los cabellos y á nadie se le ha ocurrido que el fenómeno afectivo resida en el pelo.

Los sentimientos y las pasiones son estados de conciencia, complejos, agradables ó desagradables, alegres ó tristes, que causan placer ó dolor, resultado y síntesis de sensaciones internas, originadas inmediatamente en necesidades y tendencias orgánicas, ó mediatamente en ideas, imágenes ó representaciones.

De cualquier modo, de donde quiera que parta la necesidad ó la tendencia, siempre ha de reflejarse en la certeza cerebral, en los centros sensitivos y motores, pues de otra manera el fenómeno no tiene realización posible.

Será agradable ó desagradable según se satisfaga ó no, se realice ó no la tendencia y según el grado de la satisfacción. Porque no hay células nerviosas ni nervios diferenciados para el placer y el dolor. El placer exagerado pasa á ser sufrimiento. Las simples cosquillas, de agradables se transforman, por el grado y la duración en insoportable tormento, hechas en el mismo sitio, transmitidas por los mismos nervios y percibidas en los mismos centros.

Las imágenes y las ideas son representaciones mentales de objetos ó personas que hemos visto ó conocido anteriormente, ó de sensaciones que hemos experimentado.

Son más ó menos oscuras ó luminosas, susceptibles de mezclas y combinaciones, y dan lugar á la manifestación de fenómenos afectivos como los originados en las necesidades reales.

Emociones, sentimientos y pasiones son fenómenos de la misma naturaleza, que se caracterizan: el primero por su brevedad, los sentimientos por su moderación relativa y su larga duración; las pasiones, por su fuerza y por el deseo violento, irresistible de satisfacerse. Más allá se puede llegar al frenesí, á la locura, siendo imposible marcar el límite preciso que separa estos fenómenos, ó mejor dicho, los distintos grados del fenómeno.

Convenidos en los términos, emplearemos de preferencia para simplificar y como más comprensiva la palabra sentimiento.

Todos los sentimientos en último resultado responden á la conservación del individuo ó á la continuación de la especie.

Hay, sin embargo, uno, el sentimiento de lo bello, el sentimiento de lo estético que parece estar fuera de la regla. ¿Qué importa en efecto para nuestra conservación el placer que nos cause una audición musical, la lectura de una poesía, la contemplación de un cuadro ó de un paisaje? Podemos vivir sin música, sin pinturas y sin versos.

Esto es cierto. Hay que retroceder á nuestros más lejanos antepasados para sorprender el origen de un sentimiento que tan grande y sublime desarrollo alcanza en la civilización.

El hombre recién salido de la animalidad, ocupaba su tiempo y sus fuerzas en procurarse el alimento, comer, dormir y defenderse de los enemigos. Alguna vez satisfechas estas exigentes necesidades, quedaría en su organismo un sobrante de energía, y no podía menos que emplearla. Un niño después que ha comido y dormido y estudiado el tiempo que se le ha obligado á hacerlo, rie, llora, corre, salta, grita,

pelea, descarga la energía sobrante por el camino y los órganos que ofrecen menos resistencia, como la locomotora deja escapar pitando por la válvula el vapor que tiene de más ó que ya no le hace falta. El salvaje gritaría ó aullaría, daría saltos ó correría sin objeto, después puso algún método y organizó simulacros y ejercicios guerreros. Mas tarde combinó el baile, la danza, que acompañó con el canto pobre y monótono, marcando el ritmo con groseros instrumentos de percusión.

La danza, la música y el canto, de origen tan grosero, constituyeron en las tribus y pueblos primitivos instituciones sociales. No están muy lejos aún las corporaciones de rapsodas, bardos, sedas, que se recuerdan todavía cuando oímos los payadores, los cantaros de la despoblada pampa y del ombú solitario, y en los que se puede descubrir también la función social que cumplían sus antecesores, pues desde el celebrado Santos Vega hasta el pobre Vazquez y Gabino Ezeiza, han ido llevando de fiesta en fiesta y de rancho en rancho, en sus cantos cadenciosos los nombres de los próceres y héroes que hicieron la nacionalidad, y el relato de sus hazañas, contribuyendo á formar el sentimiento patriótico del paisano.

La civilización trajo en este orden, como en todos, la diferenciación. La música y la poesía se han separado y perdido su carácter social, cultivándose libre y separadamente.

No necesito decir las transformaciones ó la evolución de la literatura. Partiendo de la clásica que expresa ideas, á la romántica que presenta imágenes, la naturaleza que retrata y detalla la realidad desnuda, para llegar á la simbólica que nos han ofrecido últimamente Ibsen y sus imitadores; todo obedeciendo á nuevas concepciones, nuevas ideas y en rasúmen despertando nuevas emociones en armonía con la evolución orgánica individual y social.

En música, de los ruidos más que sonidos primitivos, se llegó la melodía y á lo que se llama con Wagner música intelectual.

En pintura, del tatuaje del salvaje, y de los dibujos de sus armas y utensilios, á los frescos de la capilla sixtina.

Señalemos un sentimiento de formación y desarrollo modernos; el patriotismo. Hoy nos parece mentira que no haya existido en algún tiempo. Sin embargo, nada tan exacto. Cuando no han existido pueblos, no se les ha podido tener amor. En muchos lugares de la tierra han existido imperios, reinos, principados, condados, señoríos, dominios, colonias, pero durante mu-

chos siglos no han existido pueblos. La horda no tiene patria, ni la tienen los esclavos, ni los siervos. Los reyes, los señores, poseían los reinos y los señoríos como propiedad particular.

DR. MANUEL QUEVEDO É HIJOSA.

(Concluirá)



PARODIAS LITERARIAS

LAS VIRGENES LOCAS

DEL LIBRO «HOJAS PUTREFACTAS», DEL JÓVEN POETA
MODERNISTA ABELARDO DE NEGRO LIRIO.

Las Vírgenes locas, vestidas de rojo,
agitan sus cuerpos en ronda fantástica;
la luz de la luna los claros del bosque
bordea de encajes de pálida plata,
y sobre el estanque, que en aguas verdosas
el cielo nocturno temblando retrata,
los tristes nenúfares sus tristes corolas
cual manos de muertas del fondo levantan.

Con roncós gemidos y rísas sonoras,
con hondos suspiros que el pecho desgarran,
las Vírgenes locas, vestidas de rojo,
aúllan y gritan y lloran y cantan;
y el grillo estridente, sumido en la sombra,
entona su eterna, sencilla romanza.

El viento el ramaje que en lo alto negrea
convierte en sonoras, harmónicas harpas,
y gritos y aullidos, murmullos y cantos,
animan la selva, la selva encantada.

De pronto en el bosque resuena el chillido
de un pardo mochuelo que agita sus alas
con un movimiento nervioso y fatídico,
y un soplo mortuorio, como una mortaja
de hielo y silencio y espesas tinieblas,
envuelve los troncos, envuelve las ramas.

Las nubes esconden la faz de la luna
con velos muy negros de fúnebre gasa,
allá en el estanque los tristes nenúfares
sus tristes corolas sumergen en agua,
las flores se ocultan, temblando en la hierba,
la selva se aquietta, las aves se callan,
y sólo en el bosque resuena vibrante
el coro demente, la ronda fantástica,
¡las Vírgenes locas, las Vírgenes locas,
que danzan, que danzan, que danzan, que danzan!

ANTONIO GOYA.



Desde Madrid

ARTE Y LETRAS

SUMARIO: Arte arquitectónico y escultórico español.—Sucillo y Valmitjana.—Goya y Benlliure.—Quevedo y Querol.—España vieja por España nueva.

España no ha tenido nunca arte propio, ni en Arquitectura, ni en Escultura. He leído esto en muchos libros, y lo demuestran los comentaristas extranjeros de nuestro arte.

Cada pueblo invasor nos fué dejando una huella de su inspiración en la piedra cincelada, en las líneas de las naves, de los ventanales, de las cúpulas, de los torreones. Nos dejaron los fenicios y los cartagineses su estilo arquitectónico y escultórico, los romanos dejaron igual huella, después los godos levantaron nuestras catedrales, y los árabes las mezquitas y los palacios moriscos, y al advenir el periodo del Renacimiento, de Italia, de Flandes, de los Países Bajos, nuestros tercios trajeron la vida nueva y los artistas importaron el espíritu naciente que resucitaba con las divinas formas y la eterna gracia del ideal helénico y del alma clásica.

Nada es genuinamente nuestro, y el arte arquitectónico en nuestro país no es autóctono.

Y en la Escultura, se ofrece el mismo milagro de indigencia.

Como los árabes fueron refractarios al culto de los ídolos, la Escultura no pudo florecer en el periodo de engrandecimiento artístico de que disfrutó España durante la dominación de los Califas. Expulsados los moriscos, el espíritu cristiano, no moviendo ya el brazo de los caudillos en las batallas, inspira el cincel y el escoplo de los artistas, y surgen las tallas magníficas, las esculturas soberbias, los Cristos agonizantes, las Dolorosas de mística creación, los santos, sombríos como el San Bartolomé de Rivera, y de una bondad infinita en la mirada como el San Antonio de Murillo; y los relieves, las escopladuras en madera y granito se prodigan en los trascoros y en los retablos, como se ve en la catedral de Toledo y en los conventos de Avila, y para gloria del arte y prez nacional se immortalizan como escultores en este género especial que los tiempos imponían Berruguete, Montañés y Alonso Cano.

Después de estos volvió la dolorosa postración del arte. La escultura profana, que también resucitó el bienhechor Renacimiento, fué pobre en nuestra patria, aún llegando hasta días cercanos, en pleno cielo contemporáneo, que hizo surgir en Madrid con torpes vaciados y los malos troqueles de Casas, llenando las plazas con esas desgarbadas figuras de Reyes que imponen pavor á los niños, hieráticos y monstruosos en sus pedestales de la plaza de Oriente.

Para refrescar este ambiente de decadencia se necesitó la revolución de Septiembre, que saneó el aire, orientó hacia otros ideales las obras y la escultura la transformó con dos genios contrapuestos como Benlliure y Querol.

* *

Antes de pasar adelante, quiero consignar una impresión personal. De los escultores nuevos, los que en la actualidad disputan honores y preeminencias, por dictado de mi conciencia y en justicia a la intensidad de emoción estética que me han hecho sentir, Sucillo y Valmitjana serían por mí proclamados los primeros.

Ante las obras de Valmitjana me he detenido siempre largo rato adivinando el espíritu vivo tras aquellas formas muertas y comprendiendo todo el encanto del arte escultórico en la gracia de los pliegues, en la gallardía de los escorzos, en la delicadeza de las líneas que ondulan con ritmo maravilloso, y las *Flores de San Francisco*, *Risas y lágrimas* y el *Desembarco de Colón* de Sucillo, el incomparable, me han estremecido el alma con temblor de plegaria para caer en laxitud de éxtasis.

* *

He visto el boceto de Benlliure para la estatua de Goya que intentan levantar allá por San Antonio de la Florida. Parece que vive el ilustre pintor, genuinamente madrileño, en el modelado del escultor valenciano.

Gesto, mirada, actitud, son las de Goya, y en su expresión más que en sus labios hay un ambiente de jovialidad, un aliento de su espíritu humorista, pero con un humorismo extraño, sombrío en las muecas macabras de las figuras de sus *Caprichos*, y maleantes, alocado en las mujeres de su lienzo *La pradera de San Isidro*.

Majas y manolós, estudiantes y clérigos, con la riña a la puerta de la taberna, el corro de las chicas, la boda con el contrahecho, las majas en el balcón, el paso de la carroza con la dama emperifollada detrás del cristal, los chicos hurtando las frutas, el muchacho llorando, esa visión del Madrid de entonces, que cantó D. Ramón de la Cruz y hemos leído evocadas por la pluma de Mesonero Romanos, y que también pasan por las páginas de *El Solitario*, sin duda flota ante los ojos de Goya, como lo ha concebido Benlliure.

Pintor de la gracia, de la guapeza de barrio, de la donosura popular, que, como ninguno, supo dar movimiento a las figuras de sus lienzos, Goya, bajo el cincel del escultor, que posee también la gracia, el movimiento, la vida en las líneas, y derrama sobre todo lo que cincela un sabor de frescura, de jovialidad, de un encanto picante y sano, ha nacido como no pudo

salir de ningunas otras manos que no fueran las de Benlliure.

* *

Querol es más profundo, más psicológico, más espiritual. No posee por completo la soberana armonía de las formas, la gracia y el ritmo, la ondulación y la elegancia de las líneas, pero, por encima de todos, domina la expresión. Hay un signo, una escopladura, un golpe de cincel, en sus esculturas, que transparentan un espíritu, que diseñan un carácter.

Nada tan difícil como llegar al dominio de este secreto de exteriorización, y conseguir la revelación de este psicologismo de la escultura.

Así creo que el gran Quevedo, satírico y burlador, cuya sonrisa revela un epigrama y cuyo gesto parece una *dolora*, no podía tampoco ningún otro escultor traerlo, reencarnarlo en el bronce, con su propio espíritu evocado, más que el genio de Querol. Porque D. Francisco de Quevedo es eso: un gran espíritu. Aquella fuerza intelectual para sondear los espíritus más allá de la carne, la burla con que ríe del *sarcho-pancismo* de la sociedad en que vive, la agudeza del ingenio, el donaire de la forma, la intención de la idea, el picor de la palabra, el sonar de cascabeles aquí, el estallido de tralla allá, y en todo siempre un humor fecundo, regocijado, maleante, sano, intenso, que no tiene nada del humorismo de otras razas, y nada más que un parentesco con el espíritu de nuestros novelistas picarescos y nuestros poetas epigramáticos, siendo por excelencia el satírico de todos los tiempos, con la agudeza de Juvenal, el filosofismo de Lafontaine y la ironía de Heine, todo eso que es Quevedo, que es la característica de su genio y la índole de su alma, Querol lo transparenta, lo exterioriza, y casi, como Miguel Ángel a su Moisés, debiera al terminar la obra pronunciar el famoso: *¡Parla!*

* *

Aun quedan muchas más estatuas para el nuevo Madrid ornamental que se proyecta. No he visto más bocetos que los apuntados, y por eso callo y cuelgo la pluma. Sé también que todavía quedan muchos escultores, y que Alcoverro, Suñol, Marinas, Blay, Folqueras, Inurria, que estimo los mejores de los que en nuestras exposiciones galardean, harán revivir los guerreros, poetas y pintores de la España vieja y con sus cincelos harán, si Dios lo permite, para el arte grande una España también grande y nueva.

ANGEL GUERRA.



Monsieur Charles

NOVELA
POR
JOSÉ YACOBIN VILLARES

ILUSTRACIONES
DE
PÍCAR

VII

TÉRCOLES, 26 DE SEPTIEMBRE. La ciudad colosal huye y se desvanece á lo lejos en el horizonte turbio y caliginoso y el tren vuela por la campiña verde y húmeda, dorado por el sol. El tiempo ha cambiado y del cielo azul, ligero y vaporoso, desciende la caricia tibia y lenta de la luz otoñal.

En el lujoso wagon de primera clase, cómodamente recostado en un sillón giratorio, Tomasito saborea aquella impresión deliciosa de luz y de calor, que se le antoja el primer saludo de la tierra meridional.

De Douvres á Calais. Durante la corta travesía, el sol radiante, el intenso añil del mar, la pureza del ambiente, la animación de la toldilla que con su doble hilera de sillones y su hormigueo de gentes semejaba un paseo público al que solo faltaban los árboles y la banda de música, todo fué parte á seducir el ánimo de Tomasito, ahuyentando el aleteo de los pájaros negros. Y al pisar por la vez primera la tierra de Francia, sintió una suerte de júbilo ardoroso y pueril, al pensar que iba á encontrarse con gentes de su misma raza, de la raza que él pedantescamente apellidaba *latina*, al cerciorarse de que él entendía (no mucho) el idioma nasal que en torno suyo hablaban viajeros y criados y que, si le apuraban, hasta podría *hacer uso de su francés*, utilizando las lecciones de la infeliz solterona, alta, flaca y nariguda, á quien sus discípulos llamaban *Madame Chacaronne*.

En el comedor de la estación, devoraban precipitadamente hombres y mujeres de la *raza latina*, charlando por todos los poros, gesticulando con viveza, manejando con celeridad las copas y los platos, tosiendo fuerte, arrastrando las sillas. Tomasito, estimulado por el ruido y el movimiento, se bebió, sin darse cuenta de ello, una botellita de Bardeos. Y así cuando el tañido de una campana llamó imperiosamente á los viajeros, corrió hacia el andén muy *embullado*, pisando con fuerza, calientes las mejillas, chispeante la mirada, sintiendo por vez primera en su vida el anhelo de la lucha, el cosquilleo de las aventuras, la voluntad de emprender algo difícil y arriesgado. En el wagon á que se dirigía había algunos comensales del almuerzo, que charlaban y reían con animación extraordinaria. Frente á Tomasito, un caballero sesentón, de ancha barba gris á lo Moisés, vestido como un pollo, movía á uno y otro lado la cabeza, para atender á la argentina charla de dos jovezuelas que parecían hijas suyas (de que lo fueran me aparto), dos muñecas deliciosas, rubias y elegantísimas. Había también una señora gorda como una sopera, y un niño guapín, sonrosado y correcto como el grabado de un periódico de modas y además una pareja de recién casados (así lo imaginó Tomasito) el varón moreno, narigudo, perfumado, con mucho cuello de camisa y mucho cosmético en los bigotes, la hembra delgada y flexible, con airoso toque en la cúspide de su dorado moño. Y el rápido salió de la estación y ganó la campiña dorada y risueña. Volaba el tren en medio de un torrente de luz, rubia y cálida, que se dilataba y esparcía hasta el último confín del horizonte, por el paisaje vasto y espléndido, abriéndole las blancas paredes de los villorrios, encendiendo aquí y allí destellos diamantinos en los cristales de las ventanas,



fulgurando en el hilo plateado de las acequias, vibrando en el dorado polvo de la lejanía temblorosa. Y el panorama cambiaba de continuo, llanos de tierra rojiza y húmeda con alfombra de hierbas y arrugas de industrioso surco, árboles gigantescos destacando su mole sombría sobre el azul profundo del espacio, pueblecitos adorables agrupados alrededor de la torre de la Iglesia, reclinados en el verde tapiz de las praderas, lentos arroyos en cuya superficie temblaba el reflejo de las inquietas hojas.

La rapidez atropellada de las impresiones múltiples, hiriendo sin cesar la retina, la luz espléndida, la trepidación y el estrépito del tren en marcha, la charla mareante

de los viajeros, el inquieto centelleo de los ojos femeninos y sobre todo los efluvios que la botellita de Burdeos enviaba al cerebro, habían determinado en Tomasito Sosa una suerte de embriaguez ligera y voluptuosa, una sensación de alegría y entusiasmo, como si el tren negro y sudoroso fuese una carroza triunfal que le llevase, a través de los pueblos y los campos radiantes de luz, hacia una gigantesca apoteosis.

Era incapaz de comprender la vulgaridad de todo aquello: un viaje en tren por una de las líneas más frecuentadas del continente, en unión de gentes desconocidas y correctas, un día sereno y dorado de otoño, árboles y casas, tierra y cielo, un solterón hambriento de sensaciones en demanda de la gran Ciudad, mercado inmenso del placer fácil y grosero. Parecíale, al contrario, el viaje aquel una aventura singular y exquisita para él solo tramada y dispuesta, y el brillo de la luz y la serenidad angusta del paisaje, se le antojaba una fiesta que la Naturaleza daba en su honor.

Trás de la hora radiante del mediodía, llegaron las de la tarde, plácidas y melancólicas, y la luz amarillosa del sol declinante acarició el paisaje de soslayo. Vino luego el crepúsculo, dorado y lento, y el tren corría, corría sin cesar, aproximándose velozmente á la Ciudad monstruosa, á la inmensa aglomeración de vidas humanas, cuyo secreto guardaba aun el horizonte de la tarde. Ya los edificios empezaban á reunirse, á agruparse, prelujiando la línea regular de las calles, el tren corría por una suerte de campiña pelada y gris, llena de antipáticas construcciones industriales que manchaban con el humo de sus chimeneas el azul pálido del crepúsculo. Descendieron las sombras de la noche y á lo lejos, en el horizonte nebuloso, alboreaba una

claridad rojiza, que fué creciendo, dilatándose como el resplandor de una fragua colosal. Y á medida que el tren avanzaba, devorando el llano, ardía con mayor intensidad la extraña reverberación del horizonte y distinguíanse focos de luz aislados, ó hileras regulares y sin fin que trazaban anchas vías de fuego en la negrura densa de la noche.

Cuando Tomasito bajó del tren, hallóse en medio de un remolino de gente vocinglera y gesticulante. Desconcertado por el ir y venir incesante del público, deslumbrado por el rayo de las lámparas eléctricas, recibiendo empellones á diestra y siniestra, permanecía atónito y suspenso, con la cachorra hundida hasta las cejas, envuelto en el negro balandrán obra de Dolorcitas Marrero, la costurera de la calle del Diablito. Disipada la excitación del viaje, sentía frío, un frío intenso que hacía temblar sus mandíbulas y el deseo imperioso y enfermizo de encerrarse en un cuarto oscuro y silencioso, lejos del contacto hostil y repulsivo de las gentes.

... Siguiendo la corriente de los viajeros llegó Tomasito á una sala altísima é inmensa, llena de agitación y vocerío, en la que el viento soplabá libremente, como en una plaza pública. D. Ramón no parecía por ninguna parte. ¿No habría recibido el telegrama? ¿Estaría enfermo?

Y de improviso, allá á lo lejos, destacándose sobre un fondo gris de baules y maletas, vió Tomasito un tipo de su tierra, un canario como él, una especie de garrafón rechoncho y repleto, forrado en un *complet* color de aceituna, unos ojillos negros y vivarachos que le miraban alegremente bajo la ceja negra y peluda, á la sombra de la chistera ladeada á lo perdís y dos brazos en cruz, en cuyos extremos aleteaban cariñosamente las manos.

Los dos canarios se abrazaron con ímpetu y Tomasito lloraba, lloraba como un niño al oprimir contra su pecho aquel pedazo viviente de la patria.



MIGUEL DE UNAMUNO

Entre los muchos profesores que me han enseñado uno tras otro Matemáticas, Literatura, Derecho, Filosofía... (se espanta uno recontando lo que sabe), quizá no haya hallado más que un solo maestro, Unamuno. A la verdad, no acabó de enseñarme griego, que es la materia que explica en Salamanca, pero en cambio me inculcó muchas cosas que han encastado en mi espíritu. Después de haberle oído, y de haberle tratado un tanto y leído algo de lo que escribe, confieso que me he visto forzado á hacer almoneda de lo poco que creía saber y á poner trabajosamente casa nueva. ¡Dichosos los que siguen impertérritos la ruta comenzada en el bachillerato! Ellos llegan sin vacilaciones á hacerse respetabilísimos doctorazos. Pero una ojeada atrás, un examen reflexivo del fruto que pueden haber dado tantos años de enojosos y variadísimos estudios induce á una conclusión desesperante, á saber, que nuestra enseñanza no nos sirve absolutamente de nada, como no sea de lograr un título y conquistar una posición.

Es una infelicidad percatarse de que hay que rectificar todo lo aprendido.

Difícil es dar una idea de la complejísima y á las veces enigmática personalidad de Unamuno. Por de pronto bien se puede aventurar que representa un contraste vivo con todo lo que le rodea. Lucha verdaderamente épica debe de haber librado con el medio ambiente para afirmarse en oposición á él. No me explico de qué manera haya podido escapar de las tupidas mallas de nuestros vicios intelectuales y campar con tan soberana libertad lejos de la estrecha órbita de nuestra mentalidad, forzado sin embargo á convivir en ella. A vuelta de tal esfuerzo ha llegado á conquistar una cima exclusivamente suya desde la cual, quien á ella se aveze no puede menos de verlo todo trastocado, casi del revés. Se le suele tachar de paradójico y de amigo de novedades estupendas: yo trato de razonar esta exageración suya. La paradoja las más de las veces no está en él sino en lo que le rodea. Habitado á calar hondo en nuestro pensamiento, ha podido descubrir lo que positivamente suele haber en él: rutina, automatismo, vaciedad. Cuando no se piensa sino se repite, los conocimientos degeneran en convencionalismos y por lo tanto en falsedad, y esta falsedad del brillante inventario de nuestros lugares comunes le ha hecho un convencido y fiero iconoclasta de los ídolos más favorecidos. Por eso donde la generalidad afirma, Unamuno tal vez se complace en negar. Para él resulta un divino placer el repetir acerca de las más socorridas verdades lo que el poeta dijo del cielo, que *ni es cielo ni es azul*. Es una contradicción sistematizada que tiene un fundamento muy lógico. En el Congreso hispano-americano yo no sé qué exorbi-

tancias sostuvo acerca del empleo de la Gramática. En Madrid, digámoslo sin reserva, le han tenido por un *chiflado*. Es natural que así ocurriera en el centro de nuestra incultura laureada y académica.

Sirva como muestra una de sus cotidianas contradicciones con el medio ambiente universitario, su sistema de enseñar. Del primero al último día del curso el librito de traducción de griego es el único objeto del trabajo de clase. La Gramática y el Diccionario se quedan en casa. No hay lección: el alumno va soltándose á solas, fuera del aula, en las reglas; y el profesor, conforme las supone sabidas, las va haciendo aplicar en el texto que se traduce. Esta labor, que en otras manos pudiera convertirse en monótono machaqueo, en las suyas resulta amenísima. A menudo interrumpe el trabajo, abandona la silla (familiarmente colocada entre los alumnos) y se lanza al encerado: hay solaz para un rato. Allí, tras de hacerse la anatomía, siempre interesante, de un vocablo y de agotar la escrupulosa análisis fonética, se teje su historia, larga y complicada de ordinario. Deslindase su vasta parentela greco-latina, espúlgase su linaje tras las capas del bajo-latín y de los romances y se le descubre, al fin, en el castellano actual, tan mudado de su pristina forma que apenas se le reconoce. Paralelamente se hace también la historia evolutiva de su significado. No es decible cuan fecundo es este procedimiento para el estudio de las lenguas.

La Pedagogía, tal como la entiende y la practica Unamuno, gira sobre un canon fundamental, y es que el alumno debe sacar de propio fondo la ciencia con la ayuda y sin la imposición del maestro. No he de aquilatar el principio, sólo haré constar que muchos de los resultados de tal género de enseñanza son preciosos. En ella, lo que pudiera parecer indisciplina, es sólo libertad. El alumno trabaja sin pie forzado y además desempeña un papel *activo* en la investigación. Esto le obliga grandemente, mucho más que el tener que repetir una lección de antemano designada. La ciencia no se le pone delante de los ojos como una *asignatura*, encerrada en un programa: es un campo sin fin en el que no se encuentran lindes ni cotos. Cuanto más avance en él, más sabrá: todo depende de su propia voluntad. Así, por añadidura, se ama la disciplina que se estudia y el profesor puede lograr no alumnos sino discípulos. Júzguese, pues, la antítesis que esto representa en la enseñanza de nuestras universidades.

Ahora bien ¿qué es Unamuno? ¿es un erudito ó un especialista? ¿es un temperamento? Atajado me vería para afirmar nada. Sé que conoce las literaturas clásicas tan bien como las modernas; que posee un admirable sentido de la Historia; que es notable en Lingüística; que pudiera regir una cátedra de Economía y de cualesquiera ciencias sociales; que ha estudiado las materias más contrapuestas y que, en

suma, ha sabido adquirir tan universal cultura en sus propias fuentes, porque no se le hace difícil leer un libro en latín ó en suco, en italiano ó en alemán. A pesar de ello no me atrevería á calificarle de filólogo, de helenista, de literato ó de sociólogo. Unamuno es algo más que su propia enciclopedia. Hay sabios que llegan á confundir su personalidad con aquello que mejor saben y nos ofrecen el tipo del teólogo, del médico, del erudito. En la economía intelectual de nuestro profesor todo está en función de todo, y la hermosa solidaridad de sus vastos conocimientos está á su vez admirablemente dispuesta á un fin más alto que ella misma, á la inteligencia verdadera de las cosas. Por donde, si hubiera de definirle diría de él que es sobre todo un filósofo, en el genuino sentido de la palabra. La realidad son sus amores. Prefiere una observación arrancada de la vida á la más peregrina disquisición académica. De aquí su cordial aborrecimiento al intelectualismo seco y, en cierta medida, á los libros. En esto llega á las veces hasta la hipérbole. Quisiera consumir con ellos ¡qué dirían nuestros progresistas! un ingente auto de fé. Seguramente parodiaría el célebre dilema: ó están conformes con la realidad, ó la contradicen; si lo primero, huelgan; si lo segundo, perjudican.

Tales dotes de pensador prestan á menudo á sus juicios tan esplendorosa evidencia, tal sugestiva persuasión, que parecen la última palabra sobre el asunto. Al mismo tiempo sabe poner en ellos el calor de su corazón. Prefiere ser hombre á ser un autómatas de la ciencia. No ha querido parecerse á los intelectuales que toman el mundo como un espectáculo. Por eso para él no ha sido la cuestión obrera, nudo de nuestro drama social, un mero tema, sino un objeto de amoroso estudio y de vivo apostolado. Su espíritu también ha sentido, como toda alma superior, la honda inquietud de las verdades religiosas.

Goza temperamento artístico muy delicado. Todas sus producciones tienen sugestiva atracción estética. Ha escrito alguna novela y no pocos cuentos. Su crítica de arte es siempre aguda, flexible, de aguilatada finura. Guarda con verdadero cariño unas cuantas docenas de poesías: las prefiere á los demás trabajos porque son *más suyas*. Profesa sincera ojeriza no solo á los puristas, sino aun á los hablistas. El gramaticismo es de lo que más le enfada. Le encanta el desaliño, cuando responde á vasta amplitud en el contenido del escrito, á verdadera libertad de espíritu en el escritor. De aquí su cordial admiración á nuestros soberanos místicos.

Según un rasgo autobiográfico, que recojo, Unamuno ha formado su espíritu en dos ciudades. Bilbao, su ciudad natal; Salamanca, la ciudad donde hace muchos años estudia y enseña. Este antecedente, aparte de explicar en cierto respecto su compleja

constitución psíquica en donde hermanan el más sólido sentido práctico con la más exquisita idealidad, nos le revela como un hijo de provincias, venido al palenque del pensamiento sin el indispensable resello de madrileñismo que exigimos, como una especie de visto-bueno, á nuestros ingenios. Es una elocuente indicación. La *gente nueva*, de la que tanto hablamos, apenas despunta por ninguna parte: quizá venga por otros caminos que los ya mil veces andados. Yo me complazco en que tan desmazalada semblanza sirva en estas columnas de presentación de este raro ejemplar de *verdadera gente nueva*, formado lejos de la política, lejos de la prensa y lejos de Madrid, y de lección á cuantos entre nosotros sigan creyendo que la *europeización* asomará por la Puerta del Sol.

FR. LESCO.

JUAN DE BETHENCOURT



Viera y Clavijo, al ocuparse en su Historia de las Islas Canarias de esta gente que tuvo la honra de que yo de ella descendiera, escribe que de Maciot de Bethencourt, sobrino del que me va á ocupar, y de su mujer Luisa de Bethencourt ó Betancort-Guanarteme, sobrina del rey de la Gran Canaria Tenesor Semidán el *Bueno*, descienden los Betancores de Gáldar, y á continuación da á conocer los siguientes versos, tan antiguos que el mismo Viera y Clavijo ignora de donde salieron, los cuales versos vienen á ser la relación del célebre hecho histórico que tuvo por resultados que se enlazara estrechamente con la historia de Gáldar la general del Archipiélago, que la familia del gran Bethencourt se mezclara con la de los Guanartemes canarios, y que yo, descendiente de tan bárbara gente, (la francesa, iniciadora de la conquista de mi raza), me ocupe ahora del célebre

hombre cuyo retrato, colgado en una habitación de mi casa, me daba miedo cuando era niño y ahora, la frente de este escrito, me da valor para biografiar sus ambiciones.

Van, pues, los versos:

Estándose bañando con sus damas
De Guanarteme el Bueno la sobrina,
Tan bella que en el mar enciende llamas,
Tan blanca que á la nieve más se empina,
Salieron españoles de entre ramas
Y desnuda fué presa en la marina;
Y aunque pudo librarse cual Diana,
Del que la vió bañar en la fontana,
Partir se vió la nave á Lanzarote,
Donde con el Santísimo rocío
La bañó en nueva fuente el sacerdote,
De dó salió con tal belleza y brío,
Que con ella casó Monsieur Maciote,
Que el noble Bethencourt era su tío,
Y de estos dos, como del jardín flores,
Proceden los ilustres Betancores.

Este suceso histórico está escrito en mis *Noticias de la Real Villa de Gáldar*, y es tan curioso, y tiene tal importancia no sólo para la historia de Gáldar sino también para la de Canarias, que merece una detenida narración. Mas para el asunto que nos ocupa, basta decir que llevada á Lanzarote la Infanta Tenesoya Vidina, fué bautizada con el nombre de Luisa de Bethencourt Guanarteme, é instruida en el idioma castellano por Doña Inés Peraza, y que casó con Maciot de Bethencourt, sobrino del conde D. Juan, conquistador y rey de las Canarias conquistadas. Muchos historiadores confunden á Maciot de Bethencourt, esposo de esta infanta canaria, con Maciot Perdomo de Bethencourt, sobrino también del Conde de Bethencourt y que casó en Lanzarote con la princesa llamada Teguisse, pero documentos que poseemos nos prueban que la madre del célebre Arriete y esposa de Maciot de Bethencourt fué Tenesoya Vidina, hija del gran Faicán de Canaria y sobrina de su Guanarteme Tenesor Semidán de Gáldar. (1) Conquistada Gáldar, capital de Gran Canaria, en 1483, y con ella toda la Isla, á la ex Corte volvió la Infanta Tenesoya Vidina con su esposo Maciot de Bethencourt, estableciéndose en Gáldar, donde nació su hijo Arriete de Betancort Guanarteme, y de los cuales descendieron los Betancores de Gáldar. (2) El escudo de esta noble casa, rematada por un casco, era el de un

(1) Sepan cuanto esta carta vieran como nos Gerónimo de Pineda, Regidor de esta Isla e Arriete de Bethencourt, é Luisa de Betancort Guanarteme muger Vidina de Maciot de Bethencourt defunto que Dios haya... (Podr dado por la nobleza de Gáldar á Alonso de Jáimez para protestar ante las Cortes de que se pusiera en el lugar de Santa María de Guía un Alcalde é vara de justicia) año 1526)

(2) «Miércoles en veinte y cinco días del mes de Noviembre de mil y quinientos seis años bateó Alonso de Gurrera una gija legítima de Ana Suárez su muger

león rampante, si mal no recuerdo, pues tan preciada piedra, como las que aún hoy, por defectos de civilización, colocan sobre sus casas todos los que menos glóbulos de sangre noble sienten circular por sus venas cuasi plebeyas, sirvióle á un abuelo mío para tapar un portillo de una finca suya... Y es que en Gáldar, á pesar de haber sido la residencia de la nobleza de la Isla, donde unicamente vivieron los descendientes de sus Guanartemes, donde, según Viera y Clavijo, se encontraban en una fiesta «nobles caballeros, montados en hermosos caballos, de los linajes de Betancort Guanarteme, Mujicas, Guzmanes y Trejos, Verdes y Aguilares, Sambranas, Vegas y Quintanas, Figueiredos y Carabajales y Godoyes, todos nobles», no se ve un escudo de armas para muestra, y es que los galdenses, cuasi todos de noble alcurnia, empuñando con una mano el arado y con la otra el reuuo, han olvidado que hay aún otro timbre de nobleza. (para los que les faltan los demás) que aquellos que dan las propias acciones, la honradez y el trabajo.

*
* *

Juan de Bethencourt fué el que, guiado por la ambición, por la sed de conquistas, inició la del archipiélago canario. Desde el año 1402 comenzaron las naves conquistadoras cargadas de aventureros á atravesar las misteriosas llanuras del *mar tenebroso* para llevar á las Islas de Canaria el catolicismo y la civilización en las puntas de sus espadas y en las bocas

sus padrinos Macián de Betancor y su muger Luisa de Betancort llamase la niña por nombre Catalina y Rodrigo de la Vega clérigo la batesé. Martes veinte y seis de Enero desde año de quinientos siete bateó Arriete de Betancort y su muger María May su legítima muger un gijo por nombre Gregorio sus padrinos Gerónimo de Pineda y Marina gija de Cristóbal de Lucena (Partidas 7.^a y 11.^a del Libro de Bautismos de la Parroquia Matriz de Santiago de Gáldar, años 1506 y 1507)

«Muchas familias de Gáldar siguieron la organización feudal y nobiliaria traída al Archipiélago por Rejón, Vera y Lugo, dando á conocer su nobleza é historia y hechos de armas de sus antepasados. Doña Luisa de Betancort, conocida en nuestra historia con el nombre indígena de Tenesoya Vidina, hija del Gran Faicán del reino y sobrina del Guanarteme Tenesor Semidán el Bueno, siendo ya viuda de Maciot de Bethencourt sobrino del Conde de Grenville, y hallándose también en Gáldar, solicitó y obtuvo la recepción de testigos para acreditar su hidalguía y la de sus hijos. En estas diligencias se halla una declaración notabilísima prestada por D.^a Catalina (Masequera, Infanta real) prima de D.^a Luisa. (Tenesoya), que por algunos canarios era respetada (Doña Luisa) como la sola y legítima heredera de la corona isleña. Contaba entonces esta señora la edad de setenta años.» (Millares—*Historia de las Islas Canarias*)

El apellido Bethencourt de Gáldar fué españolizado por la misma Doña Luisa muger de Maciot de Bethencourt sobrino del Conde D. Juan, y así lo ha llevado mi familia hasta el día.

de sus arcabuces, ante cuyo poder caían moribundos los canarios gritando ¡*Atis Tirma!* ¡*Atis Tirma!* Desde que el espíritu religioso de Bethencourt guió sus naves á Lanzarote, la libertad canaria caía para siempre bajo el fuego de los cañones del gran conquistador. Desde entonces bajaba de lo alto del Ajódar la voz sibilitica de Andamana y su sombra gigantesca se cernía sobre la corte de su hijo Artemi Semidán anunciándole el fin de su pueblo.

Juan de Bethencourt no comenzó la conquista de los canarios por el amor. La religión y la civilización se llevaban antes á un pueblo matando, exterminando: ¡Si á los canarios se les hubiese civilizado por el amor, si Bethencourt hubiese iniciado esa *conquista de paz*, no hubiera dado lugar á que Pedro de Vera asesinara á Doramas casi como él mató á Artemi Semidán el Grande, que cayó muerto por los suyos, pero satisfecho de haber librado á Canaria del yugo del Conde normando, cuyo sobrino, empero, había de unir á su nombre el nombre de su nieta Tenesoya Vidina, una de los pocos canarios que se libraron del exterminio de la raza llevado más tarde á cabo por Pedro de Vera, en la Gran Canaria, donde las banderas de la civilización traídas por él, solo sirvieron para barrer los cadáveres de los heroicos defensores de su independencia, y la cruz que clavó en la cima del Saucillo para cobijar á la desolada isla afortunada convertida en cementerio...

El nombre de Bethencourt llena muchas páginas de la Historia de Canarias. El, su primer conquistador, su virrey, es uno de los hombres más célebres de aquella época. Fué ambicioso, pero no dejó de tener sus grandes virtudes. Comparado el Conde de Bethencourt con su sobrino Maciot Perdomo de Bethencourt, virrey interino de las Canarias conquistadas, sus ambiciones quedan desvanecidas ante la codicia y soberbia de Maciot, odioso tirano de las Canarias orientales.

Don Juan de Bethencourt, Conde de Bethencourt y de Grenville, barón de Graillard, nació, de nobilísima familia en el Condado de Eu, Normandía, por el año de 1339. Carlos VI de Francia le nombró su Chambelán, cargo que renunció cuando la demencia de este rey, retirándose á su castillo de Grain ville-la-Teinturriere, en Caux. Su ambición entonces, y su afán de aventuras, le llevó á la conquista de las Islas Canarias, saliendo en 1403 del puerto de la Rochela para España, en compañía de Gadifer de la Salle. Con la protección de Enrique III el *Doliente*, y en un buque con 200 hombres de armas hizo su primer viaje á las Canarias. De Sevilla á Lanzarote gastó nueve días. Conquistó esta isla y la de Fuerteventura fundando en ella poblaciones, entre las cuales, la villa de Santa María de Betancuria, lleva su nombre. Dejando de virrey de estas islas á su sobrino Maciot Perdomo, (de infausta memoria), fué á Roma á pedir

á Inocencio VII un obispo para Canarias, obteniendo el nombramiento de Maisons...

La figura de Bethencourt llena mucho espacio en la Historia de las Islas Canarias. Viera y Clavijo, Millares, Castillo, Gomez Escudero, Viana, Cedeño y otros historiadores, incluso aquellos cronistas traídos por el mismo Bethencourt, ocúpense largamente en sus noticias en relatar los hechos de este hombre. Ultimamente, mi ilustre y queridísimo amigo el Doctor Chil, cuya reciente muerte lloramos todos los amantes de la Ciencia y de esta tierra, ha completado la historia del Conquistador francés con datos y noticias importantes recogidas por él en Francia para sus *Estudios sobre las Islas Canarias*. No es mi ánimo, pues, hacer una biografía completa de este grande hombre, sino el de publicar su retrato en las páginas de EL MUSEO CANARIO acompañándolo de algunas noticias entresacadas de mis apuntes de historia de Gáldar, aquellas en que el nombre del Gran Bethencourt y sus hechos se enlazan con la historia particular de Gran Canaria y su antigua capital. El barón normando, señor de las Canarias, pretendió, en vano conquistar la isla de Canaria. Su codicia se estrelló contra el valor de aquel noble pueblo que desde Gáldar regía el hijo de Andamana, Artemi Semidán. Interesante es la derrota sufrida por Bethencourt y célebre este hecho histórico desde el cual se denomina *Grande* la Isla. Había enviado el barón normando á Gadifer de la Salle el mando de una compañía para que conquistase la isla, expedición que salió de Lanzarote el día 25 de Julio de 1404. Esta fué muy maltratada por una tempestad. Llegaron al anochecer cerca del puerto de Gando, pero temiendo desembarcar siguieron rumbo hacia el Sur en donde lo efectuaron cerca de Arguineguín con el propósito de atrevesar la isla y apoderarse de Gáldar, pero avisado el Guanteme por el Guaire de Telde, organizó precipitadamente sus huestes y saliendo de Gáldar se dirigió al Sur donde, cerca de Arguineguín, halló á las tropas invasoras que mandadas por La Salle se retiraban precipitadamente hacia la costa donde se prepararon á rechazar el formidable ataque de los canarios capitaneados por su propio rey Artemi Semidán. En esta batalla, la primera tal vez que libró el pueblo canario sencillo y pacífico, pero valoroso y heroico cual ninguno, con tropas conquistadoras, para cuyas espadas, y mortíferos fuegos sólo oponían sus pechos desnudos y su valor y destreza admirable en el manejo de la tabona y del magado, quedó vencida para siempre la codicia de Bethencourt, y derrotadas las huestes cubiertas de acero, protegida por el fuego de sus arcabuces. Fué aquella célebre batalla sangrienta y formidable, por la desigualdad de los combatientes, por el heroísmo de aquellos canarios que morían luchando bravamente á las órdenes de su Gua-

narteme. La victoria completa de los canarios puso fin á la sangrienta lucha de la que se salvó milagrosamente La Salle, embarcando para Lanzarote con los pocos soldados que sobrevivieron y con aquellos heridos que pudo recoger en la fuga. La primer victoria de los canarios, de aquel pueblo viril que veía su independencia amenazada, costó la muerte de su rey. Artemi Semidán perdió la vida defendiendo heroicamente la tierra puesta por la Gran Andamana bajo su custodia. Las tropas entraron en Gáldar victoriosas, llevando el cadáver de su rey entre gritos de triunfo y dolor, como si presintieran que con el hijo de Artemi había de morir su independencia.

Un escritor francés al narrar las derrotas sufridas en Canaria por Juan Bethencourt, dice que los canarios formaban un gran pueblo y se llamaban todos gentiles hombres. Bethencourt dió desde entonces el nombre de Gran Canaria á la isla donde su codicia se estrelló repetidas veces, y aquel heroico guanarteme, es conocido desde su muerte gloriosa por el Grande.

* * *

Después de conseguir en Roma el nombramiento de obispo de las Canarias en favor de Maisons, el viejo conde de Bethencourt se retiró á Francia, á su castillo de Grainville, con su esposa, mujer jóven y hermosa, no sin desear volver á aquellas islas donde el virrey, Maciot Perdomo de Bethencourt, su sobrino, cometía tan grandes tiranías.

Pero murió, sin volver á ver su reino, un día de 1425. Bethencourt está enterrado delante del altar mayor de la iglesia de Grainville la Teinturière.

J. BATLLORI Y LORENZO.



HISTORIA DE LAS SIETE ISLAS DE CANARIA

COMPUESTA POR D. TOMÁS MARÍN DE CUBAS

(Continuación)

Salieron de Africa, cada una por su derrota y orden dada las galeras, y la que fué á la Palma allí haciendo entradas esperase á las demás; la de Bethencourt dió fondo á la parte del sur de Canaria, al puerto y pueblo de Arguin; quiso hacer pie en tierra con un buen fuerte, mas acudieron muchos canarios, de paz aunque fingida, entrando á nado y saliendo unos y yendo otros; reconocidas las fuerzas de ambas partes no atrevieron á romper; trajeron regalos de higos y goma de drago por trueque de otras cosas: enviaron

aviso á su rey Artemy, que envió á darles cuanto hubiesen menester con abundancia, y él vino luego á visitar á Bethencourt y amistosamente se abrazaron en la playa; dióle de retorno muchas curiosidades de Francia y España; los canarios muy sagaces reconocían esta amistad fingida por ambas partes y disimulando frecuentaban sus visitas, y trayendo higos pasados y demás cosas, hasta que llegó la otra galera de Ervania, que viendo era también de guerra se retiraron los canarios; venía alguno como espía y volvía con trato de paz.

Mosén Juan mostró á los franceses no convenía quebrar el trato de paz que habían asentado él y el rey canario, dadas sus palabras, y mostró de ello tener pesar, venciéndole la resolución de su teniente Juan Cortés, y Guillermo Barbosa, Anibal Dandrach y todos los demás, que iban á ganarse la Isla, que pasaban de 200 franceses, muy soberbios con la presa de Africa; viendo Guillermo la tibieza de Bethencourt, le dice: «Señor, yo soy normando y con 20 hombres, á pesar de diez mil canarios que aquí habrá, pasaré á la otra parte de la Isla.» Y luego todos armados comenzaron á saltaren las lanchas á tierra donde á la marina asistían muchos canarios, desembarcó la primera que trajo 45 hombres, que con los tiros de ballesta ahuyentaron muchos canarios, que no peleaban, antes parece fingían la huída, y los franceses seguían el alcance la tierra adentro, sin esperar á sus compañeros; á la segunda lancha que traía otros tantos, no los dejan desembarcar una emboscada de canarios, que apresan la lancha y matan 22 franceses; á los primeros, que iban á un pueblo que se divisaba, les salieron muchos canarios de paz acompañando á su rey Artemy, al cual dos atrevidos franceses adelantados más de los otros, Guillermo y Godofredo, le dieron con un pasador al rey herida de muerte, matando á otros muchos canarios casi sin defenderse; ellos, viendo que iba de veras, se embravecieron de tal manera que no perdían hombre, y con tanto impetu que se dijo que más parecían demonios que hombres; algunos franceses, huyeron de retirada á la marina, donde Bethencourt los esperaba con más de 50 franceses; y cargaron enemigos por tantas partes que pasmó á todos, disparando gran lluvia de pedradas, arrojando varas, peleando con espadas de palo, montantes, rodela y adargas, bien jugadas; salió Bethencourt mal lastimado de algunos golpes, y á prisa huyeron quedando muertos más de 60 franceses, otros ponen más de ciento; de los cuales fueron Juan Cortés,

Gerardo de Sombrail, Godofredo, Guillermo, Anibal Bleu, Leguirjal, con otros; muchos hubo muy descalabrados; Bethencourt con los demás lloraron á sus amigos y fué el día tristísimo para ellos en quien se tenía puesta la esperanza de la conquista; retiradas las lanchas lleváronse las galeras.

Siguiendo el viaje a la Isla de Palma, hallaron á los castellanos fortificados en tierra; tenían muy sangrienta guerra con los palmeses, tan fuertes como los canarios y las mismas armas; había cautivos más de ciento, y muerto á cinco cristianos: tenía ánimo de quedar allí apresidiados por parecerle fácil allanar presto la Isla; más viéndose Bethencourt falto de gente, dió orden que una galera fuese á Rubicón á llevar los heridos franceses y los cautivos palmeses, y desamparando la Isla de Palma guiaron á la Gomera, y reconocida ser gente castellana le vinieron á dar de paz todos los gomeros, refiriendo que 30 años habría ó poco más, allí vino Hernando de Castro, castellano, y su gente; peleando mataron á un hermano del rey llamado Amalviye, y lo demás que dijimos en el capítulo III de este libro, y quedaron con los castellanos de paz, y decían que eran cristianos; cuál se llamaba Pedro, Miguel, Matiguel, Fernando; entregáronse al rey de Aragón y Castilla, y allí quedó presidio de vizeainos y franceses.

Pasaron luego á la Isla del Hierro; y siendo sentidos se alzaron a la sierra sus naturales, y viendo la tardanza procuraron salir de aquí por ser mucha la demora de seis semanas en la Palma y tres en el Hierro; y Bethencourt procuró enviar de paz á un herreño llamado Augeron, hermano del rey del Hierro, que con otros cuatro para lengua que traían, enviados de Aragón al rey D. Enrique y Doña Catalina á este oficio, pudo tanto Augeron con su hermano que debajo del seguro de paz de guardarles Bethencourt, todo el seguro de paz afirmado muchas veces, vino con 12 naturales, y aunque se entregaron á todo partido de paz, Bethencourt los hizo cautivos con otros que pudo haber, quedándose escondidas algunas pocas mujeres y niños, quedando despoblada la Isla; á Bethencourt le cupieron 31 con el rey, y los demás á diferentes capitanes, que se vendieron por esclavos. Hizo Bethencourt venir franceses y flamencos de Tite y Ervania, en quien repartió tierras en Hierro y Gomera, en 120 personas por ser estas mejores tierras; saliendo primero de éstas para Rubicón, donde las tres galeras se fueron para España y Bethencourt se fué á Daltharais, á repartir y ocupar la gente que

convenía para poblar las cuatro Islas, dejandole el cargo de todo á su sobrino, Mosén Maciot de Bethencourt, y sucesor, mientras él dispusiese su viaje á España y de allí á Francia.

Primeramente mandó á los moradores y vecinos de las cuatro Islas, Lanzarote, Fuerteventura, Hierro y Gomera, en lo temporal y espiritual, le den la quinta parte de los frutos, animales, aves y ganados, y que los naturales de Francia fuesen libres por nueve años de este pecho, y que la orchilla sea siempre suya, y á quien la cogiere se le dé un leve estipendio por su trabajo puesta en su casa ó palacio, y desde luego lo paguen los naturales; que se impongan dos curatos, uno en Lanzarote, otro en Fuerteventura, y su renta sea de cada 30, uno, así en monedas como frutos, y desde luego se fabriquen á costa de su renta de la forma que diere su compadre, Maestro mayor, Juan Maciot. Su palacio y los castillos sea lo mismo, con renta de cinco años, y de salario á Juan Maciot mientras viviere se le dé un quinto, y á su sobrino Maciot mientras viviere la tercia parte de un quinto, y las dos tercias para las fábricas de palacio y castillo por cinco años dichos. Con todo eso volvió á disponer de otro modo: la renta de los curatos de cada treinta uno, un quinto al Maestro mayor para las fábricas á destajo y costo, una tercia parte á su sobrino Maciot, y las dos tercias desde luego percibió Bethencourt; de todo ello tenía dominio dado por el Rey de Castilla mientras viviese; en cada Isla dos Alcaldes ordinarios y el juicio por personas ajustadas y de capacidad por las Leyes de la Francia y la Normandia, y daba poder cumplido á su sobrino y justicias se le enviasen á la Francia en un navío, que él enviaría, su renta puntual, y en ello dispusiese en todo lo que fuere de su mayor utilidad del Señor y provecho; advirtiendo que fuese solamente en las cuatro Islas, que el dominio de las otras toca á otro que no á mí (segun ya se le había vedado.)

Salió Mosén Juan Bethencourt en dos buenas mulas castellanas muy andadoras, él y Maciot, que el Rey D. Enrique le dió para andar la tierra, á visitar en persona, y otros franceses á reconocer sitios, árboles ó canteras, ó si hallase minas de oro ó plata, que aun de agua son estériles: visitada la una pasó a la otra, y en Rubicón mandó pregonar por últimos de Noviembre y hacer saber á los vecinos de las cuatro Islas que pudiesen venir á pedir justicia ó mercedes de repartimientos de tierras, cortijos, ó lo que más le agradase de Hierro y Gomera; nadie vino; Luis Reyezuelo de Lanzarote,

africano, con otros muchos, á este y su familia le dieron lo que pidió, tierras y casa, en medio de la Isla lo mejor pues sabía lo que era 300 fanegadas, y de Fuerteventura á cada Rey 400 fanegadas de monte y labor, y á otros muchos, que nadie quedó descontento.

Dispuso su partida publicada para doce de Diciembre, donde se juntasen en Rúbicon todos los vecinos y moradores de ambas Isles, y demás personas que allí hubiese; juntaríanse 300 personas á quien dió de comer aquel dia, y primero fué Bethencourt sentado en trono y aparato real, armado de hierro y bonete con puntas sacadas de oro en forma redonda de corona africana, é hizoles una larga oración y plática en orden á que Dios Ntro. Señor, le había hecho muchas mercedes, en ser instrumento á que ellos fuesen reducidos á la fé de Jesucristo, encargándoles la paz, la ley, y muchas veces le enviasen en dos navíos ó en uno su tributo á la Francia, y que él volvería presto á las Islas, y siempre los naturales tuvieron para que Bethencourt no volvería ya á ellos.

CAPITULO XII

Sale Juan de Bethencourt para España y Francia y sucesos hasta su muerte

En siete dias navegó Mosén Juan desde Rúbicon á España, llegó á Sevilla, fué bien recibido de sus amigos y conocidos; de allí á cuatro salió para Valladolid donde besó la mano al Rey, y más alegre por la reducción de los naturales de las cuatro Islas; y más bien recibido Bethencourt que otras veces, dijo su intento de ir a Roma, y el Rey le dió cartas, y que en ellas nada se le negaría, que señalase Obispo para las Islas, á lo que dijo Bethencourt que no conocía sugeto aparente cual convenia en letras y virtud, que supiese la lengua, y que ésta de España es casi verosímil á todos los isleños en la pronunciación. Dijo el Rey: «yo os daré hombre de toda satisfacción que os acompañe de aquí á Roma, y allá no se os negará lo que pediréis al Papa.» Dióle á Bethencourt S. M. muchas dádivas, y regalos, y el gasto del camino para muchas personas, dos buenos caballos, y él trajo una de las mulas que llevó á Islas y ora á Roma, con diez hombres muy lucidos, y el P. Fray Alberto de las Casas, religioso de San Francisco, hermano de Juan de las Casas 24 de Sevilla, persona á quien el Rey enviaba para obispo; estuvo 15 dias en Valladolid, y siguiendo

do su viaje por tierra llegaron en poco tiempo.

Dió luego aviso de su llegada al sacro Palacio por las cartas, que Inocencio VII leyó dos veces, que el sumo gozo de tal reducción no acababa de desengañarse; mandó entrar á Bethencourt que le besó el pié, é informado con varias preguntas por último le concedió cuanto le pidió; señaló por nuevo Pastor al P. Fray Alberto; las preguntas, fueron sobre la nueva reducción de los infieles, y díjole Bethencourt el modo que tuvo de entrar en tierras de Africa y cautivar alarbes, y de las tierras de Guinea donde había estado, y prometió de volver luego á ellas: y segun las cartas del Rey preguntóle el Papa que le dijese cual fuese la causa de haber ido desde Francia á los mares y costas del Oceano frontero de España, y al Africa con qué pretexto ó licencia, que á todo satisfizo Bethencourt, y le responde: «sois hombre de quien se debe hacer mucha cuenta y memoria entre Principes de gran nombre en la cristiandad.» Y mandó que se le diese cuarto en el Palacio pontificio, con muchos presentes y dádivas, donde estuvo tres semanas, y sabiendo que tenía ya el perdón de su Rey dudoso, se resolvió irse á Francia; sacáronse las Bulas del primer Obispo con nuevo título de S. Marcial ó Marcelo de Rúbicon en la Isla de Lanzarote; escribió Mosén Juan al Rey D. Enrique, de como daba por ahora la vuelta á Francia, y á Cadiz al Maestro de la fragata, que hizo detener, y que llevase al Obispo, y tambien le dió cartas para Maciot su sobrino; y salieron ambos de Roma, el Obispo dió sus cartas en España, y del buen despacho de Bethencourt se holgó S. M., pasó á Cadiz donde en otra embarcación, por haberse ido de allí la de Bethencourt pasó el Obispo á Lanzarote; fué de todos muy bien amado y admitido.

Salió Mosén Juan de Bethencourt de Roma para Paris á largas jóradas por la posta; llegando á Florencia se hospedó en la calle Mayor en la posada del Ciervo: divulgose por toda la Ciudad, que allí estaba el Rey de las Canarias; y el gran Dux preguntó aquel dia, que hubo Senado, que en qué parte del Orbe caía este Señorío, y ningun Senador supo en donde se pudiese hallar; y entre ellos un mercader muy rico llamado el Mairo, dijo, que habria tiempo de dos años, que estando en Sevilla se hospedó en mi posada un Juan de Bethencourt, normando, a quien el Rey D. Enrique de Castilla había hecho merced de señorío y conquista de las Islas Fortunadas de Africa; más no de otro título; ó informado ser así le enviaron á la posada mucho regalo de comidas y buenos vinos, y él

Mairo le fué acompañando por más de dos leguas renovando la antigua amistad.

Llegó á Paris; allí visitó á muchos de sus amigos antiguos, estuvo ocho días y pasó á Bethencourt; vinieron á verle las madres y parientes de los conquistadores á saber el estado de sus fortunas, si vivían ó morían. Pasó á Granvella, su lugar, y vivió en su castillo donde fué visitado y visitó sus amigos; dió regalos, envió á llamar á Madama María su mujer, que tardó mucho en venir, porque quien la había de traer era su hermano Reinaldo, que estaba de duelo por la muerte de su amo, que era su Mayordomo mayor, el Duque Juan de Borgoña, algo lejos de Montereau, Faultiona, y de allí pasó á Briante, donde tenía su casa: habiendo llegado fué muy estimado, y regalado Reinaldo por ser legítimos hermanos hijos de Juan de Bethencourt el viejo.

Escribía siempre Mosén Juan á las Islas á su sobrino Maciot que le enviase sus tributos, y enviábale navíos para ello, y aunque Maciot se le remitía con puntualidad, en dos años no volvió navío á Francia alzándosele con todo; vivió allí hasta el año de 1425; Madama María murió primero que él; dejó por heredero á su hermano Reinaldo, que estaba ausente y tardando en venir, dejó dicho que fuese á Paris en casa de Juan Geraldo, y en su nombre le entregase un cofrecillo de papeles dado á guardar con rótulo que dice «papeles de Granvella y Bethencourt», y cuando estaba sin habla llegó Reinaldo; hallose á su muerte el Licenciado Juan Le Verrier, su Capellán y Cura de Rubicón, que siempre le acompañó y escribió su historia en francés. Fué sepultado en la Parroquia de Granvella la Tintorera, frontero del altar mayor; murió de 78 años, vino á las Islas de 55; tiene por armas un León negro rampante en campo blanco con dos salvajes á los lados del escudo.

Volviendo á nuestra narración, fué el Obispo D. Fr. Alberto de las Casas llamado Monciut que algunos le juzgan Francés, y fué hijo de Sevilla; en gran manera fué amado de todos, dispuso enviar obreros á Hierro y Gomera, y en todo lo demás fué pobrísimo; voluntariamente predicaba muy amenudo, así lo encargó á los Religiosos y Clérigos que trajo consigo, anduvo siempre á pié, y casi todos los días predicaba; entrañablemente le amaron todos los naturales, aprendió bien la lengua, y hizo gran fruto para la Iglesia y fué causa de grandes bienes así espirituales como corporales; fueron sus documentos suavísimos y humildísimos en gran manera, gobernóse así y á todos con su ejemplo

sin saber nadie reprehensión para él, ni la menor murmuración; fué Maciot y otros caballeros á su ejemplo muy ajustados; procuró siempre el aumento de la fé y mucho le imitaron los Religiosos; las dos Islas fué lo que más frecuentó en visitarlas.

Luego que Mosén Juan Bethencourt faltó de las Islas, que lo supieron en Hierro y Gomera, como en las demás, los naturales aclamaban siempre libertad, con que en todas partes hubo bullicios de levantamientos. Franceses navegaban solo á estas Islas y otras naciones con licencia de Maciot que también llamado Menaute de Bethencourt, y también con la muerte del Rey D. Enrique el año de 1407 fué sepultado en Toledo y quedó su hijo D. Juan II de edad de 22 meses: quedó gobernando los Reinos de España su madre D.^a Catalina. y su tío hermano de padre el Príncipe D. Fernando que este año viniendo á Sevilla fué contra los moros, que con gruesa armada se opusieron á las costas de España, y en el Estrecho fueron cautivos muchos, y puestos en fuga con que no lograron el venir á las Canarias.

Maciot ó Menaute, entre sus discordias con los naturales más por afianzarse en el dominio que poseía llamándose Rey de las Canarias, como su tío Juan de Bethencourt, se casó con Teguisa, y cristiana se llamó Madama Luisa de Bethencourt, hija del Rey Guarfia, africano, llamado Luis, y de la Reina Aniagua y después María de Bracamonte, de quien dijimos Reyes de Lanzarote, tuvo Maciot encomienda de Santiago, con otras mercedes de Castilla; mucho esfuerzo puso siempre en las cobranzas de las rentas de su tío; pero en los dos años primeros los navíos que él enviaba no volvían á Normandía, alzándose con todo hasta que en ello se puso mejor orden.

Diéronle aviso á Maciot del Estado de Hierro y Gomera, como estaban levantados y, con preseteza envió el socorro, eran tardos y remisos en aprender, y rudísimos para la enseñanza de la fé que de corazón aborrecían; levántanse contra los presidiarios y retíranse á los montes casi á un mismo tiempo en las dos islas: en la del Hierro fué el principio, que un herreño llegó á hablar con el Cabo ó Alcaide Vizcaino llamado Lázaro y abrazándose con él le dió con un cuchillo y le dejó muerto donde el día de hoy se ve allí la cruz en un cerco de piedras.

(Continuará).

El Museo Canario

Revista decenal.

NÚMERO 142.

Las Palmas 30 de Noviembre de 1931.

Escenas y cuentos del terruño

... Y ASÍ AMANECIÓ

Lo primerito que hizo Pinillo antes de acabar de ayantar, fué relingar el ganigo, limpiarse con el revés de la mano los besos llenos de gofio, y eslapar, dándole las patas en las nalgas, por el callejón del Risco abajo.

—¡Reconcio! Voy á llegar tarde, después que ellos,—dijo, encochinado, al sentir las campanas de San Francisco repicando.—¡La oración! Ya deben estar metidos los baladrones ca de Micaelita cargando los pasteles...

Y en dos patadas, cachorra en mano, se puso en la calle de los Reyes, donde, al volver la esquina del Espíritu Santo, arrancado como iba á todo correr, casi tirá al suelo á una mujer embarazada que bajaba del pilar con una talla á la cabeza. Sin oír los esperidos de la fecunda aguadora, que toda entripada clamaba venganza blandiendo la caña sobre los tiestos de la pobre talla desparramados por el suelo, Pinillo se encajó de golpe y zumbido dentro de una casita terrera contemporánea de *la enfermedad*, donde nació y vivía Micaelita la de los pasteles.

Una notabilidad del arte, que había servido casa de gente rica...

**

Siete palanquines estaban ya dentro, agolpándose como nna ensalla de pájaros chirreros á la puerta de la cocina, negra y polvorienta como una cueva guanche, donde la vieja, á la luz del candil colgado del fincho del templeiro, iba llenando las barquetas de pasteles crudazos, sollamados, duros como callados, rellenos de una pasta de carne y miel de caña, algo muy ruín, en fin, que disfrazados con azúcar de granilla debían de ser despachados en aquella Noche Buena por riscos y plazuelas, al reclamo de los muchachos, triste y plañidero como una jeremiada.

Uno tras otro, barqueta á la cabeza y farol en mano, fueron saliendo, tomando algunos por los Canónigos para subir á San José, yendo un rancho por San Antonio Abad donde en *el seis* tenían seguro mercado...; echando otros por el Puente de palo para recorrer Triana y Fuera la portada, y muy pronto por toda la ciudad se desparramó la ensalla de muchachos, barqueta á la cabeza, farol en mano, pregonando pasteles calentitos, con pregón triste y plañidero como canto de iglesia, con música que á lo lejos semejaba el *Benedicamus Domino* de una *nona*, muy triste, muy triste.

¡Pasteles-calientí-iii-itos... Pa-asté-eeles...!

En la capital canaria, de cincuenta mil almas que duermen desde las nueve de la noche arrulladas por

el canto funeral de los entierros que entre faroles de luz moribunda atraviesan sus calles, á esa hora casi desiertas, como fantásticas procesiones macabras; sintiendo el pregón cansado de los muchachos que se paran en las esquinas ofreciendo al que pasa pasteles calientes hechos al albita, y el lamento de las olas que se arrastran á lo largo de la playa bordeada de sebas, experimenta el alma una impresión de tristeza infinita, de una dulce melancolía que parece flotar á esa hora en que la ciudad se entrega al reposo y las olas á sus fúnebres canturrias, sobre todas partes, como algo que es de la tierra, muy de la tierra... Nada más característico que ese fúnebre anochecer de una ciudad tan populosa que despierta entre el aturridor movimiento del trabajo y de la vida.

Pero aquella noche, la ciudad canaria estaba emparandada. De todas partes salía el olorillo picante del clásico pastel, indispensable en la Nochebuena del país atlántico.

**

Bajo la gran bóveda de terciopelo azul temblaban las estrellas. La luna envolvía á la tierra en una luz blanca y tibia cubriendo la estremecida superficie de la mar de irisaciones plateadas. Por todas partes caía como una lluvia de luz de nieve bañando la ciudad. Fuera, en las vegas, brillantaba las grandes hojas de los platanales y las rizadas cabelleras de las palmas reales que se balanceaban con ritmo soñoliento al choque de esa brisa perfumada y tibia de las noches canarias en el mes de Diciembre, serenas y dulces, llenas de luz, de suavísimos perfumes de legumbres florecidas y de sebas húmedas...

En la quietud serena de la noche estallaba el alegre rumor de la ciudad desvelada. Las campanas de la Catedral y de sus catorce iglesias comenzaron á llenar el aire con su coro de voces sonoras que entonaban el *Gloria á Dios en las alturas*, mientras de los Riscos brotaba, ora vigorosa y vibrante, ora melancólica y soñolienta entre los acordes tristes de guitarras y bandurrias, la *isa* canaria, como si al coro de las campanas respondiese *Y paz en la tierra á los hombres*...

Y en la Nochebuena espléndida, la ciudad se animaba riendo con risa inextinguible entre el vestiginoso rodar de innumerables tartanas, la algazara de la multitud que se precipitaba dentro de los templos, el pregón geremiaco de los pasteles calentitos que la mar acompañaba con su triste canturria, y el son de las guitarras que, á lo lejos, no se sabía si reían ó lloraban acompañando las coplas soñolientas de las *isas*.

**

La turronerá de la esquina de Palacio le compró el penúltimo. En la barqueta le quedaban dos: el que le daba seña Micaelita por el vendaje, y otro...

Una tartana llena de cambulloneros paró en la plaza.

Las creencias religiosas se armonizaban entonces con estos sentimientos.—Coexistían con las *ordalias*, *el juicio de Dios*. Para saberse si una persona había cometido un delito ó una falta, bastaba que, previo conjuro del sacerdote, el acusado introdujera el braze en agua hirviendo. Si no se quemaba era inocente y si se quemaba culpable. Yo invito hoy á la persona más religiosa y más sin mancha, á que haga la prueba con todos los conjuros que se antojen.

El duelo ha desaparecido por completo en el pueblo inglés, razonable y práctico. Casi se ha extinguido en Bélgica. En Alemania, donde adquirió un desarrollo extraordinario, hasta el punto que no se podía considerar como noble y con honor nadie que no llevara media docena de cicatrices en la cara, está en gran descenso, y según hemos leído en estos días en un telegrama de Berlín, ciento y tantas familias de la nobleza habían firmado el compromiso de no admitir el duelo entre sus miembros.

Las leyes de todos los países civilizados lo prohíben y castigan.

En el dominio de la inteligencia ha concluido y concluirá por consecuencia en la práctica en todos los países, en plazo más ó menos corto.

Otra pasión que desaparece es la venganza, la dulce venganza, placer de los dioses. El derecho de gentes antiguo se resume en el terrible grito ¡ay del vencido! *va victis*. Al prisionero de guerra se le mataba y se le comía; se le atormentaba, mutilaba y después mataba; más tarde se le hizo esclavo y esto constituye un gran progreso de humanidad.

Al criminal, á quien hacía un daño, se le cobraba íntegro, de algún modo: ojo por ojo, diente por diente. El placer de humillar, el goce en el dolor y sufrimiento de otro era una compensación á falta de ventajas más positivas. Tal deuda, á falta de dinero ó especie, se paga con tal cantidad de la propia carne. Todo esto es horrible; todo ha existido y de todo nos quedan restos. Pero ¡qué transformación!

En esta nación nueva ya está escrita é incorporada á su legislación penal la idea de que la cárcel no debe ser para tormento sino para la seguridad del delincuente.

El concepto científico moderno del determinismo hará evolucionar todavía más las pasiones al respecto, y dará grandes y benéficos frutos cuando ese producto intelectual de los sabios penetre y se haga sentimiento en el ánimo de todas las gentes.

Todavía hoy, cuando un Castro Rodríguez ú otro criminal por el estilo comete el delito, el público se exalta, ruge, pide venganza, aprieta los dientes y cierra los puños, y si puede cae sobre el culpable, dispuesto á *lincharlo*, despedazarlo. La ley se interpone, sin embargo, representada por los agentes del orden público y de la justicia, defiende al criminal

de la vindicta, llámese venganza popular, le ampara, lo pone en seguridad, lo alimenta y lo cuida.

La ley es la inteligencia; la agitación del pueblo, el sentimiento, la pasión.

Mas, lo que informa la ley actual será andando el tiempo, sentimiento general, y á su vez la ley habrá avanzado y perfeccionádose en armonía con el desarrollo de la inteligencia y el progreso de la ciencia.

Lo que hoy es producto frío de la mente, mañana será ardoroso sentimiento.

En los hombres primitivos el sentimiento nació de las necesidades animales; en la moderna humanidad surge de la inteligencia y de las necesidades sociales.

Fáltanos tiempo para buscar mayor comprobación de esto que afirmamos, en el amor sexual, por ejemplo, sentimiento de instructivo estudio por su complejidad y por haber experimentado la evolución completa desde lo más simple á lo más compuesto, y desde lo material á lo ideal, impalpable y etéreo.

El estudio del sentimiento religioso ofrecería á su vez el fenómeno de sus transformaciones en relación con las distintas concepciones de la naturaleza en el tiempo y el espacio.

Pero debo avanzar para decir algunas palabras por lo menos, respecto á un sentimiento en formación y que, á mi modo de ver, será dominante en la sociedad futura. No sé qué nombre se le dará, llamémosle gran sentimiento social. La solidaridad de que ya se habla contribuirá á formarlo, como principal elemento; pero no basta por sí sola para constituirlo.

La idea del común origen de la especie humana formó el sentimiento de fraternidad, del que nació á su vez el de caridad: hacer bien al prójimo por amor de Dios. Sentimiento algo estrecho, no muy desinteresado; pues, al fin y al cabo es una forma de tendencia á la propia conservación, la mayor conservación posible, la del cuerpo y vida terrena, y la eterna después en otro mundo mejor. Sentimiento bastante egoísta; se quiere, haciendo bien al semejante, agradecer al Todopoderoso para obtener su favor y la gran recompensa.

Este sentimiento se ha rectificado, y para expresar su variación se inventó la palabra filantropía, que significa hacer bien al hombre por el hombre mismo, sin reserva, ni pensamiento de otra trascendencia. El sentimiento así es noble, generoso, extensivo á los hombres de todas las religiones, á los de creencias opuestas, aún á los que no profesaren ninguna, y hasta á los animales y las plantas que también son seres vivientes y de la naturaleza de que formamos parte.

Pero aún este sentimiento es incompleto y defectuoso. Es á la Sociedad más bien que al individuo á quien se debe amar y servir, como supra-organismo del que somos elementos componentes.

Puede acontecer y acontece que la caridad y la

filantropía sean contrarias en casos determinados, al bien social, y entonces este debe predominar. En buena sociedad el interés individual es inferior y ha de subordinarse al interés general. El sacrificio por otra parte vuelve convertido en provecho para los individuos, pues no se concibe bien social sin que ese beneficio lo sea de las personas en particular.

La palabra solidaridad, su concepto y el sentimiento en germen que envuelve, es, repito, uno de los componentes del gran sentimiento en formación, armónico con el grado que va alcanzando la evolución social.

La idea de solidaridad ya es mucho; pero, no es todo lo que hace falta en la elaboración afectiva que se realiza. Solidaridad se deriva de sólido. Un sólido es esto que tomo en la mano, un cuerpo compacto, un agregado cualquiera de moléculas muy unidas.

Los ingenieros y los demás señores que saben de mecánica y me están escuchando, saben perfectamente que las condiciones y cualidades de un conjunto de esta clase, son distintas de los elementos que lo forman. La resistencia, por ejemplo, no es proporcional á los elementos sino mucho mayor. Las nuevas cualidades no son sobreañadidas al cuerpo, son producto de la unión, resultado de la síntesis.

En el cuerpo social ocurre algo análogo, pues ofrece cualidades distintas y superiores á las de los individuos que lo constituyen, como resultado y consecuencia de su unión. En la gran síntesis aparece, por ella y solo por ella, algo nuevo que no lo tiene particularmente ninguna persona, y que viene á constituir el fondo de lo que unos llaman alma y otros carácter nacional. Descomponiendo la sociedad en sus elementos, ese algo desaparece, no se vé, no se encuentra.

A medida que estas ideas se abran camino, lo que sucederá por que son consecuencia rigurosa de observación científica, permitida por el desarrollo alcanzado de la inteligencia, el hombre como ser individual, en virtud de su autonomía, tendrá para sí mismo, en la intimidad de su conciencia, las creencias que solamente á él interesen, los sentimientos particulares, religiosos ó personales, que armonicen con su propia naturaleza; y como ser social participará de los grandes sentimientos que le unan con los demás componentes del cuerpo común, único modo de que las funciones de este—funciones de nutrición, de relación, y de reproducción—se verifiquen y se cumplan dentro de la unidad necesaria.

El sentimiento social facilitará las funciones del gran organismo, hará que haya menos rozamiento en las partes, menor gasto de energía en el todo.

Hoy, la falta de engranaje y las asperezas de los elementos sociales, obligan á un gasto considerable de fuerza, gran parte de la cual se neutraliza sin efecto útil.

¿Cómo favorecer el desarrollo del nuevo sentimiento?

Este es otro de los puntos de nuestra conferencia, aunque el último, que corresponde tratar: pero, no es posible sin verdadero abuso de vuestra benévola atención, ni siquiera bosquejarlo como los anteriores.

Formularé solamente dos preceptos que observados pueden conducir á aquel fin:

1.º Amar la sociedad sobre todas las cosas.

2.º Honrar la ciencia, fuente única de verdad y bienestar.

He concluido.

DR. MANUEL QUEVEDO E HIJOSA.

Letras del tiempo viejo

ÁRBOLES

Vegetales de los más interesantes, los más útiles, los más nobles y dignos de ser estudiados, ¿cuál otro ornamento más esencial para los campos? ¿Cuál otro contribuye con su sombra y frescura á favorecer la habitación del hombre? La magestad con que un robusto árbol levanta su copa á los cielos, le da cierto aspecto halagüeño, y le imprime un aire de grandeza que ningún ser viviente suele tener. ¿Qué género de conmoción no se experimenta, á la vista de un alto pino ó de un copudo castaño, de un descollado til, de una eminente palma! ¿Quién será el que al penetrar en un bosque no sienta en su interior no sé que extraña impresión que no es posible encarecer! La dulce calma, el grato olor, la media luz vista por el templado verdor, el silencio, lo erguido de los troncos, lo dilatado de la perspectiva, todo convida al placer de meditar. Por el contrario, ¿qué desmolez más triste que la de un terreno sin árboles! Así después de haber bajado de la cima del pico de Teide, en Tenerife por medio de lavas de volcanes y páramos de piedra pomez, los primeros arbustos que yo encuentro son los escobones, ó *citises proliferos*, y aquellas retamas de flor blanca que regalan mi olfato y que recrean mis ojos. Más abajo se me presenta una selva de pinos gigantescos, entre los cuales se distinguen algunos cedros del Líbano. Luego el monte verde poblado de brezos, tilos, avernos, palos blancos, viñatigos acebiños, xinjás, laureles, barbusanos, follados, hayas, lentiscos, saucos, acebuches, hortigones, ma-

droños, sauces etc. y por último los predios de castaños, nogales y otros frutales especiosos. Sabemos que todavía á principios del siglo XVII se iba desde la villa de la Orotava al puerto de Garachico, que son casi cinco millas de camino, por debajo de una floresta continuada de laureles, acebuches, palmas, dragos, cipreses etc., cuyo olor perfumaba el contorno. (Viaje de Puochass, tomo 5.º, capítulo 11, § 3.º). Si por otra parte me acerco á la célebre montaña de Dramas en Canaria, el peristilo de acebiños y laureles por el cual entro desde luego me anuncia que voy á penetrar á paraje más intrincado, donde los mayores árboles descuelan. Llego en efecto al sitio llamado las *Madres de Moya*, y unos excelsos tilos con eminentes bóvedas que las espesas ramas tejieron, me presentan un templo augusto, imagen de la Catedral, cuyo nombre lleva. Sentado á su benigna sombra mi pecho se dilata; respiro un aura suave; oigo el canto de los pájaros canarios, capirotos y mirlos, y el susurro de las aguas que corren, frías, diáfanas y delgadas. Miro hacia arriba y por los claros de las aberturas de las ramas alcanzo á ver las inmediatas cumbres de los altos peñascos que rodean aquel ameno valle, y pendientes en ellos algunas cabras y la manada de ovejas que guía un pastorcillo vestido con capote de lana blanca con aguadera. Pero pasemos del placer que los árboles nos ocasionan á los bienes innumerables que les debemos. Aquel fuego que la leña mantiene para las necesidades de la vida; aquel arado que surca la tierra; aquella fragua, aquella barca, aquel torno, aquel techo, en suma, todas aquellas artes en que se emplean las maderas, ¿podrían existir sin los árboles, por ventura? Mas, antes que ellos caigan víctimas del hacha ¿con cuantos ricos presentes no nos favorecen? De sus ramas bajan á echarse á nuestros pies la castaña, la aceituna, la nuez, la almendra; y se ponen en nuestras manos la naranja, la granada, la manzana, la ciruela, la pera, el plátano, el limón... Corre el aceite de la oliva, y el vino de la parra. El moral nos da seda y el algodónero su preciosa pelusa. Suda el drago su sangre, el almácigo su resina, el pino su brea, el cardón y la tabaiba su leche... ¿Y por qué aquellas lomas se han descarnado, y perdido su antigua feracidad? ¡Ah! Privándolas de los árboles que con sus raíces entrelazadas sostenían la tierra. ¿Y por qué el otro cerro sereviste ahora todos los años de nuevos césped y de lozanas yerbas? Porque las hojas de los árboles y arbustos inmedia-

tos, habiéndose deshecho y podrido, le ofrecen sin cesar una admirable tierra hortense. Además de esto, nadie puede ignorar que la espesura de los montes es una de las cosas que más atraen las benéficas lluvias, y que contribuyen por consiguiente á enriquecer los manantiales de agua viva. Por tanto, no cortes jamás un árbol sin haber plantado antes diez. Catón en su Libro de la Vida rústica decía: «Cuando se trata de edificar, delibéralo largo tiempo; mas cuando se trata de plantar, el deliberar sería un absurdo: no te detengas; planta sin dilación; esta es una ocupación digna de un honrado vecino, es un obsequio debido á la naturaleza y fácil de practicar.» Pero al contrario tropezamos á cada paso, unos hombres que tienen la osadía de destruir en pocos instantes la bella obra de los siglos, y el patrimonio de la posteridad mientras no han hecho en toda su vida nada útil ni dejarán en los campos vestigios de su existencia. ¡Qué placer se puede igualar al de extender la vista por la campiña que uno ha vestido de árboles, y decir: Dios crió las especies, yo las he multiplicado! ¡La posteridad bendecirá mis cuidados cuando eche de ver que yo he tenido la generosidad de trabajar para ella; la patria me tributará elogios porque he aumentado sus verdaderos bienes...! Gratas reflexiones que deberían animar á todos los canarios, amenazados de la temible situación de carecer de árboles de montaña.

JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO.



EL ELOGIO DE LA NOBLEZA

Pocos pueblos podrán ostentar una ejecutoria de nobleza tan campanuda como el mío, y pocos mortales pergaminos de más campanillas que los que pudieran tener los galdarenses si no los hubiesen echado al fuego como fardo inútil... Id á buscar hoy todos esos prejuicios á la ciudad de los guanartemes... Gáldar, por su origen, cargada de títulos nobiliarios, corte de reyes, residencia de la más pura nobleza canario-castellana después de su conquista, ennoblecida aún más por los Reyes Católicos con el título de Real Villa, dotada de privilegios, orgullosa de su fama, manifestada en tanto vestigio y monumento maravilloso que aún conserva *á pesar suyo*, (*) porque no

(*) El desprecio del individuo á los estúpidos prejuicios de una nobleza adquirida por herencia... no justifica que se sea ignorante, y que por ignorancia destruya un pueblo barbaramente sus monumentos que debe conservar cuidadoso para que sirvan de admiración y de estudio.

los ha destruido todos, no os presenta ninguna casona antigua de mohosas portaladas mordidas por el tiempo, ni un sólo escudo de esos que ostentan en sus casas aquellos que aún creen que bailotea por su sangre algún *globo azul* y que no teniendo otros títulos propios que exponer echan mano de las cacerolas y *cucharas de lapa* más ó menos rampantes con que se cargó su antecesor por haber matado á doscientos mil infelices.

La nobleza de la sangre. , Oh! malditos prejuicios, que han dividido en clases á la sociedad, esta sociedad de hermanosante el Cristo, empeñada en odiarse y en destruirse.

Y sin embargo, en mi linajudo pueblo no existen esos prejuicios. Allí saben que descienden de aquellos que se llamaron nobles, por oídas, casi por una tradición extraña que les produce el efecto de algo absurdo... ¡qué sé yo! Allí secamente saben que proceden *del conquistador*, de algo raro... ¡Qué patidifusos se encontrarían los sencillos labriegos si pretendieran hoy rehacer sus ejecutorias de nobleza!

A cuento me viene el recordar algunos párrafos de una carta que conservo del ilustre é inolvidable Dr. Chil. Decía aquel amigo que yo tanto respetaba y quería, con el estilo que le era tan peculiar:

«...Tengo impresos, hermano carísimo, 23 pliegos de mis Estudios sobre la conquista, y es tal la divergencia entre los autores, que con presentur los unos frente á los otros hay para todos los gustos.

«¿Si existen en la actualidad descendientes de D. Fernando Guanarteme y dónde viven? Pregunto á mí vez: ¿Don Fernando de Guanarteme fué Rey y tuvo hijos legítimos ó ilegítimos? ¿Le extrañará esta pregunta, pues he estudiado á Gomez Escudero, capellán de Juan Rejón, á Sedeño uno de sus soldados, á Cairasco, á Viera, á Galindo, á Núñez de la Peña, á Sosa, á Viera, á Marín de Cubas, á Castillo, etc. etc. etc. sin contar un crecidísimo número de documentos é informaciones que he tenido á la vista. Poseo el testamento de Fernando Guanarteme; unos dicen que es apócrifo, otros que es verídico. Tengo la afirmación de Margarita Fernández probando que es hija de D. Fernando Guanarteme, tengo el testamento de Marcos Verde de Aguilar donde dice que es nieto de esa noble Señora y se estableció en Gáldar en la casa palacio de sus antepasados, he consultado á muchos genealogistas etc. etc. etc. Si usted puede sacarme de estos pantanos la Historia se lo agradecería.

«...Gáldar, como Vtd. lo sabe mejor que yo, fué corte de los Guanartemes antes de la conquista; de modo que por eselado se puede vanagloriar de ser la más linajuda de este archipiélago. Un fabricante de escudos le construiría uno tan campanudo

que dejaría chiquito al que fabricaron cuando Felipe II se casó con la Reina de Inglaterra. En tiempo de los Canarios, Telde prestaba obediencia á Gáldar. Cuando la conquista, el Real de Las Palmas tenía la empuñadura de la espada, después de la conquista Gáldar y Telde conservaron sus preeminencias, en cuanto á lo local, más á la linajuda Real Villa de Gáldar le salió una hija respingona que se le situó á cierta distancia y altura y esta es hoy la *Ciudad de Guía*. Tengamos pan y pesetas, el resto á los babiecas que pierden el tiempo en estas necedades, como le ha sucedido al que le escribe esta carta.

«Aquí todos somos parientes más ó menos cercanos. Sin embargo, hacen hincapié en la ortografía, (Letancort, Betancort, Betancourt, Lentancort, Bethencourt, etc, apellidos todos que encontrará Vd. en su misma familia), en la riqueza, fundación de vínculos, barraganas de canónigos, curas, monjas, etc. etc. En la posición, tenientes de milicias, administradores de propios, compras de regidurías perpétuas etc. etc. Cuando subían, eran parientes, así de aplaudir en un auto de fé, ascender á alguacil del Santo oficio y atizar la hoguera y llegar á familiar era el colmo de la grandeza. (De inquisidor tuvo Vd. á un pariente, el Revdo. Padre Maestro Fray Luis Vazquez de Figueroa). Cuando bajaban, como acontecía á los segundones y se amancebaban primero y luego se casaban, ó cuando caían en pobreza, ya no eran parientes.

«Este país, pobre por naturaleza, admirador de la santa ignorancia y rebosando orgullo; esta índole dió lugar según rezan antiguos papeles, á que un jesuita hiciera la descripción siguiente:

Ricos sin haberes,
Por la sangre godos,
Todos son parientes
Y mulatos todos.

«En mi concepto, disparates, pues el hombre habita la tierra, y desde las regiones polares hasta las ecuatoriales es el mismo en el fondo con accidentes en la superficie. Si el hombre no fuera de los vertebrados el más estúpido, viviría mejor que los otros animales; pero como Dios lo hizo así sufre las consecuencias de sus formas orgánicas. Un tiburón vive bajo el agua, un burro vive sobre el agua; meted al burro bajo el agua y colocad al tiburón sobre ella, la resultante es la que llamamos *muerte por falta de adaptación...*»

Aparte otras, el ilustre hermano Chil tiene en los anteriores párrafos ideas felices para juzgar esta nobleza estúpida.

Y algún noblete que visitara la ciudad de los Guanartemes, llevando en la tirilla del calzoncillo marcados con azul los leones rampantes ganados por su antecesor por haber matado moros en

Granada, se preguntaría plagiando al inmortal Jorge Manrique: ¿Las casas solariegas de Gáldar, qué se hicieron? ¿Qué fué de los escudos de las familias linajudas de Bethencourt Guanartheme, Bargas y Jaimez, Trejos y Godoyes, Sambranas y Quintanas, que tanto lustre dieron á la noble Real Villa?

Mire Vd. qué se hicieron tan linajudos personajes: Nada ¡Se murieron...!

Sus descendientes, sin mirar atrás empuñando con una mano el remo y con la otra el arado, van derechos á la conquista de la verdadera nobleza. No les sobra inteligencia, pero no les falta buen corazón. Los sillares donde sus ascendientes se arruinaron esculpiendo cazuelas y leones, aprovecharon ellos para hacer los tapiales que cercan la *heredad* que fructifica á fuerza del trabajo constante, tenaz, que encallece la mano y curte la frente, pero que produce alegrías y placeres que no se comprenden si no se sienten.

De la famosa Real Villa, cuna y residencia de la nobleza canaria, no queda un escudo de armas. Sólo algunos, tallados en losa sepulcral, vense en el pavimento de las sacristías de Santiago el Mayor, sobre los cuales echan un *tute* los despreocupados monigotes...

Existe una mujer en Gáldar, Juana Verde y Quessada, quinta ó séptima nieta de Guayarmina, (la infanta canaria hija de Tenedor), y de D. Miguel de Trejo y Carvajal, de oficio sirvienta, que pasea por las calles su chifladura senil empeñada en recuperar la herencia que dice pertenecerle, de la capellanía de Anzófé, fundada por el sacerdote Don Marcos Verde de Aguilar y Trejo, trasunto de Tenedor, según reza un mal cuadro de la Parroquia Matriz de Gáldar que lo representa á los piés de la Sagrada Familia, año de 1.600...

Los hijos de aquella infanta canaria y de su noble esposo sólo heredaron de ellos la pequeña cueva donde vivían en un arrabal de Gáldar, y que hoy sigue habitada, por algunos descendientes suyos tal vez.

Tampoco esta cueva, solar de antigua casa posee escudo.

¡Los escudos de la nobleza!... Mi abuelo conservaba como cosa curiosa, dos escudos de armas tallados en piedra, que servían como de pedestales á dos tiestos con flores, colocados en el patio de su casa. Un escudo era de la casa de Bethencourt, (mi familia), y el otro perteneció al convento de San Antón de la Vega mayor de Gáldar. Un día, fué á visitarle un amigo suyo, señor de poquisimas luces pero con pretensiones de aristócrata, el cual señor, enamorándose de uno de aquellos escudos, consiguió obtenerlo de mi abuelo, que se lo dió de buen grado, (como que no le servían más que pedestales para flores). Llevóselo aquel señor, (de cuyo nombre no es necesario acordarse), y al poco tiempo, *lo lucía en*

su fachada posterior, una casa de campo que fabricó en... (tampoco hace al caso el *lugar en donde*). Pasaron los años, y en *ciertas tarjetas* comenzaba á figurar aquel escudo... y cuidado que no era el de mi familia, ¡sino el de monasterio!

Esto no necesita comentarios.

Era D. Francisco Lorenzo Vázquez de Figueroa, mi abuelo, aquel patricio de eterna memoria á quien debe Gáldar todo lo que fué en aquel tiempo y la mayor parte de lo que hoy posee. Lorenzo y Vázquez, hombre de gran talento, de noble corazón, de grandes virtudes, de un patriotismo sin ejemplo, vivió para ser el bienhechor de Gáldar y murió defendiendo sus privilegios cuando se la despojó del Juzgado de Instrucción. Y Lorenzo y Vázquez, el patricio respetado de todos, querido de aquel pueblo cuyo progreso le debía, admirado por sus grandes virtudes, no necesitaba de escudo de nobleza porque le sobraba la nobleza que había en su alma grande y en su gran corazón, y no conocía el orgullo, sino la satisfacción producida por el cumplimiento del deber de patriota en beneficio de la tierra que tanto amó.

En cambio, aquel *señor del escudo*, necesitaba de un timbre de nobleza, aunque postizo, porque le faltaban los demás, sobre todo el principal, el único...

Aquel pobre señor debió de ser un necio. No el último, sin embargo, de los necios...

* * *

Humo, vanidad, mentira. ¿Qué otra cosa es esa que llaman aristocracia de la sangre, nobleza de la sangre? Su sangre la ennoblece el propio individuo teniendo un corazón noble, un alma noble. Que no hay mejor escudo que el buen corazón ni mejor ejecutoria de nobleza que las buenas acciones, ni orgullo más justo que el del convencimiento de la propia honradez, de la inteligencia y del talento que se adquiriera, que se posea, aunque no se herede. El hijo de un príncipe puede ser un bandido, un imbécil, un ignorante, y el de un zapatero puede tener un alma noble, y una gran inteligencia. El hombre es noble por sus acciones. La nobleza está en el alma como la aristocracia está en el talento del individuo.

Este país, pobre por naturaleza y admirador de la santa ignorancia, como me decía el ilustre Doctor Chil, ¿no se verá libre algún día de esa estúpida quimera de la *aristocracia de la sangre*? Pero aún hay otra donde muchos quieren elevarse, y la multitud como dice Zola, se atropella y cada cual, en su ansia feróz de subir un escalón más, pisa ó derriba al vecino, sin cuidarse del dolor que causa, de las heridas que inflere. Esa que es mucho más absurda, mucho más insoportable, es la *aristocracia del dinero*, el orgullo del dinero, según Zola tan violento y desmedido como el orgullo del nombre; la vanidad nauseosa-

bunda del bruto enriquecido, (muchas veces de improviso), la más estúpida, la más absurda, la más insoportable, que diría Galdós en *La loca de la casa*. Oh! Los brutos enriquecidos, salidos de la lancha o del alpendre, de la venta de aceite ó del arroyo... Los brutos enriquecidos son insoportables... apestan, rebuznan, cocean... Eso es lo más malo. Sus pezuñas, sus coces.

El talento y la honradez. individuales, propios. *Esa sí que es la única aristocracia y la única nobleza.*

J. BATLLORI Y LORENZO.

——
Una entrevista célebre

LOMBROSO Y TOLSTOI

Con motivo de la grave enfermedad que puso en peligro de muerte á Tolstoi, ha referido Lombroso la curiosa entrevista que hace pocos años celebró con el gran eslavo. El relato de esa visita abunda en detalles singulares, pintorescos é interesantísimos. Lombroso y Tolstoi aparecen de cuerpo entero; la conjunción de aquellos dos grandes cerebros permite compararlos y medirlos.

Lombroso proponíase estudiar en Tolstoi *un caso*. Consideraba al ilustre escritor ruso como un loco peligroso y extraño, nueva confirmación viviente de sus teorías. El propósito que le llevaba á visitarle era un propósito científico, profesional, aparte el natural deseo de conocer al más fuerte y original de los escritores contemporáneos. Quería comprobar en Tolstoi la existencia de manifestaciones inequívocas que le permitiesen añadir un dato más—¡y qué dato!—á su estudio sobre las neurosis del genio.

Llevóse soberano chasco. Después de sostener larga conversación inquisitiva y escrutadora con el autor de *La sonata á Kruezer*, el jefe de la escuela criminalista italiana dudó de su propia razón, pero tuvo por muy firme, por muy sólida la de su interlocutor celeberrimo. Lombroso formuló su diagnóstico en las siguientes frases rotundas:

—Ese hombre—, dijo á un personaje ruso que le pidió su parecer,—es un loco más cuerdo que los locos que le persiguen.

La procedencia de semejante afirmación aumenta y avalora su importancia. Lombroso, en las conclusiones exageradas de su doctrina, tiró á convertir el mundo de los grandes intelectuales y de los grandes héroes en un manicomio excelso, una especie de Olimpo donde todos los dioses están locos. Entre los

que merecen el calificativo supremo, rarísimos son los que logran escapar al rigor de las clasificaciones lombrosianas. Max-Nordau por una parte, Lombroso por otra, se han entretenido en expedir patente de alienación nativa é incurable á lo que Nietzsche en sus delirios de filósofo solitario, llamó super-humanidad. Los *loqueros*, ¿no serán realmente los locos? Cuanto á Nietzsche, la duda no cupo mucho tiempo: la locura de aquel *raro* fué estrepitosa y triste.

Pero sigamos relatando el encuentro extraordinario de Lombroso y Tolstoi. Iba el primero decidido á descubrir en el segundo señales infalibles de degeneración y anormalidad; se prometía hacerlo suyo, unirlo al catálogo, ya extenso, de los sublimes desequilibrados. Algo que recuerda la avidez atormentadora del coleccionador, era el sentimiento que movía á Lombroso.

Apenas reparó éste en las extrañas modalidades de la sociedad rusa, tan distinta de la sociedad italiana, tan distante, moral é intelectualmente, de los pueblos latinos. Sólo advirtió una cosa: que por donde quiera que pasaba, le miraban con curiosidad cariñosa, y le aplaudían. En este detalle apunta la fátua satisfacción del maestro, uno de los rasgos que él tiene en cuenta para deducir la demencia de los demás.

Pensaba siempre en Tolstoi, como el cazador piensa en la presa. No veía ni sentía nada en derredor suyo, mientras su pensamiento volaba hacia el retiro donde el filósofo trabaja, medita y escribe. Cuando llegó á Jasnaia, cuando vió á Tolstoi, cuando habló con él, sufrió una desilusión completa. Fué esta desilusión parecida á la del coleccionador que pierde una antigualla preciosa, á la del cazador que mira escapársele de entre las manos una presa codiciada.

Lombroso creía tener que habérselas con un farfante. Nada de eso. En la actitud sencilla y natural de Tolstoi no se notaba la más mínima *pose*. La nobleza de su actitud, la sinceridad de sus gestos y de sus palabras, le cautivaron. Allí había ante todo *un hombre*. Lombroso, sin querer convencerse, echó la sonda de sus finos análisis.

Y su asombro siguió creciendo hasta convertirse en estupefacción. Las paradojas de Tolstoi, esgrimidas por el propio autor como armas irresistibles, le parecían verdades evidentes. El maestro, hablando, tenía el dón de persuadir, dón precioso á muy pocos concedido. Su elocuencia calurosa y comunicativa daba apariencia de verosimilitud á los conceptos más extravagantes, á las hipótesis más atrevidas. Lombroso, al fin, se encontró desarmado.

El filósofo loca de veras; lo era en la vida y en los actos. No había caído en las inconsecuencias *prácticas* que desacreditaron á Schopenhauer. Habla como piensa, y vive como piensa y cómo habla: sincer

hasta en sus extravagancias, las exhibe y las luce. Sus miradas de apóstol iluminan la estepa.

No es tampoco un fanático. Le falta rigidez para serlo: su temperamento de artista le lleva á las grandes efusiones humanitarias que no se compadecen con esa unidad de amor feroz é intransigente llamado fanatismo. Su filosofía es ante todo pasión alturista. Sus ideas sobre moral, sobre sociología, sobre estética, corresponden á los vuelos de un espíritu que el ansia de poseer la verdad devora y agita.

La habitación de Tolstoi parece la celda de un franciscano. En los huecos de las paredes tiene amontouados los libros y los papeles, único adorno de la estancia. Cuando se entra allí se cree entrar en la cueva de un anacoreta. Frente á la casa se extiende el desierto, iluminado por las miradas del apóstol-mártir.

Lombroso asistió á la comida de Tolstoi, frugal y severa como los refrigerios de los primeros cristianos. El gran ruso es efectivamente vegetariano y abstemio; pero no impone esta regla rigurosa á su familia. Deja que cada uno de los suyos coma y beba lo que bien le plazca. Se sirve sólo; él mismo va á la cocina y se prepara su elemental comida. Enemigo del servilismo, ha suprimido los criados.

Cultiva su huerto, como Cándido cultivaba su jardín. No lleva el traje de campesino con que le han descrito tantos visitantes fantaseadores, sino una holgadísima y limpia blusa de obrero.

Enemigo de los médicos, como Molière, muchas veces los ha fustigado en sus obras. Hablando de ellos, dijo á Lombroso.—Los médicos, lejos de curar las enfermedades, suelen provocarlas.

Quiso Lombroso exponerle sus teorías relativas al criminal nato y á la necesidad de suprimir los delincuentes, aunque sean irresponsables, en nombre de la defensa social, pero Tolstoi le atajó diciéndole:

—No creo en nada de eso. Todo delito es una pena; toda pena es un delito.

Respecto de la alianza franco-rusa, expresó su opinión en estos términos que debe meditarse:

—La alianza es para nuestro pueblo una gran desgracia. El gobierno ruso, sin el freno de la opinión europea, que tiene su centro natural en París, cada día será más despótico y más cruel.

¡Qué grande verdad en el fondo de esta aparente paradoja!

La casa de Tolstoi, á ciertas horas, se ve rodeada de una muchedumbre andrajosa y afligida. Son los pobres, los siervos maltratados, los mujiks enfermos, hambrientos y miserables, que acuden de todos los puntos de la santa Rusia. A todos da el apóstol pan y consuelos. La peregrinación siempre creciente anuncia su proximidad con el rumor de las plegarias, de las bendiciones. Los ojos ardientes de Tolstoi iluminan la estepa.

Dice bien Lombroso. Este gran original es indudablemente un cuerdo sublime. Si acaso está loco, su locura es la locura de Cristo.

FRANCISCO GONZALEZ DÍAZ.

REFLEXIONES

ACERCA DEL ORIGEN DEL SUELO CANARIO

Si múltiple es el número de sabios y autoridades científicas que han dado su opinión acerca del origen geológico del Archipiélago canario, no todos convienen en admitir la misma causa, por lo cual el problema físico-terráqueo de esta localidad continúa en el círculo de las congeturas y sin conclusión satisfactoria; pues mientras unos afirman haber obedecido á violentas depresiones del terreno, otros aseguran que tuvo su origen por levantamiento, sin dejar de opinar algunos—entre ellos, la comisión de ingenieros que estudió recientemente la manera de abastecer de agua á Fuerteventura y Lanzarote—que fué, en unas, efecto de la *deposición*; y en otras, un movimiento operado de abajo á arriba.

Si hemos de dar crédito á la existencia de la Atlántida, ya como isla que existió próxima á las costas de la Mauritania, que formando parte del Continente africano unida á éste por istmo ó á modo de promontorio, parece no dar lugar á duda que por efecto de grandes convulsiones en la corteza terrestre se haya convertido en Archipiélago lo que antes era una sola isla, una Península ó una parte continental.

Si apelamos al testimonio de la tradición, nos encontramos con que Platón, por referencias escritas de los antiguos sacerdotes egipcios, da noticias de *una gran isla situada á pocos días de navegación de las columnas de Hércules*; de donde parece deducirse que esta tierra no puede ser otra que la misma Atlántida, por coincidir, aproximadamente, según la expresión, con la distancia que media entre Cádiz y Canarias. Así lo opina también el ilustre Viera y Clavijo.

Tales noticias las corrobora posteriormente *Crautor* (comentarista de Platón), que asegura ser veraz la existencia y transformación de la Atlántida, expresándose en análogos términos: *Proclo, Platino, Juan Serres, Ficín, Pellizer, Fleury, Portier* y otros. (1).

Más numerosos son los testimonios de la tradición respecto á este complejo asunto, pero el temor á extendernos demasiado, nos impide apurar otros datos.

Ahora bien; si del terreno de la tradición pasamos al de la experiencia y al de los adelantos que va realizando la ciencia geológica, no encontramos inconvenientes que nos obliguen á detestar el testimonio y los asertos de los sabios que hemos citado.

Sábase, ante todo, que los primitivos habitantes de nuestras Islas, no sólo desconocían el fausto de los pueblos Orientales, que data de tiempos antiquísimos, sino que también ignora-

(1) Viera y Clavijo.—Historia de Canarias.—T. I.

ban los primeros rudimentos arquitectónicos y la navegación, cuya circunstancia, si bien no parece tener conexión con el tema que tratamos de desarrollar, tiénela, sin embargo, á poco que se reflexione, para hacer notar que estas tierras no son, como algunos sabios modernos pretenden, erupciones volcánicas que en fechas más ó menos lejanas, aparecieron de súbito elevadas sobre el nivel del Océano.

Esta es una de las pruebas más concluyentes que puede alegarse en favor del sistema de la *depresión*, pues si el levantamiento, á impulsos del calor central, hubiera sido la causa precisa del fenómeno, sobre tener que conceder periodos de tiempo suficientemente grandes para el enfriamiento de la lava volcánica y para que se pusiera en condiciones de ser habitable, requeriría, indispensablemente, que la población primitiva hubiera sido importada de alguna tribu ó tribus exteriores al territorio canario, en cuyo caso tuvieron, forzosamente, que conocer y hacer uso de la navegación. Y como la historia, de esto no da detalle alguno, ni es posible suponer que habiéndola conocido aquellos bárbaros, tan generosos como humanos, la olvidaran con el transcurso del tiempo, sino que, á imitación de los otros pueblos y secundando las leyes del progreso y de las relaciones comerciales y agrícolas, la hubieran perfeccionado, no cabe en ninguna cabeza medianamente reflexiva, el creer que nuestros primeros guanches fueron transportados ú oriundos de otros países; lo cual quiere decir que fueron una raza superviviente á la gran catástrofe acaecida en las primeras edades geológicas, sin que ni aún así pueda determinarse á ciencia cierta su procedencia, como tampoco puede hacerse con las demás familias y razas que pueblan el Globo, extendiéndolos á las épocas prehistóricas.

Por otra parte, Mr. Buffon, célebre naturalista, y cuya autoridad se encuentra citada repetidas veces en la mayor parte de las obras científicas contemporáneas, aseguró que las Canarias son una continuación de las montañas del Atlas, ó, lo que es lo mismo, acepta el sistema de la *depresión*; sistema posible que corrobora también Mr. Buaché, cuando dibujó una carta geográfica en que señalaba una cordillera submarina, que partiendo del Cabo de Buena Esperanza, termina en las costas Occidentales de la América del Sur; lo cual no podrá suceder de otro modo sino bajando ó deprimiéndose el nivel de la tierra: teorías que propenden, evidentemente á afirmar la existencia de la Atlántida ó de otra tierra X que formara parte del Continente africano.

Verdad es que trastornos en la corteza terrestre tan exorbitantes como el de que hablamos, parecen inverosímiles á primera vista; pero no así, si consideramos la multitud de mares, golfos, lagos, bahías y estrechos, que, al decir de los hombres de ciencia, han tenido su origen en causas análogas, amén de otros que tocamos casi en nuestros días.

Cuando el terremoto de la Calabria en 1783, el suelo ondulaba como la superficie de un mar

agitado, abriéndose en la superficie grietas de considerables dimensiones, en longitud y profundidad; y en 1855, cuando ocurrió el terremoto de Nueva Zelandia, una de las grietas alcanzó la enorme cifra de 96 kilómetros en sentido longitudinal, advirtiéndose también en muchas de ellas algunas decenas de metros de anchura y presentándose con todos los caracteres de horrosos abismos.

Entre todos los fenómenos terrestres que tienen analogía con los supuestos en el suelo canario y de los cuales podría formarse un volumen de grandes dimensiones, hay uno que, por lo curioso, á la par que natural y terrorífico, máxime por haber acaecido á mediados del siglo XVII (1755) merece consignarse en este lugar.

Este fenómeno es el del muelle de Lisboa, construido de mármol; el cual muelle, hallándose lleno de gente que pensó guarecerse en él, durante las oscilaciones sísmicas que asolaban la citada ciudad, se hundió de pronto, desapareciendo bajo las aguas y no subiendo á la superficie ni un solo cadáver. Más tarde, echada la senda en el mismo sitio que ocupaba el muelle, se encontró una profundidad de 100 brazas.

Asimismo se sabe que en 1692, los efectos de un terremoto hundieron, en menos de un minuto, 400 hectáreas de terreno en la Jamaica; que en 1746, una parte de la costa del Callao se convirtió en Golfo; que en 1762, otra porción de la de Chittagoug (Bengala), calculada en 155 kilómetros cuadrados, quedó de pronto convertida en mar, y que, según Lyell, en la isla de Santo Domingo otro hundimiento repentino sepultó bajo las aguas 20 leguas de terreno.

Esta analogía de casos, armonizada con los testimonios tradicionales, parece no dar lugar a dudas sobre el origen del suelo canario.

Mas esto no quiere decir que solo el sistema de *depresión* sea en absoluto el que ha dado origen á las diversas islas del Globo; multitud de casos atestiguan que el sistema de *levantamiento* por la fuerza expansiva de los gases subterráneos, tiene su papel importante en la constitución física de los archipiélagos y arrecifes; pero de esto á opinar, como han manifestado varios de estos últimos tiempos—entre ellos un naturalista italiano enviado por el gobierno de su Nación á estudiar este terreno, y la comisión de ingenieros, citada al principio—que algunas de nuestras islas son meros partos volcánicos y otras, miembros desprendidos del Continente, nos parece que existe gran diferencia, así como también que se ha procedido con poco detenimiento al estudio de la estructura y capas del terreno; pues no es suficiente la conflagración volcánica que se observa en las Islas ni las escasas observaciones que se han hecho en sus terrenos, para creerlas simples erupciones y dejar de atribuirles edades primitivas; puesto que muchas de las capas primordiales, habrán bajado también á muchos metros de su primitivo nivel, y las excavaciones practicadas no lo han sido con la minuciosidad que requiere la idea de obtener una prueba concluyente.

JUAN M.^a GONZÁLEZ.

HISTORIA

DE LAS SIETE ISLAS DE CANARIA

COMPUESTA POR D. TOMÁS MARÍN DE CUBAS

(Continuación)

Hubo dificultad que volviese al trato, porque se resolvía llevarlos á cuchillo; fueron oídas sus quejas de que con la demasiada licencia los presidiarios se aprovechaban de las mujeres naturales. Hizo Maciot justicia y les satisfizo ahorcando á tres y degollando á dos de los presidiarios; en cuanto á aprender se tingían rudos.

Después de la muerte del Sto. Prelado D. Fr. Alberto, en Rubicón, que fué bien sentida de todos, se proveyó por segundo obispo que sería en las Islas siete ú ocho años. Jerónimo de Zurita, Anales de Aragón tom. 2 lib. 20 cap. 39, dice que el Papa Benedicto XIII, así llamado en el cisma y antes D. Pedro de Luna, proveyó en Aviñón por obispo de Rubicón de las islas de Canaria, á Fray Alonso de S. Lucas; fué promovido para el obispado de Burgos, y así se nombró á otro, Fray Alonso de Cartagena, y éste renunció en D. Fray Mendo, Religioso de San Francisco, y éste vino á las Islas y con él un hermano que le acompañó.

Habiendo llegado á islas el obispo D. Fr. Mendo, supo las grandes estorsiones, robos y atrocidades que hacía Maciot por su demasiada codicia, con que volviendo á enviar á su hermano le dió grandes pesadumbres á Maciot; empadronaba á todos los vecinos; inquietábales los hijos, y con los que eran inquietos vendíalos por esclavos, impedía el fruto de la predicación evangélica y otros delitos que le probaron negando el vasallaje á España. La Reina y Príncipe le envió carta á Maciot muy reñida, y de ello no se enmendó, y prosiguiendo en su mal hubo nuevo pesquisidor, y dióse por sus Altezas de ello informe para la mejor providencia á D. Enrique de Gazmán, Conde de Niebla. Sabiéndose que en Francia había movimientos para las Islas, proveyó el Conde una escuadra de cinco navíos y de almirante á Pedro Barba Campos, 24 de Sevilla, caballero de mucho esfuerzo, diestro en las dos sillas, grande ajustador en torneos; acompañóle su primo hermano Gutiérrez Quijada Sr. de Villa en Gracia; dió vista á la Isla de Lanzarote, que fué á principio del año de 1417. Maciot que lo sabía estaba prevenido en defensa en las dos islas; trató orden Pedro Barba, dada por el Rey D. Juan y Altezas, de llevar este negocio en la mejor vía que se pudiese antes de llegar á romper en guerra, por cualquier ajus-

te que hubiese. Maciot opugnaba el feudo á Castilla, usurpábase el de Rey de las Canarias, dijo que su tío le gozaba por todas partes, lo primero por un Mosen Rubí de Bracamonte, Almirante de Francia, que sirvió al Rey D. Juan I de Castilla, y después el Rey D. Enrique su hijo le hizo merced de esta conquista, y este Almirante le dió el poder á su pariente Mosén Juan de Bethencourt, su tío, y por confirmación del Papa, todo lo cual se ve manifestamente ser falso.

Y luego Pedro Barba, por la mejor vía que pudo, con Maciot que ya estaba en conexión de romper y ser derrotado, se pactó cediendo Maciot el derecho de las Islas conquistadas que gobernaba por su tío en cierta cantidad de maravedis, que luego le dió en contado haciéndose las escrituras con el poder del Rey D. Juan II. Remitióse ésta á España dando aviso en dos navíos donde fué Gutierrez Quijada y Maciot a dar su descargo, besando la mano al Conde de Niebla. Maciot le dió gravísimas quejas de Pedro Barba, y como por fuerza le hizo la venta de las Islas y como era nula y falsa y que apelaba á otro Sr. que le vengáse la injuria con que se las vendió al Conde de Niebla para después de muerto su tío Bethencourt porque Pedro Barba las tomaba luego; dijo el Conde que esta compra no era para sí, sino para D. Guillen de las Casas, é hizo escrituras dándole luego la cantidad á Maciot; parecieron sus acusaciones en el Consejo y fué dado por libre y por buena la compra de Pedro Barba por la autoridad real 1418.

Volvió Maciot á las Islas, y Pedro Barba gobernando su escuadra, Maciot en un buen navío francés recojió los más lucidos franceses que pudo y fué á hacer entrada en Canaria, frontero de Telde, donde hubo de perderse y volvió muy derrotado; poco después llegó una armada de Francia, á quien Pedro Barba resistió con valor matando á muchos y echó á fondo tres; Maciot sacó lo que tenía y sola una hija única de su mujer difunta llamada María de Bethencourt, y se pasó á la isla de la Madera donde halló al Infante de Portugal D. Enrique; con Maciot tuvo mucha amistad, y allí intentó quedarse á vivir casando á su hija, María de Bethencourt con Ruy González de Cámara, capitán de infantería de la isla de S. Miguel, una de las Terceras, hijo de Juan González, vecino de la Madera, y de aquí son los de este apellido Bethencourt en estas Islas Terceras; y el Infante enterado de Maciot y sus fortunas é asustado de él, le vendió el derecho de las Canarias con escrituras, mostrando otro poder de su tío Mosen Juan tanto de las cuatro como de las tres por conquistar, y como era

de ellas legítimo rey y señor; con la codicia y ambición del Infante tuvo Maciot muchas tierras y heredades mientras viniese en la Madera y de contado gran porción de maravedis, y él poco á poco las traspasó á otro, las heredades en ciertas doblas, y se pasó á la Francia cuando llegó el tiempo que supo de la muerte de su tío Juan Mosen de Bethencourt, año dicho arriba 1425.

CAPÍTULO XIII

Descripción de las Islas, sitio y forma

Las Islas de Canaria, que celebró la antigüedad con nombre de Fortunadaš, por el Imperio fortunado que las gobernó con la Iberia, están situadas en la Costa de Africa al poniente de España, de Cádiz al rumbo Nordeste al Sudoeste hasta Cabo de Guer puerto de Marruecos en Africa, cuentan los más prácticos 120 leguas ó 25, y de allí á la Isla de Tite ó Lanzarote 50 leguas, y de este Cabo de Guer al de Bojador 35, que está al Sur de Canaria 30 leguas: Lanzarote está en altura de polo ártico 29 grados, fué así llamada por un Genovés que la aportó en tiempo del Rey Roberto de Nápoles á quien sucedió D.^a Juana, otros quieren que óste viniese por D. Luis de la Cerda, primer Sr. de estas Islas; los naturales la llaman Tite; entre Mazágan y la Mamora hay un pueblo llamado así y también es llamado Toicusa, es semejante á la Isla de Rodas; dicen los prácticos de largo tiene diez leguas de ancho cuatro españolas, estaba poblado de muchos lugarcillos con 300 personas la halló Bethencourt, tuvo muchos más, fué muy robada de Corsarios, estéril de árboles, y agua recójenla en albercas ó maretas; es alta de riscos por la parte del Norte, y fuerte; lo que mira á Africa es llana y buenos puertos dista cuatro leguas de Ervania ó Fuerteventura por la parte del Nordeste, y entre ellas está la Isla de Lobos, es Isleton pequeño despoblado, estéril de árboles y agua; dista un cuarto de legua de Fuerteventura, es casi redonda de legua de travesía con buen puerto para galeras. A la corriente de hacia el Norte se pescan cantidad de lobos marinos; dicen los franceses que cogían cantidad; más hoy no los hay, lo que en este mar se cojen muy grandes pescados, tiburones y cual mas que tienen cantidad de enjurdia de mucho precio para hacer alquitran á modo del de ballenas.

Fuerteventura, de los naturales Ervania, de los franceses Fortuite, de los primeros Fortuna su hechura es de la forma y letra esta S, tiene de largo 25 leguas españolas ó 27 francesas, de ancho muy desigual en partes 8 y en otras

tan angosta que aún no hay legua, y aquí es muy arenosa y llana tiene muchos riscos; y monte, falta de agua como las otras, que la recogen de lluvias en cisternas ó charcos; tiene algunas palmas, acebuches, tamarises que dan una goma como sal y la madera se tuerce con que no es aparente para fábricas; es dividida en término de dos Sres. con una pared que la atraviesa por cuatro leguas un término más largo que el otro pequeño.

La Gran Canaria fué siempre apellidada en todos tiempos así como es hoy; está al poniente de Ervania 18 leguas españolas y de Francia 22; en los días claros están unas islas á vista de otras, y así estas dos se ven muy frecuentes como de Sevilla ó su tierra las sierras de Córdoba; es casi redonda con ciertas puntas á la mar; al Nordeste tiene una Isleta, continente; algo angosto el paso de mar ó mar dos tiros de arcabuz, y ella es casi triangular de más de legua en partes de travesía, falta de agua, llena de malpaíses, piedra de volcán y montes. Es Canaria de muchos montes, árboles, fuentes, arroyos, y por donde quiera mucha agna, riscos muy puntiagudos; tiene de largo 12 leguas, de ancho once; tiene muchas aves silvestres, ganados, árboles silvestres, salvo higueras muchas por fuera blancos y dentro colorados, diferentes mucho á los de España el fruto de ellas; sus moradores muchos y diestros en la pelea; abunda de todo género de legumbres y granos, miel silvestre de abejas en grutas de los riscos que suele destilar por ellos; andan desnudos menos la cintura que cubren con cierta estrellita de palmas, son grandes nadadores y corredores, diestros en saltar y bailar, lábranse los brazos con ciertas pinturas á fuego, el cabello es largo acogido en trenza á la parte de la espalda y es á modo de guedeja que cuelga del capote, la barba crecida en punta y otros rapados cabeza y barba; es gente hermosa, bien ajeitada, fuerte y robusta, las narices pequeñas, ojos grandes; las mujeres son aseadas más que otras, visten de pieles de gamuza y badanas teñidas con faldellín hasta los piés; sus ganados son cabras, puercos, ovejas sin lana, que es un género que en Africa usan mucho y perrillos salvajes más pequeños que lobos; danse los trigos ó sementeras dos veces al año por los riegos con poco beneficio; tiene la Isla muchas poblaciones que se ven del mar.

Al poniente de Canaria dista Tenerife de nueve á diez leguas; así llamada de los canarios porque descubren esta isla desde una punta al Sur de Canaria llamada Tenerife; los forasteros

Isla de Infierno, por un alto monte que aunque perpetuamente tiene nieve está humeando y en sus cuevas se halla azufre, y es volcán, y tiene tres leguas perpendiculares de alto, aunque él no lo está, mas de todas partes de subida tiene nueve; los naturales le llaman Guanchini; su forma es triangular, lo más largo 15 leguas, de ancho nueve; sus montes muy altos y puntiaguados como los de Gran Canaria, aunque su montaña es la más alta que hay en todas las islas y aún en otras partes, que puede competir con el Olampo; de allí se ven todas las Islas; y más de 60 leguas los navíos la ven; abunda de bosques, aguas, granos ó semillas, ganados menores, dicese que es la mejor Isla de todas; sus moradas muchos más que en las otras y los mas osados y atrevidos que nación alguna se halla en el mundo; no han sido acosados ni cautivos.

A la vista llanamente de esta Isla se ven al poniente de un mismo meridiano Norte ó Sur tres Islas: la de en medio, la Gomera, dista seis leguas; es siempre así llamada desde los aragoneses, de largo tiene ocho leguas y seis de ancho; es fuerte, con altas barranqueras, bosques y arboledas, pocas fuentes; es poblada de gente lo bastante, tienen ganados, y el lenguaje es particular al de todas las islas, y extraño á todos; hablan con los labios cerrados como si no tuviesen lengua con que se verifica lo que se dice por fuera, que un Principe ó señor se dice fué Romano, por que por no dar adoración á sus Dioses, cortándoles la lengua, los echó allí, otras dicen que por un delito contra su señor.

Mas hacia el Norte, 14 leguas de la Gomera y 15 de Tenerife, está la isla de Palma, la más distante de tierra firme, de Cabo Bojador ponen los franceses cien leguas suyas, tiene de ancho siete leguas y de largo diez castellanas; es mayor que lo que lo pintan los derroteros, tiene altas montañas, aguas, arboledas, bosques, como Canaria y Tenerife; no ha sido combatida de piratas como las demás, es de admirable temperamento porque la gente vive en ella largo tiempo.

La última es la del Hierro; mas al Sur de la Gomera cinco leguas dista de Tenerife, su echura es de media luna, tiene siete leguas de largo, cinco de ancho, es muy fuerte, tiene sólo un puerto ó entrada: hánla robado muy mucho los castellanos y diversos piratas; en lo interior tiene bosques, aguas, arboledas, muchas codornices y otras aves y grajas, que no hay en ninguna de las otras. La baya de Laurel es grande en extremo, mucho ganado menor, cabras,

ovejas y puercos; crianse unos lagartos espantosos de grandes, el cuerpo á modo de gato montes, más no hacen daño; la gente es bien ageitada, así hombres como mujeres; sus armas son piedras y palos, tienen sólo cebada, habas y un grano blanco á modo de trigo; el agua de que beben es destilada de árboles de cierta niebla que en ellos se pone y en hoyos como albercas la recogen y reparten, es sana y hace digerir.

CAPITULO XIV

Discordias por el señorío de las Canarias

Quedando el señorío de las cuatro islas en Pedro Barba de Campos asistiendo en ellas con el cuidado que convenia, venian al comercio flamencos, portugueses, por el tratado de paces que Castilla habia, y otras naciones; dos años después de los Bethencoures, por el año de 1427 el Infante de Portugal D. Enrique, hermano del Rey D. Alfonso V. hijos de D. Juan I, que refiere Zurita tom. 2 lib. 20 cap. 39, que ayudado de su hermano hizo armada, que vino á estas Islas, de 14 carabelas con gasto de 39 mil doblones, de mil peones y cien caballos, salió de Lisboa, y dió vista á Lanzarote, y Pedro Barba se puso á la defensa, esperando la resistencia, y sin otro efecto acordaron pasar á Canaria; venia encomendada á Antonio Gonzalez de Cámara, guardarropa del Rey: mandó dar fondo en la Isleta de Canaria y salir luego á tierra armados, y los canarios emboscados con su braveza acostumbrada á las primeras lanchas se arrojaron y apresaron, matando más de 100 portugueses, lo más lucido de la Armada, con que no pudieron desembarcar las lanchas, y tan ardientes los canarios que no salian del agua, donde empleaban mejor sus tiros, y con tanta pérdida se volvieron á Portugal, donde el Infante tuvo tanto pesar que hubo de perder el juicio.

De este caso se mostró el Rey de Castilla D. Juan II tan disgustado que por el trato, que habia de pasar acordadas entre Portugal y Castilla que pasó á Lisboa por Embajador D. Alfonso García de Sta. María, Dean de Santiago y Segovia, hermano de Alvar García de Sta. María, que habia hecho informe en las cosas de Menaute ó Maciot de que hizo tratado; y no habiendo con el Infante y Rey efectuado algo se volvió á Castilla y pasó á Roma acompañado con el Dr. Luis Alvarez, del Consejo.

(Continuará).

El Museo Canario

Revista decenal

Órgano de la Sociedad del mismo nombre

establecida en Las Palmas

para el adelanto de las Ciencias, las Letras y las Artes

NÚMERO 144

Las Palmas 20 de Noviembre de 1901.

LOS SENTIMIENTOS Y LAS PASIONES

EN LA

EVOLUCIÓN SOCIAL

(Conclusión)

En alguna época pudo haber apego, cariño al hogar, al terruño, á la ciudad; pero el sentimiento no iba más lejos. El concepto de nación, de patria grande, de solidaridad de todos los habitantes de un extenso territorio, es muy reciente, es de ayer, cuando los hombres han sido libres y han tenido alguna conciencia de sus derechos y deberes. Los franceses, actualmente tan compactos, tan patriotas, se presentan unidos en el mismo sentimiento, por primera vez en su historia, cuando la invasión inglesa, en el tiempo de Juana de Arco.

En Alemania, á principios del siglo pasado todavía, durante las guerras napoleónicas, después de cada batalla, se hacían repartos en el mapa, de tantos kilómetros cuadrados con tantos habitantes, para este príncipe ó aquel monarca, cortando, recortando y adjudicando territorios y pobladores, sin que se levantaran protestas bajo el punto de vista del patriotismo, sino únicamente por razón de rentas y predominio. Para el súbdito era solo cuestión de amo, para el amo era solo cuestión de número.

El sentimiento patriótico no nace espontáneamente en la masa general. Es producto de la inteligencia de pensadores y estadistas y se precisa promoverlo, estimularlo.

Los argentinos son patriotas; pero en 1806 no se les invocaba ese sentimiento, en momentos solemnes en que podía constituir una fuerza. Voy á leer en comprobación una carta del célebre marqués de Sobre Monte.

«Buenos Aires, 26 de Junio de 1806.—Hago saber á todos los habitantes y fieles vasallos del Rey nuestro señor en toda esta campaña y frontera, que nuestros enemigos los ingleses están desembarcados en los Quilmes, donde han acudido llenas de valor y patriotismo las gentes más inmediatas, manifestando deseos de vencerlos y destruirlos, y á fin de que todos los demás concurren con la mayor celeridad con

cuantos caballos y armas tengan y puedan recoger los oficiales, sin distinción de personas, se pongan en marcha para el puente de Gálvez, donde hay otro cuerpo de tropa, y para todo ello autorizo al teniente de Blandengues D. José Ruis, que saldrá ganando los instantes, para ir remitiendo así gente como caballos, para que las armas del rey triunfen y los fidelísimos habitantes de este país tengan la gloria de haber vencido al enemigo de su Santa Religión, de sus bienes y familias, como este superior gobierno lo espera, puesta su confianza en el Dios de los ejércitos y en el amor de estos vasallos al mejor de los soberanos.—*Sobre Monte.*»

La religión, el amor al soberano; pasión ó fanatismo religioso, sentimiento monárquico y dinástico, es lo que aparece en el documento leído, como fuentes de energía en las que se pudiera confiar para rechazar al invasor.

Hoy se invocarían solamente el deber y el patriotismo, y no se tendría escrúpulos en acometer al pueblo más católico y místico de la tierra.

Veamos en la historia un sentimiento que nace en la edad media y está por extinguirse en la edad presente: El Pundonor y su consecuencia el duelo.

No se conoció en las civilizaciones griega y romana. Hizo su aparición con los caballeros. Estos señores, grandes personajes, dueños de vidas y haciendas, muy ignorantes, sin saber leer ni escribir, dedicados al vicio y á la rapiña, tenían, sin embargo, mucho honor, mucho orgullo, y no admitían una contradicción, ni un mal gesto, ni la más pequeña ofensa, ni el más insignificante perjuicio; pues en estos casos arrojaban el guante y la guerra ó el combate singular decidían quién era más caballero, quién tenía más honor.

Si se trataba de quién tenía derecho á un objeto ó á una propiedad cualquiera, el duelo era también el medio de hacer justicia. El que hería ó mataba al contrario tenía la razón. Procedimiento expedito que evitaba pensar y recordar el antiguo derecho romano del tolo olvidado en aquella larga y oscura noche de la humanidad.

Eran más cómodas «la costumbre» como tribunal, y el duelo como procedimiento, para dirimir las cuestiones y los pleitos.

Pinillo con todas las fuerzas de sus pulmones pegó un grito que resonó en la plaza como un lamento...

¡Pas...teles...calientí...iii...itos... Pas...te...eeles!

Aún estaba caliente, hecho al albita... El tartanero que estaba medio ajumado, se lo bailó de una chabascada. ¡Una fisca! De una dentellada se hubiera comido también la mano del roncote que quiso refatñárselo...

Con la barqueta bajo el brazo y el pastel en la mano, Pinillo se fué derecho a la Catedral. Antes, junto a uno de los perros de bronce de la plaza, recontó las doce fisca de la venta, envolviéndolas cuidadosamente en un pingajo de la camisa para entregarlas a Micaelita el día siguiente. Del órgano salía entonces un torrente de armonías que inundaba la inmensa Basílica, esparciéndose por todas partes como lluvia de notas desgranadas. Pinillo se destocó la cachorra y entró en el templo. Una piedad muy grande invadió su alma llenándola de un sentimiento de infinita tristeza. Entonces, al quedarse estático, parado junto al coro, en medio de la grandeza de la Catedral que su imaginación hizo mayor, fué cuando comprendió lo solito que estaba en el mundo y comenzó a sentir frío y miedo. Poco a poco retrocedió hasta el banco que está bajo el San Cristóbal gigantesco; escarranchóse encima de aquél, pero al encontrar su mirada la figura del santo que sobre su cabeza tomaba proporciones colosales, se acurrucó en un rincón de la capilla sobrecogido por un cerote horrible...

Poquito a poco volvió a poner su atención en el órgano. Le pareció que cantaba una gran orquesta de pájaros... ¡Qué bien los imitaba!... Extrañabase, sin embargo, de no oír los panderos, de no ver los angelitos y pastores como allá en el pueblo la Noche buena...

Aquel palanquín que recordaba su pueblo, tuvo también su hogar. ¡Cómo lo evocaba acurrucadito en el obscuro rincón de la capilla, cerrados los ojos, apretando entre sus manos el duro pastel que ellas iban calentando...!

No era de Las Palmas. El había nacido en Gáldar, en el fondo de una cañada del Ajódar, en una cuevita rodeada de tuneras... De allí arriba, la árida ladera del monte escultural bañada por el sol. De allí abajo, la Vega Mayor desbordándose como un río de esmeralda... Encima de todo, un cielo siempre azul, lleno de luz...

... Su madre, enferma ya, lo llevó aquella Noche buena a ver el portal a la iglesia cuyas campanas esparcían sus vibraciones sonoras por el campo lleno de perfumes húmedos... De la Villa conservaba una visión fantástica. El blanco caserío desparramado por la loma entre palmas y naranjeros, perdiéndose a lo lejos en la masa verdosa de los cañaverales de la vega heridos por la luna, se apiñaba arriba, junto al templo grandioso cuya silueta se destacaba con imponente majestad sobre la serena transparencia del cielo.

Las casas, las arboledas, las montañas, todo bañado melancólicamente por la claridad blanca de la luna... Las calles llenas de parrandas que cantaban isas; los ranchos de campurrios que se agolpaban a las puertas del templo esperando que se abrieran al comenzar los repiques, para invadirlo y coger puesto junto al portal... Las mujeres de mantilla blanca y falda negra que en numerosos grupos llegaban seme-

jando a la luz de la luna una interminable procesión de vírgenes... Mucho són de panderos y de guitarras entre el alegre repicar de las campanas... Y después, en el templo, el portal lleno de casitas, de árboles, de pastorcitos agrupados en derredor de la cueva donde estaba el Niño... la salida de los ángeles cantando el *Gloria a Dios en las alturas*, los pastores de nagüetas y garrote trayéndole corderitos y palomas al Niño-Dios tan chiquito, tan blanco y rosado, que llevaban luego en procesión alrededor de la iglesia entre los acordes del órgano y los villancicos acompañados por panderos y guitarras... y después... Después de aquella Nochebuena tan alegre, la noche horrible y pavorosa. ¡Pobre Pinillo! A los pocos días, su madre muerta, solito en el mundo y recogido por su tía, un tiesto que vivía en Las Palmas, en el risco de San Francisco... Luego las miserias, el hambre; durmiendo en aquel lupanar al relente, al chirote que entraba en la cocinilla por el poyo de las tallas... Siempre en la plaza del mercado por las mañanas haciendo mandados por unos cuantos tunos...; tendido sobre las piedras calientes de la marea durante el día, huyendo siempre de la arpía que si no le traía algunas perras no le daba de comer, sino caldas que dejaban desmorecido al pobre huérfano... ¡Pobre Pinillo! También los palanquines tienen su historia...

Se acababa la misa. Ya los pajaritos no salían del órgano cantando como allá en los higuerales del pueblo... Y sacudiendo la cabeza, cogió Pinillo la barqueta vacía, metióse el pastel en el seno y salió a la plaza.

De la gran bóveda de terciopelo azul bajaba la luz blanca de la luna bañando la ciudad, plateando las grandes hojas de los platanales y las rizadas cabelleras de las palmas reales que se balanceaban con ritmo soñoliento en la serena quietud de la noche...

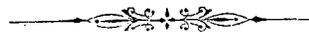
Al llegar al risco, cansado, lleno de sueño, tocó. Nadie le respondía. Dentro reían las mujercillas que acompañaban a su tía las noches de fiesta... Sus roncadas carcajadas ahogaban las voces de los hombres que, hartos ya de vino y del placer satisfecho en la carne podrida, encanallaban la isa cantándola, medio dormidos sobre las piernas de aquellas hembras de alquiler...

Cansado de llamar, rendido por el sueño, Pinillo se echó en la puerta de la cocina de donde no podían correrle a aquellas horas, y ocultando bien en la camisa el dinero de los pasteles, se quedó dormido.

Otra vez, en sueños, volvió a presentársele la imagen hermosa de su pueblo envuelto en el follaje de las palmas y naranjeros bañados por la tibia claridad de la luna...; la recordación de aquella Nochebuena tan alegre, los pastorcitos, los panderos, el Niño Dios blanco y rosado, tan lindo, que iba en procesión rodeado de ángeles... Después, su madre moribunda, exhalando toda su alma en aquel beso que le dió al morir...

Y así amaneció.

J. BATLLORI Y LORENZO.

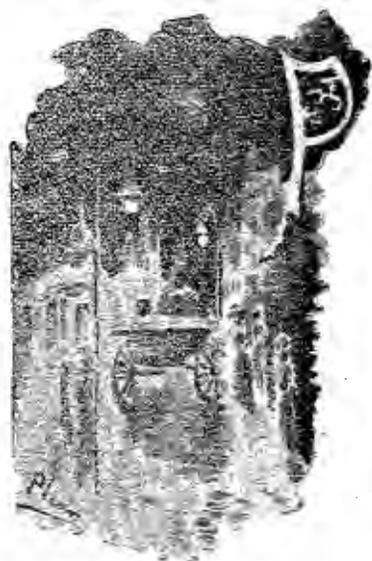


MAISEUR CHARLES

NOVELLA
POR
AGUSTÍN BELLARIS

ILUSTRACIONES
DE
PICAR

VIII



or calles y plazas, violentamente iluminadas por los astros innumerables del alumbrado eléctrico, el coche de *capota* avanza con lentitud, resbalando como una gota de agua perdida en la anchurosa corriente de vehículos y de seres humanos. Y allí van los dos insulares, indolentemente recostados en los cojines del simón, como un par de millonarios, saboreando el espectáculo incomparable del París nocturno, deslumbrados por los haces rectos y vibrantes de la luz, ensordecidos por el estrépito semejante al de un trueno sin fin, mareados por el ir y venir incesante de la negra muchedumbre.

A trechos la vista se perdía en avenidas inmensas, que á uno y otro lado arrancaban magestuosamente, penetrando en el corazón de la gran Ciudad, esmaltando la penumbra del crepúsculo con su doble hilera de puntos luminosos, que á lo lejos se agolpaban y fundían, formando en el horizonte una especie de neblina blanca y resplandeciente.

Y Don Ramón se volvía á cada instante hacia el paisano, gritándole con alborozo:

—Esto es París, Tomasillo. Vete fijando para que luego tengas qué contar. ¡Bien de gente! ¿eh? Pues este *geridero* no cesa en toda la noche.

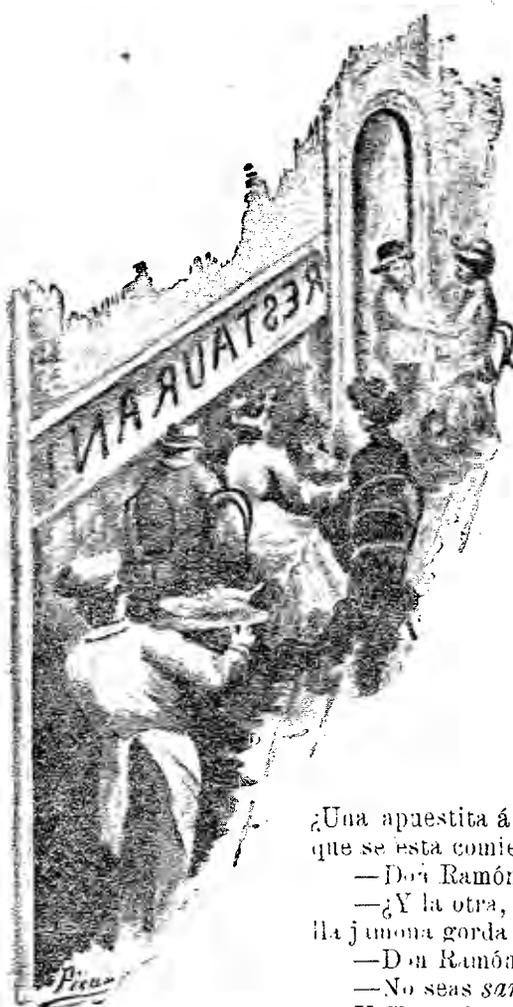
Y Tomasito seguía ansiosamente con la vista á las mujeres que, ya solas, ya en parejas, serpeaban entre el negro gentío, brevemente iluminadas por la viva luz de los escaparates y de los cafés, apareciendo y ocultándose entre los troncos de los árboles y los kioscos pintarreados de rojo y azul, semejantes á enormes faroles de una iluminación colosal.

De pronto, á la vuelta de una esquina, el coche empezó á rodar en una vía más ancha aún que las recorridas, en un espacio vastísimo en que la luz, el ruido y el movimiento aumentaban á cada instante como el *crescendo* de una orquesta en los últimos compases de una sinfonía. Y Tomás oyó una voz que clamaba en su oído:—Muchacho, los grandes bulevares.

A uno y otro lado hervía la gente, la doble corriente negra y presurosa, cuyas ondulaciones se perdían á lo lejos en el espacio vibrante de cegadora luz, entre altísimas construcciones que, como gigantes pensativos é inmóviles, contemplaban el desfile sempiterno de abajo con la dorada pupila de sus innumerables letreros. Y el espacio estaba lleno de un ruido formidable, compuesto de mil rumores diferentes, que se fundían en una nota grave y continua, como el estrépito del oleaje batiendo obstinadamente el acantilado de una roca bravía.

...El coche se detuvo junto á la acera, cargaron unos mozos con el equipaje, luego las emociones del ascensor, después el *restaurant* y la humareda que se alza del exótico *potage*.

Por vez primera durante su viaje, Tomasito sentía hambre devoradora, como en los lejanos días de su niñez, una suerte de apetito nervioso que le llevaba á atracarse de todos los manjares, precipitada é incons-



cientemente. Se encontraba *en caja*, como si la presencia protectora de Don Ramón alejara toda sombra de peligro, disipando aquel extraño sentimiento de miedo, de horror á la magnitud aplastante de las cosas, á la humanidad desconocida, que se le antojaba antipática y hostil. Encantábale la actitud indiferente y desenvuelta de su amigo, su aplomo de gran señor, la familiaridad desdeñosa con que interpelaba á los criados, su seriedad meditabunda al estudiar la *carte* ó la etiqueta de las botellas. No cabía duda, era un hombre *corrído*, avezado á entrar y salir en aquel medio complicado, á pisar con firme planta en aquel terreno candente, lleno de malezas y de trampas.

¿Y la extraordinaria frescura con que reconocía á las señoras que se *restauraban* en las mesas próximas? ¿Y los libérrimos comentarios que se permitía, casi en alta voz, acerca de ésta y de la otra, alzando con la imaginación velos y telones, sin empacho alguno?

—Fíjate, Tomasito, en la rubia aquella, la que le asoma un poco el *zagalejo*, allí, á tu derecha, la que está comiendo con aquel viejo colorado y barrigudo, más feo que un riñón. Ahorita mí-mo le *piqué el ojo*.

—Don Ramón, no se eche á bobo, mire que puede ser una señora formal, con su marido.

—¡Adiós! ¡Qué *singuango*! Muchacho, aquí no hay maridos ni mujeres formales.

—No diga eso, Don Ramón.

—¡En Paris! ¿Estás loco? Todas, toditas esas que están ahí atracándose son *tieslos* y de los finos. Tú no conoces el mundo.

¿Una apuestita á que convidó á cenar á la muchachona rubia, á la izquierda, la que se está comiendo una aceituna?

—Don Ramón, no se *bote*

—¿Y la otra, la de la capota azul, que se está *bailando* un helado con aquella jumento gorda y *zapatuda*? ¡Buen par de avechuchos!

—Don Ramón, mire que puede ser una niña decente, con su mamá.

—No seas *sanana*. Aquella no es mamá, sino tía. Las dos son tías.

Y Tomasito, medio convencido ya de la perversidad ambiente, murmuraba,

muerto de risa, con las orejas coloradas como ruedas de tomates:

—¡Vaya una lengüita, señores, vaya una lengüita!

Apuradas unas copitas de *chartreuse*, el viejo encendió un tabaco grande y gordo como un plátano y levantándose con decisión, dijo á su candoroso acompañante:

—Y ahora, muchachito, vamos á correr la parranda del siglo.

Cuando Tomasito se puso en pie, las mesas, los espejos, las luces y las gentes empezaron á bailar ante su vista una polka mazurka. Por primera vez en su vida, había pescado una *gata* y de las buenas.

Sin saber cómo, encontróse de nuevo en pleno bulvar, frente á un pasaje que vomitaba de continuo un gentío negro y hormigueante. Las luces se multiplicaban en su retina y el resoplido formidable del monstruo era como una invitación á la orgía, al abrazo febril, á la caricia efímera y brutal.

D. Ramón llamó con voz estentórea á un cochero y le dijo en francés de sainete:

—Al *mulén rus*.





as tres de la mañana.

Tendido de espaldas, con el rojo edredón sobre los pies helados, Tomasito Sosa evoca febrilmente las escenas de la pasada noche, en la soledad tenebrosa de su cuarto.

.....La sala espaciosa, llena de música, de vocerío y de claridad. El corro estúpido, formado por individuos de canallesco empaque, el aplauso frenético á las contorsiones diabólicas, á la gimnasia extravagante y absurda de unas cuantas prójimas pintadas, sin articulaciones ni vergüenza, su pueril empeño en competir con D. Ramón, con aquel sátiro, deshonra del comercio isleño, que á su lado vociferaba, rojo como las llamas del infierno, con el sombrero de copa desvergonzadamente echado hacia atrás, descubriendo la mitad de la calva sudorosa. Y era él, Tomasito Sosa, el sobrino de D. Higinio, de Pilarito y de Jacinta, el mismo que, haciendo uso de su francés, de los temas aprendidos bajo la dirección de la púdica Mad. Chacaronne, había invitado á un par de ninfas á tomar *bocks*, un líquido amargo, pesado y tibio, que mentalmente comparó con algo que no puede nombrarse. Era él, sí, el mismo que había sentido gravitar sobre su planta, sobre las botas elaboradas por maestro Filomeno, el de la calle de la Carnicería, la presión de una chinela diminuta y juguetona como un pájaro y en su mano el halago de unos dedos sutiles, suaves como manojitos de seda.

.....Era ya tarde y D. Ramón no se decidía. Desdeñoso y altivo como un pachá en un mercado de circasianas, criticaba con términos del vocabulario atlántico los cualidades plásticas de esta y de la otra sierva. Una le parecía flaca como un *pirgano*, la otra desabrida como el rabo del burro, aquella vieja y *zapatuda*, la de más al á cargaba mochila, estotra tenía la boca grande como una maretá. Y Tomasito no se atrevía á replicar, por más que le lastimaba hondamente el regateo humillante y brutal, y si hubiera estado solo, por nada del mundo se hubiera atrevido á desairar la invitación de la más fea y antipática de todas.

Cerca ya de la una, los parrandistas tropezaron con una morena graciosa y redonda, vestida de terciopelo verde deslucido y marchito, armada de una sombrilla tan grande como un fusil. Y tan insinuante hubo de mostrarse ella, y tales cosas deslizó en la oreja peluda del viejo indígena, que al fin éste detuvo el paso, quedándose indeciso y meditabundo. Tras animada conferencia, cortada por la risa aguda de la dama, ésta dió una voz, pronunció un nombre, agitando al propio tiempo la sombrilla.

...Tomás cerró con fuerza los ojos en la obscuridad de la alcoba, esforzando hasta el sufrimiento la energía de la visión interna, arrojando combustible á manos llenas en el horno de su imaginación y al fin la vió con precisión maravillosa, tal como por vez primera se presentara ante su vista, surgiendo de la masa negra y gesticulante que obstruía el ancho *promenoir*.

Un hombre intentó en vano detenerla, asiéndola por un brazo, y la del vestido verde se adelantó, deslizándole algunas palabras en el oído...

Era pequeña, delgada, esbelta como un paje, modeladas las formas diminutas por la caricia íntima del vestidillo azul oscuro, los hombros un tanto altos, los brazos pegados al cuerpo, la cabeza echada hacia atrás, las orejas semi-cubiertas por el cabello rubio, de un matiz rubio pálido de mujer de otra raza, las mejillas blancas, ligeramente caídas, los ojos azules, infantiles é interrogadores, la nariz atrevida, la boca fresca y pura, sugiriendo ¡ay! la idea del fruto intacto y perfumado.

¡Y con qué amabilidad, con qué efusión cariñosa y halagadora se colgó del brazo de Tomás, poniendo su mano pálida y estrecha en la manga del saco negro, obra de Dolorcitas Marrero, la costurera de la calle del Diablito! ¡Qué encantadora volubilidad la suya, al preguntarle por su país, por el tiempo que pensaba pasar en la gran Ciudad, por otros mil detalles que él no pudo entender á pesar de sus desesperados esfuerzos y de haber llamado en su auxilio los manes del insigne Ollendorf!

Recordó luego la pesadumbre y la vergüenza que, durante el viaje en coche, en demanda del *garni* por ellas indicado, le produjeron las enormes risotadas y las cínicas libertades de D. Ramón, contra las que las dos mujeres protestaban con agudos chillidos y con frases ininteligibles de su idioma vivo y musical. El anhelado trance, el sueño de oro de su imaginación y de sus sentidos, cuya realización esperaba con recogimiento casi religioso, iba á convertirse en aventura insignificante y grosera, á estilo de las narradas



por Paul de Kock, el autor predilecto de su adolescencia. Ni era posible otra cosa, supuestos los compañeros de viaje, aquel viejo gordo, escandaloso y sensual, y aquella prójima del vestido verde, que le pareció ocupar en la gerarquía de las mercaderas de amor el mismo grado que sus paisanas, las irregulares de los *Riscos* ó de las bandas del mar. La suya, la rubita delgada y pálida, se le antojaba distinta, más seria y reservada, hija quizás de familia honrada y modesta, arrojada del hogar al pantano por el hábito implacable de ignorada tempestad. Y la novela se forjaba en su mente, desarrollándose al calor de viejas lecturas románticas: el padre paralítico, inmóvil como un tronco árido y seco en el jergón miserable de la buhardilla, la madre en el Hospital, los hermanitos tiritando de hambre y de frío, la siniestra tentación de la calle resplandeciente y rumorosa, rondada de continuo por la bestia devorante y nunca saciada.

... Despuntaba el día y por el hueco de la ventana penetraba la luz livida y triste de la mañana otoñal. Y al abrir los ojos en la cerrada alcoba, vió Tomasito con inquieta sorpresa al amigo Don Ramón que le contemplaba, fruncidas las peludas cejas, con ambos pulgares metidos en las aberturas del chaleco. Y al comprender que algo insólito ocurría, saltó de la cama presuroso, persiguiendo al otro con sus preguntas angustiosas.

No era nada, no había pasado nada, exageraciones de los viejos, D. Higinio algo *ruinillo*. Y al oír el clamor desesperado,

— ¡Ay, Dios mío de mi vida! No me diga más. Ya sé que se murió;—entrególe al fin la hoja azul, recién llegada del Telégrafo.

—Higinio grave. Urge regreso Tomás.





HISTORIA DE LAS SIETE ISLAS DE CANARIA

COMPUESTA POR D. TOMÁS MARÍN DE CUBAS

(Continuación)

Parecieron ante el Papa Eugenio IV, el de Castilla por Pedro Barba, el rey de Portugal por su hermano, y el conde de Niebla contra éste; alegaban entre sí los traspasos y poderes del francés, y el de Portugal suplicó al Papa le hiciese merced de la conquista de las Canarias por causa de tener ya por suya la isla de la Madera, una de ellas más al norte, poblada, y también la isla Brasil llamada la Tercera, y otras allí descubiertas y pobladas. En el año de 1430 se litigó esto en Roma.

Publicóse en Roma que ya el Papa le concedió la conquista de las Canarias á Portugal, mas el deán de Santiago D. Alonso García de Santa María informó en el Concilio de Basilea y con tanta y admirable erudición y doctrina de antigüedades que el derecho de ellas pertenecía á los reyes de Castilla, como sucesores del rey D. Pelayo y ser de dicho reino las islas Fortunadas, y sobre ella compuso un comentario apológico entre los otros contrarios, en que señaló sus grandes noticias de la antigüedad de España, y el Papa, no dando lugar á otras novedades, se confirmó el derecho de la conquista de estas islas por Castilla el año siguiente 1431, según Jerónimo de Zurita citado.

Habiendo quedado en su posesión Pedro Barba, y que en ellas tenía muchos grandes atrasos sin otra esperanza, y habiendo aún codiciosos á ellas, trata de traspasar el derecho á Fernán Perez, caballero de Sevilla y, antes de hacerse el trato, se opone á la demanda Fernando de Alarcón, y puesta demanda á Pedro Barba, con instrumento de Juan de Bethencourt de que le había vendido una de las Islas de Canaria que andaba conquistando, sin señalar cuál fuese, en gran suma de maravedís, y cobrado á cuenta de gastos, pedía su derecho justicia, y después de largas respuestas y demandas, mandó el Rey que se le diese título de Señorío á Alarcón de la Isla de Lanzarote; y él envió luego en su nombre á Diego de Alarcón, su sobrino, tomase en su nombre la posesión, y luego allí mismo en Lanzarote hizo el traspaso de ella en Fernán Perez que se la pagó, descontándola á Pedro Barba del precio en que las vendió, que fué el mismo que le vendió Maciot.

Poco tiempo las tuvo Fernán Perez, sin que se las diese en traspaso al Conde de Niebla D. Enrique de Guzman, que ya las pagó otra vez á Maciot, el año 1433; túvolas en su dominio nueve años, y experimentando en ellas lo que los demás, hizo traspaso de ellas á Guillén de las Casas, caballero de Sevilla y veinte y cuatro, el año 1441.

e CAPÍTULO XV

D. Guillén de las Casas prosigue en la conquista de las Islas.

Aunque este caballero se hallaba ya de mucha edad, sabiendo el grande atrasamiento en las cosas de la fe en estas Islas, que fué su devoción lo que más le instó á tenerlas, y el estar ya todos medio levantados y rebeldes, en dos navíos con gente y demás cosas necesarias salió de Sevilla; trajo consigo siete Religiosos de San Francisco de Recoletos, de varias partes ó Conventos de España, con ánimo de morir mártires entre los bárbaros. Según lo que sabemos, fueron Fr. Diego, lego del lugar de San Nicolás en Sierra Morena, que después fué Guardián y Santo, y su cuerpo está en Alcalá de Henares; su compañero Fr. Juan Torcaz, de la Mancha, gran teólogo y predicador, murió en Fuerteventura y su corazón está en el Escorial; venérase piadosamente por santo, como los demás que aquí dijere cuando no consta su cañonización; Fray Felipe, de Sevilla, que volvió á España con San Diego; Fr. Sebastián, que murió en Fuerteventura, cuyos huesos de éste y otros que no sabemos su nombre, manan óleo, que recogidos en algodón son olorísimos y saludables á los enfermos de varias enfermedades; los otros dos son los mártires de Canaria de cuyas cabezas por orla de una palma es el sello de la Provincia de Canaria.

En las dos Islas, Lanzarote y Fuerteventura, puso por Gobernador y Capitán á Antonio Luzzardo Franchi, genovés, y en las dos Hierro y Gomera, á José ó Jofre Tenorio, vecino de Sevilla; en las Iglesias puso los reparos posibles y dió conveniencia á los religiosos; y dando presto la vuelta á Sevilla murió al año siguiente 1442. Dejó por su heredero, y en este Señorío, á un su nieto Guillén de las Casas, hijo de su yerno Hernán Peraza, viudo con dos hijos, Guillén y Doña Inés Peraza.

Este caballero, Hernán Peraza, pasó a las islas con su hijo Guillén, dejando en Sevilla su hija D.^a Inés á cargo de D. Juan de Guzmán, duque de Medina, con ánimo de proseguir la conquista de las demás Islas; llegando á Lanzarote, tuvo nueva que Hierro y Gomera estaban

levantados, resistiéndose y matando; previno en los dos navíos que trajo 200 ballesteros y 300 naturales, y algunos de los religiosos que siempre le acompañaban; le pareció primero ser bien tocar en Canaria, fiado en los soldados que traía, y dió fondo en la Isleta, y habiendo echado alguna gente en tierra, aunque de paz, prevenía algunas lanzas que traía de á caballo, y no pudo por haber picazón de mar, mandó recoger la gente por que acudieron los canarios á la defensa muy de tropel, y así se embarcaron, y dos religiosos á quedarse en los canarios, aún mezclándose entre ellos, con que perdieron la vida siendo mártires por la fé, cuyos nombres no sabemos; júzgase son del convento de Abrojos junto á Valladolid.

Habiéndose quedado en tierra los religiosos, á vista siempre de los navíos que navegando la costa de la isla hacia el sur, viaje de la Gomera, subieron á unos altos riscos donde estaba el de Telde con su gente, y se dijo en Lanzarote que los vieron desriscar de allí donde llaman Carigüelas al mar, mas donde fué su martirio está hasta hoy una cruz y unos montones de piedra, y se dice ser allí su muerte apedreados, y sus cuerpos arrojados en la sima de Jinámar, que es boca de volcán que le entra el mar por más de legua; y sus hábitos fueron hallados en la costa del mar; la memoria que de ellos hay es que ambos eran sacerdotes; uno mozo, alto, barbinegro, de algunos 30 años, el otro de más de 40 muy íntimo amigo de San Diego, que siempre le lloraba mucho, de donde se encendió este santo más en querer ser mártir; júzgase fue su maestro; el color de éste era muy amarillo el rostro, la cabeza pequeña y mediano de cuerpo y algunos hoyos de viruelas el rostro; salieron á tierra descalzos, sin sombrero, solo el hábito y capa, dijeron los canarios.

Llegando al Hierro y Gomera, fueron apaciguados y oídas sus quejas, que siempre les temían; Hernán Peraza los agasajó y regaló ofreciéndoles cuanto pudiese, no negándoles el hacerles bien; parecióle proseguir la conquista por la Palma, y así salió para ella, y dió fondo en el Puerto llamado Tijuya, donde habían ido los castellanos, en término del Rey de Chede; salió á tierra, y como no pareciese alguno de sus naturales, tuvieron lugar los cristianos de escuadrarse y ponerse á caballo de lanza y adarga: era capitán de la gente de Sevilla Hernán Martel Peraza; y de la gente de las Islas capitanes eran Juan de Aday, Luis Casañas y Mateo Picar, y lanzas de á caballo de que era capitán Guillén Peraza, que por la gala fué el blanco de los palmeros; en forma de escuadrón empezaron su

marcha hasta muy dentro de la isla, donde repentinamente fueron acometidos de dos escuadras de gentiles capitaneadas por un hermano del rey, la una llamado Chenaüco y el otro Dútrimara, y aunque al principio las ballestas hicieron mucho daño, y los caballos, y haciendo como buenos Hernán Peraza y su hijo y más señalados en armas como en obras, mas la fortuna fué aquel día de parte de los gentiles, porque de una pedrada en la cabeza cayó luego del caballo Guillén Peraza y quedó muerto; aflojó la guerra; el capitán Martel retiró el cuerpo, y como pudieron volverse huyendo apedreados y heridos se embarcaron; mandó que el cuerpo de su hijo se llevase á enterrar á Lanzarote, y esta es la cabeza que está pintada de seglar, con las dos de religiosos, en el sello de la Provincia de Canaria.

Pasó Hernán Peraza á la Gomera con grave sentimiento de su desgracia; cantáronsele á su muerte algunos romances; y por ser de aquella antigüedad y tiempo pongo aquí alguno de ellos:

Llorad las damas, si Dios os vala;
Guillén Peraza quedó en la Palma
La flor marchita de la su cara;
No eres palma, eres retama,
Eres ciprés de triste rama,
Eres desdicha, desdicha mala.
Tus campos rompan tristes volcanes;
No vean placeres, sino pesares;
Cubran tus flores los arenales;
Guillén Peraza, Guillén Peraza,
¿Dó está tu escudo, dó está tu lanza?
Todo lo acaba la mala andanza.

Disgustado Hernán Peraza y reconociendo que á tantos gastos y atrasamientos nada de útil se sacaba, ni conseguía el fin de sujetar tanta fuerza de hombres que parecía de fieras, se fué Sevilla el año 1443 y luego que llegó casó á su hija doña Inés, que era de edad de 23 años, con Diego de Herrera, veinticuatro de Sevilla, señor de Ampudia, pariente dentro del cuarto grado y edad de 27 años, como lo dice el Padre Fr. Abreu en su manuscrito de conquista de las Islas; confirmóse en este caballero el título del Señorío de las Islas y las cien leguas de costa de Africa desde Cabo Cantin al Bojador; y lo mismo tuvo Juan de Bethencourt, y á poco tiempo después murió Hernán Peraza, que procuró el comercio de las Islas unas con otras, asentando el trato á trocar unas cosas con otras; con tal que no fuese navío de guerra, y esto lo procuraba desde Sevilla.

(Continuará)

El Museo Canario

Revista decenal

NÚMEROS 143, 144 Y 145

Las Palmas 31 de Diciembre de 1901

HISTORIA DE LAS SIETE ISLAS DE CANARIA

COMPUESTA POR D. TOMÁS MARÍN Y CUBAS

(Continuación)

Después que llegó á Sevilla Hernán Peraza, volvió el año siguiente navio á Islas en que la obediencia llamaba á San Diego; y diremos algo de su vida, que es memoria que ha quedado. Viniendo de España con sus compañeros de quien dijimos llegaron á Fuerteventura á la parte de Africa en Caleta de Fuste; buscaron sitio para morada, y cuatro leguas en lo interior de la Isla escogieron la cañada de un barranco sin otro abrigo que el puro cielo; con sus manos escavó la tosca blanca y arenosa, por eso fácil, al reparo de una cabezuela frontero del Norte, sus compañeros hicieron de piedras reparos, paredoncillos y algunas pajas por encima, hizo San Diego un pozo, y otros ha faltado agua y á éste nunca, es gruesa y salobre su agua; con ella se hizo la Iglesia de piedra y barro muy pequeña y el campanario de ladrillos, todo de mano del Santo. En este convento los ángeles tañeron á la hora del Ave María, muy á compás, á tres campanadas nueve; fué muy riguroso en su disciplina, siempre la tenía con lágrimas; frontero de la Iglesia puso una grande cruz de sabinas por su mano hecha, que por reliquias no ha quedado ya nada de ella; comiendo una támara San Diego, con el hueso se le quitó un diente, y díjole á la palma mirándola hacia arriba: «oh, nunca tú des otro fruto con hueso»; y así fué que le producía sin ellos: procuró la amistad de los naturales muy de veras, y así hizo gran fruto reduciendo á muchos fingidos cristianos, ayudábales y enseñábales á segar cebada y ellos venían á hacerle la Iglesia: predicábales, reducíales, obraba milagros y admirábanse: uno de ellos fué un gentil muy rebelde natural de Canaria, que allí vivía con hijos y mujer; éste le trajo al Santo toda su familia para que los bautizase muy de veras y se llamó Juan Alonso: ofrecióse al Capitán Cabrera pasar á Canaria por la vía de comercio, é instado de San Diego á querer pasar á Canaria le advertía el peligro dieron vista á Canaria por la Isleta y fué á surgir á Melenara frontero de Telde, y tiénese en Canaria por evidencia que San Diego estuvo allí en la cueva de esta playa, que yo he visto y he estado dentro; la pisó el Santo y esperó en ella por más de tres horas el aviso del Rey de Telde, que los mandó salir de la tierra porque supo venía fraile allí, y añadió el canario que no esperase otra respuesta que las armas, y disgustado contra su voluntad salió de Canaria. Oílo decir á los antiguos que San Diego estuvo aquí en Canaria.

Lloró San Diego muchas desventuras sobre los canarios, que por sus pecados los aniquilaría Dios, y otras como profecías evidentes; llegó á Fuerteventura, y de allí á predicar á Lanzarote, al sitio que llaman Famara halló muchos disimulados cristianos, que se burlaban de él, muy pertinaces, y aquí llegó la nueva que le llamaba la obediencia; sacudió el polvo de las sandalias y maldijo la tierra por sus habitantes; en su tiempo fué hallada la imagen de Ntra. Sra. de la Peña por Fr. Juan Torcaz, que habiendo caído de un risco sobre un charco profundo, vió luces é hizo descubrir de las grutas de una peña la hechura de la Imagen; dicen unos ser de mármol pequeña sentada en silla de una tercia con niño en los brazos; tiene allí Ermita: otra imagen de Nuestra Sra. pintada en tabla de medio cuerpo se halló en un espino muy coposo y espeso; señal que hubo antigua predicación en esta como en las demás islas: lo cierto es que la Imagen de la Peña es de barro cocido y la de tabla casi cuadrada de á tercia,

Pasó San Diego á España con Fr. Felipe de Sevilla, vivió en Sanlúcar de Barrameda, fué hortelano y plantó un pino que allí se ve en la huerta, pasó á Roma el año 1450, fué allí enfermero al tiempo de canonización de San Bernardino de su orden, año del jubileo; volvió á España, vivió y murió en Alcalá, y á su muerte dijo que tiempo había ya muerto su compañero Fr. Juan Torcaz en Fuerteventura enterrado debajo del coro, y que su corazón estaba incorrupto, y mandado de los Reyes se halló con sangre fresca y está en el Escorial, entre las reliquias. Murió San Diego de edad de 63 años sábado día doce de Noviembre año de Nuestro Señor Jesucristo 1463.

CAPÍTULO XVI

Vienen Diego de Herrera y Doña Inés Peraza á las Islas

Teniendo aviso el capitán Diego de Herrera, Señor de las Islas, en el mucho aprieto en que estaban los vecinos de Fuerteventura por un grave motín de levantamiento que intentaban los naturales así de esta como de las demás, procuró cuanto antes con gente de guerra y su familia venirse á ellas año de 1450. A primero de Julio se embarcó en el Puerto de Santa María y día 13 de San Buenaventura llegó á Fuerteventura en tan feliz ocasión que recuperó la isla, y de aquí tomó más propiamente el nombre; puso por Gobernador en las dos á Alonso Cabrera Solier, pasó á Hierro y Gomera, y dió sus disposiciones, y mayormente en las cosas de la fe; era Obispo de Rubicón, tercero, que sucedió á don Mendo, D. Fr. Tomás Serrano, dominico, natural de Andújar, que después murió lleno de disgustos y pesares; reedificó el convento de Fuerteventura ampliándole con celdas, en la forma necesaria altas y mayor Iglesia; fué Vica-

rio provincial Fr. Laurencio Melián, y hubo en tiempo de Diego Herrera hasta 30 religiosos; de las personas de cuenta que en este viaje vinieron, y después en las islas cuyos apellidos han quedado allí vecindados, pondré algunos:

Su primo Alonso Cabrera, de Córdoba; Hernan Martel Peraza, primo de doña Inés; Juan Negrín, Egas Venegas, Alonso Sanchez de Morales, de Córdoba; Luis de León, hijo natural de don Pedro Ponce de León, Señor de Marchena; Gonzalo Jaraquemada, Pedro Alvarez de Osorio, Pedro Verde, Diego de Alcázar, Juan Placer, Diego Viejo, Rodrigo Rodríguez de Zamora, Pedro Padilla Alonso Navarrete, de Baeza; García Vergara, Juan Pérez Aguirre, Juan Martín Arteaga, Perucho Vilvao y Alonso de San Juan, los dos vizcainos; Lope García Varela, gallego; Diego de Vera, Hernando de Gallegos, Juan Camacho, de Jerez de la Frontera; Juan Mirabal, Tomás Palenzuela, Guillén Castellano, natural de las Montañas; Lope García de Sa'azar, piloto mayor. Estos se avecindaron en las Islas.

Habiendo muerto el rey D. Juan II de Castilla el año de 1454, por quedar en el gobierno su hijo Don Enrique IV, dice Zurita, ya citado, que se concedió el derecho de estas Islas á dos caballeros de Portugal; particulares Condes, el uno de Autoguia y el otro de Villa Real, aunque el año de 1460 revocó esta merced conociendo el grande agravio y deshonor que hacía á la Corona de Castilla. Zermaloo y Garibay dicen en la Historia de España, que el infante de Castilla don Enrique, hijo de D. Juan II, hubo por mujer á doña Juana, Infanta de Portugal, la trajo á Córdoba el conde de Autoguia á quien el Infante otorgó por merced que le pidió el traspaso de estas Islas; y de él se valió D. Pedro Meneses, Marqués de Villa Real para que el Infante D. Fernando, hermano de don Alfonso V, rey de Portugal; el P. Galindo Abreu en su manuscrito de conquista dice: «el rey D. Enrique IV el impotente, cedió el derecho de estas Islas á doña Juana la Beltraneja, que la juzgaba por suya, y sus tíos Alfonso V y el Infante de Portugal lo contradecían, sobre que hubo grande guerra entre estos dos reyes.

Lo que consta de esto haber resultado, que don Diego Herrera se valió de gente de Portugal para allanar la conquista de las Islas presidiéndolas, y lo mismo en Africa: habiendo venido por Obispo cuarto de Rubicón D. Fr. Diego Lope de Illescas, franciscano, hermano del cronista Illescas, siendo ya muy viejo y queriendo ver reducidas las islas, consta por instrumento de Escribano, ante quien pasó, que el año 1461. miércoles doce de Agosto ante Fernando Parraga, Escribano, que Diego Herrera tomó posesión de la Isla de Canaria en la isleta presente el Obispo Illescas, que firmó con Hernando de parte del rey de Castilla D. Enrique y Alonso de Cabrera por Capitán General de Canaria y el licenciado Antón López, provisor, y Juan Negrín, el rey de armas; halláronse presente muchos canarios armados con los dos reyes de la isla cuyos nombres estaban allí sentados: y de Lope Zurita, Alcalde mayor; quedaron asentadas paces por el Obispo, dándoles á los canarios muchos regalos y dádivas sólo por atraerlos al crniño de su voluntad. aunque fué dificultoso este comercio de paz se facilitó por el lengua llamado Juan Canario que parecía buen cristiano; y de allí se

volvieron á Lanzarote y después á Hierro y Gomera.

Hechas paces entre Castilla y Portugal el año siguiente de 1462, comerciaron estas Islas los portugueses, lo más frecuente desde la Madera, y el año de 1464 el Obispo y Diego Herrera tomaron posesión de la Isla de Tenerife por el rey de Castilla, ante el mismo escribano Parraga, donde firmaron los dichos con otros que se hallaron presentes á las paces, nueve capitanes gentiles ó reyes de ellos, los dos no admitieron paces ni vinieron á ellas, de los términos Taoro y Teno, fué Gobernador de Tenerife su tío Sancho de Herrera, y aquí tuvieron la primera noticia de haber en estas Islas una imágen de bulto de María Santísima, muy venerada de todos los gentiles, aunque en Lanzarote se decía de esta imágen por algunos cautivos de esta isla por Hernan Peraza, porque siempre procuraban todos los Señores antecedentes hacer en ellas sus entradas á robar y así nunca se fiaban de las paces de los forasteros.

Reconocida por el capitán Diego Herrera la fuerza de los isleños, se valió de Portugal que le enviaron cinco navíos con gente y demás pertrechos pagados para proseguir en las conquistas; vino encomendado á su capitán ó almirante llamado Sardina, y á Diego de Silva, hijo de D. Juan de Silva, mozo esforzado de poca edad; llegaron á Lanzarote y Fuerteventura, donde Diego de Herrera los esperaba, y á pocos días fueron á tierra firme de Africa donde hicieron presa de muchos árabes, ganados, oro, plata, ámbar, que robaron ciertos pueblos de moros y judíos que vieron descuidados; fabricó un fuerte ó castillo en Cabo de Guer y le presidió y guarneció con gente y municiones de donde hacían buenas presas, y también fueron sitiados diversas veces á que eran socorridos de Diego Herrera frecuentemente; volvieron á las islas bien aprovechados trayendo yeguas de buena raza que aún duran ó perseveran en su buena casta de caballos.

Ufanos los portugueses y castellanos con las cosas de Africa pasaron á Tenerife, acometió la entrada Herrera por dos partes, por la de Añaza que es Santa Cruz, y por la que llaman Bufadero, y por todas acudieron gran cantidad de naturales con admirable braveza, armados de palos muy gruesos jugados á dos manos, y á una como espada, y gruesas pedradas con gritería y silbo; aplacáronse luego porque pedían paz, paz; como había quedado asentada aunque después de la posesión no quisieron admitir otra vez al Obispo, ni tampoco en Canaria, por muchas instancias, promesas y ruegos, admitieron hacer de tapias que despreciaban su fábrica los que subían y bajaban riscos muy altos, un fuertecillo ó torreón en la playa de Añaza, y por Capitán de él á Hernan Peraza, y así le pareció á Herrera seria dueño de Tenerife.

Dieron presto la vuelta á Canaria por la parte de poniente á una punta que llaman de Sardina, cerca de Gáldar, lugar del Rey Guadartemy, hijo de Artemy que mataron los franceses. Dispuso Diego de Herrera que fuese acometida por dos partes; la una y primera salió gente por el término de Aumastel ó Palmital, siguieron á unas pobres casas, que quemaron y cuevas donde á nadie hallaron; dijeron los canarios que aquí degollaron á unos niños y mujeres, y parece fué por ellos mismos no ser cautivos; volviéronse á embarcar y dos navíos echaron á tierra á Diego de Silva con 200 hombres armados, que si-

guiesen al pueblo de Gáldar; salió á tierra en Caleta de Vacas, y haciendo su marcha siguió Diego de Herrera con otros dos navíos la vuelta del Sur de Canaria, y otra quedaba con Hernán Peraza en Añaza: de improviso, Diego de Silva, fué antes de haber llegado á media legua de camino acometido de 500 canarios escogidos en valor y destreza; éstos ponían fuego al monte por donde pudieran volverse á embarcar fuera del camino que ellos traían, y tuvieron los cristianos por mejor acuerdo seguir al pueblo de Gáldar, donde fueron acorralados con otra segunda emboscada donde venía el rey con más de 800 canarios más feroces y espantosos atrevidos que los primeros que venían en su seguimiento poco á poco era el corral muy grande y redondo con las paredes muy altas de piedra sola, la entrada muy angosta, era ya cerca de medio día y hacía calor, donde padecieron gran sed y falta de comida; Silva alentaba á sus soldados á que muriesen por la causa de Dios, y cada uno llamaba al Santo de su devoción y á la Madre de Dios, preparándose para morir: allí pasaron la noche sitiados y el día siguiente hasta la tarde.

El capitán Silva llamaba á alguno de los capitanes canarios ó al rey, y ninguno llegó, que era ordenada del Guadarteme, que envió una mujer que disimuladamente cantando en mal lenguaje castellano, decía: que si querían escapar con la vida que se rindieran al Señor de la tierra que tenía voluntad de perdonarle las vidas: fué conocida ésta, que había estado esclava en Lanzarote y llamábase María, y llamabanla Tarcirga; fué con el recado de que voluntariamente se pactaban á salir de la Isla como gustasen sin armas: después de largo tiempo que ya era casi de noche, vino el rey gentil solo con María Tarcirga, y él entendía bien la lengua; llegó con el rostro benigno y compadecido, que alentó mucho á los cristianos: Silva y otros capitanes le ofrecieron las espadas al suelo, de que se mostro compadecidísimo: era alto y paréjo de miembros, de más de nueve palmos de alto, el cabello negro, largo á media espalda, suelta la barba larga crecida en punta al pecho, cortada por encima de la boca, el rostro alegre, el color pardo, los ojos muy negros y vivos, y gravedad como señor y política que no parecía bárbaro, y dícele á los portugueses estas palabras: «Pues capitán, ¿cómo tú y los tuyos os habéis venido á mi casa teniéndome en tan poco que te juzgas dueño de la victoria, quitando la vida á tantos inocentes y quemándole sus casas sin que ellos ni yo te hayamos enojado?» Respondió Silva que él es enviado de parte del muy poderoso rey de Portugal á tratar con él paces y amistad, que por muchas veces lo ha despreciado no admitiéndola, pues un tan gran rey de la cristiandad lo busca por amigo. Dijo Guadarteme que él ni los suyos han menester más que la quietud de su tierra como sus antepasados, que pidan de otro modo de ellos lo que hubieren menester; yo ahora te tengo sujeto como el milano al pájaro, no te puedes ir; los canariotes aclaman vuestras vidas; ya las he dilatado con grande dificultad, pues no los puedo detener. Entonces aclamaron los cristianos que los dejasen ir desnudos á sus navíos; y Silva le dice que era género de crueldad matarlos á todos allí á sangre fría; que prometían no volver á Canaria, y el gentil viendo las lágrimas de todos se apiadó de corazón y le dice: «No tengo otro remedio para darte libertad que ofrecerte por tu

cautivo, y esto lo digas á tu rey de mi parte, y por libertad pedirás á mis capitanes vuestra libertad»: abrazáronse con él Silva y otros, aclamándole de padre y amigo; viendo la acción los canarios, que habían subídose sobre la pared les tiraron piedras y palos á los cristianos; con gran vocería decían feita, feita; traición, muéran los traidores; y luego Guadarteme les juró por su cabeza que si no se aquietaban les quitaría la vida á los desmandados.

Sacólos de allí el rey, y ellos sin armas fueron regalados y bien hospedados: el día siguiente parecieron cerca de tierra los dos carabelones, y haciendo la seña de embarcarse que habían dado fué disparar dos arcabuces, y los canarios con su rey los acompañaron al sitio más cercano á los navíos, á la parte del Norte hacia mano derecha: la senda era angosta, la bajada agrisima por un risco pendiente sobre el mar, que un hombre solamente la ocupaba; llegando aquí se miraron unos á otros, y dice Silva: «Pues bien, piadoso amigo; no fuera mejor ayer quitarnos la vida y no de esta suerte desriscados á vista de los nuestros para mayor dolor?» El rey le dijo que fiase de él que ninguno peligraría, que esta isla tiene semejantes caminos y que este no es el peor de ellos, y que se asiese bien de su capotillo de cuero ó tamarco, y así fueron bajando cada uno con su guía llegaron al pie de aquella muy alta cuesta, que hasta hoy llaman Cuesta de Silva; llegaron las lanchas, despidense amigablemente de los canarios y Silva agradecidísimo prometió recompensarle como amigo y dejóle al rey su capa de grana y otros voluntariamente hicieron lo mismo.

Habiendo salido de aquí el capitán Silva y los suyos, navegaron en torno de la isla en busca de Diego Herrera, vió los navíos supo que estaba sitiado de los canarios en un montecillo cerca del mar de donde no podía cojer las lanchas para embarcarse; tendría poco más de cien hombres y había perdido más de ciento; desembarcando con la gente siguió la marcha sin haber visto á nadie y fué repentinamente acometido, donde pelearon bien matándole mucha gente en el sitio que hoy llaman la Degollada de Sardina; vínose retirando hasta unos llanos que hoy así son llamados; retirados los canarios viendo más cristianos, pudieron recogerse y contar sus adversidades; y admirado como confuso Diego de Herrera, braveaba contra los canarios, no sabía cómo ó de qué suerte se vengaría ó pondría pie en la Isla, y sabiendo la paz ó amistad del Guadarteme de Gáldar, le dijo á Silva que con el mismo pretexto fuese á visitar al de Telde; harto lo rehusó Diego de Silva, pues había quedado que por bien ni por mal volvería más á Canaria, é instado de Herrera salió á tierra con 200 hombres y una guía adelante que diese aviso en Telde primero para que le esperase el Rey su visita, agradecido de Guadarteme; caminó desde Gando dos leguas que hay á Telde y llegando Silva á un barranco cerca de allí, que hoy llaman de Silva, le encontró de parte del Rey un Capitán de los más nobles de ellos, de que el Rey estaba satisfecho de su amistad y visita, y de su parte le pedía se volviese y de allí no consintió que pasase, y el día siguiente vino el Rey de Telde acompañado de muchos canarios á visitar á Silva y á Herrera.

CAPÍTULO XVII

*La torre de Gando fabricada en Canaria
por Diego de Herrera*

El Rey de Telde dió aviso luego al de Gáldar de todo lo que había sucedido, y por aviso suyo vino el de Telde á Gando á visitar los cristianos. Diego Herrera los recibió cariñosamente, regalando á todos con lienzo, ceñidores, bonetes, cuchillos, zapatos á la morisca y otras cosas que estimaron recompensándolo con buenos refrescos; y propuestas las paces los admiten con el comercio en la playa; el de Telde se llamaba Bentagoje, venía con él un tuerto Señor de Tara, lugar de cuevas en Telde; hermano de Guanariragua, Reina de Gáldar: era este Faisaje, que es como dignidad de temporal y espiritual, entre ellos consejero ó brujo: muchos capitanes ó gaires; Maninidra, Guayadeque, Nenedan, Bentajei, Bentagasi, Guanjaven, Antindana, Taufio: y el día siguiente llegó el rey de Gáldar; tenía por nombre, demás de Guadarteme que es común del rey, Guanache Semidán, y su consejero ó Faisag Chambeneder; sus capitanes Eganoiga, Adargoma, Tazarte, Doramas, Jama, Gai-fa, Cataifa: supo-se también que el de Telde tenía disgustos con el de Gáldar, y esa fué buena ocasión para los cristianos, y que este tenía cuatro mil vasallos y nunca fueron vencidos en campaña de sus contrarios del de Gáldar; y no faltaron, que tenía seis mil. La guerra era sobre que los de Telde fuesen á hacer cabildo á las cuevas de Faracha, término de Gáldar, y no faltaron á su regalo como á los demás.

Para conseguir Diego Herrera que se hiciese una casa de oración en la playa donde se recogiesen los cristianos cuando allí llegasen, costó grandes dificultades. Ofrecieron á los canarios defenderles sus costas de cualesquiera enemigos y piratas, restituirles todos los cautivos que en las dos islas tuviesen y así mismo ellos diesen los que tuviesen ó si en su poder hubiese algún cristiano; que les comprarían la orchilla que cogieran, y que de la playa y casa no saldrían para parte alguna pidiendo allí lo que hubiesen menester. Después de varios pareceres de los canarios y dificultades, nada se ajustaba en cuanto á la fábrica; por último piden rehenes y que se les entregue á su cuidado repartidos 30 muchachos hijos de los más nobles vecinos de Lanzarote y Fuerteventura y se les entregasen los canarios cautivos. Diego Herrera lo otorgó así con otros partidos aunque con grave sentimiento de los padres dando aviso á las Islas, quedó en la fábrica de la casa de oración, hizo en tres meses una torre con saeteras, vijías y torre de homenaje; los canarios traían piedra, madera é hizo cal; puso en ella 40 hombres y por Alcaide á Pedro Chamaida, portugués, buen soldado, y Alcalde Mayor á Francisco Mayorga, vecino de Lanzarote allí casado con una Juana Bolaños; y al despedirse de ellos Herrera les dice: «nadie pierda la ocasión, á cada uno se le dará el premio conforme la obra, conviene allanar la fuerza de esta isla que todo será nuestro; y encargóles que robasen y pasó á Lanzarote. Pedro Chamaida trajo una muchacha por criada, natural de Canaria, que les dijo á los canarios: «Allá las iglesias ó casas de oración no tienen los cristianos con saeteras ni armas como estos tienen; no os fiéis de estos que son traidores y

vuestros enemigos»: y de allí se retiraron y andaban los canarios sospechosos.

Despachados á Portugal los navíos con menos gente por haberse repartido en las islas y presidios, socorriendo á todas partes Diego Herrera con prontitud, así á los de Africa en Cabo de Guer, como á su hijo en Añaza y Torre de Gando. Por el año 1466 Diego de Silva se quedó en Lanzarote con Diego Herrera por haberse prendado de su hija la mayor doña María de Ayala y Herrera, con quien efectuó casamiento á voluntad de todos, dándole buen dote en esclavos árabes, oro, plata, ámbar, con otras cosas de valor, se pasaron á vivir á Lisboa de que tuvieron sucesión.

Viniendo Diego Herrera á Tenerife, como le era costumbre, supo el sitio de la imagen de Nuestra Señora, que fueron á adorarla á su cueva; dista cuatro leguas de Añaza, sobre unos riscos sobre el mar; en medio estaba un montón de piedras cubierto con pieles de cabras pintadas de blanco y colores naturales, y colores naturales, y encima la imagen; llamaban la cueva de Axinico, término de Taoro, y su rey ó capitán llamaban Imobach; dicen que abajo fué hallada junto al mar sobre una piedra de un barranco llamado Chimasay; pasando los ganaderos de cabras, ellas se espantaron y el uno al querer tirarle una piedra se quedó yerto y doblado el brazo; el otro por cortarle un dedo de una mano á satisfacerse si era la imagen viviente, él se cortó con la raja de un pedernal; acudieron al prodigio de ver la hechura, que siempre han venerado haciendo en ellos muchos milagros; no daban razón de que gentes la trajeron; señalaban setenta años hasta este tiempo de Diego de Herrera, y cuando se conquistó Tenerife por Alonso de Lugo contaban cien años de haber tenido en la cueva la dicha imagen; hacíanle todos los años por Agosto fiesta; juntábanse de romería de toda la isla, hacían bailes, comían carnes de cierto rebaño de cabras pintadas dedicadas á esta Señora que les daban los vecinos, encendían luces de cera traída de Africa de donde venían á esta romería; y aun viviendo cristianos en la Isla continuábanle de noche á escondidas; desde la playa subían á la cueva, ceremonia que hubieron de aprender de algunos cristianos antes de Bethencourt.

Aficionado Diego Herrera la pidió, ofreciendo dádivas, y se la negaron con afectuosa devoción, que primero perderían la vida que saliese la imagen de su isla para parte alguna. Dejóle encargado á su hijo Sancho de Herrera el cuidado de robarla asegurándose con buenas espías de un navío que apareció frontero y no haciendo por el puerto, volvió sobre tarde hacia á fuera y á la media noche pudo llevarse á Lanzarote la imagen de Nuestra Señora de Candelaria; fué llevada á la parroquia en procesión y hecho novenario, después se hallaba vuelto el rostro á la pared todas las mañanas: estuvo tiempo de tres meses en el cual hubo una grande epidemia, que moría mucha gente, luego que trajeron la imagen: dijéronle los religiosos á Diego Herrera que volviesen la imagen á su cueva, que era voluntad de Dios, y se aplacaría la enfermedad; y aunque fué con gran sentimiento, se hubo de hacer. Volvieron la imagen y á la playa de Candelaria al desembarcar llegaron los gentiles, á quien pidieron perdón del robo que restituían; y ellos admirados afirman que la imagen está como se estaba en su cueva, visitándola todos los

días, donde bailaban y regaban el suelo con leche de sus ganados, y por certificarse al buscarla la hallan menos y reconocen venía allí en cierto cajón cubierta con buenos lienzos y paños de seda ó cortinas; subieronla en procesión á su cueva y aquel rey cuidó de poner más guardas en el cuidado de la imagen. A este rey llamaban el de las lanzadas, por ciertas cicatrices que tenía grandes de haber peleado con gentes extranjeras de á caballo; tenía su descendencia de muy noble rey gigante mirlado que se halló en el tiempo de la conquista en la cueva llamada Guadamojete; tenía de largo veinticuatro palmos; murió también á lanzadas en batalla campal.

Después empezaron las cosas de Diego Herrera ir en atrasamiento; tuvo mucho nombre de capitán esforzado y temido en Africa é islas, y sus victorias célebres en Portugal, y aún en Castilla en medio de tantas revueltas como había en el gobierno del rey don Enrique, necesitaba de más gente para proseguir y esperábala de Portugal, y bien descuidado en Lanzarote, llegó su hijo Sancho de Herrera, que allí tenía un navichuelo en que salió huyendo de Añaza, puerto de la Santa Cruz, que se perdió por la codicia de ir á robar y cautivar, disimulando muchas veces. Los naturales tuvieron orden de sus reyes de defender sus personas y ganados; vinieron ciertos cristianos mal heridos, descalabrados y sin presa; envió Sancho Herrera á dar la queja al señor del término; disculpóse que no estuvo en su mano el que aquellos pastores defendiesen lo que era suyo, y como había él dado cierta reprehensión á los cristianos dejándoles llevar lo que quitaban, y en ello no había enmienda; y remitiale juntamente el gentil á Sancho Herrera que ante él pareciesen á dar su razón cinco pastores que eran los contenidos del daño. Luego que los vió Sancho Herrera, montando en cólera los ahorcó; sabida ya su muerte se convocó toda la isla, y los primeros que llegaron al fuerte lo asaltaron con pedradas y varas arrojadas en tanta cantidad que juzgaron los de dentro perecer luego; luego llegó la noche y con el mayor silencio que pudieron se embarcaron, dejando con la prisa y el miedo mucho que sacar; siendo sentidos acudieron hasta entrarse á nado tras la lancha y el fuerte fué desbaratado.

Dió mucho sentimiento en Lanzarote esta nueva, de que tuvo contra su hijo grande cólera Diego Herrera. En Canaria pasaba lo mismo en hacer robos á los canarios, quitándoles repetidas veces sus ganados, y ya se daban á cautivar por esclavos á los que alcanzaban á ver por parecerles que se habían retirado algún tanto se habían dado á mala voluntad. Un día alcanzaron á ver unas mujeres de cabello rubio, que es muestra de ser nobles, que buscaban leña; las trajeron cautivas á la torre; sus parientes al día siguiente, vinieron á pedir las, pues eran allí vecinos todos junto á Agüimes de Guayadeque, y que ellas les habían hecho bien á los cristianos, y sus parientes agasajádoles, y que así les diesen libertad; y se resuelven á negarlo y procuraban más cautivos. Continuando con sus robos, salieron una tarde, cerca de noche, doce hombres á traer ciertas cabras mansas que cerca de Agüimes, sin pastor se divisaban; llevaron caja de guerra para tocar si se viesen en algún aprieto; toda la noche estuvieron en la torre con mucho cuidado por la tardanza: al amanecer venían con algún ganado camino de la torre, y ya cerca salió una emboscada

de canarios desnudos como es su uso, y peleando se oyó la caja; al ruido, sin más reparo, que salir todos á la defensa, dejando las puertas de la torre abiertas, primera y segunda puerta; se hallaron cautivos, que todos eran canarios que vestidos de la ropa de los ya difuntos ó cautivos, hicieron su disfraz; luego la torre fué cogida de otra emboscada, que allí cerca, arrojados en el suelo de pechos, acecharon la ocasión; entraron dentro, sacaron las mujeres y mataron algunos pobres enfermos que allí había. Estas nuevas muy tristes llevó á Lanzarote una barca grande que venía de pescar que estaba en Gando, viniendo á tierra ya tarde vió que los canarios quemaban la torre y casa de oración, que duró poco tiempo. También dió de las de allí un carabelón surto para lo que se ofreciese mandado poner en la bahía ó Puerto.

Mandó Diego Herrera otra vez la barca y recado suyo á saber como había pasado aquel desman. Las madres por sus hijos, y demás por padres y maridos, maldecían llorando á Diego Herrera, que no había consuelo para ellos, juzgando ya que todos serían muertos; el tiempo que tardó en volverlas tuvo más desconsolados, hubo cartas de Chamaida á Diego Herrera y á doña Inés, y nuevas de como quitaron primero la madera y junta la quemaron, y piedra por piedra le volvieron muy lejos de allí los canarios: los dos padres que asistían á la Capilla ú oratorio de la advocación de Ntra. Sra. de Candelaria por la antecedente noticia que hubo de esta Sra.: estos religiosos vivieron cerca de Agüimes cautivos algunos años exhortando á los cristianos: escribió Pedro Chamaida de Gáldar, cautivo con los demás compañeros repartidos á diversos dueños, como hay grandes revueltas por muerte del buen rey y amigo Bentagoje de Telde, que en tres días murió de modorra dejó dos hijos, varón y hembra, que llevó á Gáldar su tío el rey; que el tuerto gobierna á Telde y éste es el que hizo la crueldad y el estrago, y es contra los cristianos, y es nombrado por rey de Telde Mananidra; en el gobierno el Doramas anda alzado con 60 camaradas, da temor al de Gáldar, y quiere ser rey de Telde; hospédase en un gran bosque llamado de su nombre donde no puede ser entrado ni vencido, las armas todas las quiso recoger el de Gáldar, y sabe repartirlas, y los cautivos hubo diferencias con los de Telde; y el rescate de 80 cristianos, que están en Canaria lo juzgó por dificultoso. Con estas nuevas se juzgaron las madres sin sus hijos, que eran los 30 muchachos de rehenes; Diego Herrera discurriendo arbitrios para su venganza, los vecinos remedio para sus quejas ya intentaban ir á Portugal pues de allá se había comenzado, otros que por Castilla á la Infanta doña Isabel, que ya disponía algunas cosas del gobierno por las parcialidades contra D. Enrique su hermano.

CAPÍTULO XVIII.

Los vcsallos se quejan de su Señor

Diego Herrera.

Siendo por el fin del año 1468, juntos los vecinos de Lanzarote y Fuerteventura hicieron informe de sus quejas con doce testigos, dando su poder á Luis Casañas y Pedro de Aday contra su señor Diego de Herrera, para ir á España ó Portugal cuan á prisa se

puadiese, ó se afanzase el socorro, temiendo las revueltas de Castilla; llegaron á la Madera, y allí descubrieron su intención, que era dar su queja en Castilla; llegaron á Ayamonte y de allí á besar la mano á la Infanta doña Isabel, ya jurada por primera y heredera de los reinos de España, que fué en la ciudad de Avila, Lunes 10 de Septiembre del mismo 1468. Habiéndoles esta Sra. oídos su informe bien de todo, los remitió á Sevilla á su asistente Diego de Mello, y sabiendo que había embarcación para islas á toda prisa la despachó dando pliego suyo para Diego de Herrera, á Pedro Hernández Saavedra, 24 de Sevilla, hijo de Fernando Arias, que pasaba á casarse, ó que ya lo estaba por poderes, con doña Constanza Sarmiento, hija de Diego Herrera y doña Inés Peraza; llegó con próspero viaje y fué recibido en Lanzarote con fiestas; después dió el pliego y fué leído; gran turbación tuvieron todos, así la familia como los vecinos; mandaba el asistente que en término muy breve compareciesen los Sres. de las islas Diego Herrera y consorte doña Inés Peraza en el Consejo de Castilla; y dejando la tenencia del Gobierno á su yerno Saavedra, é hijo el menor Sancho Herrera, se embarcaron á España en el mismo navío: pareciendo á sus descargos que algunos fueron pesados de consideración; el menor el traspaso que tenía hecho de estas islas con el Portugal, que luego se revocó; y fué gran dicha que esto parase en reprensión, según lo capitulado de émulos: y por cuanto las tres islas Gran Canaria, Tenerife y Palma, que han quedado por conquistar, requieren más gastos y gente para proseguir contra su mucha fuerza, y de no proseguir luego á prisa se perderá todo lo ganado, mandaron los jueces que se pagase á dichos Sres. el valor de dichas islas, ó aquella cantidad que hubiesen pagado: y que á costa suya rescatasen los cautivos de Canaria, que en ella había cristianos, y por ningún pretexto, en público ni secreto se llama rey de las Canarias. Grandes extremos de sentimientos hizo doña Inés al otorgarse el traspaso de ellas al dominio de la corona de Castilla año de 1499, pagándoles en contado á dichos Sres. cinco cuentos de maravedís. Volvieron a Lanzarote disgustadísimos, y de allí Diego Herrera pasó á Portugal con su hijo segundo, que tuvo tres, Hernán Peraza, pareció en juicio su derecho representando el agravio hecho por Castilla; y en breve tiempo se resolvió el pleito en favor de doña Inés Peraza, en este mismo año de 1469 que consta de instrumentos.

Luego que llegaron de España, envió á Canaria doña Inés á ver si por alguna espía se supiese lo que allá pasaba: volvió la carabela con tres cautivas, una moza, las dos ancianas, que en el charco del Bañadero, en la costa del Airaga, se estaban bañando; las ancianas cuidaban de la moza que era señora sobrina del Guadarteme; cautiváronlas cuatro hombres por tierra á vista de la lancha, que luego las recogió, acudiendo á la defensa quince ó más canarios á nado; mataron dos á estocadas y á otros retiraron heridos, que ciegame se metían á hacer presa. Desmayada la moza le rociaron con agua salada y vuelta en sí se arrojó al agua y fué detenida y atada luego. Dijo en Lanzarote que por solo su rescate daría su tío en Canaria 130 cautivos; su nombre Tenesoya, del barranco de Azuaje, y ningún rescate por ella se efectuó; fué cristiana, llamóse Luisa, casóse con un primo pa-

riente del rey de Lanzarote, Andrés de Bethencourt; después vivieron en Canaria con sucesión en Gáldar.

Así en Castilla y en Andalucía se prevenía armada para las islas como Portugal también que vino el año siguiente 1470 contra los castellanos que vinieron primero en Canaria, que es asunto del libro segundo. Esta armada de Portugal, no teniendo en Canaria la acogida que esperaba, le valió á Diego Herrera con ella socorrer á cabo de Guer donde era Alcaide Jofre Tenorio, y envió á Hierro y Gomera á su hijo Herman Peraza; fueron á Africa los vecinos de Lanzarote y Fuerteventura por capitán Alonso Cabrera Solier, hijo de Alonso Cabrera el viejo; y de 500 hombres su yerno Saavedra; en cinco navíos entró el socorro con 600 cristianos, tenían sitiado el fuerte más de diez mil árabes de á pie y de tres mil lanzas de á caballo; habiendo sido rechazados de allí, volvieron con más ímpetu sobre el fuerte casi seis mil lanzas y por caudillo uno llamado Adiad; por último se fueron sin hacer efecto de resistir, y dando la vuelta á Lanzarote Diego Herrera vino de paz al fuerte un árabe de edad de 30 años, pedía ser cristiano, llamábase Julus Gruz, y que guiaría á donde hallasen buenas presas de ganado y gente. Fué remitido á Diego Herrera, y siempre le estimó en mucho: fué cristiano, llamóse como el padrino Juan Camacho; volvió con seis navíos y gente portuguesa á Cabo de Guer, Diego Herrera, á otro socorro, y siendo rechazados los árabes, siguió la tierra á dentro; el hacer robos Juan Camacho, morisco, con Diego Izquiérdo, práctico, fueron causa de muchas presas; guiaron á Tagaos la tierra á dentro cuatro leguas, y á donde Juan Camacho vió un camello blanco fueron, y en muchas tiendas de campañas de pabellones y aduares cautivaron 168 personas con niños y mujeres.

Dígase alguna cosa de este morisco Juan Camacho, pues vivió 146 años, y nunca anduvo gibado ni corcobado como viejo, antes muy derecho el cuerpo y dispuesto; dos años antes que muriere fué casado con una moza de veinte y dos años y dejóle un hijo; murió el año 1591 en Lanzarote: el P. Fr. Juan Galindo de Abreu, que se recibió de estas islas de Canaria, comunicó y habló con este morisco, y de él dice hubo muchas relaciones, de Africa: tuvo muchas razones con dicho morisco el Sr. Obispo de Canaria D. Fernando Suárez de Figueroa, andando en la visita; y también D. Luis de la Cueva y Benavidez, presidente de las islas; y Gonzalo Argote de Molina, provincial de la Hermandad de Andalucía, le comunicó.

El capitán Diego de Herrera, Señor de las islas de Lanzarote y Fuerteventura y de Ampudia, fué muy temido, como dijimos, de árabes; y su nombre famoso en valor y estimación. Tuvo con doña Inés cinco hijos, tres varones y dos hembras; el primero quedó en España, no vino á Islas ni en ellas heredó algo; fué casado con doña María Lazo de la Vega: Hernán Peraza, Señor de Hierro y Gomera, fué el mejorado: Sancho Herrera tuvo el quinto de doce ó dozavo de las rentas en las dos islas Lanzarote y Fuerteventura; casóse con doña Catalina de Escobar: á las dos hijas, la mayor mujer de Diego de Silva, doña María Sarmiento, dió el cuarto del dozavo: á doña Constanza, mujer de Saavedra, el tres partes de las doce. También les repartió á los cuatro las cuatro islillas despobladas donde se crían ganados; Isla de Lobos, Roque del Este y Graciosa; Santa Clara con

Alegranza. Murió Diego Herrera año de Cristo Señor Nuestro 1485 día 22 de Junio, de edad de 69 años, ó más de 70 quieren otros; enterróse en el convento de San Buenaventura, que él reedificó, fundación de San Diego; quedó en el gobierno doña Inés Peraza.

De este convento reedificado ó ampliado, por haberle fabricado muy pequeño San Diego, como díjimos, nada quedó en la forma que fué de primero. El claustro que es hoy fué la iglesia; la sacristía fué capilla mayor, tendrá hasta 18 religiosos: los primeros con San Diego fueron reformados de Recoletos, hoy son menores. Hay aparte de la iglesia á modo de ermita, gobernada por dichos Padres, la cueva que hizo San Diego, es la capilla de dos naves, en una iglesia; en cada nave su altar, es baja que al decir misa no se puede alzar mucho la Hostia; el altar de mano derecha tiene una hechura de San Diego de rodillas de dos palmos de alto; en el pecho reliquia suya de hueso; en la peana otra reliquia de cuerda; el otro altar otra hechura de San Diego en pie, algo mayor que la otra abrazado con la cruz; hállanse aquí y en el convento reliquias y huesos de dicho religioso, que destilan óleo muy oloroso, y este es de muchos cuerpos, en que enjugan algodón para dar á los enfermos; entre ellos los señalan del P. Fr. Juan Torcáz, que algunos padres de esta provincia mandaron recoger; por excomunión fueron restituído al convento, que tenían los vecinos repartidos entre sí, conforme su devoción; murió en Fuerteventura el año 1450, estando San Diego en Roma, cuyo corazón está en el Escorial como díjimos; y para dar fin al Libro Primero de la conquista diremos las costumbres y naturaleza de los isleños naturales de las cuatro islas conquistadas.

CAPÍTULO XIX

Naturaleza y costumbres de los Majoreros de Lanzarote y Fuerteventura.

Según el libro de conquista sobre los franceses de Bethencourt, escrito por su capellán, son los naturales de Lanzarote de buen aspecto y presencia y bien agitados; andan desnudos, algunos se cubren con capas de pellejos de cabras caídos por la espalda hasta las corvas, atadas por el pescuezo con correas, su forma es cuadrada, por delante sin abrigo ni empacho en cubrir sus partes; traen todos en los pies majos que es un pedazo de cuero por zapatos de donde son llamados majoreros: las mujeres cubren el medio cuerpo de la cintura á bajo con pieles hasta los pies, cada una de ellas tiene tres maridos, cada mes el suyo, sucediendo uno á otro muy obediente, regalándolos con mucha paz y amor sin que ninguno tenga celos de otro. Cuentan el tiempo por la luna desde que se ve en nueva; son muy fecundas y no tienen en los pechos leche; crían sus hijos mascándoles á la boca y por eso tienen el labio inferior grande en demasía y grueso con fealdad. Críase mucho ganado de cabra, y sus frutos; abunda de sal; carece de agua, recógenla de lluvias. Los de Erbania ó Fuerteventura son en mucho más número sus moradores que los de Tite; de grande estatura, fuertes en la pelea, se dejan primero matar que aprisionar y el que siendo preso vuelve á ellos ó le matan ó tienen en poco; viven con unidad juntos en muchas aldeas, no comen sal, la carne se-

can al sol, hacen grandes provisiones de cecina, es mejor que la de Francia y otras partes; y el sebo y carne fresca comen crudo por gran regalo mejor que pan. Son rudísimos, pertinaces en su secta, tienen templos donde hacen sacrificios con humo de cosas que queman, como no sea carne, sino cebada, dátiles; asisten hombres y mujeres. La parte llana de esta isla es lo más llegado á Africa por doce leguas francesas, es falta de agua y recógenla de lluvia como en las otras: sus habitaciones son muy hediondas en extremo.

Los naturales de estas dos islas, dice el Padre Abreu Galindo, tienen unas mismas costumbres, son piadosos, caritativos, alegres, regocijados, cantadores y bailadores, que á un mismo tiempo hacen el són y compás de pies y manos y boca con gran presteza en torno, zapateando y meneo del cuerpo; corren mucho, saltan, luchan y saltan con un palo á tres saltos sobre varas atravesadas en los hombros de otros puesta y por encima las salvan y otros las salvan sobre los brazos en alto; son sus armas un garrote de acebuche de seis palmos de largo; tienen con ellos sus desafíos, y no excede de la medida, debe buscar á su contrario en su casa por la puerta, y el matador no tiene pena; si le busca por el corral mata al dueño de la casa debe pena de la vida; esta arma se llama Tecece; son grandes nadadores y pescadores, hacen corrales y le matan á palos en el agua; sus costas tienen cantidad de mariscos; sus habitaciones son casas de piedra sola; húbolas muy grandes y redondas; las entradas muy pequeñas, donde hacían sus sacrificios, ofrecían leche, manteca, menos carne; esta fiesta ó sacrificio llamaban Efequenes, de todos los frutos á modo de diezmo; quemaban cebada en el sacrificio, y por el humo derecho ó ladeado juzgaban la forma de mal ó bien; las casas de sus moradas muy pequeñas y hediondíssimas á carniza, sebo, carne podrida, y así ellos lo mismo, las puertas angostíssimas que éntranla de á dos; vestían de pieles sobadas y agamuzadas. Cuando llegó á esta isla Bethencourt, tenía el rey Guarfia un bonete como mitra de dos puntas de cuero de cabrón, sembrado á trechos de conchas del mar, la capa de pieles hasta las rodillas, medias ó borceguíes, zapatos de un pedazo de cuero envuelto á los pies, solo cubría sus partes, lo demás desnudo; el cabello largo, barba crecida en punta; las mujeres solo faldellín de pieles, la cabeza cubrían todas con zurrónes de cabritos sobados; ataban por la frente tiras ó correas anchas de dos dedos teñidas de colorado y poníanle tres ó cuatro plumas de milano, cuervo ó guirre, quebranta-huesos, y este tocado llaman guapil. El vestido Tamarco, calzado majo, cuchillo que es raja de pedernal tafique: hacen hilo admirable para coser de nervios y tripas de cabra delgadísimo y fuerte; por agujas ó aleznas, huesos, espaldas de pescados; cúranse con yerbas majadas con unto, sebo, manteca; sudan abrigados, enferman pocas veces, la parte del dolor sajan con pedernal sacando sangre; sus difuntos los miran de que tienen cuevas de ellos de grandes rumazones sin estar apolillados y envueltos en pieles; la loza es de greda seca al sol, su alimento cebada tostada molida á tahonillo de mano cernida por criba menuda de agujeros; hacen justicia por graves delitos; el agresor es puesto de pechos tendido sobre una losa ó piedra llana dejándole caer otra sobre la cabe-

za; el verdugo cerca del mar y allí era enterrado; el verdugo y su parentela tenidos por infames; estiman al valiente y ese él es noble y llaman Altahai; la tierra para sembrar á la primera lluvia aran con cuernos de cabrón, sus granos cebada que las mujeres cogen, la espiga majan, aventan con las manos y palos, tuestan y muelen, y ellos así son grandísimos haraganes.

Se hallan en Lanzarote tres cosas grandes. La primera es un corral que le cercan muchas piedras á medio círculo, cada una de grandísima magnitud, y una de ellas esta apartada algo lejos que hace forma de silla: la segunda son seis pilas de piedra muy altas y redondas, la mayor llevará hasta cincuenta arrobas de agua. La tercera una célebre cueva que tiene tres mil pasos de hueco y muy ancha, tiene dos puertas, la una es agujero redondo metido en un hoyo para entrar dentro, primero van los piés juntos arrastrando y sola una persona, y dentro hay grandes sótanos, aposentos, hoyos ó mazmorras; es menester llevar luces de tea ú otras de grande luz en el techo; tiene como esculpido de mucha antigüedad un Cristo Crucificado, algunos quieren que sean rajadas y grutas al natural, mas dicenlo comunmente que es hechura de Crucifijo: la otra puerta es una cueva común, larga y oscura y en su remate es muy alta donde tiene la entrada algo angosta, y es menester escalera de mano ó una cuerda para subir á ella de altura de dos picas.

La isla de Fuerteventura fué dividida al través con una pared de más de cuatro leguas de mar á mar, término de dos Reyes, el de hacia Canaria llaman Ayose y el de hacia el Norte Guise, cada uno se gobernaba por una mujer, que ambas hablaban con el Demonio, llamadas Tamonante y Tibiabin, éstas apaciguaban las discordias, maestras de ritos y ceremonias, avisaban de casos contingentes: en esta isla no han podido criarse colmenas, tienen los ganados sueltos en común con marcas de sus dueños, y el ir á recogerlos llaman Gambueza sus apanadas, á las crias que no tienen marca llaman Guanil y siguen á las madres; el pellejo Argui; los moradores muy altos, enjutos, prietos más que los de otras islas; hubo aquí más de cuatro mil de pelea. Hállase la sepultura del gigante Mahan, que ellos dicen, más de veintidos piés de largo al pie de la Montaña Cardones.

CAPÍTULO XX

De Gómeros y Herreños: naturaleza y costumbres

La tercera conquistada fué la Gomera; obtuvo este nombre desde que los africanos de este nombre por último la ocuparon: hallóse dividida en cuatro señoríos, Amulga, Agana y Palan y Ozones, entregáronse de paz al dominio de Aragón á los vizcainos cuando Bethencourt. Los cuatro señores dijeron ser cristianos y sus nombres. El primero Fernando Aberbegueye; el segundo Fernando Algabosuegue; tercero Pedro Aljagal, y cuarto Mathiguel Unchepe. Son medianos de cuerpo, ligeros, animosos, diestros en la pelea, cogen en el aire la piedra ó saeta, con la mano, que le es arrojada y con destreza la devuelven mejor; pelean desnudos cubiertas sus partes con guapiletos de cuero pintados á la cintura; por la frente ponen vendaje de junco majados y teñidos de azul y colorado, el ferreruelo de pieles hasta las corvas, y pintadas llaman tamarco; las mujeres faldellín de lo

mismo llaman tahuyan; la cabeza cubren con zurrónes de cabrito, usan de otro capotillo á modo de zamarrón de dos faldas sin mangas, los piés envuelven en piel de cochino; abundan de todo ganado menos de cabras, puercos, ovejas rasas, no tuvieron árboles de frutas. Los conquistadores como Diego Herrera puso en esta isla conejos, perdices y venados, dicen que de Africa. Hubo en ella hombres señalados de fuerza y valor; cuentan que fueron ciertos gómeros á nado á una peña á mariscar, los rodeó, sin dejarlos venir á tierra, cantidad de pejes grandes, marrajos de hechura de cazonas, y un gómero esforzado, llamado Gral Jegueya, fué el primero que se arrojó al mar y se abrazó con un peje, mientras los compañeros salieron á tierra y asido por las agallas fueron á fondo y volvió sobre el agua dando grandes golpes con la cola y así los demás pejes huyeron espantados y el gómero quedó sin lesión alguna.

Los del Hierro tienen casi las mismas costumbres que los gómeros. Los castellanos y Bethencourt entraron en esta isla por la parte del sur en el puerto de Tecorones cerca de Iramace, que es hoy puerto de Naos. Dijeron los herreños á los cristianos que ya les era cumplido su pronóstico muy antiguo de un adivino antiquísimo llamado Ionne, dicen que les dejó muchas declaraciones, y una de ellas que en los siglos venideros vendrían á esta, como á las demás islas, unos hombres del oriente que traerían á Dios Orojan, que este vendría á la mitad del mundo, y estos hombres vendrán en unas casas blancas, caminando por sobre las aguas, cuando fuesen á su cueva y de su cuerpo mirado no se hallase ya carne, piel ni hueso, sino polvo y ceniza; y que habiendo estado emparejado en una cueva por largos siglos, ya por los tiempos que les pareció habían ido algunas cinco veces, y en esta última hallaron los huesos cariados y hechos polvo y cumplido el pronóstico de que el Dios que profesaban los cristianos era el verdadero; con esto decían otras de grande admiración á Juan Bethencourt y á otros, que lo escribieron, y aun hoy en día los vecinos de esta isla de estas cosas dicen mucho de que no se hace mucho caso.

Adoraban los herreños dos ídolos fingidos en la mente, devotos de hombres y ganados machos, Orojan de mujeres y hombres: Mon, á quien pedían agua y buenos temporales y hacían juramentos; no les hacían sacrificios ni otra ofrenda, ideábanlos en dos riscos ó peñascos cercano uno de otro, muy altos delgados y peinados como torreones, en el término de Bentaiga y hoy llaman los Santillos de los antiguos: la rogativa para la lluvia era juntarse alrededor de ellos así hombres como sus ganados repartidos á cada uno, los machos á uno, las hembras á otro acorralados, ayunando por tres días, unos dando voces y gritos, bailando alrededor del peñasco, y otros balando y gruñendo, y con dar vueltas en torno lloraban á gritos; y si no llovía enviaban un adivino á la cueva Artheita en el término Tacuitanta, y entrando invocaba á los ídolos, y le salía un cochinito llamado Oranfai-bo, que significa medianero, y venía con él debajo el tamarco, á los demás, era recibido con fiesta y baile; y lo tenían hasta que llovía lo bastante, y este animalillo era el medianero de las lluvias, y suelto á vista de todos se volvía á su cueva.

Los herreños son medianos de cuerpo, tristes y melancólicos de natural, cantan endechas llorando

amargamente de sentimiento de la historia, tienen sólo un rey ó señor, no saben de milicia ni guerra entre ellos, vivían pacíficos, todos usan de bordones delgados, lisos, limpios y derechos de un tamaño de doce palmos, llamados Vonades, y Tamasagues; cásanse con la mujer que quieren sin respetar parentesco de madre ó hermanos; el novio regala con ganado al suegro antes de casarse. Son iguales en linage, menos el Rey; á este todos regalan sus frutos por vía de gracia y voluntad, que no tiene otros bienes; el mejor regalo es oveja que carnero. En su fiesta que llaman Guatatiboa, asan ovejas quitada la piel y el vientre, arrimadas al fuego enteras, y medio crudas cortan carne con astillas de pedernal, comiendo y riendo, hasta que quedan los huesos; los bailes se hacen de muchos juntos dadas las manos, saltando á compás; en una habitación grande moran muchos vecinos, dentro es redonda, de un gran cerco de piedra sin barro, con puerta muy angosta de maderos arriados cubiertos de paja; se anda toda por dentro, donde suele haber de veinte á treinta vecinos con hijos y familia; sus camas de helechos y paja, las mantas de pellejos, sus ganados cabras y ovejas: carecían de cebada, suplíanlos por pan raices de helechos y polipodio que no purga, no tuvieron algún grano: y por muchos años no supieron hacer fuego, enseñóles el fuego ludiendo entre dos palos secos una mujer gomera que vino al Hierro nadando sobre dos odres llenos de aire, y enseñó otras muchas cosas que ellos dicen; las raíces asadas llaman Jaran; las madres á sus hijos daban á la boca mascadas con manteca, llaman Aguamanes, comida de niños; la loza de barro es seca al sol; usan de odres, llaman Teizufre, y Zurrón Tejuete; á la leche Achemen, la manteca Mulan; tienen una frutilla á modo de guindas, ó endunillas de que hacen muy mal vino. Su vestido de pieles, á modo de capas ellos, y enaguas ellas, y lo demás desnudo; hacen hilo delgadísimo de nervios de cabras desde la nuca y espinazo hasta la cola; cubren la cabeza solamente con el cabello largo crinejado; en sus enfermedades se untan el cuerpo con manteca y abríganse para sudar; la herida quemar con manteca; á sus difuntos los miran, y si tiene ganados envuelven el cuerpo en pieles, pónenle la cabeza al norte y en la mano un palo, y á los pies un tablón de tea y á la puerta de la cueva la tapiar de piedras; solamente al homicida quitan la vida como él la quitó; al ladrón por el primer hurto quitan un ojo y al segundo le quitan el otro con que queda á oscuras; tienen un verdugo señalado; los ganados por el verano no beben, entretiénense con raices de helechos y gamones; la isla es muy amena por lo interior de bosques arboledas, por fuera áspera rodeada de malpaisas piedras de volcán, pedregales: tiene una Cueva

muy grande; no tiene dragos ni abejas, ahora tiene muchas colmenas que han puesto de fuera; tiene muy pocas fuentes de agua; la más cantidad es la que destila del árbol Garoe, que otros llaman Santo; éste hay ya años que se secó, y por cosa particular y por último de este libro describimos su forma como fué.

Esta Isla del Hierro fué llamada de los naturales Eccero, tiene á la parte del Sur en el término de Tigulache que hace cierta cañada y dista del mar legua y media, al principio que es al pie de un monte, está el árbol ques semejante al til, y no hay otro su semejante del género en Islas; siempre está verde, lleno de hojas más largas y anchas que el laurel, oscura y crespa; dá el fruto arracimado á modo de piñones más tiernos, dulces y aromáticos, á modo de clavo de especie aunque no tan firme: las ramas largas y tendidas hace muy ancho y copudo ruedo circulado de 112 piés, alto del suevo para entrar debajo cuatro palmos; su altura de cuarenta; el tronco de circuito doce palmos; allí cerca y al rededor hay zarzas y arbolitos diversos, hayas, brezos; cuando corren vientos orientales dá más agua, algo menos del Sur y menos del Norte. Las nubes vienen del oriente confrontan con este cerro y árbol, y destilan sus hojas más 600 arrobas de agua al pié del árbol en dos grandes albercas de grandes piedras toscas de á veinte pies de cuadro y diez y seis de hondo; hay un guarda para que cada vecino lleve tres ó cuatro arrobas no más á su pueblo que llamaban Amoco, y hoy es Valverde. Este árbol se secó más ha de ciento cincuenta años: es natural de dar agua en estas dos islas otros árboles matorrales, que la recogen y corre en arroyos, es de las nubes que salen de los montes de Tenerife, que siempre están nebulosos; hay una fuente sola que se halla que se llama Acafe. Los lagartos son muy grandes, se crían solo en esta Isla á la parte del Norte y Noroeste, costa del mar, por legua y media de largo y media de ancho donde llaman los Orgaños, por ciertos riscos así semejantes: el cuerpo es tamaño de un mastinillo de ocho meses, los brazuelos de mas de gente gruesos del modo de un dedo pulgar, son pardos, como todos los de las islas, del tamaño éstos á los de España, diferentes en ser verdes y amarillos; estos grandes como los que dice Strabon que hay en la Mauritania de dos codos; son atrevidos y matan una cabra y se la comen, y miran á un hombre para embestirle: hailes muy grandes, muchos y prietos atrevidos, y venenosos en las islas salvajes, Alegranza etc. y en Canaria en partes remotas, más ninguno de esta magnitud.

(Se continuará)





X

El rápido vuela, dirigiéndose hacia el sur, a través de la campiña brumosa y triste, azotada por la lluvia que cae sin cesar, y cuyos hilos se doblan y se rompen al empuje de la brisa. Atrás quedaba, y para siempre, la ciudad maravillosa, el gran París, apenas entrevisto en la fiebre de su formidable vida nocturna.

La trepidación violenta, el estrépido monótono y asordante del tren en marcha, sonaban dolorosamente en la cabeza de Tomás, que oscilaba de un lado a otro pasiva, é inerte, en el respaldo del wagón.

A pesar del insomnio y de la fatiga inmensa de sus miembros, no podía dormir, y su imaginación, caldeada por la fiebre, continuaba la evocación de las escenas de la noche.

... Erase la alcoba estrecha y cálida del Hotel *garni*, que á él se le antojó *boudoir* lujoso y elegante, á pesar de los espejos variolosos y del mobiliario de tela roja, manchada y decrepita.

Fué mientras le acariciaba la barba áspera y mal cortada con sus dedos finísimos, cuajados de sortijas baratas, cuando ella le preguntó su nombre y él le dijo el primero que le vino á las mientes, nombre de protagonista de novela cursi, dulzaino y necio como una romanza de salón—*Charles*. Y recordaba la sonrisa incrédula de la chica, su evidente sospecha de que aquel pobre diablo, atrozmente torpe, tímido y mal vestido, no podía tener nombre tan romántico y bonito.

¿Y ella? Pues ella se llamaba *Clarisse*, *Clarisse du Mirage*. Noble tal vez.

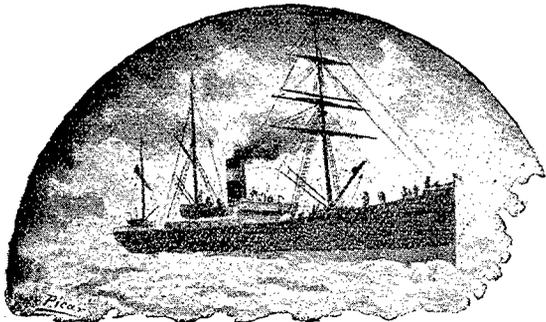
Y la conversación continuó de esta suerte, desanimada é insípida. Ella le dijo donde vivía, le regaló una tarjeta con las señas de su casa, obtuvo de él la promesa de visitarla al siguiente día. Y después callaron y luego, de imprevisto, con infantil arranque, Tomasito la abrazó llorando casi, besando con exquisita ternura sus párpados cárdenos y marchitos, sus mejillas palidas y sedosas, sus labios sinuosos y ardientes, sus cabellos rubios y apretados, que guardaban un perfume semejante al de las alas de una paloma. Ella le devolvía sus halagos, complaciente y servil, prodigándole las expresiones melosas y añadadas del vocabulario profesional. Y Tomás sentía dolorosamente el horrible artificio de aquella escena, heríanle cruelmente sus gestos de cómica, la entonación falsa de su voz, la corrección fría y maquinal con que desempeñaba su tarea humillante. Y lejos de menospreciarla, sentía por ella una compasión infinita. Era que, desvanecida ya la depresión de ánimo que la vanidad produce, empezaba la idealización de la mujer primera, la leyenda dorada que convierte á la pobre cortesana en símbolo del amor y de la poesía.

Llegó á Barcelona al anochecer del siguiente día é inmediatamente dirigió un telegrama á Atlántica preguntando por Don Higinio.

Aquella noche durmió mal, exaltado por fúnebres presentimientos, por la convicción amarga de que el pobre clérigo, el viejo angelical que le amaba con pasión infinita y profunda, estaba muerto, se hallaba quizás de cuerpo presente en aquella misma noche en que él, Tomasito, palpitaba de ansia y de temor ante el misterio de un cuerpo de mujer.

Encerrado en su cuarto de la modesta fonda de la calle de San Pablo, pasó el día entero prestando

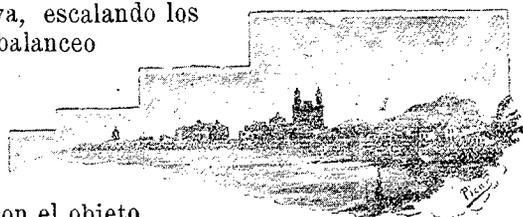
atención maquinal à los ruidos que llegaban de afuera, rumor de coches, pitos de tranvías, pregones de mercaderes ambulantes entonados en una lengua áspera y ruda, que aun no era la suya.



Aquella misma noche se embarcó en un vapor italiano que se dirigía al Río de la Plata, con escala en Atlántica. Y reapareció la respiración cadenciosa y profunda de la máquina, el gemido estridente de los tabiques, el implacable balanceo de la litera, mecida por la mano formidable de la gran nodriza, del Océano inmenso y brutal.

Al segundo día de navegación, volvió à ver el cielo meridional, immaculado, radiante, y sintió de nuevo la brisa cálida y blanda, la respiración ondulosa y sosegada del mar. Los crepúsculos incendiaban el horizonte con reflejos ardientes de fragua, con vibrantes llamaradas de oro y de carmín. Las noches tibias, solemnes, silenciosas, abrumaban el espíritu con la formidable sensación del espacio inmenso, palpitante de vida.

Al amanecer del quinto día, perfilóse en el horizonte meridional una línea azulada, vaga y temblorosa, semejante al contorno de ligera nube, flotante en el espacio incendiado por el sol. Era el primer saludo que al viajero enviaba la tierra canaria, que allá abajo se ocultaba, muy lejos aun, en el seno profundo de las aguas. A las dos horas de marcha, veíase claramente la tierra gris y la mancha blanca y diminuta de las casas. El vapor se acercaba, majestuoso y enorme, devorando la distancia, y la ciudad salía lentamente del mar azul, bordando la dorada playa, escalando los riscos, acariciando el ambiente tibio y luminoso con el suave balanceo de sus palmeras.

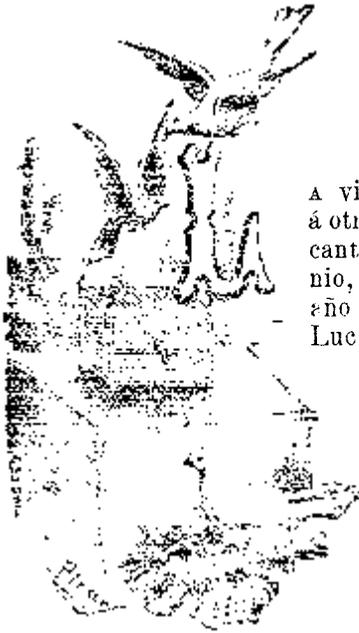


Apenas el vapor se detuvo, acudieron los botes, manchando de negro la serenidad brillante de las aguas. Con destino à Montevideo, hallábanse à bordo algunos cantantes italianos de uno y otro sexo, y una comisión del Casino, asistida de varios representantes de la prensa, se personó en la toldilla con el objeto aparente de invitar à los artistas à una gira al ex-Monte Lentiscal, pero con el verdadero y maquiavélico propósito de sustraerles un concierto gratuito en los salones de la sociedad. Uno de los *reporters*, respetable señor de unos dieciocho años, que conocía à Tomasito Sosa, se acercó à él y le dió un fúnebre apretón de manos. Hacia dos días que D. Higinio se hallaba bajo tierra, víctima de la traidora *grippe*, verdadera carcoma fin de siglo, polilla de nuestros organismos degenerados. Así lo dijo el periodista aquel, que era el literato más pesimista del término municipal, añadiendo que acompañaba à Tomasito en su sentimiento.

En el muelle esperaba al viajero Dominguito Mayor, el de la panadería, pariente de Tomás por la línea materna. Durante el viaje del Puerto à la Ciudad, que hicieron en tartana, supo Tomasito los detalles de la enfermedad del pobre viejo. Según decía el panadero, D. Higinio se puso algo *ruinillo* tal como un sábado y duró siete días sin sufrir mucho, al parecer. Eso sí, no podía acostarse porque le faltaba el resuello, y permanecía sentado en la cama sin decir otra cosa que, de cuando en cuando:—Bueno, Señor. El último día por la tarde, después que recibió à *Su Majestad*, le preguntó à las hermanas:—¿Y el niño? ¿Dónde anda el niño? Le contestaron ellas que iba à llegar de un momento à otro. Al anochecer, después que todos los que allí estaban rezaron la oración, alargó él la mano, como si quisiera darla à besar al sobrino, según costumbre de toda la vida, y dijo en voz baja, apenas perceptible:—Dios te haga un santo.

... Al fin llegaron y Tomasito, en mitad de la escalera de su casa, abrazó llorando como un niño à las dos pobres viejas, que halló más encorvadas aun, más pequeñitas y frágiles, con sus pañuelos negros cruzados sobre el pecho y sus diminutos moños, color de lino.





A vida continuó después, lánguida, monótona, incolora. Sucediáanse los días uno á otro, trayendo consigo las mismas ocupaciones mezquinas, pueriles, insignificantes. Echarle el grano á las palomas, recuerdo venerando de pobre don Higinio, limpiar las jaulas de los pájaros y mudarles el agua, almorzar de un cabo del año á otro con huevos fritos y café, darle un vistazo á las cuentas de la Bella Lucía, el barco costero de las viejas, sentarse á la mesa al sonar en la Catedral el esquilón de las tres, ante la bandeja humiente del puchero, pasearse en la azotea hasta el toque de oraciones, leer por las noches en el comedor, á la luz amarilla del añoso quinqué, mientras las dos tías, con el puño forrado en una media llena de agujeros cabecean una frente á otra como dos martillos negros que machacan en invisible yunque.

Y a todas horas y en cada momento el espíritu de Tomasito trabajaba sin descanso en la reproducción de la escena adorable, concentrando toda su fuerza imaginativa en avivar la luz de aquel cuadro que resplandecía como una joya en el montón obscuro de sus recuerdos. Como el vajero que halla una estatua sumergida en el lúgamo y presintiendo la belleza de la oculta forma, la despoja poco á poco con mano respetuosa y trémula de las impurezas

que la manchan, así él eliminaba, sin plena conciencia de ello, lo innoble y vulgar de la aventura, y la estatua surgía lentamente cada vez más pura, ideal y luminosa. A veces el fantasma desaparecía, como si la luz mental que lo alumbraba se hubiese apagado de un soplo, y que el espacio en que antes se movía y brillaba la figura, quedaba solo un hueco de sombra, impenetrable y tétrica.

Pero no tardaba en evocarla nuevamente. Bastábale para ello imaginarla en el instante sagrado del primer beso, cuando la faz pálida se puso cerca, muy cerca de la suya, con los labios juntos, sonrientes las pupilas y en la garganta aquel gorjeo extraño, suerte de arrullo cariñoso y suave que sonaba aún en su alma, difundiendo en ella el éxtasis soberano de la caricia próxima, el estremecimiento de la flor que en la penumbra del crepúsculo espera el primer destello dorado y tibio del sol naciente.

Aquel esfuerzo mental, mil veces repetido, llegó un día hasta la alucinación. Creía verla en todas partes, discurrendo lánguidamente por los corredores de la casa, envuelta en una bata blanca y vaporosa ó sentada á la mesa, dando la espalda á la ventana, cuya luz fulguraba en el oro de sus cabellos, ó delineaba en el marco luminoso del balcón de la sala, ligeramente inclinada hacia fuera, como si le interesara la soledad y el silencio del viejo callejón.

Al cabo la eterna contemplación de la tarjeta, de aquel pedazo de cartulina blanco y rígido, único recuerdo tangible de la aventura, le sugirió la idea de la carta. Después de fatigosa brega con la gramática y el diccionario, pudo escribir la primera, en estilo respetuoso y tierno. Era á modo de introducción ó prólogo á otras que habían de seguir y en ella explicaba Tomasito con mucho trabajo las causas de su regreso repentino y del uso del pseudónimo, de aquel Monsieur Charles que ella había repetido con acento parisién, incrédulo y burlón. Al pié del escrito estampó su verdadero nombre y las señas de su casa, con letras gordas y claras, para evitar excusas en la contestación.

A los pocos días empezó otra carta, encabezándola con frase cariñosa y gentil—*Ma douce amie*, entresacada de una novela de Iarje Sand. La tercera iba dirigida á su *très chère Clarisse* y así la correspondencia continuó, tarea febril y delirante en que invertía los días y las noches, formando y rompiendo borradores, desesperado ante la sequedad y el artificio de aquellas frases escritas en lengua extranjera, cuyos resortes é intimidades nunca llegó á penetrar. En todas la proposición se repetía, adornadas con detalles pueriles y conmovedores. El la adoraba, no podía vivir sin ella, estaba dispuesio á *correr un velo* sobre el pasado, á hacer de ella la compañera de su hogar modesto y tranquilo. Las viejas le secundarian en su proyecto, merced á la novela que él había de inventar. Ni Pilarito ni Jacinta estaban ya para meterse en averiguaciones, pronto empeza-



ría para ellas el último período de la vida, la infancia de los viejos. Don Ramón tendría lástima de él y guardaría silencio...

Y la contestación no llegaba, las cartas caían en un abismo sordo y mudo y el cartero sólo dejaba en la meseta de la escalera periódicos y esquelas de defunción. Sin duda ella se había mudado de casa, según suelen hacerlo los pájaros de su casta, ó bien aquel nombre «Clarisse du Mirage», sería supuesto, falaz y mentiroso como el otro, el Monsieur Charles, inventado por su hipocresía necia de provincial desconfiado.

Así pensaba en los momentos lúcidos, en las reacciones de buen sentido y de virilidad. Aquello era vergonzoso, vivir reconcentrado en la reproducción perpétua de una imagen libertina, horriblemente vulgar. Mas no tardaba la obsesión en volver y entonces imaginaba verla muerta, yacente en la cama de un hospital, destrozado su cuerpo marchito y adorable en las mesas de disección, revueltos los pedazos con tierra y nieve en la fosa común de un cementerio, inmenso y frío como un planeta muerto. Y lloraba noches enteras besando la tarjeta inanimada...





sí pasaban los años, veinte años de vida canaria, imprecisos y vagos como el vuelo de un fantasma. Las dos tías, Pilarito y Jacinta, cayeron una tras otra en la infancia de los viejos, precursora de la inconsciencia del sepulcro, poniendo à prueba la paciencia de Tomasito que veía con asombro y tristeza à aquellos dos seres tan buenos y tan queridos, dos ángeles del Señor, convertidos en animales sucios, rebeldes y exigentes, tocados del afán de atormentarle de continuo con infantiles y diabólicas travesuras.

Murieron con intervalo de pocos meses, extinguiéndose sin dolor, tras una ligera fatiga, como dos pajaritos. Monsieur Charles se quedó solo y solo vivió hasta la hora de la muerte, sin saber nada, absolutamente nada de *sa très chère Clarisse*, de la iniciadora suavemente poetizada por la distancia y por el tiempo, aunque la imagen semi-borrada y pálida como una fotografía de antaño continuó viviendo en un rinconcito de su espíritu.

Pero una tarde ¡qué tarde aquella! el pasado resucitó, como en las novelas, de la manera más inesperada y extravagante.

Fué cuando la inauguración del Circo de Verano, allá por el año 189... Actuaba en él una compañía de *caballitos* y de *pruebistas*, de esas que explotan en las temporadas estivales las Islas Canarias y la Madeira. Pasaba Tomasito por una de las calles más céntricas cuando, de pronto, se le metió por los ojos un cartel pegado en una esquina, en que llameaba con grandes letras rojas, este anuncio: «Función extraordinaria para el lunes, 18 del corriente. Debut del celeberrimo clown MONSIEUR CHARLES.»

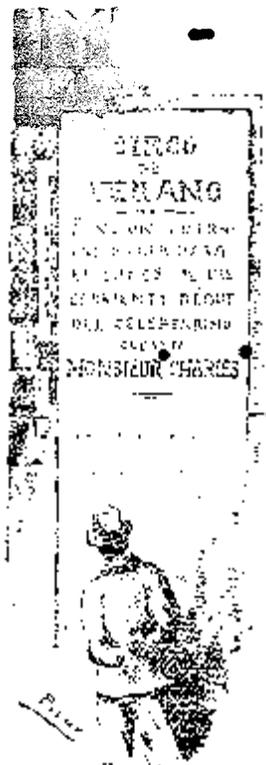
Retrocedió. Volvió à leer. No cabía duda. *Monsieur Charles*. Había un clown, un payaso que se llamaba como él, Monsieur Charles. Tal vez parisién, tal vez jóven, de unos veinte años de edad, aquellos veinte años transcurridos casi día por día desde... Y allí, en la acera de la calle, delante del rojo anuncio, la sospecha que tanto había de torturarle se apoderó de su alma, llenándola de frío.

Metióse en su casa y atrancó las puertas, pero *la idea* entró con él, instalándose como reina y señora en los aposentos vacíos... La caricia fugitiva, la capula vulgar del extranjero ridículo y de la mercenaria indiferente había sido fecunda. Lo que tantos esposos, obstinados en el abrazo un día y otro día, no pueden conseguir, ellos, el macho y la hembra desposados una noche en la alcoba de un *garni*, sin otra ceremonia que la bendición burlesca del viejo don Ramón, ellos lo habían conseguido y el fruto estaba allí, en la tierra canaria, adonde había llegado rodando, empujado por el azar, por la Providencia quzás...

La noche del debut, Tomasito fué uno de los primeros en llegar al teatro. Sentado en incómoda silla, de las llamadas *potros*, desfilaron ante sus ojos, en visión incoherente y turbia, los ejercicios ecuestres de la baronesa Krompeltz, el vuelo prodigioso de los hermanos Czarwicz, la fantasía sobre motivos del Trovador por los niños campanólogos... y de pronto, de uno de los pasillos del Circo brotaron unos gritos extravagantes, alaridos gallináceos, cloquidos de pavo real, carcajadas de insensato, hipidos de mujer histérica y una forma blanca y obesa dió en los aires una voltereta, cayendo luego à plomo sobre los dos pies arqueados, haciendo mil contorsiones y reverencias con la mano pegada à la nuca... Y el corazón de Tomasito, dando también una voltereta, se le subió à la garganta y lo sentía allí, latiendo furiosamente junto à la boca. En aquel punto, tuvo la conciencia, la convicción horriblemente lúcida de que aquel tipo, vestido de algodón blanco, con sus dos cabezas de cerdo pintadas una en el pecho y otra en la espalda, sus amplias bragas que se desplegaban como enaguas, su gorro piriforme, sus facciones pintarreadas y grotescas y su total aspecto gordinflán, blanduzco y extrahumano como un engendro de pesadilla, era *su hijo*, una criatura formada de su sangre y de sus huesos, con un alma modelada por el patrón de la suya, en la que tal vez la misteriosa ley de herencia había depositado el germen de la nobleza, de la bondad infinita del abuelo, del venerado don Tomás. Y un gran sollozo de niño, se ahogó en los pliegues del pañuelo en un acceso de fingida tos.

Al cabo pudo reaccionar, sujetarse à la tarea de la reflexión, del análisis. Era preciso calmarse, examinar el caso, hacer pesquisas. ¿A qué atormentarse de antemano con sospechas absurdas, creadas por su imaginación desequilibrada y enferma de viejo sedentario? Mañana sería otro día.

Entonces pudo examinar sin fiebre al payaso, mientras éste presentaba al público, en su jerga mixta de





español, italiano y francés *al suo très carissimo fanciullo* Nostradamus, un burro blanco amaestrado. El clown, despojado mentalmente de los accesorios del oficio, parecía efectivamente un joven de la edad que Tomasito sospechaba y temía: veinte años. De que era gordo y rubio no cabía duda, pues así lo delataban sus pantorrillas redondas, su cuello corto y robusto, su cabeza cubierta de rizos dorados. Eran los ojos las únicas facciones que, en la cara embadurnada de rojo y blanco, conservaban la expresión, reflejo misterioso del alma y aquellos ojos, claros como el agua de un manantial levemente teñida por el azul de los cielos, tenían una expresión singular de ternura, de sencillez, de sumisión que á Tomasito se le antojó haber observado en otras pupilas, hacía mucho tiempo, veinte años atrás, casi día por día. De nuevo la convicción penetró en su alma, lúcida, irrevocable, y cuando, en otro número del programa, uno de los clowns derribó á Monsieur Charles de un formidable puntapie, sintió el impulso loco de saltar al redondel y de arrojarse como una fiera sobre el desvergonzado payaso, gritándole, en medio de una lluvia de trompadas—¡Canalla, miserable, es mi hijo, es mi hijo!

¡Qué noche pasó Monsieur Charles *el de aquí* en la ancha cama de su cómoda y abrigada alcoba! Ora se tenía por un viejo reblandecido y visionario, ora por un criminal despiadado y miserable. A ratos encendía la vela y á la luz amarillenta que se extendía por la habitación cerrada y silenciosa, reconocía sincera y tristemente la imposibilidad de resolver el problema. ¿Era ó no era? El único dato positivo era la coincidencia del nombre, quizás fortuita. Y aún suponiendo que el muchacho fuera efectivamente hijo de *ella*, ¿no pudo ser aquel nombre resultado de un simple capricho, recuerdo zumbón del extranjero ridículo, iniciado á los treinta y tantos años de su edad? Y aún admitiendo que ella sinceramente le tuviese por hijo del abrazo efímero, ¿quién en este mundo era capaz de demostrar la verdad de esa creencia? Llegó hasta la tontería de evocar la sombra de la prójima, suponiéndola muerta, después de tantos años, suplicándole ardentemente que le dijese la verdad. Pero la sombra no quiso molestarse.

En los días que siguieron, una noticia estupenda, tan inverosímil como la derogación de la ley de la gravitación universal, cundió entre los habitantes de Atlántica. Tomasito Sosa, el cincuentón á quien todos conocían por su timidez impenitente estaba *enamorado* á una de las *pruebistas* del Circo. ¿Era la *ecuvere*, baronesa de Krompeltz? ¿Era la signorina Francesca, que bailaba tan gallardamente en la cuerda floja? ¿Era la Hércules Farnesia, que doblaba á un hombre por el espinazo, con la sola presión de una de sus blancas y poderosas garras? No tardaría en saberse. Lo indudable era que Tomasito no dejaba ni á sol ni á sombra la calle en que se situaba la casa de huéspedes, con honores de hotel, en que se alojaban las partes más conspícuas de la *troupe*.

Gracias á su desvergonzado ojeo, Tomasito pudo ver más de una vez de cerca al objeto de su constante preocupación. Era en efecto un muchacho de unos veinte años, de corta estatura, blanco, rubicundo, de ojos claros y de aspecto bondadoso y tristón. Paseaba generalmente solo, fumando en una pipa corta y gruesa, vestido de blanco, sin chaleco, cubierto unas veces con una gorra con visera y otras con sombrero de paja, de cinta azul. ¿Era ó no era?

Al fin, Tomasito tomó una resolución que, dados sus antecedentes y carácter, hay que considerar como enérgica y viril. Se lo confió todo, completamente todo, á su amigo y pariente Domingo el panadero. Fué una confesión completa, á la que no faltó alguna lagrimita. Y el panadero fué tan bondadoso que, lejos de tomar la cosa á risa, prometió encargarse de las necesarias averiguaciones.

He aquí el resultado de las que practicó, por el conducto, ¡ay! perfectamente enterado y auténtico de una criada de la fonda á la Mr. Charles *junior* dispensaba cierta pecaminosa protección. El chico era efectivamente un auténtico parisien, hijo *habido*, *enfant trouvé* sin más nombre que el estampado en el cartel, que le dieron desde un principio los empleados del Hospicio, sin que él supiera el por qué y el fundamento de ello. Se llamaba Mr. Charles *tout court* y eso le bastaba. Era taciturno, hurraño, de escasas palabras, comía muy poco y, detalle horrible, padecía de palpitaciones en el corazón.

Después de muchas conferencias, Domingo el panadero propuso á su amigo y pariente una solución. En la imposibilidad de saber *si sería ó no sería*, lo que había de hacerse era regalar al misterioso clown una cantidad que le sirviera de supremo recurso en caso de enfermedad ó accidente. El, Domingo, se encargaría de que el dinero llegase á manos del muchacho, sin que éste pudiese averiguar nunca el nombre del incógnito donador...

Y Tomasito aceptó. Aquella misma noche, á solas en su despacho, ante los paquetes de monedas y de billetes de Banco que dormían en el seno misterioso de una gaveta, se entabló una lucha larga y cruel entre su avaricia heredada y el deber que se había propuesto cumplir. A veces la cantidad de cinco mil pesetas le oarecía exorbitante para regalarla, de buenas á primeras, á un desconocido, á un payaso que probablemente tendría con él tanto parentesco como Nostradamus, el burro blanco amaestrado. Pero, ¿si efectivamente *era*? A un hijo hay que darle todo, la fortuna, la vida y la sangre. Al fin, ya muy entrada la noche, su corazón ingenuamente bueno triunfó. Puso bajo un sobre veinte billetes de mil pesetas, la renta íntegra de un año, y escribió con la mano izquierda, con letras grandes y picudas el rótulo "*A Monsieur Charles, un amigo que desea guardar el incógnito.*"

El jueves, día de moda, según rezaba el cartel, la primera persona que entró en el circo fué don Tomás Sosa. Desfilaron ante sus ojos, en visión incoherente y turbia, las primeras suertes del programa, los ejercicios ecuestres de la baronesa Krompeltz, el vuelo prodigioso de los hermanos Czarwich, la fantasía sobre motivos del Trovador ejecutada por los niños campanólogos. Y cuando al fin llegó el momento, Monsieur Charles penetró pausadamente en el circo y deteniéndose en mitad del redondel, derramando besos con sus dos manos trémulas por todos los ámbitos del teatro, dijo en su jerga extravagante, con voz alta, dulcísima y conmovida:

—*Al mio benefactore incógnito.*



INDICE DEL TOMO XI

- AVELLANEDA, Rafael**
El gran canal de Venecia (paisaje), 77
- BARRUS, Guillón** (seud. de Luis Rodríguez Figueroa, véase también)
El drama de un intelectual, 86.
- BATLLORI Y LORENZO, Francisco**
El problema de las aguas en la isla de Lanzarote, 51.
- BATLLORI Y LORENZO, J.**
Escenas y cuentos del terruño: El pique (con dibujos del autor), 13, 24.
Escenas y cuentos del terruño: Jollinillo (con dibujos del autor), 68.
Escenas y cuentos del terruño: Paisaje de sol (con dibujos del autor), 85.
Juan de Bethencourt, 126.
El elogio de la nobleza, 136.
Escenas y cuentos del terruño: ...Y así amaneció, 145.
- BETANCOR CABRERA, José** (vid. Angel Guerra, seud.)
- CABRERA RODRIGUEZ, Francisco**
El doctor Chil y Naranjo, 2.
- CHIL Y NARANJO, Gregorio**
Estudios climatológicos de la isla de Gran Canaria, 6, 17, 22, 33, 45, 53, 65, 77, 94.
- DONATIVOS**
Donativos de la casa de Vega Grande al Museo, 10
Donativos de abril, julio, agosto y septiembre de 1901, 104.
Donativos y adquisiciones de octubre de 1901, 110.
- DORESTE RODRIGUEZ, Domingo** (véase Fray Lesco)
- ECOS literarios y artísticos**
(Sobre el plan de los Episodios Nacionales de Galdós), 92.
(Sobre «El cacique» de Luis Rodríguez Figueroa), 92
- FARO DE MASPALOMAS**
Faro de primer orden de la Punta de Maspalomas en la isla de Gran Canaria (croquis), 117.
- FRANCHY Y ROCA, José**
Antonio Goya, 7.
- GONZALEZ DIAZ, Francisco**
La herencia de «Clarín», 29, 41, 47.
Una entrevista célebre: Lombroso y Tolstoi, 139.
- GOYA, Antonio**
El hábito del tío Peneque (con un dibujo de Federico Valido), 4.
La tristeza de los escritores, 15.
Cavilidades: Orbitas distantes. Violetas, 28
Cavilidades: La popularidad y los mártires políticos, 71.
Cavilidades: Derrribos. La draga, 100.
Parodias literarias: Las vírgenes locas (poesía), 121.
- GUERRA, Angel** (seud. de José Betancor Cabrera)
Desde Madrid. Arte y Letras: Temporada de verano. Actores españoles. Jardines del Retiro. Teatro Cómico. Eldorado. Apolo. Actualidades. Novedades de invierno, 60.
Desde Madrid. Arte y Letras: Impresiones sobre los circos. Visto y escrito. Fuerza y gracia. El país de Madame Crysanteme. I paggiaci. Danza macabra. Más allá..., 96.
Desde Madrid. Arte y Letras: Arte arquitectónico y escultórico español. Sucillo y Valmitjana. Goya y Benlliure. Quevedo y Querol. España vieja por España nueva, 121.
- JORDE** (seud. de José Suárez Falcón)
La Risa y el Llanto, 50.
El caciquismo literario, 83.
- LESCO, Fray** (seud. de Domingo Doreste Rodríguez)
Miguel de Unamuno, 125.
- MARIN DE CUBAS, Tomás**
Historia de las siete islas de Canaria, 19, 30, 42, 52, 62, 74, 88, 101, 129, 142, 151, 153.
- MARTIN y FERNANDEZ DE LA TORRE, Néstor**
Dr. D. Gregorio Chil y Naranjo (dibujo), 1.
- MARTINEZ DE ESCOBAR, Amaranto**
El Museo Canario, 93.
- MILLARES CUBAS, Luis**
Donativo de la casa de Vega Grande al Museo Canario, 10.
- MILLARES CUBAS, Luis y Agustín**
Monsieur Charles (novela, ilustraciones de Picar), 26, 48, 58, 72, 80, 98, 123, 147, 162.
- NECROLOGICAS**
Gregorio Chil y Naranjo, 2.
- PEREZ ARMAS, Benito**
Anécdotas canarias: A perpetuo silencio, 57.
- PICAR, Manuel**
Ilustraciones a la novela «Monsieur Charles» de Luis y Agustín Millares Cubas, 26, 48, 58, 72, 80, 98, 123, 147.
A Teror (con dibujos del autor), 35.
De Tejeda a Artenara: Nublo. Arte canario. Sobre lo mismo (con dibujos del autor), 111.
- QUEVEDO E HIJOSA, Manuel**
Los sentimientos y las pasiones en la evolución social, 118, 133.
- RIPOCHE Y TORRENS, Diego**
Las pintaderas de Europa, Canarias y América. Comunicación al Congreso de Americanistas celebrado en París, 105
- RODRIGUEZ FIGUEROA, Luis** (véase, además, Guillón Barrús, seud.)
Los camellos. (A Federico Valido, poesía), 16.
- SEDEÑO, Antonio de**
Breve resumen e historia... de la conquista de Canaria..., 8, 18.
- SUAREZ, F.**
Una calle de Teror (dibujo), 21.
- SUAREZ FALCON, José** (véase Jordé, seud.)
- TRANVIA de Las Palmas**
El tranvía de Las Palmas y sus abonados, 109.
- TWAIN, Mark** (seud. de Samuel Langhorne Clemens)
Heidelberg (trad. de Francisco González Díaz), 56.
- VALIDO, Federico**
El hábito del tío Peneque (dibujo), 5.
- VERDUGO, Manuel**
El jardín desierto (poesía), 70.
- VIERA Y CLAVIJO, José de**
Letras del tiempo viejo: Arboles, 135.